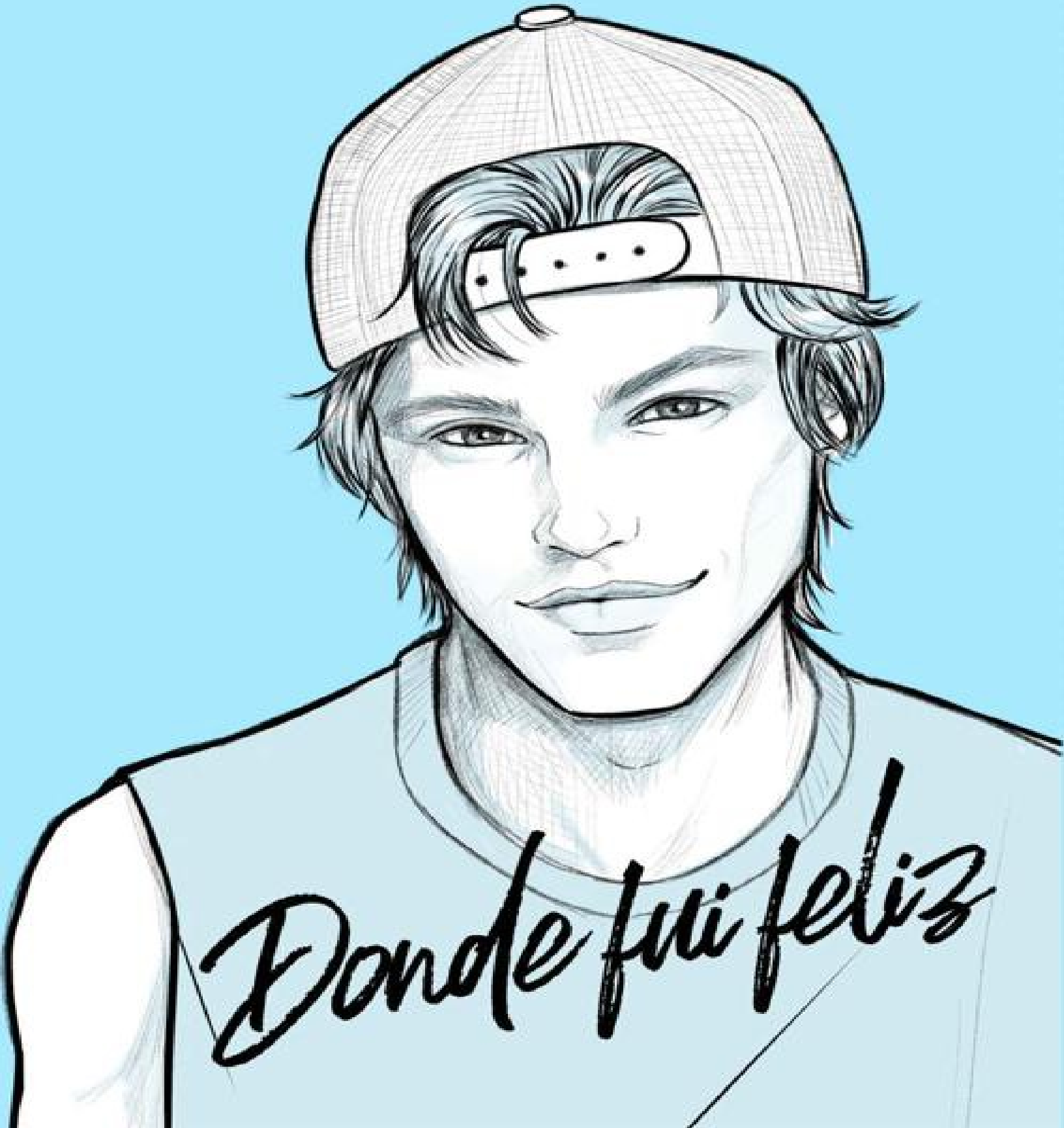
MARISA SEFRA



Donde fui feliz

donde fui feliz

MARISA SEFRA

ILUSTRACIONES DE
ADELA ARAGÓN



índice

Prólogo

Parte I

1. Hola
2. Chssst
3. Que me lo pregunte ella
4. Lo harás
5. Amigos
6. Lo que más me apetece
7. Vente conmigo
8. Tu burbuja
9. Hacerse la sexi
10. As the world falls down
11. Como cada mañana
12. Coger carrerilla
13. La mejor sensación del mundo
14. En casa de Vic
15. Un pringado como yo
16. Una casa en ruinas
17. Ese todo
18. Adiós
19. Fundido a negro

Parte II

20. Mi trauma
21. Vida nueva
22. Las entretelas
23. El videoclub
24. Mano a mano
25. Sesión de arte
26. Madonna siempre es sexi
27. La pastilla
28. Plazos establecidos
29. Esa chispa
30. Un cambio de aires
31. Un primer paso
32. Planes de futuro
33. Quiero verte más
34. Una panda de cafres
35. La inauguración
36. Solo dos meses
37. Notición
38. Volver

Parte III

39. El show

40. Lo vi
41. Necesito tu atención
42. A oscuras
43. Los dos solos
44. Demasiado raro
45. Currando al sol
46. Baja
47. Like a virgin
48. Lo que menos te duela
49. No sé si tiene sentido
50. Un polvo pendiente
51. Yo nunca
52. El precio de mi amistad
53. Un favor
54. Algo para mí
55. Ya hemos esperado lo suficiente
56. Por instinto
57. Ni uno más
58. Llenarnos de recuerdos
59. Rata de dos patas
60. Toda mi vida

Epílogo

Un mes después

Siete años después

Nota de la autora

Agradecimientos

Notas

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero, si quieres, pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una *playlist* de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:



prólogo

Hola, me llamo Rebeca y estoy traumatizada.

Así debería empezar, supongo.

Te puedes ahorrar los «lo sentimos, Rebeca», «te queremos, Rebeca», «todo pasará, Rebeca»… Ya me los sé. Y, si te digo la verdad, tampoco me han servido para nada.

Si tuviera que advertirte acerca de lo que te vas a encontrar en esta historia, creo que lo resumiría con un consejo: nunca dejes que un hecho aislado, por traumático que sea, condicione toda tu vida. Sin más.

Esto es aplicable a cualquier edad, pero supongo que es peor cuanto más joven seas. La juventud nos hace creernos invencibles, inmortales, eternos… Y solo es necesario un suceso catastrófico para hacer que te replantees todo tu mundo. Aunque solo debería tener el poder que tú le quieras dar, lo cierto es que normalmente es algo que te supera y que no puedes controlar; si no, no se llamaría *trauma*, ¿no? Sería simplemente «aquello que me pasó y me incomodó un poco». Pero no; hay momentos, sucesos, hechos, instantes que pasan y lo cambian todo.

Y te marcan para siempre.

En mi caso, todo empezó el verano de 1989, el más importante de mi vida. El mejor y el peor a la vez.

parte uno

Éramos solo dos niños mas tan grande nuestro amor
Que los ángeles del cielo nos cogieron envidia
Pues no eran tan felices, ni siquiera la mitad
Como todo el mundo sabe, en aquel reino junto al mar

«Annabel Lee», Radio Futura
Basada en un poema de Edgar Allan Poe

CAPÍTULO UNO

hola



Si tuviera que buscar un elemento común entre la primera y la última vez que lo vi, sería sin duda el dolor. Ese primer día, las diminutas piedras que se habían desprendido del pavimento irregular, típico en urbanizaciones costeras que solo están habitadas durante un par de meses al año, se colaban entre los dedos de mis pies. Sin duda, había sido una pésima idea irme a la playa descalza. Apenas separaban doscientos metros mi casa de la orilla del mar y pensé que no sería tan grave. Pero en ese momento, ya de vuelta, tras varias horas al sol, llena de arena y pisando asfalto caliente, lamentaba la pereza que me había hecho tomar la decisión de no subir al piso de arriba a por las chanclas.

Desconozco por qué motivo mis amigas, Judith y Aixa, caminaban con las suyas por la acera y yo, con mis pies más desnudos que nunca, lo hacía por la calzada. Iban riéndose de mí y, aunque quería mantenerme seria, en realidad me hacía bastante gracia. Estaba siendo la mejor semana de todo el verano, al menos hasta ese momento.

—Mira, Becky, pareces Bambi aprendiendo a caminar. —Judith empezó a imitarme y yo me reí más fuerte.

—Asquerosa, que no es nada fácil.

Tuve que detenerme para mirarla, porque seguir andando sin escrutar cada milímetro de suelo que iba a pisar no era una opción.

—Venga, solidaridad con la inútil. —Aixa se le unió y las dos se sincronizaron para simular los pasos que estaba dando yo.

Me reí entre dientes y volví a prestar toda mi atención a mis pies y al pavimento que tenían que pisar.

—Los Goonies nunca dicen *muerto* —murmuró Aixa entre dientes y yo me detuve en seco.

Era la expresión clave que utilizábamos si estábamos haciendo el ridículo y una de nosotras veía un chico guapo, porque delante de uno feo nos daba más igual quedar como unas payasas, la verdad. ¿Por qué usábamos esa frase que no tenía nada que ver? Pues en un primer momento, de más pequeñas, empezamos a usarla en el colegio cuando veíamos a un profesor que nos podía pillar haciendo algo que no debíamos y, con el tiempo, había ido mutando hasta ser utilizada

cuando veíamos a un tío bueno. Y así se había quedado. En realidad, no era mala idea. Si alguien nos oía decir eso, no pensaría que tenía algo que ver con el chico en cuestión. Aunque lo que sí es probable es que nos dejara como unas raritas, porque, aunque habíamos estado muy flipadas con *Los Goonies* unos años atrás, los diecisiete eran ya una edad considerable para haber superado esa etapa. O no, en el fondo, aún éramos unas crías.

Todavía con los ojos clavados en el suelo, acerté a ver unos pies muy morenos (inteligentemente enfundados en chanclas) que se acercaban a mi posición. Mi vista se fue alzando para descubrir unas piernas atléticas, un bañador rojo que cubría de la rodilla a la cintura, pero que descansaba en esta última como desafiando a la gravedad, como si en cualquier momento pudiera caer al suelo. O quizá solo eran mis ganas de que eso pasase. Sobre todo al seguir subiendo y comprobar que lo que lo acompañaban eran un vientre plano y unos pectorales ideales para tumbarse sobre ellos a tomar el sol. Y aunque intuía que ya debía de estar más roja que mi propio pelo (y que ese traje de baño que me tenía atrapada), mi inconsciencia habitual y mi curiosidad insana me obligaron a seguir subiendo. Una gorra dejaba su cara en sombra, pero juro que esa mirada brillaba. Entre lo moreno que estaba y los iris oscuros, el blanco de los ojos refulgía como la luz al final del túnel. Y tuve la certeza de que allá iría yo, como una sirena a la deriva hechizada por el resplandor, que, en lugar de embrujar a los marineros, iba a naufragar sin remedio. Él se detuvo un segundo delante de mí y, con una sonrisa que brilló tanto como sus ojos, murmuró un «hola» que me hizo abrir la boca como si me faltara un hervor. Y así la dejé. Sin emitir sonido alguno. Lamentable. Él continuó su camino hacia la playa, de donde veníamos nosotras, y tuvo que oír por fuerza los «uuuuuuuuuh» que empezaron a emitir mis amigas como las cabronas despiadadas que eran. Que éramos, porque si la que se hubiera visto en esa situación hubiera sido cualquiera de ellas dos, yo habría reaccionado justo igual.

—¡Qué mono! —soltó Judith.

—¡Está buenísimo! —puntualizó Aixa.

—Shhh —las insté a que bajaran la voz, porque teníamos que estar todavía al alcance de los oídos del chico por fuerza.

Me giré a mirar hacia el lugar por donde se había marchado. Quería comprobar que estaba lo bastante lejos (o al menos deseaba de corazón que lo estuviera) como para no haberlas oído. Y también quería verlo por detrás, me confieso culpable, yo tenía diecisiete años y las espaldas y los culos estaban entre las cosas que más les gustaban a mis hormonas.

Pero ni espalda ni culo. En el momento en el que me giré a mirarlo, como si hubiera adivinado mis intenciones, se dio la vuelta y me miró con la misma sonrisa de antes mientras seguía caminando, en ese momento hacia atrás, para, al final, guiñarme un ojo. Yo me volví y le di la espalda, muerta de la vergüenza por que me hubiera pillado.

El pitido de un coche me dio un susto de muerte, pero me hizo ser consciente de que seguía descalza en medio de la calzada. De un salto me planté en la acera junto a las dos dementes que seguían muertas de risa.

—Ay, tía, que te atropellan… El chico está bueno, pero como para dejarse morir tampoco, ¿eh?

—Calla, pava. —Le di una palmada en el hombro a Aixa.

—Hay que averiguar dónde vive, esto no puede quedar así —sugirió Judith.

—Ay, sí —se entusiasmó Aixa—, así tienes algo que hacer a partir del domingo, cuando nos hayamos ido… Y nos escribes y nos lo cuentas todo, ¿eh?

—Jo, no quiero que os vayáis, aquí no conozco a nadie más —protesté con total sinceridad. Temía el momento en que se marcharan y volver a quedarme sola con mi familia. Que mi familia estaba bien, pero a los diecisiete años una espera algo más del verano.

—Objetivo: chico de la gorra —decidió Aixa—. Tenemos que conseguir que lo conozcas antes de irnos. Deberíamos haberlo seguido… ¿Dónde vivirá? ¿A qué irá a la playa a estas horas? ¿Tendrá novia?

Las preguntas se arremolinaban en la cabeza de Aixa a más velocidad de la que era capaz de emplear en dejarlas salir. Judith y yo nos reímos y le seguimos el rollo de camino hacia casa.

Andar descalza por la acera no era ni de lejos tan desagradable como por el asfalto. No sé cómo no se me había ocurrido antes.



CAPÍTULO DOS

chssst



—¡Venga, chicas, venid a por los bocatas! —Mi madre nos dio un grito desde la cocina cuando Judith y yo estábamos acabando de vestirnos en mi habitación.

Aixa ni se había metido en la ducha todavía. Seguía en bikini, llena de arena y mirando por el balcón por si veía volver de la playa al chico de la gorra.

—¡Pero, muchacha, ¿aún estás así?! —Intuí que mi madre la había pillado.

—Ya voy, ya voy, un minuto… —oí a mi amiga responder.

Volví a pensar en el chico y en ese encuentro de apenas unos segundos. A pesar de lo poquito que lo había visto, me había puesto tan nerviosa que aún me duraba la sensación tan extraña en el cuerpo. Era un chico guapísimo y tenía una sonrisa preciosa. Por un lado, estaba deseando encontrármelo otra vez; pero, por otro, no quería volver a verlo jamás en la vida.

Al momento sentí en los cimientos de la casa las fuertes pisadas de Aixa subiendo a toda prisa la escalera.

—¡Localizado! —gritó eufórica al entrar en mi cuarto—. Esta misma calle, acera de enfrente. Segunda casa desde la esquina. Me meto en la ducha.

Salió de la habitación casi antes de terminar de hablar y sin darnos tiempo ni a contestar. Judith y yo la vimos marcharse y luego nos miramos la una a la otra durante apenas un segundo antes de correr hacia la ventana desde la que se veía ese tramo de calle que había dicho. Entre ese chalet y el que estaba justo delante del nuestro había justo cuatro más. No era una distancia demasiado grande, eran casas adosadas de dos en dos.

La última luz del atardecer amenazaba con desaparecer, pero las farolas ya se habían encendido y se podía ver con bastante claridad. Una figura subía las escaleras exteriores de la vivienda en cuestión mientras mi amiga y yo tratábamos de adivinar desde nuestra posición si era él o no. Algo muy difícil, puesto que solo lo habíamos visto una vez y un total de… ¿diez segundos? Se trataba de un chico, eso seguro, pero ¿era él? No llevaba gorra, era difícil de decir.

—¿Crees que es él? —le pregunté a Judith en un susurro.

—Ni idea, está demasiado lejos, no se ve nada —murmuró con su cabeza junto a la mía.

—¡Chhhhst!

Absortas como estábamos escrutando el final de la calle, no nos habíamos dado cuenta de que alguien nos observaba desde delante de mi casa y nos acababa de chistar. Nos giramos hacia el sonido y ahí estaba él, plantado en medio de la calle, con su gorra y su sonrisa.

—¡Hola! —gritó hacia la ventana de la que yo hui de inmediato, como si el exterior quemara.

—¡Hola! —berreó mi presunta amiga de vuelta—. ¡Perdona a Rebeca, es muy tímida!

Abrí la boca para replicar (escondida en el interior, por supuesto, me moría de la vergüenza solo de pensar en volver a asomarme), pero solo pude darle una palmada en la pierna y murmurar un «calla».

Oí la carcajada del chico como respuesta y Judith no tardó en volver adentro. Yo sentía el pulso acelerado y un sudor frío.

—Ya te vale, tía, ¿por qué has dicho eso? —farfullé intentando no ponerme a llorar de la impotencia—. ¡Qué vergüenza!

—Venga, Becky, no te enfades, era una excusa para decirle tu nombre. Para él ya no eres la monguer que iba caminando descalza por la carretera, ahora eres «Rebeca», la enigmática pelirroja vergonzosa. Se tomará como un reto superar la barrera de tu timidez. —Hizo un gesto sugerente con las cejas y yo solo resoplé, porque no veía ni medio claro su argumento y seguía pensando en el bochorno que iba a sentir si me lo volvía a cruzar.

Y quería volvérmelo a cruzar. No, no quería, por nada del mundo… O sí. Ay, qué difícil era todo a los diecisiete… y qué sencillo a la vez.

Judith y yo terminamos de vestirnos y nos quedamos mirándonos en el espejo. Pantalón corto y camiseta sin mangas, parecía ser el uniforme del verano.

—Ponte una más sexi, por si nos lo volvemos a cruzar —sugirió mi amiga echándome un vistazo a través del reflejo.

—Punto número uno, espero no volver a cruzármelo nunca más. Punto número dos, yo no soy sexi.

Y así era. Aunque le sacaba a Judith por lo menos cuatro dedos y a Aixa casi una cabeza, no era sexi. Era un palo, una jirafa, un espagueti… De todas esas formas me habían llamado en el colegio durante mi crecimiento, y eso no había cambiado. Era la chica más alta de mi clase desde hacía años, más alta incluso que casi todos los chicos. Y eso los intimidaba, o los alejaba, o yo qué sé, el caso es que nunca le había gustado a ninguno. Bueno, había tenido novio durante unos meses hacía ya un par de años, pero mejor ni recordarlo. Todos se fijaban en Judith, que era guapísima y tenía curvas donde había que tenerlas, no como yo. Y luego estaba Aixa, que era la que más pinta de niña tenía de las tres, pero lo compensaba de sobra con su desparpajo.

—Eres preciosa y supersexi —aseguró Judith—. Y al de la gorrita le has encantado.

—Ese chico me da igual, ni siquiera me gusta —aseguré.

Nos interrumpió la carcajada de Aixa, que volvía en ese momento de la ducha.

—No te lo crees ni tú. Te faltaba «el de la playa», y ya lo tenemos… Hay que averiguar cómo se llama.

Ahí me tuve que callar. Una de las consecuencias de no gustarle a ningún chico y de que ninguno se fijara en mí era que yo sí me fijaba en ellos de una manera enfermiza y nada correspondida. Y me gustaban. Mucho. Por aquella época, tenía un chico que me gustaba en cada lugar que frecuentaba. Estaba «el del colegio», que iba un curso por delante de nosotras y al que me dedicaba a observar en la distancia durante los recreos. Luego estaba «el de la academia de inglés» a la que iba por las tardes. Lo miraba disimuladamente durante las clases, aunque jamás me había atrevido a decirle ni una palabra. También tenía «el del pueblo», con el que tampoco había intercambiado jamás nada más que un par de miraditas, y que vivía en la aldea de mis abuelos, a la que yo iba durante las vacaciones de Semana Santa y algún fin de semana esporádico. Y ahora también estaba «este», porque parece que me faltaba «el de la playa». No necesitaba mucho más para fijarme en un chico: una mirada, una sonrisa y ¡pam!, ya me gustaba. A veces, no hacía falta ni que la mirada fuera dirigida a mí. Y este me había dicho *hola*, ya era bastante más de lo que había tenido con los otros a lo largo de un año.

—No sé qué hacer con mi pelo —interrumpió Judith mis pensamientos en ese momento. Aixa y yo la miramos y nos dio la risa.

—Otra permanente no —soltó Aixa y las dos nos volvimos a reír. Judith se ofendió, o al menos fingió hacerlo.

El pelo de esta última había sido motivo de risa durante todo el curso. Al terminar el verano anterior, había tenido la «brillante» idea de hacerse una permanente. Al segundo día ya se había arrepentido, y se pasó todo el curso cepillándose el pelo con fuerza para intentar alisarlo. Solo consiguió llevarlo cardado y encrespado a diario. Pero por fin, en el mes de marzo, la permanente casi había desaparecido y volvía a tener su pelo de siempre. Por eso nos sorprendió tanto a principios de abril, cuando volvimos de las vacaciones de Pascua y se lo había vuelto a rizar. Ni ella sabía por qué lo había hecho, pero Aixa y yo llevábamos de pitorreo con eso desde entonces, como es lógico. Por suerte, parecía haberse resignado a esa nueva condición y ya no se estiraba el pelo con el cepillo como una demente, había aceptado su impulsiva decisión y trataba de llevar esa permanente con la mayor dignidad posible. Ella decía que le sentaba fatal, pero en realidad era guapísima aun a pesar de un peinado desafortunado.

—Qué horror, estoy feísima —se quejó Judith.

—Sí, claro —ironizó Aixa—. Con tu pelo negro brillante, tus ojos azules y tu estatura de adulta estás feísima. Por no hablar de que tienes tetas, que ya es más de lo que podemos decir nosotras. Y yo, además, con mi pelo color caca, mis ojos color caca y mis dientes separados estoy divina… No te digo… Como te vuelva a oír quejarte de tu aspecto, no te vuelvo a hablar.

—Ni tu pelo ni tus ojos son color caca —me reí, con Aixa no se podía hacer otra cosa.

—Marrón y marrón… ¿De qué color es la caca? Ahí lo tienes —replicó cargada de razón.

—Sí que tenéis tetas —terció Judith.

—Menos que tú —se quejó Aixa.

—Dos, como todas —se rio Judith y nos contagió enseguida.

Terminamos de arreglarnos enseguida. La morena se recogió sus odiados rizos en una coleta alta. Aixa nunca había tenido paciencia para dejarse el pelo largo, así que simplemente se revolvió un poco su corto pelo «color caca» y ya estaba lista. Yo estuve a punto de hacerme las dos trenzas que acostumbraba, para ir más cómoda, pero por un momento pensé que quizá nos volviéramos a cruzar al chico de la gorra y no quería que, por color de pelo o peinado, me asociara a Pippi Calzaslargas.

—¿Por qué hay cuatro bocadillos? —le pregunté a mi madre con desconfianza cuando bajamos las tres a la cocina a por la cena. Ya me estaba temiendo lo peor.

—Porque te llevas a tu hermana —contestó de inmediato, como si estuviera esperando la pregunta. Y yo había acertado en mi suposición, aunque me habría encantado estar equivocada.

—¿Qué? ¡No! —protesté.

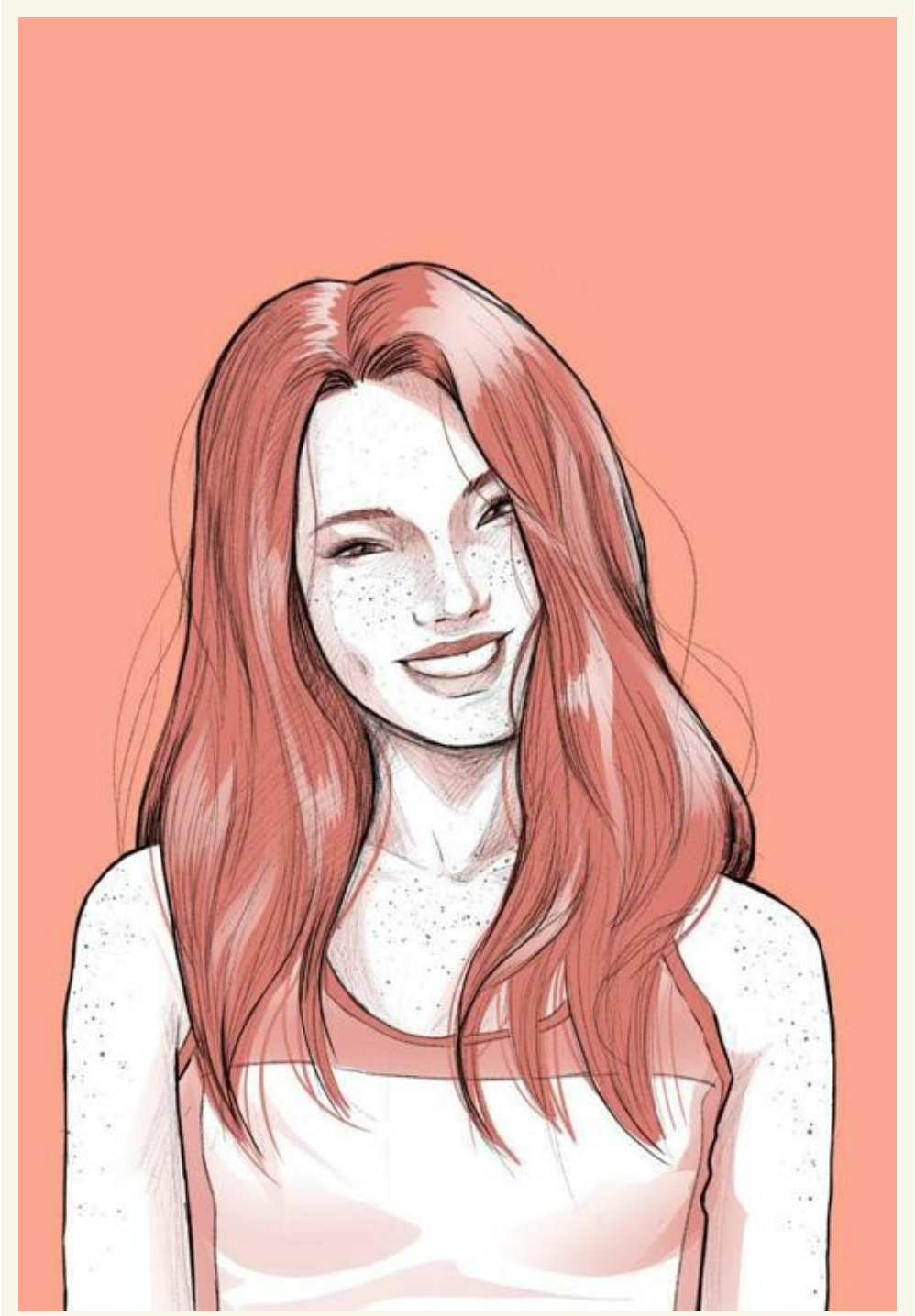
—O te llevas a tu hermana o no sales —sentenció mamá.

—Pero están aquí mis amigas, ella no pinta nada…

—O te llevas a tu hermana o no sales. Y no hay más que hablar.

Eva me sonrió con su cara de enana repelente desde detrás de mi madre y yo solo resoplé para dejar claro que no estaba de acuerdo en absoluto.

—Venga, nos llevamos a la pitufa, no pasa nada —aseguró Aixa. Tenía gracia que la llamara así porque, aunque mi hermana no era tan alta como yo, a sus casi quince años ya lo era algo más que mi amiga.



CAPÍTULO TRES

que me lo pregunte ella



Caminábamos por una calle bastante amplia, de estas de las urbanizaciones costeras por las que no pasaban prácticamente coches, y menos a las once de la noche. Mi insoportable hermana no paraba de hablar, mamá me había fastidiado la noche con su ocurrencia. No sé muy bien qué le estaba contando a Aixa, pero el murmullo de su voz era insufrible.

—Eva, cállate un poco, que estás agobiando.

—No me agobia —aseguró Aixa.

Refunfuñé y le di otro mordisco a mi bocadillo. ¿Por qué no nos habíamos sentado en algún sitio a comer y lo estábamos haciendo caminando por la calle? Ni idea, pero así era. Me había pasado con el bocado, notaba la boca llena de pan y apenas podía masticar.

—Los Goonies nunca dicen *muerto* —murmuró esta vez Judith.

Levanté la cabeza, aún masticando a duras penas y vi un grupo bastante grande de chicos que acababa de doblar una esquina y caminaba ahora por nuestra misma calle, pero en dirección contraria. Uno de ellos se separó del resto y vino trotando hacia nosotras. Sí, uno que llevaba gorra pese a ser noche cerrada. Intenté tragar lo que tenía en la boca, pero era tarea imposible sin haberlo masticado previamente, y era un bocado tan grande que apenas le dejaba margen de movimiento a mi mandíbula para hacerlo. No es que quisiera engullir rápidamente para poder hablar con él, tenía claro que no iba a ser capaz de pronunciar ni una palabra, pero tampoco quería que me viera con la boca llena de comida. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, el chico se había plantado frente a mí. No frente a Judith, Aixa o mi hermana, no. Frente-a-mí. Me detuve cuando vi que no tenía la intención de apartarse. Miré al suelo por puro instinto y él chasqueó los dedos delante de mi cara. La levanté sin apenas darme cuenta y lo miré a los ojos durante menos de un segundo, porque aparté la vista enseguida. Noté en ese momento que algo asomaba por la comisura de mi boca y emprendía camino hacia abajo. El aceite de los pimientos del bocadillo, como si lo viera. Aún con la boca llena, me pasé la mano por donde notaba el pringue. Él sonrió sin perderse detalle y yo solo quería que se me tragara la tierra o atragantarme con ese bocado y morir ahí mismo.

—Hola —murmuró—. Ahora no hace falta que contestes. —Me guiñó un ojo y se dio la

vuelta para volver trotando de nuevo hacia su grupo.

—¡¿Cómo te llamas?! —le preguntó Aixa con un grito más alto de lo necesario.

Él se dio la vuelta sin dejar de avanzar y me señaló con la cabeza.

—¡Que me lo pregunte ella!

Y yo, aunque no hubiera tenido la boca llena más allá de mis posibilidades y aceite chorreando por la cara, tampoco habría sido capaz de preguntarle nada. Solía quedarme muda en ese tipo de situaciones. A ver, que no es que fuera frecuente que un chico me pidiera a gritos que le preguntara su nombre. Me solía quedar muda delante de los chicos en general. De los chicos guapos, para ser más precisa.

—¿Vais mañana a la discomóvil? —preguntó a voces un chaval muy canijo que iba en su grupo.

—¡No nos la perdemos por nada! —devolvió Aixa el berrido.

Ellos siguieron su camino y, cuando el último de ellos giró la esquina y los perdimos de vista, me acerqué a una papelera a soltar todo lo que llevaba en la boca. Intentaba contener las ganas de llorar, pero no era nada fácil. Lágrimas de rabia, vergüenza, impotencia y frustración amenazaban con delatarme y yo no sabía qué hacer para impedirlo. Apreté los puños con fuerza hasta que me clavé las uñas en la palma.

—Tranquila, Becky, no pasa nada… —intentó tranquilizarme Judith. Puso una mano en mi espalda y ese gesto me reconfortó a medias.

—Yo creo que le gustas igual. Te hace ojitos —siguió Aixa tratando de sonar convincente y de que viera el mundo a través de ese optimismo suyo que, lejos de ser contagioso, no había quien se creyera.

—¿Te gusta ese chulito, Beca?

—¡Déjame en paz! ¡Tú ni siquiera deberías estar aquí! —le grité furiosa a mi hermana.

Y hoy, tantos años después, tengo claro que descargué en ella todos esos sentimientos hostiles que me asolaban. En mi defensa diré que no era una hermana fácil, siempre estaba intentando dejarme mal delante de mis padres para quedar ella mejor. Algo absurdo, por otra parte. No me iban a querer menos nuestros padres para quererla más a ella. No sé bien qué pretendía, pero el caso era que nunca desaprovechaba la oportunidad de recordarles a nuestros padres cualquier cosa que yo hubiera hecho mal. Por eso no tenía buena relación con ella y nunca quería que viniera conmigo y con mis amigas.

—Jolín, que solo te he preguntado que si te gusta… —se defendió.

No quise decirle nada más, porque corría el riesgo de ponerme a llorar. Era totalmente absurdo, lo había visto por primera vez esa tarde y no sabía ni cómo se llamaba. Pero a los diecisiete años todo es más grande, más intenso. Y así lo sentía yo, como el ridículo más espantoso de mi vida. Como si nunca fuese a poder mirarlo a la cara… Y ya no a él, sino a ningún chico del mundo.

Sí, por aquel entonces yo era toda intensidad.

Tras mi bochornoso incidente, decidimos ir a hablar de nuestras cosas (una de nuestras actividades favoritas en aquella época) a nuestro rincón más escondido para no volver a cruzarnos con nadie. Y funcionó. El resto de la noche fue mía y de mis amigas. Y de la pesada de mi hermana, claro. No sé por qué siempre me olvido de ella.

CAPÍTULO CUATRO

Lo harás



A la mañana siguiente, mientras mis amigas remoloneaban y mi hermana se dedicaba a hacerse la buena, mi madre me mandó a comprar. Iba yo sola por la calle, con la cabeza gacha y rumiando todo tipo de maldiciones hacia Eva, cuando pasé junto a una cancha de baloncesto rodeada de la típica valla metálica de cuadraditos. Un grupo de chicos jugaba un partido ya a esas horas tan tempranas, pero no les presté más atención, ofuscada como estaba en darle vueltas al hecho de que mi hermana tenía ya quince años y parecía no tener ninguna obligación. Qué bien se lo montaba la tía.

—¡Yeeeeeee, pelirroja! —oí gritar a alguno de ellos, y tras eso unos cuantos silbidos.

Solo sirvió para hacerme recordar el bochorno de la noche anterior y para que agachara más la cabeza, que ya debía de estar de un tono más intenso que mi pelo.

—¡Dejad a la chica! —Ay, mierda, esa voz solo la había oído tres veces, pero ya la reconocía —. ¡Chhhsssst! —Me volvió a chistar. Y yo quería convertirme en mariposa y salir volando de allí… O en escarabajo pelotero y huir rodando por el suelo, eso también me iba bien. El caso era desaparecer.

Aunque me habría encantado agachar la cabeza y apretar el paso hasta que me perdieran de vista, lo cierto es que un reflejo de mi desobediente organismo me hizo levantar la mirada y dirigirla al chico que había chistado y que ahora venía trotando hasta la valla. Se encaramó de un salto al murete de hormigón que sostenía la alambrada y enredó los dedos entre los cuadraditos. Estaba a poco más de un metro de mí, solo separados por un paso y un poco de aluminio.

—Hola —dijo como si fuera lo más normal del mundo, como si nos conociéramos o algo.

Gusanos, insectos, sapos y culebras se arremolinaban en mi garganta y amenazaban con salir en cuanto yo abriera la boca. Mis extremidades se habían quedado paralizadas, para mejorar la situación, y no me permitían huir. Abrí la boca, porque también empezaba a faltarme el aire, y un ruido extraño salió de ella.

—Hola. —Emití un sonido parecido a eso y a él una sonrisa le iluminó la cara bajo su gorra.

—Buen comienzo —susurró para que solo lo escuchara yo—. Te veo luego. —Me guiñó un ojo antes de bajarse de la valla y emprender el camino de vuelta. Apenas había dado unos pasos

cuando se giró de nuevo hacia mí, que me había quedado plantada como una mema mirándolo, y me dio un grito—: ¡¿No me lo vas a preguntar?!

Yo negué enérgicamente con la cabeza y él sonrió y me señaló con un dedo.

—¡Lo harás! —aseguró antes de volver con sus amigos.

Recibió vítores y palmaditas al llegar hasta ellos. Se rio entre dientes y giró la cabeza para mirarme por última vez. Me volví a morir de la vergüenza de que me pillara fijándome de nuevo en él y eché a andar (igual casi correr) camino de la tienda.

—Dejaos de rollos, vamos a seguir con el partido —lo escuché decir antes de salir casi corriendo hacia una calle desde la que ya no nos veríamos.

A la vuelta de la tienda, di un rodeo enorme para evitar la cancha de básquet. Sí, esa era yo.

Aun así, solo conseguí retrasar lo inevitable. Era una urbanización muy pequeña y por fuerza nos íbamos a volver a cruzar. Y así ocurrió tres veces más ese día. Veces en las que, por suerte o por desgracia, ya no iba sola. No tengo muy claro si la presencia de mis amigas en esos encuentros me tranquilizaba o me ponía más nerviosa.

Él aparecía corriendo de la nada, me soltaba su «hola» con esa sonrisa luminosa y, cuando ya se estaba marchando, insistía con su «¿no me lo vas a preguntar?». Yo negaba con la cabeza y él se reía y se marchaba.

Así fue hasta esa noche, la última que iban a pasar allí mis amigas, la noche de la discomóvil.

CAPÍTULO CINCO

amigos



La urbanización al completo se había reunido en el frontón-campo de futbito-cancha de básquet para la gran fiesta del verano. Dicho así igual parece mucho, pero en realidad no era para tanto, ni muchísimo menos. El caso es que estaba allí todo el mundo, desde padres y abuelos, hasta adolescentes y niños. Habían contratado para la ocasión un equipo de sonido bastante potente y un DJ. Todo el mundo estaba como loco, las casas llevaban poco tiempo construidas y era el primer verano que se hacía fiesta. Creo que la intención era que se empezara a crear un sentimiento de comunidad, pero, de momento, eso parecía lejos de ir a conseguirse. No sé si era el caso de todos los que veraneábamos allí, pero nosotros estábamos alquilados y era el primer año que optábamos por esa urbanización, apenas había dado tiempo a estrechar lazos. O eso pensaba yo, aunque lo cierto era que mis padres ya conocían a algunas parejas con las que habían quedado a cenar más de una vez. Mi hermana tenía una pandilla. Y mis amigas, las que habían venido de la ciudad a pasar unos días conmigo, ya estaban hablando y bailando con el grupo de chicos con los que nos habíamos cruzado en varias ocasiones. Así que, pensándolo bien, quizá el problema fuera yo y mi ineptitud social. A veces me resultaba increíble haber conseguido tener dos buenas amigas; aunque lo éramos desde niñas, quizás en aquella época yo era más hábil, no podía recordarlo.

Un chico bastante mayor que nosotras había sacado a bailar a Judith y el canijo descarado de la noche anterior estaba dándole la chapa a Aixa. Y yo me había quedado sola, ahí plantada, sin saber muy bien ni qué hacer con mis manos. Por suerte para mí, no había ni rastro del de la gorrita. Ya había acumulado suficiente humillación para el resto del verano.

Con cierto disimulo, fui dando pasos hacia atrás para alejarme del gentío. Muy sutil, nada evidente. Nadie reparó en mí durante el tiempo que duró la maniobra y pude escaparme sin problema. No fui muy lejos, me quedé al otro lado del muro del frontón. La música llegaba amortiguada y era mucho más agradable. Estaba casi a oscuras, pero lo prefería, el ambiente era muy acorde a mi estado de ánimo. No me importaba en absoluto que mis amigas estuvieran pasándoselo bien en su última noche aquí. Pese a mis taras, yo era consciente de que tenía un problema severo para socializar con desconocidos y me alegraba de que ellas no lo tuvieran. Aun

así, era incapaz de quedarme sola en medio de una fiesta, había necesitado huir, pero tenía intención de volver en un rato, cuando, con toda probabilidad, ya se habrían cansado ellas de los chicos.

Una figura apareció entonces por el extremo del muro sobre el que estaba apoyada y su sonrisa brilló bajo su gorra pese a la oscuridad que nos envolvía.

—Sabía que tenías que estar por aquí cerca —saludó en voz muy baja mientras se me acercaba.

Luego se sentó a mi lado en silencio, apoyó la espalda en la pared e imitó mi pose. Estuvimos así unos minutos.

—¿Me lo vas a preguntar? —dijo por fin. Sé que me hablaba a mí, pero tenía la vista fija en algún punto frente a nosotros, igual que yo.

Negué con la cabeza. Él me miró de reojo para comprobarlo y sonrió.

—¿Por qué no hablas? ¿Tienes algún trauma del pasado que te lo impide?

Se me escapó una risita nerviosa y volví a negar con un par de cabezadas. Se quitó la gorra y se revolvió un poco el pelo antes de ponérmela a mí y calármela hasta las cejas.

—Así estás protegida, apenas te veo la cara. Estoy convencido de que puedes hacerlo… Venga, Rebeca, pregúntamelo.

No sabía si reír o llorar. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que me fallara la voz? ¿Que se me atascaran las palabras? ¿Parecer tonta? ¿Ponerme a llorar? ¿Desmayarme?

Finalmente respiré hondo y me armé de valor para hacerle la pregunta que llevaba flotando entre nosotros desde el día anterior. Quise sonar firme, pero mi voz fue apenas un murmullo.

—¿Cómo te llamas?

Él sonrió con toda la cara y se arrodilló frente a mí, sentado sobre sus talones, y me tendió la mano.

—Soy Vic, encantado.

Mi mano temblorosa estrechó la suya y, pese a la corriente que sentí al tocarlo, me transmitió una cierta sensación de seguridad que me permitió preguntar:

—¿Como los bolis? —Sí, tal cual, para una vez que suelto una pregunta espontánea y es esa ridiculez. No fui consciente de la tontería que había dicho hasta que lo vi reírse.

—No —acompañó su negativa con un movimiento de cabeza sin soltar del todo la sonrisa—, con uve, de Víctor.

Me soltó la mano y volvió a sentarse a mi lado, esta vez con la cabeza girada en mi dirección.

—¿Qué haces aquí sola? —Me encogí de hombros por toda respuesta—. No te gusta la gente —afirmó, no fue una pregunta. Y mis hombros volvieron a responder por mí y mi locuacidad habitual—. Tienes que conocer a la gente para soltarte, ¿es eso?

Respiré hondo e hice un movimiento extraño con la cabeza que ni yo fui capaz de intuir qué significaba.

—Igual necesitas un amigo que vaya a pasar aquí todo el verano. Tu colega la canija me ha

dicho que ellas se marchan mañana, que te dejan sola.

Enterré la cabeza en mis rodillas y empecé a maquinar formas crueles de matar a Aixa. Él dio la vuelta a su mano, que estaba apoyada en el suelo entre nosotros, y la dejó descansando con la palma hacia arriba.

—Yo me quedo, puedo ser tu amigo si quieres. No hace falta que me des la mano, pero yo la dejo aquí por si te apetece.

La mía estaba apenas a un par de centímetros, pero ese gesto de él había sido suficiente para que empezara a sudar. No podía darle una mano sudada, era algo asqueroso. El corazón me latía en la garganta y tenía ganas de llorar de puros nervios. No me atrevía ni a mirarlo.

—Solo dime *sí* o *no*. ¿Quieres que sea tu amigo?

—Sí —murmuré con el *sí* más ridículo de toda la historia de los asentimientos.

Él fingió que yo había hablado como una persona normal cuando me preguntó:

—¿Todo el mundo te llama *Rebeca*?

Negué con la cabeza.

—En casa, Beca; y mis amigas, a veces Rebeca, pero casi siempre Becky.

Asintió y sonrió.

—Quiero algo especial, te llamaré Beck. Beck y Vic, Vic y Beck. A punto de convertirse en mejores amigos. —Me tendió el meñique y, no sé muy bien cómo, lo estreché con el mío.

Y así de fácil se coló Vic en mis vacaciones, en mi cabeza y en el resto de mi vida.

CAPÍTULO SEIS

lo que más me apetece



No puedo decir que arrastrar a Beck de nuevo a la verbena haya sido complicado. Que yo me habría quedado a solas con ella, pero uno de mis «amigos» de la pandilla se nos ha acoplado sin venir a cuento y me ha cortado todo el rollo. Tampoco es que yo tuviera intención de hacer nada, solo quería hablar un rato con ella los dos solos, pero no ha podido ser.

Ya de vuelta con el resto de la gente, intento que baile un rato conmigo la canción[1] que suena. Sus amigas lo están haciendo, pero ella no tiene intención. La cojo de la mano y me muevo un poco, para ver si así se lanza. Pero no. La música sube de intensidad y termino dando algunos botes a su alrededor, porque de verdad que me parece casi imposible no sentir la energía de esta canción en todo el cuerpo y permanecer estático durante la parte más potente. No se siente cómoda conmigo o no tiene la confianza suficiente. El caso es que cada vez que lo intento tengo la sensación de que ella lo está pasando mal, así que simplemente desisto, me rindo.

Me quedo plantado a su lado y espero paciente por si ella hace algún gesto o le adivino la intención de decirme algo. Pero no ocurre nada de eso, simplemente se queda ahí de pie pasándolo mal. Quiero abrazarla, para que se tranquilice, pero es más que probable que consiguiera el efecto contrario. Y también quiero besarla, eso es lo que más me apetece. Es una chica guapísima e impresionante. Tiene el pelo del color del fuego y unas piernas infinitas. Es tan alta como yo, o puede que incluso un par de centímetros más. Me gusta. Me encanta. La busco desde la primera vez que nos vimos. Y cada vez que la veo necesito decirle algo, aunque sea un cutre «hola».

A partir de mañana, que ya no estarán sus amigas, lo mismo está un poco más receptiva. O no, a saber. Pero no será por no intentarlo. Me he propuesto que este verano sea inolvidable y pienso cumplirlo. Y si es con esta chica, muchísimo mejor. Que la pandilla que he hecho en lo que va de verano no está mal, pero, cuando ella está presente, lo eclipsa todo. Tiene algo magnético, o quizá enigmático, que me atrae de manera inevitable. Y solo quiero ir donde ella me lleve.

CAPÍTULO SIETE

vente conmigo



Terminamos de cargar el coche de mis padres a primera hora de la mañana. Aguantaba las ganas de llorar, pero me dolía lo mucho que las iba a echar de menos.

—Lo bueno es que no te quedas sola, ahora tienes un «amigo» —sugirió Aixa con un gesto que supongo que pretendía ser sexi.

La fulminé con la mirada por haber dicho eso tan cerca de mi madre y de mi hermana. Después del momentito tras el muro de la noche anterior, Vic y yo volvimos a la fiesta y él se aseguró de que yo no me sintiese sola en ningún momento. A veces mis amigas venían hasta donde estábamos, en otros momentos se iban a bailar, pero él parecía estar pendiente de mí para dejarme espacio cuando volvían ellas y acercarse cuando se marchaban de nuevo. Me invitó a bailar y como lo rechacé de pleno, no insistió más. En un momento dado, se puso a hacerlo él delante de mí y, al ver que hasta eso me hacía ponerme roja, también lo dejó. Aun así, no pareció molestarle. Entre la cantidad de gente y el volumen de la música, apenas hablamos durante la noche, pero me sentí bastante cómoda en su compañía. Nosotras nos retiramos bastante pronto, pero ellos se quedaron un rato más.

Ya era domingo por la mañana y mis amigas se marchaban. Mis padres las llevarían a la ciudad y, de paso, a mi hermana también, que al día siguiente se iba de campamento. Yo no cabía en el coche, me dejaban sola un par de días. Eso no era problema para mí, muchas veces lo prefería e incluso lo necesitaba.

—Escríbenos y cuéntanoslo todo —me susurró Judith en un abrazo.

Suponía a qué se refería, pero me parecía absurda la petición. No creí que fuera a tener nada que contarles, yo no era de esas chicas a las que les pasaban cosas.

—Escríbele a ella —pidió Aixa al abrazarme después—, a mí me llamas y me cuentas detalles.

—No habrá nada que contar —aclaré al separarme de ella—. Esto va a ser lo más aburrido del mundo sin vosotras.

Tras las instrucciones de mi madre recordándome lo que ya sabía de sobra, subieron todos al coche y los despedí con la mano mientras los veía alejarse por nuestra calle. Me giré hacia la

puerta de nuestro chalet y solté un grito del susto que me dio encontrarme con esos ojos bajo la gorra que ya empezaba a conocer bien. Se rio al ver mi reacción. Estaba cruzado de brazos y apoyado en la puerta de la entrada a mi casa. No podía evitarlo ni queriendo, aunque, para mi sorpresa, no quería.

—Bien, un grito. —Sustituyó la carcajada por una sonrisa—. Un sonido espontáneo, es un buen comienzo… Hola.

—Hola —respondí más serena de lo que hubiera imaginado. Daba la impresión de que, si no estaban mis amigas y sus amigos, me sentía más cómoda.

—¿Qué planes tienes para hoy, «amiga»? —volvió a sonreír.

—Ninguno —confesé.

Negó con la cabeza.

—Ese sería tu plan antes de tener un amigo. ¿Quieres que vayamos con mi pandilla y te los presento o con uno de momento te va bien? Mira que soy el que más mola, si quieres solo uno, soy tu mejor opción. Pero, si quieres formar parte de un grupo, te los puedo presentar.

—Uno solo va bien —acepté con un hilillo de voz.

—Genial —volvió a sonreír—. Ponte el bañador y yo voy a por unos bocadillos. Comeremos en la playa.

Me guiñó un ojo y salió corriendo calle abajo. Se detuvo tras unos pocos pasos y se giró como si hubiera olvidado algo.

—¿Necesitas chanclas? ¿Te cojo unas?

—Tengo —aseguré.

—Guay, pues póntelas —se rio.

Mi cara se puso roja al recordar ese primer encuentro y me limité a asentir con la cabeza.

Apenas diez minutos después, estaba de nuevo en la puerta de mi casa con una mochila, su gorra y su sonrisa. Mis complejos y yo bajamos a encontrarnos con él con un pantalón corto y una camiseta encima del bañador.

—¿Vamos? —Tendió su mano hacia mí y yo dudé si cogerla.

Se le escapó una risita entre dientes antes de coger la mía sin permiso y tirar de ella mientras empezaba a caminar.

—No tengo nada contagioso —comenzó a explicar ya en movimiento—. Espero que más pronto que tarde te des cuenta de que soy una bellísima persona y un gran amigo. —Se giró a mirarme—. Pero, si te da asco mi mano, te suelto. —Se detuvo y se puso serio.

—No es asco, es… raro.

Soltó una carcajada y me apretó la mano más fuerte.

—Con lo raro podemos lidiar. —Me sacó la lengua y comenzó a andar más deprisa. Yo le

seguí el ritmo como pude.

Un par de minutos más tarde, llegamos a la playa y, ya con las chanclas en la mano, comenzamos a caminar por la orilla. Yo no tenía ni idea de a dónde íbamos, pero lo seguí. Por algún motivo, me resultaba fácil confiar en él. Era de esas personas que tienen un carisma especial que hace que sientas que los conoces de siempre.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, supongo que para prevenir el silencio incómodo que se podía formar en cualquier momento entre nosotros.

—Diecisiete.

—¿Qué curso vas a empezar en septiembre? ¿COU?

Asentí.

—¿Y tú?

—Igual —contestó—. ¿Ya sabes qué quieres estudiar?

—Ni idea —confesé—. ¿Tú?

—Traducción e interpretación —aseguró—. Me encantan los idiomas… ¡Quiero aprender decenas, centenas de idiomas!

—¡Centenas! —Me reí—. Qué exagerado, ¿no?

—Supongo —sonrió—, pero he conseguido que te rías, ha valido la pena la hipérbole.

—¿Hipérbole? —No quería parecer una paleta o una inculta, pero no sabía de qué me estaba hablando.

—Una hipérbole es una exageración… —intentó disimular una sonrisilla—. ¿Eres de ciencias?

Asentí con la cabeza.

—Pues vas a ser la científica más guapa de todas. —Me guiñó un ojo—. ¿Más de tipo ingeniera o rollo biología y tal?

—De las segundas, supongo, pero aún no lo tengo claro del todo…

Él sonrió antes de hablar.

—Ya te imagino con tu bata blanca y tus gafas de laboratorio: «¡necesito una probeta más grande, estas células no se van a desintegrar solas!».

—¿De dónde has sacado esa frase? ¿Se desintegran células en las probetas?

—Yo qué sé, me lo he inventado. Yo soy más de letras que la sopa —sonrió—. Venga, más cosas, que estoy en racha, me estás hablando mucho. ¿Color preferido?

—Azul, supongo —murmuré—. ¿El tuyo?

—Rojo. —Acompañó ese tono de voz de lo más sugerente con un movimiento de cejas y desvió por un segundo la mirada a mi pelo. Mi cara se tornó también de su color favorito al instante, por supuesto.

Era curioso, hasta cuando decía cosas que me avergonzaban un poco, como en ese momento, me sentía cómoda con él. No como con mis amigas de siempre, pero era algo muy parecido. Vic tenía ese poder, transmitía paz, comodidad, familiaridad. Pasar tiempo con él fue desde el

principio algo confortable y agradable. Incluso para alguien como yo.

—Seguimos —continuó—. ¿Película favorita?

—Mmm… No sé… *Los Goonies*, supongo… O *Regreso al futuro*. Las dos me encantaron. ¿La tuya?

—*Dentro del Laberinto*, sin duda. ¿La has visto?

Asentí.

—¡¿Y cómo puedes no elegirla como favorita?! Dime al menos que te gustó muchísimo o esta amistad está condenada al fracaso.

—La vi en el cine. Sí, me gustó mucho, pero casi no me acuerdo.

—¿Cómo es posible? Espera, te la recuerdo.

Se plantó delante de mí y yo me detuve por inercia. Sus ojos me miraban con intensidad cuando empezó a recitar:

—«Dame al niño».

Dio un paso hacia mí y yo uno hacia atrás. Se había puesto muy serio y parecía muy metido en el papel. Intenté no reírme, pero, en cuanto se puso a hablar, se me pasó la risa y me quedé como hipnotizada.

—«Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta el castillo más allá de la ciudad de los goblins, para recuperar al niño que me has robado. Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya y mi reino igual de grande… ¡No tienes poder sobre mí!».

Engoló un poco la voz en la última exclamación y alzó los brazos. Yo me reí para disimular la cara de boba con la que debía de haberlo mirado durante su interpretación.

—¿Cómo te puedes saber un trozo tan largo de memoria? ¿Cómo te acuerdas?

—Venga, te voy a confesar lo rarito que soy, ¿quieres? —Sonrió y yo asentí—. Esto es un secreto que no le he contado a nadie, una auténtica prueba de amistad, para que veas cuánto confío en ti… El caso es que fui a ver la peli al cine y me flipó. Así que unas semanas después volví a verla, pero esa vez con una grabadora de *cassette* en el bolsillo de la cazadora. Grabé el sonido de toda la película y he escuchado la cinta cientos de veces. En principio lo hice por las canciones, luego me atraparon también los diálogos. ¿Tú no te sabes ninguna película de memoria?

—Supongo que *Grease*… Mi amiga Aixa la tiene en vídeo y la vemos casi siempre que vamos a su casa.

—Dime al menos que crees que *Dentro del Laberinto* mola más que *Grease*…

—Supongo que sí, pero *Grease* me trae tantos recuerdos con mis amigas que la hace más especial, no sé…

—Estupendo —sonrió—. Solo tengo que conseguir que *Dentro del laberinto* te traiga recuerdos mejores, con tu nuevo amigo, para superar a *Grease*. Desafío aceptado.

Yo solo me reí como respuesta. Me encantaba lo ocurrente y divertido que era. Hasta lo rarito, con esa locura de grabar el audio de una película, me resultaba entrañable.

CAPÍTULO OCHO

tu burbuja



Caminamos durante un buen rato (calculo que un par de kilómetros) por la orilla del mar, hasta que llegamos a unas rocas que interrumpían el paso. Él me enseñó por dónde continuar para atravesar esas piedras que, en principio, parecían infranqueables. Llegamos a un recodo de la playa al que yo no había accedido nunca y que quedaba apartado tanto de la vista como de la compañía humana. Solo los pájaros y los peces sabían que estábamos allí. Pensándolo ahora, tantos años después, está claro que no fue la más brillante de las ideas. Él era un desconocido para mí, y yo me había dejado llevar a un lugar apartado de la civilización. Ni una sola persona sabía dónde estaba yo ni con quién. Podría haber hecho conmigo lo que le hubiera dado la gana y nadie se habría enterado. Por suerte para mí y mi poco conocimiento, él era justo lo que parecía; y se había propuesto a sí mismo conocerme y hacerme pasar un buen verano. Ya desde ese primer día lo consiguió.

Extendimos las toallas en la arena y yo me senté en la mía.

—¿No te bañas? —preguntó tras quitarse la camiseta y la gorra.

—Estoy bien, no tengo calor —mentí vilmente. Me estaba asfixiando bajo el sol y tras la caminata, pero ni siquiera me atrevía a quedarme en bañador.

—El pantalón y la camiseta te van a dejar una marca muy fea, y te vas a achicharrar viva.

—Da igual, estoy bien así. Tengo frío. —Sí, juro que dije eso.

Él soltó una carcajada que rebotó en todas y cada una de las rocas que nos rodeaban. Mi cara, por supuesto, decidió combinar en color con mi pelo ante la evidente pillada de mi trola.

—Te puedes quedar en bañador, Beck. Si te ayuda, prometo no mirar. —Se rascó un momento la nuca—. No, qué mierda de amigo, eso es una mentira. Eres la chica más guapa que he visto nunca, te puedo prometer «intentar» no mirar; pero no te aseguro conseguirlo.

Agaché la cabeza sin saber qué contestar o dónde meterme.

—Qué mierda de tío soy. Venga, vamos a hacer una cosa. Me voy allí al fondo y te doy la

espalda. Juro que no me voy a girar hasta llegar allá y que no me daré la vuelta hasta que me lo pidas. Tú solo quítate la camiseta y el pantalón y métete en el agua, no quiero que te deshidrates. ¿Vale?

Asentí con la cabeza y él, tras regalarme una de sus enormes sonrisas, se puso de pie y cumplió su parte del trato. Hice lo que él había dicho y, una vez en el agua, me atreví a gritar un «ya» a un volumen suficiente para que me oyera.

En cuanto se giró, me localizó al instante y echó a correr hacia el mar como si estuviera huyendo de alguien. Su velocidad se ralentizó en cuanto sus pies alcanzaron el agua y, unas cuantas zancadas después, se lanzó de cabeza hacia delante y emergió a un par de metros de mí.

—¿Cuánto me puedo acercar sin que te pongas nerviosa? —preguntó con su prudencia habitual mientras me regalaba una sonrisa que desdibujaba los límites entre lo simpático y lo canalla.

—El mar es de todos —contesté y creo que solo me oyó el tirante de mi bañador.

—Pero tu burbuja es tuya, no quiero invadirla… —Dio un paso hacia mí—. ¿Así bien?

Asentí y supongo que lo tomó como una invitación a dar otro.

—¿Mejor o peor?

No supe qué contestar. Una parte de mí quería lanzarse sobre él y eliminar por completo la distancia que nos separaba, pero otra solo quería huir lejos de allí. Al final, ganó esa tercera *yo* que acostumbraba a quedarse bloqueada a la menor oportunidad.

—Me quedaré aquí de momento, mientras no digas lo contrario —siguió él ante mi absurdo mutismo.

Yo tenía las rodillas algo flexionadas para que el agua me llegara casi hasta el cuello y él se había quedado como a un metro de mí.

—¿Seguimos con las preguntas? —Levantó las cejas—. Para conocerte como amiga…

—Vale.

—¿Vives aquí todo el año?

—No, en Valencia. ¿Y tú?

—En Madrid —murmuró sin dejar de mirarme a los ojos—. Mi madre ha alquilado el chalet solo este verano. El treinta y uno de agosto, nos volvemos.

Lo miré sin pestañear y sin saber qué decir. Mi amiga Judith sí habría sabido qué decir. Habría sido algo como un bufido seguido de «pfff, madrileño». Les tenía una manía enfermiza. Siempre que veía a alguien en la playa haciendo algo molesto, presuponía que era de Madrid. Aixa y yo a menudo le hacíamos bromas con eso. Pero en este caso, la procedencia de Vic no me hizo gracia por lo obvio. Porque por aquel entonces y a los diecisiete años esos trescientos cincuenta kilómetros eran una distancia abismal. Si de verdad terminábamos siendo amigos, no podríamos vernos más allá del verano. Estábamos a primeros de julio, faltaban todavía casi dos meses para eso, era preferible no pensarlo demasiado.

—Después puedo ser tu amigo por carta —continuó como si me hubiera leído el pensamiento

—, o por teléfono. Incluso me puedo pasar todo el año convenciendo a mi madre de que vuelva a alquilar ese chalet el verano que viene. ¿Eso te gustaría?

—Supongo que sí.

—Eso es genial, a-mi-ga —susurró y marcó cada sílaba de la última palabra sin apenas emitir sonido—. Más cosas, la pelirroja esa más pequeña que iba con vosotras el otro día… ¿Es tu hermana?

—Sí. —Intuyo que se me ensombreció un poco el gesto. Él soltó una carcajada.

—No os lleváis bien, supongo.

—Supones bien.

Se rio entre dientes.

—Yo con mi hermano también me llevo regular —siguió él—. Tiene tres años más que yo y se cree muy mayor. Es un chulo. A veces se pasa mucho conmigo.

—¿Y tus padres no le dicen nada?

—Mi padre se largó cuando yo era muy pequeño, ni lo recuerdo, así que poco tiene que decir. Y mi madre suele ponerse de mi parte, la verdad. Mi hermano dice que porque soy el pequeño y el mimado, pero yo sé que es porque siempre tengo razón. —Sonrió.

—¿No te dan un poco de envidia a veces los hijos únicos?

—Mmm, no sé yo… —Torció el gesto e hizo una mueca con la boca. Tenía los labios carnosos y brillantes por el agua del mar, los ojos se me iban ahí todo el tiempo—. También mola a veces poder echarles la culpa de algo.

Sacó los brazos del agua y se apartó el pelo de la cara. El flequillo le llegaba por debajo de los ojos y se lo tocaba a cada momento. Cantidad de gotas de agua se deslizaban por su rostro y su cuello, era algo hipnótico. No quería quedarme mirándolo, pero era un chico guapísimo, era difícil no hacerlo. Lo había visto pocas veces, pero ya casi podía reconstruir su cara sin tenerlo delante. La nariz no era muy grande, más bien tirando a pequeña; los labios, del grosor perfecto; y los ojos, oscuros. La mandíbula, marcada y la sonrisa más canalla y a la vez simpática del mundo. Ya en ese instante habría dado lo que fuera por poder retener ese gesto. Embotellarlo y llevármelo para el invierno. O congelarlo de alguna manera para volver a él una y otra vez… Por aquel entonces, no hacía falta, él tenía una sonrisa preparada para mí cada vez que lo miraba.

Me llamó la atención el reloj de su muñeca. Era lo único que llevaba, eso y el bañador.

—¿Es sumergible? —pregunté señalándolo con la cabeza.

Ahogó un grito y se llevó las manos a la boca. Yo entré en pánico también, pero él enseguida empezó a reírse.

—Es broma. Sí, es sumergible —aseguró aún entre risas.

—Tonto —resoplé e intenté parecer seria, pero el problema no era que me riera, era más bien que empezara a caerme la baba en cualquier momento. Era guapo, gracioso y divertido. Y yo, una inútil total en lo que a relaciones sociales se refería, y más aún con el sexo opuesto.

Una corriente de agua fría nos sorprendió de repente y se me puso toda la piel de gallina. A él

también. Tenía medio pecho fuera del agua y pude ver cómo su dermis se erizaba al mismo tiempo que la mía. Me habría encantado deslizar las yemas de mis dedos y notar su tacto, pero por supuesto no se me ocurrió hacer nada ni parecido ni de lejos.

—Joder, qué frío de repente, ¿salimos? —preguntó cuando empezaban a castañetearle los dientes.

Yo asentí e hice un amago de seguirlo hacia la orilla, pero de repente recordé el numerito que había hecho para entrar. Supongo que adivinó mis pensamientos, porque se rio entre dientes antes de hablar.

—A ver, Beck, voy a serte sincero. Ya te he visto en bañador. Yo y toda la urbanización, vaya. Llevo una semana aquí y tú has bajado a la playa todos los días con tus amigas. Vamos a normalizar esto. Prometo no mirarte como un pervertido y ya, ¿vale? ¿Te parece suficiente?

Asentí con la cabeza con una seguridad autoimpuesta, porque lo cierto era que, si quería seguir quedando con él, tenía que dejar de hacer el gilipollas y empezar a actuar con más normalidad. Vic me regaló una sonrisa de las suyas antes de poner una mano en mi espalda para animarme a salir del agua. Y yo sentí ese gesto en todo el cuerpo. Su mano ejercía la presión justa entre empujón y caricia. En realidad, no habría hecho falta, era evidente el camino que debíamos seguir y yo ya me había puesto en marcha, pero me gustaba ese contacto. La poca piel que quedaba bajo su mano ardía en contraste con el resto del cuerpo, que estaba helado. No interrumpió el roce hasta que estuvimos frente a las toallas. Se quedó mirándolas un momento, la mía era el doble de grande que la suya. No dudó en agacharse a por la que había traído él antes de sacudirla un poco y pasármela.

—Toma, sécate con esta, que tendrás frío. La tuya es más grande, yo creo que cabemos los dos.

Obedecí sin dudar porque notaba todo el cuerpo helado, incluidos los pezones como piedras. Y me dio la impresión de que él estaba haciendo un gran esfuerzo por mirarme a la cara. Terminé de secarme y, tras devolvérsela para que hiciera lo mismo, me tumbé bocabajo en mi toalla, todo lo pegada que pude a un lateral, para dejarle sitio a él, que no tardó en repetir todo el ritual que había hecho yo hasta quedar tumbado, bocabajo también y a mi lado.

Mi toalla era grande, aunque no tan amplia como para que pudiéramos estar los dos encima y que además hubiera algo de aire entre nosotros, con lo cual su hombro y su brazo se pegaron a los míos y, lejos de ser molesto, era de lo más excitante.

Nuestras caras estaban a apenas un palmo y nuestros hombros mojados resbalaban entre sí por el roce continuo. Él seguía haciéndome preguntas y contándome cosas de su vida. Mi atención se la disputaban sus historias y sus negras pestañas, tan largas, espesas y cargadas de gotitas de agua de mar. A veces se me desviaba la vista hacia sus labios, que se movían de un modo muy sexi mientras hablaba. En especial, la manera en la que pronunciaba la *b* cada vez que decía *Beck* provocaba un gesto de lo más sensual. Me habría encantado tener el valor de atrapar sus labios con los míos, aunque, por supuesto, no lo tuve. Ya no era solo que no fuera capaz de

tomar ese tipo de iniciativa, a eso se sumaba que hacía más de un año de mi último beso, y los recuerdos que guardaba de aquello ni siquiera eran buenos.

—Me encanta tu pelo —dijo en un momento dado mientras enredaba un mechón, que ya estaba casi seco, entre sus dedos—, porque no es naranja como el de muchos pelirrojos, es rojo oscuro, es como fuego.

—A mí me gustaría que fuera más… «discreto» —confesé.

—Es perfecto —susurró.

Nos bañamos un par de veces más, nos comimos los bocadillos y nos tumbamos al sol varias veces a lo largo del día. No dejamos de hablar todo el tiempo. No paraba de contarme cosas y de hacerme preguntas para obligarme a hablar a mí. Hacia media tarde, yo estaba ya mucho más relajada que por la mañana, e incluso saqué un par de temas de conversación. Era una persona de trato muy fácil, justo lo que yo necesitaba.

Un soplo de brisa fresca nos hizo darnos cuenta de que empezaba a atardecer. Todavía nos quedaba un buen camino de vuelta, así que lo más prudente era volver.

—Deberíamos irnos —sugerí, aunque lo que de verdad me apetecía era quedarme allí con él.

—Sí, tienes razón —le tembló un poco la voz y se rascó la nuca. Se giró en la toalla para mirarme a la cara—. ¿Te puedo hacer la última pregunta?

—Claro.

Contra todo pronóstico, me pareció que ahí era él el que se ponía rojo. Agachó la cabeza antes de lanzarse:

—¿Tienes novio?

Negué con energía, algo absurdo puesto que no me estaba mirando. Al final me dirigió la vista sin levantar la cabeza y vio mi negativa. Hizo una mueca divertida con la boca antes de murmurar:

—Mejor.

CAPÍTULO NUEVE

hacerse la sexi



Los días que siguieron a ese primer encuentro, no nos separamos el uno del otro. Mis padres habían vuelto y yo tenía que pasar por casa a determinadas horas, pero pronto Vic y yo establecimos una nueva rutina. Me esperaba a las diez de la mañana al final de la calle, justo por donde había que girar para ir a la playa. Yo no quería que mi madre o mi padre lo vieran y empezaran a hacer preguntas de por qué quedaba todos los días con el mismo chico. El caso era que desde ahí emprendíamos el camino hasta nuestro lugar especial, donde estábamos solos, y nos dedicábamos a hablar y a bañarnos con la tranquilidad de saber que nadie iba a aparecer en nuestro rincón del mundo.

Luego volvíamos a comer cada uno en su casa y nos veíamos de nuevo por la tarde, para dar un paseo por la playa o por una zona arbolada que no quedaba lejos. Cuando empezaba a anochecer, pasábamos cada uno un momento por su casa a por un bocadillo que nos comíamos juntos en el banco de un parque. Alguna noche, Vic traía una toalla y nos íbamos a cenar a la playa a oscuras.

Estuvimos así durante casi dos semanas. Nos habíamos vuelto inseparables. Tras los primeros días, yo ya me sentía casi tan relajada con él como con una de mis amigas.

Al nervio insano que me había hecho sudar tanto y querer morirme en su presencia, lo había sustituido un cosquilleo en el estómago que se activaba cada vez que se mordía la mejilla por dentro o me miraba a través de sus espesas pestañas. También cuando se reía a carcajadas o cuando me tocaba con cualquier excusa como ayudarme a pasar por algún sitio, chocarse conmigo por accidente o fingir que nos peleábamos. Los días se repetían y nuestra rutina tácita me había ido templando los nervios en su presencia. No había ningún otro sitio en el que yo quisiera estar.

Una noche que me dijo que tenía que cenar en su casa por fuerza, aproveché para acercarme a la cabina de la urbanización (sí, así nos las gastábamos en los ochenta en las zonas de veraneo) y llamar a Aixa a la casa de sus abuelos en el pueblo, donde iba a pasar el verano.

—Tía, qué fuerte, cómo pasas de mí. —Fue su saludo en cuanto le hice saber que era yo la que llamaba.

—No paso, es que he estado liada —me disculpé—. Se me ha pasado.

—¿Liada? ¿Haciendo qué?

—Nada en realidad, solo quedando con Vic todo el rato.

—¡¿Qué dices?! ¡Necesito detalles! —chilló a través del auricular y, pese a que a punto estuvo de dejarme sorda, me reí.

—No hay mucho que contar. —Le resumí en pocas palabras lo que habían sido los últimos días. En parte porque habían sido casi todos iguales y en parte porque el teléfono de la cabina se tragaba las monedas con una avaricia insana.

—Tía, tía, tía, qué fuerte, qué fuerte ¡¡qué fuerteeeeeeeeeee!! ¡¿Estáis saliendo?!

—No… Bueno, no sé, yo creo que no.

—¿Crees? Pues deberías saberlo, ¿no? —La oí descojonarse al otro lado de la línea—. A ver, estáis todo el día juntos, ¿correcto?

—Sí —confirmé.

—Ajá. ¿Os habéis enrollado?

—No.

—¿Ni un beso?

—No.

—¿Ni uno pequeño en la mejilla?

—No. —Enfaticé mi negativa con la cabeza pese a que sabía que no podía verme.

—Vale, pero ¿tú quieres enrollarte con él?

—Es que lo dices así y suena feo —me quejé como la pava que era yo por aquel entonces.

—Vale, lo preguntaré de otro modo: ¿quieres que Vic te bese?

Respiré hondo y asentí.

—Sí —me atreví a admitir por primera vez.

Ella soltó un gritito como respuesta antes de volver a hablar.

—Tía, creo que es la primera vez que te oigo decir eso de un chico… Bésalo tú, igual es paradito.

—No, no, ni de broma, ¡qué vergüenza! Paso. Si quiere, que me bese él. Si no, seguiremos como hasta ahora. Yo no voy a dar el primer paso. Además, que ya ni me acuerdo de la última vez, seguro que lo hago mal. Igual Raúl me dejó por eso, porque besaba mal…

—Raúl es un gilipollas y no es ni de lejos tan guapo y tan simpático como este. Qué pena que sea de Madrid, porque molaría un montón que apareciera un día por el instituto a buscarte y el Raúl de las narices se quedara con cara de lo que es viendo cómo te has ligado a un tío que le da mil vueltas…

—Bueno, de momento no me he ligado a nadie…

—Es cuestión de días, estoy segura. Tú, cuando quedes con él, hazte la sexi.

Solté una carcajada del todo involuntaria.

—¿Qué es «hacerse la sexi»? —seguí riéndome. Aixa siempre conseguía hacerme reír, daba

igual de qué estuviéramos hablando.

—Pues le pones morritos —por el cambio en la vocalización entendí que los estaba poniendo ella—, pestañea mucho, ríete exagerado cuando diga alguna tontería y le tocas el brazo como quien no quiere la cosa… Y dile algo así como «ay, Vic, qué gracioso eres» —añadió impostando la voz en lo que supuse que era un intento de sonar sexi.

—Eres muy pava —me reí yo también—. No voy a decir ni a hacer nada. Si quiere que pase algo, que sea él el que empiece. Me preguntó si tenía novio, pensé que igual era porque yo le gustaba, pero ahora creo que fue por curiosidad, que en realidad solo quiere ser mi amigo…

—Uy, sí, tu amigo. —Soltó otra carcajada—. Lo que pasa es que habrá visto que eres supertímida y querrá ir despacio para no asustarte… Pero ese tío quiere ser algo más que tu amigo, ya te lo digo yo que vi cómo te miraba…

—Serán imaginaciones tuyas. —Negué con la cabeza—. Yo no lo creo.

—Oh, sorpresa —resopló en el auricular—. Bueno, si quieres nos apostamos algo a que la próxima vez que me llames será para contarme que te ha besado.

—Lo dudo.

—No vale que le hagas la cobra para ganar o que me mientas, ¿eh? Si te besa, me lo tienes que contar.

—Vaaaaaaale, si pasara, que no va a pasar, te lo contaré a ti la primera. Tengo que colgar, que se me acaban las moned…

Me quedé con cara de tonta escuchando el sonido que informaba del fin de la llamada.

Tardé solo un par de minutos en llegar al lugar en el que había quedado con él. Ya estaba allí esperándome con la sonrisa más grande que le había visto hasta la fecha y un periódico en la mano.

—¡Mira! —Lo abrió entusiasmado y me mostró la página que le interesaba en cuanto me senté a su lado.

Era la cartelera, la sección en la que informaban de las películas que proyectaban en los diferentes cines de la zona. Señaló uno en cuestión y tuve que apartar un poco su dedo para leerlo. Bajo el nombre de un pueblo que me sonaba, pero que no tenía ni idea de cómo de lejos estaba, se leía:

«Sábado 15 de julio. 22h.

Cine de verano.

Película: Dentro del Laberinto».

Me cogió la mano antes de hablar:

—¿Quieres venir al cine con tu nuevo y mejor amigo a crear recuerdos especiales con la película más increíble de la historia?

CAPÍTULO DIEZ

as the world falls down



La tarde en cuestión que habíamos quedado para ir al cine de verano, acudí a la hora acordada a la esquina donde nos encontrábamos siempre y él ya estaba allí. En esa ocasión, me tocaba a mí llevar los bocatas y me dijo que él se ocupaba del desplazamiento. Sus instrucciones habían sido que me pusiera pantalón largo y zapatillas. Él iba vestido con una camiseta negra algo ajustada, un pantalón vaquero que le sentaba increíblemente bien y unas botas negras de malote. Sí, botas en julio, a mí también me sorprendió. Me susurró uno de sus habituales «hola» casi sin sonido y tiró de mi mano para obligarme a seguirlo. Lo hice entre risas sin saber muy bien qué tramaba, pero deseando averiguarlo. Llevábamos dos semanas pasando los días juntos, casi la totalidad del tiempo que estábamos despiertos, mi confianza en él era total y absoluta. Se detuvo en el callejón que había junto a su casa, donde una moto y dos cascos nos esperaban.

—¿Y esto? —pregunté confusa.

—Es mi moto, la comparto con mi hermano. Casi siempre la lleva él, también porque para estar por aquí no me hace falta. Pero esta noche la necesitaba, así que me toca… —sonrió y me enseñó la lengua—. ¿Qué te parece? La he sacado de casa y la he traído hasta aquí por si uno de tus padres espiaba por el balcón y la veía y no le parecía bien… Mi madre es muy guay para estas cosas, pero entiendo que hay otros padres que no lo son.

—Exacto —sonreí—, mis padres serían seguro de los que no, pero no vamos a darles la oportunidad de demostrarlo.

Cogí el casco que me tendió y me lo coloqué. Él hizo lo mismo y arrancó la moto. Me subí a su espalda y me agarré fuerte a su cuerpo. Lo rodeé con los brazos y fingí tener más miedo del que en realidad tenía. Lo cierto era que no estaba asustada, me fiaba de él, pero si fingir tener respeto por un vehículo motorizado de dos ruedas me servía de excusa para abrazarle fuerte la cintura y enterrar la cara en su espalda, lo haría y disfrutaría el momento.

Llegamos al pueblo donde se proyectaba la película sin perdernos ni una vez. Casi parecía que

fuera él el de la zona y yo la que vivía en la otra punta del país. Localizamos enseguida la pantalla en la plaza del pueblo y comprobamos que una gran multitud de niños y adolescentes se apiñaban en una enorme (de altura y anchura) escalera de piedra frente a ella. Desembocaba en una segunda altura donde se encontraba un parque que ya estaba desierto. La gente mayor que había acudido a la plaza con sus propias sillas se habían situado entre la pantalla y los peldaños de piedra.

No fue fácil subir por la escalera esquivando a todos los que estaban allí sentados, pero Vic me dio la mano durante todo el ascenso. Tuvimos que escuchar algún «forasteros» durante el camino. Siempre me ha parecido graciosa esa expresión cuando la usan en los pueblos pequeños para referirse a alguien de fuera, no puedo evitar imaginarme a los recién llegados (en ese caso, nosotros) como personajes de una peli del oeste.

El parque estaba desierto. Nos sentamos en los columpios y nos comimos los bocatas en un silencio cómodo.

—¿Vamos a ver la peli aquí sentados? ¿Sin apoyar la espalda? —pregunté con fingida indiferencia, pero con una preocupación real. Yo me había montado mi propia película en la que estábamos sentados mucho más cerca y a mitad de la proyección él me pasaba el brazo por encima de los hombros. Las probabilidades de que eso pasara si estábamos cada uno en un columpio eran casi nulas.

—No, ven. —Se puso de pie y lo seguí hasta el tobogán—. Siéntate ahí. —Señaló el final de la rampa, la parte que estaba casi plana, y yo obedecí sin entender muy bien qué pretendía.

De una zancada, pasó una de sus largas piernas al otro lado del tobogán y se quedó sentado justo detrás de mí.

—Puedes apoyarte aquí si quieres. —Me cogió por los hombros y me reclinó contra su pecho —. Estarás más cómoda.

Vale, eso era muchísimo mejor que lo de rodearme con un brazo.

Uno de sus pies descansaba en el suelo y el otro lo había subido al lateral del tobogán y quedaba junto a mi rodilla.

—¿Qué es esto? —pregunté al pasar los dedos por unas chapas metálicas en sus botas.

—Piezas de mecheros —se rio entre dientes—. Mis colegas del barrio, de Vallecas, cada vez que se les gasta un encendedor, le quitan la parte de metal y «pa las botas del Vic».

—¿Fumas? —pregunté en un tono quizá más sorprendido de lo que pretendía.

—No, yo no —susurró junto a mi cara—. Igual por eso soy el elegido y usan mis botas como lienzo.

—Nunca había visto hacerle esto a unas botas —murmuré mientras pasaba los dedos de nuevo por los trocitos de metal.

—Ni lo verás. Son únicas, nadie más tiene unas como las mías. —Su sonrisa era de orgullo, de felicidad quizás… No habría sabido decir si por las botas en sí o porque se acordaba de sus amigos.

La música que indicaba el comienzo de la película nos hizo interrumpir la conversación y pasar a prestarle toda nuestra atención a la pantalla. Las farolas se apagaron y nos quedamos tan solo iluminados por la proyección. Él no tardó en rodearme con sus brazos y tirar un poco de mí hacia atrás.

—Apóyate en mí, estarás más cómoda —susurró con su cara junto a la mía. A continuación, descansó la barbilla en mi hombro—. Si te agobio o te doy calor, me lo dices.

Asentí en silencio, pero estaba muy lejos de sentirme agobiada o incómoda. Inquieta, por tenerlo tan cerca, puede ser. Esperanzada, por si pasaba algo entre nosotros, quizá. Excitada, por ser tan consciente de su olor y su tacto, sin duda.

Aguantó gran parte de la película en la misma posición, lo que debió de resultarle muyincómodo, ya que él no tenía dónde apoyar la espalda y además cargaba con mi peso. A pesar de ello, no se quejó ni un momento. Susurraba algún comentario cuando se le ocurría, cantaba las canciones en voz baja y me acariciaba los brazos de vez en cuando. Parecía que no se diera ni cuenta, como si no fuera con él, pese a que yo sí era muy consciente de cada caricia.

Le vibraba el pecho y, por proximidad, a mí la espalda cada vez que se reía. Llegó una escena en la que a la protagonista le daban un melocotón envenenado y empezaba a fliparlo como si estuviera en un baile de máscaras. En ese momento, Vic comenzó a deslizar las yemas de los dedos con suavidad por mis brazos. Se me erizó y endureció la piel de todo el cuerpo. La música[1] resonaba tan fuerte que la sentía rebotando en mi pecho. Cerré los ojos cuando una de sus manos siguió subiendo y alcanzó mi nuca. Sus dedos jugueteaban perezosos en mi cuello de un modo despreocupado, pero yo tuve que juntar las piernas y apretarlas con fuerza para liberar un poco la tensión que sentía. Su otra mano subió entonces hasta mi clavícula y empezó a imitar los movimientos de su compañera. Yo quería gemir, pero me contuve más allá de lo que me creía capaz. Quería que la mano que tenía en la parte delantera bajara hasta colarse dentro de mi camiseta de tirantes, necesitaba que me tocara mucho más de lo que lo estaba haciendo, pero no parecía tener ninguna intención. Y yo sentía que llevaba un colocón del mismo nivel que el de la chica de la película.

—*As the world falls down* / *Falling, falling, falling* / *Falling in love* /*As the world falls down* —canturreó la canción casi en un susurro—. Me encanta este juego de palabras, ¿lo pillas?

—No sé tanto inglés —dije como pude, porque lo último en lo que estaba pensando yo era en ponerme a intentar entender una canción en inglés y traducirla.

—«*As the world falls down*» quiere decir ‘mientras el mundo se desmorona’, luego dice «*Falling, falling, falling*» que es ‘cayendo, cayendo, cayendo’, luego «*Falling in love*»… ‘Enamorándose’. Cayendo, enamorándose, mientras el mundo se desmorona… Pero dicho tan bonito… *As the world falls down* / *Falling, falling, falling* / *Falling in love* /*As the world falls down*… ¿No te lo parece?

Asentí con la cabeza y él retiró la mano que tenía en la parte delantera de mi cuello, aunque mantuvo en el sitio la que estaba detrás.

—Beck, mírame —susurró.

Yo me moví con torpeza y giré un poco sobre mí misma para hacer lo que me había pedido. Me devolvió la mirada durante apenas un segundo y, al instante, la mano que todavía tenía en mi nuca me atrajo hacia él. Me besó como si fuera lo más natural del mundo, como si no hubiera ninguna otra opción en ese momento. Sus labios eran suaves; su beso, dulce. Pese a eso, gemí. Solté los gemidos que llevaba reprimiendo durante toda la película, y estos se intensificaron cuando su lengua se abrió paso para buscar la mía. Emití un sonido demasiado escandaloso para lo ocupada que estaba mi boca y él sonrió durante un segundo, justo antes de que le cambiara la respiración y su mano libre se aferrara a mi cintura. La que tenía en mi cabeza me cogió con más fuerza y el aire que él exhalaba lo hacía casi en forma de jadeos. Más o menos como yo. Mis manos se movieron hasta su espalda y lo atraje un poco hacia mí de forma inconsciente.

—Beck. —Se separó de mis labios lo justo para murmurar—: yo quería hacer esto bonito, pero me lo estás poniendo difícil. —Me dio un beso muy suave, apenas un roce—. ¿Vemos el final de la película?

—Ya la hemos visto —susurré, y él se rio tan fuerte que algunos de los niños que estaban en la parte superior de las escaleras que había delante de nosotros (aunque a cierta distancia) se giraron a ver qué pasaba.

—¿Qué quieres hacer? —Su pregunta nos devolvió en un momento los roles que habíamos adoptado la primera vez que nos vimos. Él con su sonrisa canalla y yo roja como mi pelo.

Me encogí de hombros sin saber bien qué decir. Me sonrió de nuevo y volvió a girarme para que siguiéramos viendo la película. Me rodeó con sus brazos, de un modo mucho más íntimo que antes, o así lo sentí yo, y permanecimos en esa posición hasta que terminó la filmación.

Caminamos de la mano hacia donde habíamos aparcado la moto y él no dejaba de hablar de la historia que acabábamos de ver. Lo notaba algo nervioso, también lo estaba yo. No sabría decir si en su caso era por la euforia que le provocaba la peli o porque no sabía cómo afrontar que el aire entre nosotros hubiera cambiado tras ese beso.

Llegamos a nuestra urbanización y él volvió a aparcar la moto en el callejón. Nos despedimos allí por si alguno de mis padres estaba asomado al balcón. Yo prefería no andar con él por mi calle y tener que dar demasiadas explicaciones de por qué iba siempre con un chico y siempre el mismo.

—Bueno, hasta mañana —murmuré con la esperanza de que él hiciera algo más.

—Hasta mañana, Beck —susurró como respuesta con una sonrisa radiante.

Me giré algo decepcionada por una despedida como las de todas las noches anteriores y di un primer paso para alejarme de él. Siempre he sido muy evidente al mostrar mis sentimientos, incluida la decepción, y no quería que él lo notara.

—Espera. —Tiró de mi mano y me obligó a girarme en un único movimiento.

Vi su sonrisa más canalla durante apenas un segundo antes de que me besara de nuevo. Sus manos rodearon mi cintura y las mías subieron hasta su cuello. Lo oí gemir… ¿o quizá fui yo? Me apretó contra él… ¿o quizá eso también fui yo? El caso es que nos fundimos en un beso dulce y lento. No quería que terminara, pero tampoco podía alargarlo demasiado. Era mi hora de llegar a casa y estábamos en plena calle. Sin duda, no era el momento.

—Buenas noches, Beck —murmuró junto a mis labios al separarse de mí.

—Buenas noches, Vic —sonreí como una tonta y me alejé de allí corriendo, porque si no me separaba rápido de él, corría el riesgo de no hacerlo en toda la noche.

CAPÍTULO ONCE

como cada mañana



La mañana siguiente tardó una eternidad en llegar. Quizá porque no dormí casi, ocupada como estaba repitiendo en mi mente una y otra vez tanto el beso que nos habíamos dado durante la película como el del momento de despedirnos. La sonrisa tonta que se me había dibujado en la cara era la puerta de salida a todas esas fantasías que se estaban formando en mi cabeza. Algo había cambiado entre nosotros y yo no podía estar más feliz por ello.

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo por no acudir a nuestra cita antes de la hora acordada, no quería parecer ansiosa, por mucho que lo estuviera. Cuando por fin llegó el momento, salí de casa como cada mañana y rumbo al mismo lugar. Lo encontré donde siempre, puede que más guapo de lo normal. Me recibió su sonrisa canalla, también como cada mañana.

—¿Vamos? —preguntó en el mismo tono de siempre, como si nada hubiera cambiado entre nosotros.

A mí se me cayó el alma a los pies, aunque traté de disimularlo todo lo que pude. Mientras caminábamos por la playa de camino a nuestro rincón secreto, él iba recordando cosas de la noche anterior. Casi habló solo de la película, todo el tiempo. Pero ni una mención a ese beso mágico que para mí había supuesto un antes y un después. Para él, como si no hubiera existido.

No me tocó en todo el camino, ni siquiera se rozaron nuestras manos por accidente, como solía pasar a menudo. Parecía que evitara tocarme. Quizá se había arrepentido de lo de la noche anterior y no quería malentendidos. Quizá uno de los momentos más bonitos de mi vida para él había sido solo un error que quería evitar repetir por encima de todas las cosas. Quizá no le había gustado. Quizá yo era la chica que peor besaba de todas a las que había besado. Sí, sería eso. Yo había estado como una tonta haciéndome ilusiones toda la noche y él quería dar el asunto por olvidado.

Me tragué las ganas de llorar durante todo el camino. Apenas pronuncié palabra más allá de algún monosílabo cuando me preguntaba directamente. No quería que el tono o el temblor de mi voz delatara mi decepción, mis ilusiones frustradas, las fantasías absurdas que me había montado durante la noche.

Él no paraba de hablar y, con cada comentario o historia que no tenía que ver con lo que a mí

me parecía lo más importante de todo, yo lo sentía un poco más lejos, como si él estuviera abriendo una zanja entre nosotros para dejarme claro cuál era mi lugar en su vida, cuál era e iba a seguir siendo nuestra relación. Éramos amigos. Punto.

CAPÍTULO DOCE

coger carrerilla



Parezco gilipollas. Me he pasado la noche casi sin dormir fantaseando con el momento de volver a verla. He imaginado las mil maneras posibles de saludarla ahora que ha cambiado todo entre nosotros. Se me han ocurrido un millón de besos diferentes con los que darle los buenos días cuando la viera aparecer en nuestro callejón. Un beso lento, suave, romántico; uno intenso, desesperado; uno impulsivo que la acorralara contra la pared… Pero ¿qué he hecho? Nada. Y menos mal, porque me ha faltado esa nada para cagarme encima. De repente, toda la seguridad que he sentido durante la noche se ha esfumado. Tenerla delante de mí me ha hecho dudar hasta de mi nombre. No he reaccionado a tiempo y la cara de decepción que ella intentaba disimular no ha hecho sino dejarme claro que ha pasado el momento. Ahora tengo que encontrar de nuevo el adecuado, pero estoy tan nervioso que no paro de hablar de gilipolleces que no tienen nada que ver con lo importante de verdad.

Ella está cada vez más seria y yo más nervioso. Tiene que estar notándolo en mi voz y en los sinsentidos que salen por mi boca. Pero no dice nada, vuelve a ser la Beck silenciosa de los primeros días. No, joder, estamos volviendo hacia atrás, y todo por mi culpa. Se supone que a los tíos nos toca la seguridad en nosotros mismos y la iniciativa. Pues me cago en esa norma, me parece superinjusta. Yo no siento nada de eso, pero mi papel es fingir que sí, porque encima me he colado hasta los huesos de la chica más tímida del mundo. Aunque conmigo hace días que ha dejado de ser así… Hasta este momento.

El camino por la orilla de la playa nunca se me había hecho tan largo. Creo que se me va a secar la garganta de tanto hablar, aunque nada coherente o interesante sale de mi boca. Cada vez que intento que ella se una a la conversación, obtengo un atragantado monosílabo como respuesta. Aguanta una sonrisa falsa que se le va a venir abajo en cualquier momento. Hemos pasado juntos el tiempo suficiente como para que yo reconozca ya cada uno de sus gestos. Beck no es una chica muy habladora, pero aun sin hablar consigue decir mucho, o yo alcanzo a entenderla.

Camino un poco más alejado de lo que es habitual en mí porque el corazón me late tan fuerte que siento que me palpita hasta la cabeza. Si me acerco más a ella, lo oirá fijo. Juro que yo

escucho mi propio corazón rebotando a lo loco dentro de mi cuerpo. Y luego están las manos, que me tiemblan y me sudan como si esa fuera su única utilidad en la vida, poner en evidencia mi estado de nervios.

Beck tiene tal cara de acelga que creo que va a vomitar, o a decirme que se encuentra mal y que se vuelve a casa. Pero no pasa nada de eso. Aguanta como una campeona el interminable camino que nos separa de nuestro rinconcito perdido mientras me escucha decir una gilipollez detrás de otra. En un día cualquiera, haría rato que habría buscado una excusa cutre para tocarla, pero esta mañana estoy demasiado ocupado pareciendo imbécil.

Atravesamos con la cautela de siempre las rocas que nos separan de nuestro destino y que disuaden al resto de veraneantes de descubrir nuestro paraíso privado. Cuando por fin alcanzo la arena, me armo de valor y me giro hacia ella, que está a punto de bajar de la última piedra. Es apenas un pedrusco poco más alto que un escalón, con el que ella no ha tenido jamás ningún problema. Pero estoy ya desesperado, así que me vengo arriba y la cojo por el talle para ayudarla a descender. Y me quedo así, para dejarle claro lo tonto que soy, con mis manos en su cintura, una vez que ella está a mi mismo nivel en el suelo. Lleva un bikini deportivo, el que menos me gusta de sus trajes de baño, pero le deja la piel adecuada al aire. Donde ahora descansan mis manos sudadas. Toda la piel del vientre y de los costados se le pone de gallina. ¿De asco por mis manos sudadas? Seguro que sí. ¿Se puede poner la piel de gallina por repulsión? Igual soy el primer baboso en comprobarlo, qué triste.

Quiero atraerla hacia mí, pero temo que se me resbalen las manos por el estado en que se encuentran, así que solo las aprieto en su cintura para afianzar el agarre y respiro hondo.

—Beck. —El sonido sale estrangulado de mi garganta.

—¿Qué? —El suyo también.

—Te he mentido desde el principio —suelto a bocajarro, he decidido ir a por todas sin pensarlo demasiado.

—¿En qué? —Apenas un murmullo, casi ni la oigo. Cierro los ojos y me lanzo al vacío. Si no lo digo yo, ella desde luego no va a hacerlo.

—Nunca he querido ser tu amigo. —Silencio largo y tenso antes de un gorgorito en la voz para la puntilla final—: quiero ser tu novio.

Ya está dicho. No ha sido lo más romántico del mundo, pero he dejado la cosa clara por mi parte. Que igual ha quedado un poco infantil, pero prefiero que no haya margen a la interpretación. Con el clásico «¿quieres salir conmigo?», que puede parecer más maduro, uno puede pensar que lo que es salir, ya salíamos, porque ya nos pasamos todo el tiempo juntos desde hace dos semanas. Lo que yo necesito es que quede claro que quiero que nuestra relación cambie y, aunque suene infantil, quiero que sea mi novia, así que esa ha sido la mejor manera que se me ha ocurrido. Bueno, eso y que los nervios no me han dejado mucha opción, lo he soltado tal como me ha salido. Ahora falta su respuesta, no voy a quedarme tranquilo mientras no sepa a qué atenerme. Si me rechaza, lo pasaré fatal, pero al menos ya no viviré con esta incertidumbre.

De repente, lo veo claro: me va a decir que no. ¿Quién le diría que sí al baboso de las manos sudadas? A ella se le escapa todo el aire de los pulmones y yo me atrevo a mirarla. Sonríe. O eso parece.

—Di algo —suplico con toda mi inseguridad escapando en forma de cataratas hacia su cintura.

—Yo también —murmura de un modo apenas audible.

Ahí soy yo quien deja salir todo el aire. De alivio. Ha sido rápido. Después de lo que ha parecido una eternidad diciendo tonterías, he arrancado la tirita de cuajo. Y me ha dicho que sí. A mí. La chica más guapa, más dulce, más tímida y más encerrada en sí misma me ha dicho que sí, me está abriendo la puerta de su corazón, de todo su mundo.

—Vale —sonrío. Mis manos siguen aferradas a su cintura—. Entonces, ¿ya puedo besarte siempre que quiera sin ponerme nervioso ni pedir permiso?

Las suyas suben hasta agarrarse a mis brazos.

—Sí, por favor —casi suplica con sus ojos fijos en los míos.

Pero no me abalanzo sobre ella, como habría sido lo normal en esta situación. No. Me lo tomo con calma. Necesito mentalizarme de que va a volver a ocurrir. La miro. Respiro hondo y sonrío, con esa sonrisilla de medio lado que he ensayado tantas veces delante del espejo. Ella aprieta sus manos alrededor de mis brazos y me da la impresión de que intenta tirar de mí. Le puede la prisa, pero solo consigue que el gesto de mi boca se acentúe.

—Tranquila, que voy a hacerlo —aseguro en un tono tan sobrado que no sé cómo no me manda a la mierda en este mismo momento. De repente, la confirmación de que ella siente lo mismo que yo me ha cargado de valor, aunque aún tengo que terminar de creérmelo—, pero necesito coger carrerilla.

Se le escapa una sonrisa y es la señal que necesito para cubrir su boca con la mía. La abre al primer roce y se le escapa un fuerte gemido cuando nuestras lenguas se encuentran. Y yo lo veo claro: podría morir de inanición por dedicarme todo el día a besarla, podría alimentarme solo de esto. Moriría, pero sería un cadáver feliz.

CAPÍTULO TRECE

la mejor sensación del mundo



Me encanta el cambio en nuestra relación. Llevamos varios días así, y yo procuro no hacer el imbécil más de lo necesario. Ahora la beso en cuanto la veo, cada mañana. Cada minuto de cada mañana, para ser más exactos. Y lo mismo cada tarde y cada noche. Tardamos más del doble de tiempo en llegar a nuestra playa, porque desde que cambió el aire entre nosotros, aunque hacemos el camino de la mano, paramos un montón de veces a besarnos. Y no me canso. No me sobra ni uno de los miles de besos que nos damos a lo largo del día.

Hoy lleva un bañador blanco que me encanta porque le deja la espalda al aire. Se ha soltado el pelo y el sol se refleja en ese color rojo tan intenso que tiene y parece que esté en llamas. Igual que yo, pero yo por dentro. No puedo estar con ella y no sentir que voy a prenderme fuego en cualquier momento, es humanamente imposible.

Llegamos a nuestro rincón perdido, soltamos las cosas en la arena y nos vamos directos al agua. Ella camina delante de mí, despacio, dejando que el agua la vaya mojando poco a poco. Supongo que está de puntillas para evitar el momento de sumergir la barriga. Es lo que más le cuesta siempre, se le corta la respiración y todo. No sé muy bien por qué tiene esa manía de sufrir tanto, tirarse de golpe es mucho mejor. Creo que lo mejor es echarle una mano.

Llego hasta ella en dos zancadas y la abrazo por la espalda. Da un respingo, supongo que intuye lo que se viene.

—Coge aire, Beck —susurro en su oído mientras la agarro más fuerte.

—¡No, Vic! —grita y su tono tiene matices de risa y pánico.

—Uno, dos…

La escucho coger una bocanada de aire y hago lo mismo antes de dar un salto y sumergirnos a los dos en el agua. Está un poco fría. El contraste de temperatura entre el frescor del líquido que nos envuelve y el calor de su piel pegada a la mía es el equilibrio perfecto. Volvemos a salir a la superficie, pero todavía no la he soltado. Aflojo un poco los brazos cuando noto que quiere darse la vuelta, y lo hace, pero no la libero del todo.

—Idiota —se ríe y me tira un poco de agua a la cara.

Yo solo sonrío y la beso, porque hace por lo menos tres minutos de la última vez y no lo

puedo soportar. Rodea mi cintura con sus piernas y yo deslizo mis manos por ellas, de la cadera a los tobillos, creo que podría rodearme dos veces.

—¿Tienes las piernas más largas del mundo? —pregunto justo antes de darle un mordisquito en el labio. Durante un segundo me parece escuchar algo parecido a un gruñido y ella intenta bajarlas, pero las retengo en el sitio para impedirlo—. Eh, ¿qué pasa?

Niega con la cabeza y mira a algún punto detrás de mí. Se ha puesto seria y eso no me gusta.

—¿Qué pasa, Beck? Mírame, ¿he dicho algo que te ha molestado?

—Nada. —Me regala una sonrisa de lo más falsa—. Que ojalá no fuera tan alta —suspira.

—¿Por qué? A mí me encantan tus piernas y toda tú —aseguro con toda la sinceridad del mundo, porque no cambiaría ni uno de sus muchos centímetros.

—¿No te molesta que sea más alta que tú? —Me mira con suspicacia.

—Mmm, no me parece algo significativo… A ver, ¿cuánto mides?

—Uno setenta y siete.

—Yo, uno setenta y cinco. Dos centímetros, no me parece mucha cosa… Además, soy tan guapo que lo compenso…

Ella suelta una carcajada y me besa.

—Lo dices de broma, pero sí que lo eres. —Se ríe, pero al momento se pone seria otra vez—. ¿Y si no he terminado de crecer?

—Pues es probable que yo tampoco, ¿no se supone que los chicos nos desarrollamos más tarde y crecemos durante más tiempo? Pues ya está, solucionado…

—¿Y si no?

—Pues… —Hago una pausa para besarla—. Si, por lo que sea, yo ya no crezco más y tú sigues creciendo sin parar… —la vuelvo a besar—, iré todo el día en patines… O me compraré una escalera para darte besos como este… —Me inclino hacia ella y en este me recreo un poco más—. Y si al final resulta que creces mucho más que yo y terminas sacándome una cabeza —ella pone una mueca de disgusto y yo hago un esfuerzo para no reírme—, cuando nos casemos, serás tú la que me llevará en brazos a mí al cruzar el umbral. —Suelto una carcajada.

—¿Cuando nos casemos? —Pestañea un par de veces.

—Claro —asiento—. A ver, no será inmediatamente, esto no es una petición —me río—. Pero, dime la verdad, que no te influya el riesgo tan alto de partirme el corazón con tu respuesta —ella sonríe con mi tontería y eso ilumina el día un poquito más—, ¿te imaginas casándote con otro? ¿Te imaginas rompiendo conmigo y pasando el resto de tu vida con otra persona?

—No —murmura a la vez que niega con la cabeza muy despacio para enfatizar.

—Estamos de acuerdo, entonces —sonrío—. Este año será el más difícil, estaremos separados por fuerza. Pero, a partir del siguiente, ya seremos mayores de edad los dos. Me vendré a estudiar a Valencia, o te vienes tú a Madrid, tenemos todo este curso para decidirlo… Y nos vamos a un piso de estudiantes o algo… O, si vengo yo, me voy a un piso de estudiantes y tú te quedas en casa de tus padres, y ya nos iremos a vivir juntos cuando acabemos… Pero cerca,

Beck, porque este curso va a ser chunguísimo, pero a partir del que viene pienso estar pegado a ti todo lo que pueda…

Y ella se lo toma literal y se acopla más a mí para besarme con una intensidad equivalente a mis palabras. Y yo, que ya estaba medio empalmado solo con el abrazo, llego a un punto en el que pienso que este bañador me va a estrangular los huevos. Hago un gesto involuntario de dolor a la vez que emito un gruñido.

—¿Qué pasa? —pregunta ante mi ruidito.

—El bañador, que me está un poco pequeño —me río—. No encontraba el otro y no se me ha ocurrido pensar que… Bueno, que me apretaría demasiado y me haría sufrir tanto…

Ella se pone seria y mira a nuestro alrededor, como para comprobar si estamos solos, aunque, en esta playa diminuta escondida entre las rocas, siempre lo estamos.

—Quítatelo si quieres mientras estemos en el agua. Prometo no mirar —sonríe.

—Prefiero el dolor y seguir abrazado a ti —aseguro.

—No voy a dejar de abrazarte porque te quites el bañador, podemos seguir igual —murmura como en un jadeo y se frota un poco contra mí.

Se me escapa todo el aire de los pulmones al escucharla y, de lo cachondo que me pone la combinación de sus palabras y su gesto, noto un estrangulamiento genital que me podría llevar al desmayo. Me desplazo hasta las rocas que tenemos más cerca, con ella abrazada a mí y sus piernas rodeando todavía mi cintura.

—Vale, me lo voy a quitar o te juro que me da un yuyu o algo del dolor.

Ella asiente y me libera de sus piernas, pero no se aleja más de un palmo. El agua nos llegará a la altura del pecho, pero tenemos las piernas flexionadas y solo asomamos la cabeza. Me lo quito enseguida y el alivio es inmediato. Respiro hondo y sonrío. A la liberación que necesitaba se suma el placer de estar desnudo en el mar, algo que no había experimentado nunca y que me resulta tan cómodo como excitante. Saco la prenda con una mano y la suelto sobre las rocas.

—¡Qué gusto! —grito—. Te juro que he vuelto a nacer.

Ella se ríe y vuelve a enroscarse sobre mí.

—¿Ya no te duele? —pregunta con esa voz tan suave que quiero callar a besos.

—Qué va —jadeo al notar el contacto de su cuerpo sobre el mío.

Solo la fina tela de su bañador nos separa y me encantaría que no fuese así.

Tengo un problema importante con ella, y es que, por un lado, la veo como algo sagrado e intocable, la pondría en un pedestal y me dedicaría a adorarla, porque es tan bonita, tan dulce y tan especial que solo quiero abrazarla y tratarla con cariño para que se sienta bien todo el tiempo; pero, por otro lado, despierta a cada momento mis instintos más animales y me apetece hacerle una cantidad de guarradas que contradicen por completo justo lo que acabo de pensar. Supongo que estar enamorado implica esta dicotomía, pero lo cierto es que no me había pasado nunca y no tengo con qué comparar.

Ella desliza las manos por mi espalda y mi cuerpo entero reacciona a sus caricias. Yo hago lo

mismo hasta el borde de su bañador. Se arquea bajo el tacto de mis dedos y, con ese gesto, tanto su pecho como toda ella se pegan más a mí. Ronronea de gusto y temo correrme solo con escucharla. Las puntas de mis dedos se aventuran bajo la tela. Suben por los costados de su bañador hasta los tirantes. Los cuelo un poco más, descansan en sus hombros, y un movimiento sería suficiente para bajarle la prenda hasta la cintura. Ese solo pensamiento ya me nubla la mente y tengo que concentrarme para no visualizarlo. Sin soltar los dedos de sus tirantes, deslizo los pulgares por su clavícula y ella emite un gemido que me recorre entero y agita mi entrepierna. Me mira con un gesto que no sé interpretar y sonríe un poco antes de susurrar:

—¿Qué tal es estar desnudo en el mar? ¿Qué se siente?

—Alivio —la beso—, libertad —la vuelvo a besar—, emoción —una vez más—, excitación —el último, por ahora—. ¿Por qué? ¿Quieres probar tú también? —bromeo.

Ella se pone roja, mira hacia los lados con su timidez de vuelta y se muerde el labio.

—A lo mejor —murmura.

Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones en algo parecido a un rebuzno de animal, es probable que sea lo menos sexi que haya escuchado una chica tan guapa jamás.

—¿Lo hago? —Sonríe y me mira a los ojos.

—Puede que sea la mejor y la peor idea que hayas tenido en tu vida —aseguro con sinceridad.

Ella suelta una carcajada que le corto con un beso al que siguen otros, muy cortos, muy rápidos. Me aferro a sus tirantes emocionado y aterrorizado a partes iguales por la incertidumbre de lo que va a ocurrir.

—Cógelos fuerte, que no se te caiga. —Afianza mis manos en su bañador y se separa de mí.

Se va alejando mientras saca los brazos de la prenda. Luego coloca los pies en mis caderas e impulsa hacia atrás todo su cuerpo. Mis nudillos rozan su piel, desde los hombros hasta los tobillos, durante los escasos segundos que dura el proceso.

Y aquí me he quedado yo, con su bañador en la mano y a dos metros de ella, que se ríe como nunca antes la había visto reír.

—¡Es una sensación rarísima! —Me señala antes de añadir—: ¡no lo pierdas!

Yo niego con la cabeza y dejo su bañador en la roca con cuidado junto al mío.

Ella flota y se desplaza hacia atrás en el agua, se aleja de mí. Se sumerge y vuelve a salir. Me mira y se ríe.

—Vic —me llama desde allí, no necesita gritar, no estamos muy lejos—. A que no me pillas… —me desafía antes de darse la vuelta y comenzar a nadar.

Tardo un par de segundos en reaccionar, en los que me coge mucha ventaja. Echo a nadar detrás de ella. Se desliza en el agua como una sirena, con gracia y velocidad. Yo la sigo con movimientos torpes, el agua nunca ha sido mi medio, y no estaba en estos momentos con la cabeza en ponerme a hacer ejercicio, me ha pillado demasiado por sorpresa.

La distancia entre nosotros va aumentando pese a que ella se detiene de vez en cuando a

mirarme y a reírse. Desvía la ruta y vuelve hacia donde estábamos al principio, cerca de la roca donde hemos dejado los bañadores. La distancia entre nosotros comienza a disminuir, y yo no creo que se esté cansando, creo que me está dejando ganar, creo que quiere que la coja. Avanza muy despacio cuando yo hago un último esfuerzo para impulsarme hacia delante y la atrapo. Mis manos resbalan por su cuerpo sin saber muy bien por dónde cogerla, estamos los dos desnudos y es tan raro como excitante. Quería cogerla por la cintura, pero creo que le he tocado el culo sin querer. Bueno, sin querer tampoco, más bien sin intención.

—Perdona —me río entre dientes para quitarle importancia mientras afianzo mis manos alrededor de su talle—, quería cogerte por la cintura. No pretendía pasarme de listo.

—¿Pasarte de listo? ¿Por qué? —Se gira a mirarme mientras habla y en el proceso su piel se desliza bajo mis dedos. Juro que es la mejor sensación del mundo.

—Por tocar donde no debo —farfullo y trago saliva algo avergonzado.

Ella se ríe y, antes de que pueda darme cuenta, se abraza a mí con brazos y piernas.

—Puedes tocar lo que quieras, Vic —murmura contra mis labios con todo su cuerpo pegado al mío. Y yo estaba equivocado hace un segundo, esta sí es la mejor sensación del mundo.

Y no sé si ha sido una petición disfrazada de sugerencia, pero mis manos lo interpretan así y comienzan a deslizarse por toda su piel. Por-toda-su-piel. A ella se le ha cortado la risa de golpe y solo emite jadeos que acompañan mis movimientos. Acaricio su espalda y me aventuro un poco hacia delante. Ella se separa de mí lo justo para que pueda colar las manos entre nosotros y acariciarle el pecho. Cierra los ojos y jadea más fuerte cuando rozo sus pezones. Y nuestras respiraciones se mezclan justo antes de que nos traguemos la del otro en un beso que empieza lento, pero termina ansioso. Mis manos vuelven a su espalda y comienzan a descender. Ella se pega de nuevo a mí y todo su cuerpo inicia un movimiento rítmico contra el mío. Su piel contra la mía, su pecho contra el mío, su sexo contra el mío… No estoy dentro de ella, pero ni siquiera hace falta. Ahora sí, esto sí que tiene que ser la mejor sensación del mundo, por fuerza, de verdad que no puede haber nada mejor. Sin cambiar el ritmo ni un ápice, una de mis manos se aventura sin permiso hasta la abertura entre sus piernas. Tanteo con cuidado sin saber muy bien qué hacer, porque nunca he tocado nada ni parecido. Solo acaricio la entrada, sin atreverme a nada más, pero parece ser suficiente porque tanto su respiración como sus movimientos se aceleran. Su roce contra mí me va a llevar a la locura, y yo solo quiero pensar en cosas muy desagradables para no hacer un destrozo, pero de verdad que ahora mismo es casi imposible pensar en nada más. Y que mi Beck parezca poseída por el espíritu de una actriz porno no ayuda nada a mi propósito. Me voy a correr con ella pegada a mí, y eso es de ser muy cerdo, pero tampoco me veo capaz de separarla de mí y cortarle esto, que parece que a ella le está gustando mucho.

Lleva su mano sobre la mía y me la mueve hasta donde quiere.

—Ahí, Vic —jadea—. Déjala ahí. Aprieta… un poco…

Obedezco como creo que me indica y ella se mueve tanto y tan fuerte que en los últimos vaivenes sus tetas salen casi del agua por completo. Si no me he corrido todavía creo que es por

lo flipado que estoy con esta situación.

Al fin se tensa entre mis manos y emite un grito-gemido-alarido sordo con algo parecido a «Vic» como único sonido reconocible y eso ya me hace perder la cabeza del todo. Mi última neurona funcional se ocupa de que una mano acuda a retener el orgasmo que me sobreviene a lo bestia, en oleadas del placer más salvaje, como un animal, con ella todavía sobre mí y yo convulsionando una y otra vez en un éxtasis que parece que no va a terminar jamás.

En cuanto parece haber acabado, me desplazo un poco por el agua, porque nunca me había corrido en el mar y no sé por dónde puede salir esto. Agito las manos bajo el agua y las limpio en mis propios muslos. Parece absurdo, pero por si acaso. El movimiento se ha detenido, ya solo nos fundimos en un abrazo mientras se van calmando nuestras respiraciones.

—Te quiero, Beck. —La aprieto fuerte para que no tenga ninguna duda. No he elegido el momento más romántico para decirlo, pero, si no lo hacía ya mismo, corría el riesgo de que me reventara el corazón.

—Y yo a ti, Vic —asegura ella—. No quiero que acabe el verano.

—Ni yo —murmuro antes de que una mano invisible me aprisione el pecho y mis ojos se llenen de lágrimas.

CAPÍTULO CATORCE

en casa de vic



Me daba mucha vergüenza ir a casa de Vic, pero él me había asegurado que su madre no estaría, que se había marchado con unas amigas a hacer una escapada y estaría fuera todo el fin de semana. Y por su hermano, por lo visto, tampoco teníamos que preocuparnos porque no solía pasar mucho por allí.

Su chalet estaba equipado con muebles de formica sesenteros (hasta para finales de los ochenta eran anticuados) sin aparente sentido. Parecía más bien que habían ido recogiendo piezas de aquí y de allá y con eso habían decorado la casa. Supuse que era algo típico en los chalets alquilados para vacaciones, pero no podía asegurarlo, ya que el que habían alquilado mis padres era más bonito.

Subimos hasta su habitación y no me sorprendió encontrar más de lo mismo. Una cama pequeña y bastante cutre, un armario cuyas puertas no cerraban bien, un escritorio con una silla y una cómoda sobre la que había un radiocasete que no pegaba nada con el resto.

—Esto te lo has traído tú, ¿no? —Pulsé el botón de la pletina para que se abriera.

—Claro —asintió—. Estuve meses ahorrando para comprármelo.

La volví a cerrar y le di al botón (más bien palanca) de reproducir. La música[1] inundó la habitación y él me sonrió. Luego me rodeó con sus brazos y comenzamos a mecernos al ritmo de la canción, porque aquello creo que no podía llamarse *bailar*. Al momento, nos estábamos besando de un modo lento y lánguido. Teníamos la casa para nosotros, no había ninguna prisa. Sus manos subieron por mi espalda y comenzó a sonar otro tema[2] en el radiocasete que invitaba a moverse más deprisa.

Se escuchó entonces el ruido de la puerta de la casa y que alguien silbaba una canción[3] en el piso de abajo que se mezclaba con la que teníamos puesta nosotros y creaba una cacofonía extraña. El sonido se fue acercando, acompañado del de unas pisadas subiendo la escalera.

—Mierda, el gilipollas de mi hermano. Espérate aquí, ahora vengo.

Salió disparado de la habitación y me quedé allí sola. Curioseé un poco el dormitorio, pero tampoco había mucho que ver, así que simplemente me senté en la cama a esperar que volviera. Me llegaban sus voces desde el pasillo, pero, en la distancia, con la puerta cerrada y la música[4] a

un volumen normal, distinguía solo frases sueltas.

—*Uuuuuuuh, Víctor tiene noooooooovia…*

—*… Calla, gilipollas. Lárgate.*

—*¿Está buena? Quiero verla…*

—*Ni de coña.*

La puerta se abrió de golpe y una cabeza flotante con una cara parecida a la de Vic, pero con el pelo más largo y desgreñado, se asomó y me sonrió desde allí.

—Hola, cuñada. Yo soy el hermano buenorro.

Me dio entre risa y vergüenza ese comentario y me prometí a mí misma no putear a Eva de esa manera si alguna vez me veía en una situación parecida. Antes de que pudiera seguir hablando, unas manos lo cogieron del cuello de la camiseta y lo sacaron de allí.

—*Uuuuuuuh, pelirroja. Es muy guapa y muy sexiiiii…*

—*Pírate, imbécil.* —*La voz de Vic sonaba nerviosa.*

—*Cojo lo que he venido a buscar y me largo. Toda la casa para vosotros… No hagas nada que yo no haría, pero no seas nenaza y haz lo que yo sí haría.*

Las últimas palabras sonaron ahogadas por su propia carcajada y un gruñido de mi chico. Al momento, Vic volvió a entrar en la habitación con la cara más colorada que le había visto nunca.

—Perdona si te ha dicho alguna impertinencia. Es gilipollas —gruñó al sentarse a mi lado sobre el colchón.

—No me ha dicho nada, es gracioso…

Vic resopló como respuesta. Parecía que se llevaban entre ellos tan bien (o tan mal, más bien) como Eva y yo. Nos quedamos callados el uno junto al otro mientras oíamos a su hermano trastear en la habitación de al lado y cantar, esta vez sí, la canción[5] que sonaba en nuestro radiocasete. Vic refunfuñó y se levantó a parar la música. Me hizo gracia, y más todavía la queja que llegó a través de la pared.

—*¡Eh, me habéis cortado el hilo musical!*

—Que se pire ya, joder —protestó Vic al volver a sentarse a mi lado.

Nos quedamos en silencio escuchando a su hermano tararear la canción que ya no sonaba y, al momento, volvió a asomar solo la cabeza.

—Me piro ya y os dejo solos, tortolitos… No vendré en toda la noche. Os dejo esto por si acaso, haced buen uso, chaaaaaaaaao.

Soltó algo encima del escritorio que había junto a la puerta antes de cerrarla. Lo escuchamos bajar las escaleras a toda velocidad y luego llegó hasta nosotros el sonido de la puerta de la calle al cerrarse. Vic y yo no nos atrevíamos ni a mirar los tres condones que nos había dejado sobre la mesa. Un silencio denso se había instalado entre nosotros.

—Ni puto caso —dijo él por fin—. Es imbécil… No te he traído aquí para eso.

—Claro, lo sé —aseguré con la voz algo temblorosa.

Se giró hacia mí y volvió a besarme, con mucha calma, de un modo muy dulce. Se separó de

mí y me miró a los ojos mientras respiraba hondo.

—Tú… ¿lo has hecho alguna vez? —acompañó su pregunta con un gesto de la cabeza hacia la mesa donde su hermano nos había dejado el regalito.

—No —apenas murmuré—. ¿Y tú?

—Tampoco. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué no? ¿No has querido o no ha surgido? —Nunca había escuchado su voz tan insegura.

—Las dos cosas —expliqué—. El único novio que he tenido fue hace casi un año, y me daba un poco de miedo hacer «eso» y que algo saliera mal. Quería por lo menos ser mayor de edad…

—Claro —asintió—. Pues el verano que viene, que ya seremos mayores de edad los dos, mucho mejor.

Quise decirle que eso era lo que pensaba antes y que con él no me importaría hacerlo ese verano, pero su rotundidad me disuadió. No sabía cómo plantearlo cuando él ya había dado por hecho que no iba a ocurrir. Tampoco es que fuera una necesidad, me parecía bien lo de esperar.

—Vale —acepté—. ¿Y tú? ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque quería que fuera especial. Igual, dicho así, suena un poco tonto, ¿no? —Se encogió de hombros—. He tenido dos novias, y me gustaban mucho, pero no me llegué a enamorar. O no así, eso seguro. Esto no es un rollo de verano, Beck. Quiero estar contigo toda mi vida, no tenemos ninguna prisa. Será el verano que viene y será contigo.

Sonreí y lo besé, porque era lo más bonito que me había dicho nadie nunca; y yo sentía lo mismo. Volvimos a besarnos y deslicé mis manos por dentro de su camiseta. Él gimió ante el contacto y me ayudó a quitársela. Metió él las suyas bajo mi vestido, pero, antes de quitármelo, se levantó con brusquedad y fue hasta la puerta. Arrastró la silla y la colocó bajo el picaporte, de manera que no pudiera abrirse.

—Por si se le ocurre volver —murmuró con una sonrisa y volvió a sentarse junto a mí.

—Ha dicho que no vendría en toda la noche.

—No me fío de él. —Sonrió y metió las manos de nuevo bajo mi ropa—. ¿Por dónde íbamos?

—Creo que por aquí —me reí y le ayudé a quitármelo.

Se quedó mirando mi sujetador y respiró hondo. Luego me miró a los ojos y sonrió.

—Da tranquilidad saber dónde está el límite que no vamos a cruzar. Libera mucha presión.

Los dos soltamos una risita nerviosa y volvimos a besarnos. Sus manos cálidas y temblorosas me acariciaban todo el cuerpo y a mí se me aceleraba la respiración sin remedio. Desabroché su pantalón y él mismo paró de besarme para quitárselo. Nos quedamos en igualdad de condiciones, los dos en ropa interior. Nos tumbamos en la cama, de lado, y continuamos besándonos y acariciándonos con manos torpes.

Tal como habíamos hablado, esa noche no llegamos «hasta el final». No es que no me apeteciera, pero no lo sentía como una necesidad urgente. Todo lo que hacíamos juntos me encantaba, y eso podía esperar al verano siguiente. Teníamos todo el tiempo del mundo.

Teníamos toda la vida por delante.

CAPÍTULO QUINCE

un pringado como yo



El verano se acaba y no estoy preparado.

No quiero.

No puedo casi ni dormir de pensar que en unos días voy a alejarme de ella.

Me pasaría estas noches despierto a su lado, dándole millones de besos o tan solo viéndola dormir, porque, lo que me parece ahora mismo lo más natural del mundo va a terminar.

Y ese pensamiento es devastador.

Maldigo mi suerte, maldigo el largo invierno que me espera por delante y maldigo los trescientos cincuenta kilómetros que nos van a separar. Es demasiada distancia, demasiado tiempo. Me aterroriza que conozca a otro y se replantee qué hace con un pringado como yo. No lo podría soportar.

No lo puedo ni imaginar.

Pero eso no es posible. Ella me quiere, me lo ha dicho. No puede olvidarlo así como así. Lo que hemos compartido es demasiado especial, ella tiene que haberlo sentido así también. Tiene que ser incapaz de imaginarse su vida sin mí, del mismo modo que yo no puedo hacerlo sin ella.

Ella.

Mi chica.

Mi Beck.

CAPÍTULO DIECISÉIS

una casa en ruinas



Cada mañana pasamos frente a un chalet en ruinas que está en primera línea de playa. Y no deja de sorprenderme que alguien pueda tener una casa así y la deje echarse a perder. Las paredes están medio derruidas y en el patio está todo el cemento resquebrajado. Las plantas que crecen a través de las grietas están creando de manera natural el jardín que esa casa merece. Es la casa más grande de la calle, estoy seguro de que en algún momento fueron dos y alguien las unió. Quizá es el típico caso de un montón de herederos que no se ponen de acuerdo y al final, unos por otros, todo se va a la mierda. Ojalá fuera mía. Ojalá poder vivir en ella con Beck.

La llevo de la mano hasta una zona donde el muro exterior está desaparecido y nos colamos dentro. Ella deja escapar una risa nerviosa, supongo que por la emoción de estar haciendo algo prohibido. Mi chica. No deja de sorprenderme lo que le ha cambiado el rollo en estas semanas. Con lo cortada que era conmigo, que no se atrevía ni a hablar y siempre estaba roja, y ahora me cuenta sus ilusiones, sus miedos, sus planes… Me besa por voluntad propia, se ríe, bromea… Es todo lo que imaginaba y mejor.

Tiro de ella y la llevo hasta una zona resguardada tras un muro.

—¿No subimos? —pregunta con sus ojos brillantes y una sonrisilla que quiere escapar de sus labios, pero que ella retiene con fuerza.

—No creo que la escalera aguantara —susurro—. Y mucho menos el techo o el suelo. No quiero ponerte en peligro.

—No soy de cristal. —Se ríe nerviosa.

—Igual de cristal no, pero de porcelana lo parece —sonrío y le beso las pecas de la cara—. Una muñeca de esas de porcelana tan bonitas, tan perfectas, a las que le añaden unas pecas para que sean más graciosas y no abrumen al mundo con su perfección insufrible…

—Argh, ni las nombres… ¡Las odio! —exclama como enfadada, pero entre risas.

—¿Las pecas? —pregunto sorprendido y ella asiente con la cabeza—. ¿Te las quito?

—¿Cómo? —se parte de risa.

—A lametones —aseguro antes de pasarle la lengua por la parte alta de la mejilla, donde la concentración de marquitas por milímetro cuadrado es mayor.

—Marrano —se ríe.

—¿Lo había probado alguien antes? Lo mismo funciona…

—No lo creo —se vuelve a reír.

Yo paso mi lengua otra vez por su cara, y luego otra y otra más. Se ríe todo el tiempo y me llama cosas como *puerco* o *cerdo*, pero no deja de reírse. En un momento dado, adivina mi próximo movimiento y atrapa mi boca con la suya. Y nos perdemos el uno en el otro. Y nos olvidamos de pecas y tonterías. Y nos besamos con la urgencia del verano que se acaba.

Se acaba y no quiero.

No estoy preparado y nunca voy a estarlo.

Quiero quedarme aquí, con ella. Y vivir en una casa en ruinas si hace falta.

Juro que con ella sería capaz de vivir en la indigencia.

CAPÍTULO DIECISIETE

ese todo



El verano se nos había escapado casi sin darnos cuenta. Era la última noche antes de tener que separarnos hasta dentro de demasiado. No estaba claro cuánto, pero, fuera lo que fuera, era demasiado, eso seguro.

Corrí hasta el callejón donde me esperaba con la moto y él ya estaba allí, tan guapo como siempre. Esa noche llevaba las botas que ya le conocía y unos vaqueros todos llenos de dibujos hechos con tinta de bolígrafo. Nunca había visto que alguien llevara unos pantalones así y me resultó muy curioso.

Apenas dijimos nada. La risa nerviosa de saber que era nuestra última noche fue el único saludo. Aunque, bueno, habíamos estado juntos todo el día, apenas nos habíamos separado media hora para cambiarnos antes de volver a quedar. La idea era ir a un pueblo cercano que estaba en fiestas, cenar allí y acudir a la verbena, por eso lo de la moto.

Aparcamos al comienzo del paseo marítimo y comenzamos a caminar entre los puestos ambulantes que nos encontramos.

—Quiero comprarte algo —dijo apretando la mano que tiraba de la mía.

—¿Cómo qué?

—No sé, algo para que te acuerdes de mí… Para que no me olvides.

—No me voy a olvidar de ti, te lo aseguro. —Me reí y lo besé.

—Por si acaso… ¿Y si conoces a alguno más alto? O más guapo, o más listo… Necesito que sigas pensando que soy tu mejor opción…

—¿Y algo de aquí va a conseguir que no me olvide de mi novio bajito, feo y tonto? —Solté una carcajada.

—Qué graciosilla… Porque es broma, ¿no? —Se puso serio de repente y yo volví a reírme.

—Sí —sonreí—, claro que es broma… Sabes que, aunque tuviera a todos los chicos del mundo a mis pies, me seguiría quedando contigo.

—Si quisieras tendrías a todos los chicos del mundo a tus pies, pero mejor que sigas pensando así. —Sonrió y volvió a tirar de mí—. ¡Lo tengo! Mira.

Señaló un colgante del yin y el yang que se separaba en dos.

—¿Nos quedamos uno cada uno?

—Claro, es perfecto, como en las películas esas casposas de después de comer en la que una pareja se separa y cada uno guarda medio medallón hasta que se vuelven a encontrar y los unen. —Hizo un movimiento sugerente con las cejas.

—¿Eso no es más de huérfanos para que reconozcan a sus padres? —pregunté—. Yo a ti te reconoceré sin medallón.

—Vale, está claro, pero podrás aferrarte a él de modo dramático cuando me eches de menos.

—¿Me estás llamando dramática?

—Sé que yo lo haré, y quiero creer que tú también…

—¿Sabes lo que significa el símbolo? Seguro que sabes algo de él, listillo —lo piqué.

—Pues, ahora que lo dices… —sonrió—. El yin y el yang son conceptos del taoísmo, y se usan para representar dos fuerzas fundamentales opuestas y complementarias, pero que de algún modo están interconectadas y están presentes en todas las cosas. Esto se puede aplicar a todo el universo. El yin es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad, la absorción… Y el yang es el principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la… —dudó un momento y se puso rojo— penetración.

Yo solté una carcajada al verlo tan apurado y él sonrió y volvió a mover las cejas.

—Eso habíamos dicho que el verano que viene, ¿no?

Ahí soltó él la carcajada y asintió.

—Si me llegan a decir a principio de verano, cuando no te atrevías ni a preguntarme mi nombre, que me ibas a decir algo así…

—Calla, qué vergüenza. —Me puse rojísima al momento y él me pasó un brazo sobre los hombros y me atrajo hacia él.

—Te quiero tanto. —Se rio entre dientes—. A lo que iba, el yin y el yang… El caso —siguió — es que se supone que estas dos fuerzas son la fase siguiente después del tao, que es el principio generador de todas las cosas, de lo que surge todo, vaya. Entonces, el taoísmo sugiere que el yin y el yang solo existen como dos aspectos de un mismo todo, que están interconectados y forman el todo completo y armónico.

—¿Eso somos nosotros? ¿Dos aspectos de un todo completo y armónico?

—Exacto —sonrió y me besó—. Por separado somos dos mitades interconectadas, porque en el fondo somos un todo. —Le pagó al señor del puesto y cogió los colgantes. Me puso la cadena del blanco alrededor del cuello y él se colgó el de color negro—. Yo me quedo el femenino, así llevo tu mitad y estoy más cerca de ser ese todo. Y tú lo mismo. Aunque estemos separados, gracias a los colgantes, seremos ese todo.

Igual fue un poco cursi, pero la intención era bonita y creo que esa noche ambos

necesitábamos aferrarnos a algo que nos diera fuerza para sobrellevar los meses que teníamos por delante. Me miró a los ojos y encerró su colgante dentro de un puño. Yo hice lo mismo, y casi nos pusimos a llorar en ese momento ante la idea de separarnos.

Me invitó a cenar en una pizzería que había en el mismo paseo y luego encontramos un rincón en el que acurrucarnos antes de que empezara la fiesta. Él se sentó contra un muro y yo me acomodé entre sus piernas. Empecé a jugar con las chapas metálicas de sus botas. Tenía también un par de anillas enganchadas y una cadenita.

—Un poco barrocas, ¿no? —me reí.

—Molan —sonrió.

—Y lo del pantalón, ¿me lo explicas?

—¿Hay algo que explicar?

—¿Qué son todos estos rayajos? ¿Quién te los ha hecho?

—Los colegas. —Se encogió de hombros—. ¿No te gustan?

—Mmm, no sé, nunca había visto unos pantalones así de pintarrajeados. Alguna camiseta en un campamento al final de verano, que te la firma todo el mundo, pues sí; pero un vaquero para llevar por la calle, la verdad es que no.

—Pues soy más original.

—Eso ya lo sabía. —Eché un vistazo a los dibujos, había tanto figuras como símbolos, letras y números—. Bueno, ¿alguna historia especial? ¿Algún dibujo significativo?

—No especialmente. —Se encogió de hombros.

—¿Alguno de una chica? —pregunté en un murmullo. No quería parecer celosa, pero mi curiosidad era mayor que mi prudencia.

Soltó una carcajada.

—Todavía no. —Negó con la cabeza.

—¿Todavía?

Sacó un boli del bolsillo trasero de su pantalón y me lo dio.

—No sé por qué, suponía que pasaría algo así. Pon lo que quieras.

—Jo, qué responsabilidad… —Destapé el bolígrafo y busqué un hueco en la tela—. ¿Qué pongo?

—Lo que tú quieras. —Me abrazó por la cintura y enterró la cara en mi cuello—. Pon si quieres el clásico V+B, eso es como una meadita, para que no se acerque ninguna golfa…

Me reí, pero es justo lo que hice. Localicé un hueco en el bajo del pantalón, por la parte exterior, y escribí justo nuestras iniciales.

—Las puedes meter dentro de un corazón si quieres, para que quede claro que no es una fórmula matemática. —Se rio en mi oído.

Yo me reí también, pero lo hice. Saber que tendría ese recordatorio en la ropa me reconfortaba de alguna manera. No era por celos, era porque así sentía que, de algún modo, lo acompañaría en la distancia. Qué tontería, ¿no?

—¿Has traído un boli solo para que te escriba en el pantalón? ¿En serio?

—En realidad —sonrió y sacó dos recortes de papel pequeños—, era más para que me apuntes tu dirección y tu teléfono y hacer yo lo mismo, que ya no queda tiempo. —Suspiró.

Me pasó el boli y uno de los papelitos y le apunté mi nombre completo y el teléfono de mi casa en Valencia. Cuando le devolví el bolígrafo, él hizo lo mismo y, al terminar, intercambiamos los papeles.

—«Rebeca Llop» —leyó en voz alta—, ¿significa algo?

—¿Llop? 'Lobo', supongo…

—Oh, joder, me gusta… Mi loba —sonrió y me besó.

Yo me reí también. Iba a replicar que yo de loba tenía poco, pero tal y como reaccionaba mi cuerpo con él cuando estábamos a solas y con la confianza que habíamos cogido, tampoco iban a tener mucha credibilidad mis palabras.

—«Víctor Medina» —leí en lugar de comentar nada al respecto—, ¿significa algo?

—Creo que 'ciudad' en árabe.

—¿Crees? —me burlé—. ¿Te baila el dato de tu propio apellido?

—Es que he leído que es la traducción de ciudad, también que hay varias ciudades que se llaman así y también leí en algún lado que es una zona amurallada de algunas ciudades árabes, así que no sé quién o quiénes dicen la verdad…

—La cuestión es que es algo de la ciudad, ¿no? ¿De qué vas, madrileño? ¿De urbanita?

Soltó una carcajada, me atrajo hacia él y me apretó con fuerza.

—Ojalá no tuviera que volver a Madrid. Me quedaría aquí contigo para siempre.

A diferencia de la primera verbena a la que habíamos ido juntos, bueno, a aquella no fuimos juntos, nos encontramos allí… Pues eso, que, a diferencia de aquella primera, esa última noche sí bailé con él. Con mucha vergüenza y movimientos torpes, pero lo hice. Más que bailar, nos movimos por la pista al ritmo de la música[1], y eso ya era mucho.

—*Close your eyes, give me your hand* —empezó a canturrear—. ¿Entiendes lo que dice la letra? 'Cierra tus ojos, dame tu mano'… *Do you feel my heart beating?* '¿Sientes mi corazón latiendo?'… *Do you understand?* '¿Lo entiendes?'… *Do you feel the same?* '¿Sientes lo mismo?'… *Am I only dreaming? '*¿Solo estoy soñando?'… *Or is this burning an eternal flame?* '¿O esto está prendiendo una llama eterna?'… Una llama eterna, Beck. Sé que esto parece el final, pero es solo el principio…

Yo quería llorar y chillar de impotencia, pero sus besos me apaciguaban de alguna manera,

parecían alejar el inevitable momento de separarnos, que se acercaba a una velocidad vertiginosa.

Bailamos abrazados la siguiente canción[2] y, mientras yo me sentía cada vez más y más triste, él parecía feliz, eufórico, disfrutando de cada minuto de la noche. Yo intentaba estar al nivel, pero un puño invisible me atrapaba algo por dentro y me recordaba sin cesar que era nuestra última noche juntos, que el verano más mágico de mi vida terminaba al día siguiente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

adiós



El último día de agosto amaneció nublado, como mi ánimo. El cielo quiso acompañarme en mi pena. Había quedado con Vic a las nueve en la parte de atrás del frontón, donde habíamos hablado por primera vez, para una despedida rápida antes de que se marchara. Cuando llegué, a las nueve menos diez, él ya estaba allí. Tenía los ojos brillantes y enrojecidos, pero apenas pude fijarme en ellos, porque en cuanto me vio aparecer, me abrazó fuerte.

—No me creo que te vayas —murmuré junto a su oído.

—Te voy a echar tanto de menos… —Sorbió por la nariz—. Lo tengo todo pensado, con el dinero que me den por Navidad, ahorraré y para las vacaciones de Pascua vendré a verte, en Navidad no voy a poder, mucho lío familiar, mi madre no me deja ni de coña… Y encontraré un trabajo para las tardes y los fines de semana. Voy a dedicar este año a sacar el curso y ahorrar pasta para sacarme el carnet de conducir y comprarme un coche de segunda mano. En marzo cumplo los dieciocho, ese mismo mes, me apunto a la autoescuela… Y el verano que viene, como que me llamo Víctor Medina que estoy aquí otra vez, si puedo con coche, para poder ir a donde nos dé la gana… Te escribiré siempre que pueda, y te llamaré… Y me guardaré todos los besos que no voy a poder darte para hacerlo en cuanto nos veamos.

Puso las manos a los lados de mi cara y me besó. Para entonces, las lágrimas ya corrían libres por mis mejillas.

—Abril, haré todo lo posible para venir en abril. Ocho meses. Solo hay que aguantar ocho meses, la gente espera más para tener un hijo, no será para tanto…

—¿Tú crees? —Lloré.

—No, claro que no. Te voy a echar de menos cada minuto. —Lloró él también y me abrazó —. Te quiero tanto, Beck.

Me abracé a su cuello y seguí llorando sin saber ni qué decir. Me temblaba todo el cuerpo y algo me retorcía el corazón.

—Te quiero, Vic. No sé qué voy a hacer ocho meses sin verte…

—Me voy ya, porque si no, lo mismo me quedo. —Sonrió de un modo muy falso y se pasó la manga por la nariz.

Asentí y miré al suelo.

—Vale —sollocé.

—¿Y si nos escapamos? ¡Vámonos lejos!

Pestañeé un par de veces porque no tenía claro si hablaba en serio. Él me cogió las manos y las agitó.

—Nos escapamos —siguió—. Nos fugamos, los dos solos, como forajidos, a empezar de cero en algún lado, pero juntos. A la mierda el instituto, a la mierda el COU, la selectividad, la universidad y todo. Podríamos escaparnos y no nos encontrarían.

Pues parecía que sí iba en serio.

—Somos menores, claro que nos encontrarían. ¿Dónde íbamos a ir? ¿De qué íbamos a vivir? Parece mentira que seas tú el que me está diciendo esto, si siempre eres el más sensato de los dos. —Solté un amago de risa y él sonrió con tristeza.

—Pues ya ves lo desesperado que estoy…

—Podemos aguantar ocho meses, y luego ya serán solo dos hasta el verano… Y el curso que viene ya estarás aquí, como habíamos decidido, ¿no?

—Claro —aseguró—. Escríbeme todos los días. Yo también lo haré. Tengo tu dirección. —Se dio una palmada en el bolsillo del pantalón—. Bueno, la tengo en el pantalón largo que llevaba ayer, pero la tengo —sonrió—. Y tú tienes la mía. Escríbeme cada vez que me eches de menos, aunque luego me mandes varias juntas para ahorrar sellos. Cada vez que pienses en mí por lo que sea y se te ocurra algo que me dirías, escríbelo en un papelito y lo metes en el sobre. Quiero saberlo todo, no quiero perderme ni uno solo de esos momentos, ninguno de tus pensamientos. ¿Lo prometes?

Asentí y sonreí para intentar dejar de llorar.

—Lo prometo —confirmé.

Se oyó el sonido de un claxon procedente de nuestra calle y él hizo un gesto de dolor.

—Esa es mi madre. Me voy a ir corriendo porque, si no, no me voy.

Me cogió la cara con las manos y me besó con todas sus ganas. Con la desesperación de la despedida y la promesa del reencuentro.

—Ahora sí me voy. Te quiero, Beck.

—Te quiero, Vic —susurré justo antes de que saliera corriendo. Un par de segundos más tarde, había girado la esquina y lo había perdido de vista.



CAPÍTULO DIECINUEVE

fundido a negro



Mi familia y yo tardamos tres largos días en volver a casa. Durante esa primera mañana, volví a nuestro rincón especial yo sola. Aunque era el mismo lugar al que había ido con él tantas veces y en el que habíamos estado hacía apenas horas, estar allí sin él se me antojó de lo más triste. Daba la impresión de que hasta la luz era diferente. Todo estaba más apagado sin Vic, el mundo tenía menos color. Ya lo echaba de menos y me moría por escuchar su voz de nuevo, pero no podía llamarlo hasta que volviéramos a casa. Llamar a Madrid desde una cabina iba a ser demasiado caro. Tampoco habría sabido qué más decirle, más allá de «te echo de menos», «ojalá estuvieras aquí» y tantas otras frases que suenan manidas, pero que reflejaban a la perfección cómo me sentía en ese momento. Miento, no lo reflejaban a la perfección, se quedaban cortísimas. Lo que ya lo echaba de menos y las ganas que tenía de verlo no se podían contabilizar ni explicar con palabras.

Dos días después, volví a mi casa. Ya ni siquiera tenía la posibilidad de acudir a los lugares cargados de recuerdos que habíamos compartido, pero el sentimiento de añoranza seguía intacto en mi corazón. Nada se vive con la misma intensidad que a los diecisiete años, supongo. No amas igual, no odias igual y no sufres igual. A esa edad todo es más, eres la que más lo vive todo. Y yo estaba enamorada como nadie lo había estado antes, yo amaba como nadie antes y lo echaba de menos más de lo que nadie en la historia de la humanidad ha echado de menos a otro, porque nunca jamás dos personas se han amado como lo hacíamos nosotros dos. Sí, justo así lo sentía yo.

Habíamos acordado hablar por teléfono los jueves por la noche, que era el día que nos habíamos separado, muy poético y simbólico todo. Cada semana llamaría uno y esa primera empezaría él. Solo estábamos a lunes, faltaba una eternidad.

El martes, la pesada de mi hermana irrumpió en mi habitación mientras yo le escribía una carta a Vic. Le había hecho caso y había ido apuntando cada cosa que habría querido decirle, pensaba

enviarlas todas al día siguiente junto con la que estaba redactando.

—¿Qué quieres? ¿Por qué entras sin llamar? Lárgate de aquí —gruñí mientras me secaba una lágrima de la cara. Solo me faltaba que mi hermana se burlara de mí por estar llorando por echar de menos a mi novio.

—Tengo una cosa para ti.

—¿Quéééé? —arrastré la vocal con hastío. No se me ocurría qué podría tener para mí que me hiciera ilusión.

—He ido a revelar las fotos del verano —dijo con una sonrisa—, y había una oferta y te regalaban dos ampliaciones de 15x20. —Sonrió más—. He ampliado a tu novio.

Sacó una fotografía del sobre que llevaba en la mano y me la tendió. En ella, Vic, guapísimo, con su gorra y su sonrisa canalla me miraba a los ojos. Yo ni siquiera me acordaba de que ella le hubiera hecho una foto, pero la tenía en la mano y me iba a acompañar durante los meses que iba a tardar en volver a verlo. Una felicidad plena me invadió durante un momento e incluso abracé a mi hermana. Me acababa de hacer el mejor regalo del mundo.

—¿Cuándo le hiciste esta foto? —pregunté con curiosidad real.

—La tarde que te fuiste con mamá a comprar. Ese día que te quejaste tanto. Estuvo rondando por delante de casa, supongo que por si te veía. Le pregunté si quería algo y, como no estabas, habló un rato conmigo y luego me pidió una foto tuya. —Intentó disimular una sonrisa.

—¿Te pidió una foto mía? —Abrí los ojos sorprendida—. ¿Se la diste?

—Sí —se rio.

—¿Cuál?

—La que él eligió. Le enseñé el álbum que teníamos allí, ese que nos habían dado al revelar el último carrete, y cogió la que quiso. Se las quería llevar todas, pero le dije que si se las daba todas me iban a pillar, así que le llevó un rato, pero al final eligió solo una.

—¿Cuál eligió? —Me empezaron a entrar sudores, en ese álbum había algunas muy bochornosas.

—Una en la que estabas sonriendo y con todo el pelo revuelto…

—Ay, Dios, y se la das así, sin más…

—Sin más, no. Que me puso carita de pena y me dijo que te iba a echar de menos en invierno. Que era para verte todos los días. ¿Qué iba a hacer? Pues se la di. Pero le puse como precio que me dejara hacerle una a él para dártela a ti por si tú también lo echabas de menos en invierno. Y mira qué bien te viene, ¿no? Porque llevas desde el jueves supertriste.

Asentí con la cabeza y le di otro abrazo. Ocurría pocas veces, pero en ese momento me sentía agradecida con ella, por haber pensado algo que a mí no se me había ocurrido. Seguía echándolo de menos, claro, pero al menos ahora podría verlo a diario.

Cogí de la estantería el marco en el que tenía la última foto de clase que nos habían hecho el curso anterior y, sin pensármelo ni un momento, la sustituí por la de Vic. Mucho mejor así.

Un rato más tarde, estaba en la cocina cogiendo los vasos para llevarlos a la mesa cuando oí que Eva me llamaba desde la salita.

—¡Beca! ¿Tu novio no es de Vallecas? Está diciendo algo de Vallecas la del telediario.

Salí para allá hecha una furia y con intención de arrancarle todos los pelos de la cabeza por haber utilizado la palabra *novio* delante de mis padres, pero las imágenes de la televisión captaron toda mi atención. Se sucedían tres planos en bucle mientras la presentadora iba dando la noticia.

—*… el accidente mortal ocurrido en la M30 en el que un camión de gran tonelaje ha impactado contra un ciclomotor que se incorporaba a la circulación. Por lo que se conoce hasta el momento, el tráiler habría perdido el control del vehículo y no ha podido evitar la colisión. Hasta allí se han desplazado los servicios de emergencia que no han podido hacer nada por la vida del motorista, el cual, según los datos revelados por los médicos desplazados hasta el lugar del siniestro, habría fallecido al instante. El joven respondía a las iniciales V. M. y era vecino del barrio madrileño de Vallecas…*

Se alternaban imágenes en bucle de un hombre mayor, junto a la puerta de un camión, llorando y echándose las manos a la cabeza; un amasijo de hierros que parecía que en otro momento hubiese sido una moto que me resultaba familiar; y lo peor de todo: la víctima mortal cubierta por la típica manta que llevan las ambulancias para los accidentes, y de la que solo asomaban los pies. Los pies, no: las botas. Unas botas únicas que yo conocía a la perfección y que ahora yacían sobre el asfalto. La cámara se acercó y reconocí cada chapa, cada anilla, la cadenita… Incluso mi propia letra encerrando un V+B dentro de un corazón sobre la tela del pantalón.

Creo que escuché cómo se desgarraba mi corazón. O quizá fuera el sonido de los vasos que llevaba en la mano al hacerse añicos contra el suelo. En cualquier caso, el dolor fue real, así como las ganas de vomitar, de gritar y de hacerme muy pequeña y desaparecer.

Pero no pude hacer nada de eso, porque el mundo fundió a negro en ese momento.

parte dos

Al lugar donde has sido feliz, no debieras tratar de volver

«Peces de ciudad», Joaquín Sabina

CAPÍTULO VEINTE

mi trauma



La muerte de Vic cambió mi vida, no creo que haga falta explicar demasiado. Acabó mi felicidad y comenzó el dolor.

El primer año fue el peor, aunque apenas lo recuerdo. Al menos los eventos que ocurrieron. Entré en algún tipo de trance y me abstraje del mundo en general. Cuando pienso en esos meses, vuelvo a sentir aquella angustia que me oprimía el pecho y no me dejaba respirar. Mis padres fueron bastante comprensivos durante esos primeros meses, dentro de lo que cabe. No saqué el curso, por supuesto. Y me dio igual. Me daba igual todo.

Decidí que no quería ir a la universidad. Dejé los estudios. Lo dejé todo. Me abandoné de todas las maneras en las que una puede abandonarse.

De repente, cualquier cosa había perdido importancia. Cuando alguien intentaba motivarme para hacer algún tipo de plan de futuro, mi respuesta se había convertido en un continuo «¿para qué?». Vic tenía planes. Tenía ilusión, tenía esperanza y creía tener un futuro por delante. Pero lo había perdido todo. Había perdido la vida. Y yo lo había perdido a él. Dejé de verle sentido a pensar a largo plazo. Quizá para mí tampoco habría un «largo plazo». No había forma de saberlo. El futuro se había esfumado. También el pasado. Porque Vic ya no existía. Él formaba parte de mi pasado, y ya no estaba aquí. Ya no había pasado. Tampoco futuro.

Perdí el miedo. A todo. El miedo al fracaso, porque quizá el fracaso tampoco existía. Quizá el fracaso o el éxito no eran más que puntos de vista. Quizá el verdadero éxito consistía solo en haber sobrevivido un día más. O quizá ese era el fracaso más estrepitoso. ¿Qué valor tenía seguir viva si él ya no lo estaba? *Fracaso* o *éxito* me parecían términos relativos. Me hacía plantearme muchas cuestiones. Por ejemplo, si alguien consagra sus años de estudiante precisamente a estudiar, con el fin de obtener el trabajo de sus sueños y al final lo consigue, se da por hecho que es un triunfador. Pero ¿y si muere a los pocos días de lograrlo? ¿Pasaría a ser un fracaso haber dedicado tantos años a ello y no haber disfrutado la vida durante ese tiempo? ¿Cuánto tiempo tendría que estar deleitándose en su logro para que pasara de fracaso a éxito? ¿La distancia entre el éxito o el fracaso se mide en tiempo? Sí, por aquel entonces divagaba mucho, no podía hacer otra cosa más que estar todo el día con mis propios pensamientos.

También perdí el miedo al futuro, porque no estaba segura de que hubiera uno para mí. Y, si lo había, desde luego se presentaba negro y desolador. ¿Qué se podía esperar de un futuro sin él? Un futuro donde su muerte me iba a acompañar a todas partes.

Y el *qué dirán*. También perdí el miedo al *qué dirán*. Y con él se esfumó mi timidez extrema. Ya no me preocupaba lo que la gente pudiera pensar de mí si decía alguna tontería. El mundo entero, la vida misma, todo había pasado a ser una enorme tontería sin sentido. Ya no me mordía la lengua ni agachaba la cabeza. Si tenía algo que decir, lo decía y punto. Aunque lo cierto es que tampoco decía demasiado, nada me importaba lo suficiente. No solía integrarme en las conversaciones, pero era más por estar absorta en los dramas de mi cabeza que por el miedo a quedar mal o la vergüenza de decir algo inoportuno o inadecuado.

Casi me atrevería a afirmar que esta nueva filosofía de vida mía no impresionó demasiado a mis padres, más allá de la importancia que le dieron a que dejara los estudios. Pero ahí no tenían nada que hacer, la decisión estaba tomada. Intentaron ser comprensivos, intentaron «hacerme entrar en razón», como decían ellos, pero yo solo quería una cosa, lo único que ya no podría tener nunca más. Lo único que no iba a volver a sentir. Quería creer a todo el mundo cuando me aseguraban que con el tiempo lo superaría. De nuevo el tiempo. Al final, parece que todo se reduce a eso. Tiempo. El que tenemos. El que gastamos. El que nos queda. El que no va a volver. El que Vic había consumido. El que le habían robado.

No veía nada probable volver a enamorarme, estaba convencida de que jamás volvería a sentir lo que me había hecho sentir él. Nada se vive igual que a los diecisiete años, y perder al amor de tu vida a esa edad marca para siempre. Al menos, a mí. Tampoco me preocupaba. El amor había quedado descartado, dolía demasiado como para volver a pasar por ello. Sin duda, no era para mí.

Así fue ese primer año: triste y vacío. Lo más parecido a una depresión que puede sufrir una persona. Y solo tenía diecisiete años. Cumplí los dieciocho, la mayoría de edad, y ni siquiera lo recuerdo. Recuerdo que él no estaba. Punto.

Mis padres conocían mi situación por lo que les había contado mi hermana, y todo su consuelo hacia mí fue dedicarme frases como: «ya se te pasará», «pobre chico, pero no es para tanto; apenas lo conocías», «ahora te parece un mundo, pero ya verás como en unos meses te has olvidado de él». Parecía que no entendían que no era un cabrón que me había abandonado, era un chico maravilloso al que yo quería muchísimo y que había dejado de vivir. Ya no existía. A mi cabeza le costaba muchísimo procesar ese concepto.

Ese primer año transcurrió entre el dolor, las lágrimas y las «frases de consuelo» de mis padres. Mi hermana me trataba con más cariño que nunca, eso se lo tengo que reconocer. Para lo que ella era y la relación que teníamos, estuvo a la altura (más o menos). Más que mis padres, desde luego.

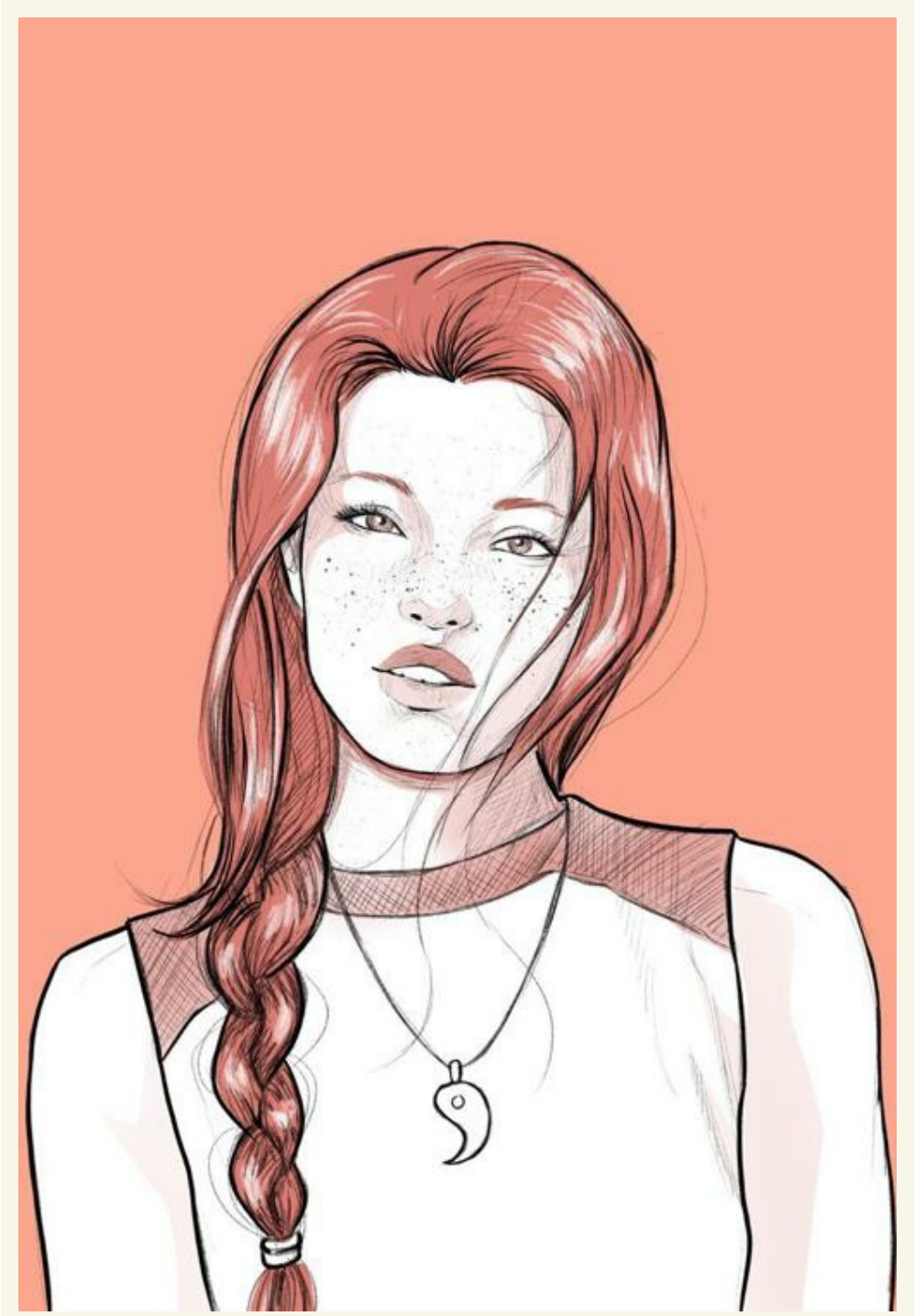
En cuanto a mis amigas, el consuelo que me proporcionaba Judith era similar al de mis padres, con frases absurdas y sin sentido y muchas ganas de cambiar de tema y hacerme pensar

en otra cosa. Su principal preocupación era que yo no quisiera salir de fiesta y que hubiera dejado de ir a clase. Aixa, en cambio, sí estuvo a la altura. Hacía callar a Judith cuando decía estupideces y estaba ahí para mí. Conforme fue pasando el tiempo, cada vez me visitaba más ella sola, sin Judith, y solo pasaba la tarde en silencio a mi lado. Me contaba alguna cosa que creía importante o que pensaba que me podía distraer, pero, en esencia, lo que hacía era sentarse junto a mí por si yo necesitaba hablar y que alguien me escuchara. Se tragó todos mis llantos y que le contara una y otra vez los mejores momentos que había pasado con Vic. No se quejó nunca. No me dijo jamás «supéralo ya», «cambia de tema», «ya verás qué pronto conoces a otro» ni ninguna de esas mierdas que me soltaba todo el mundo. Ella solo estaba ahí, que era justo lo que yo necesitaba.

Eso fue básicamente lo que ocurrió ese primer año. El tiempo pasó. Lo dejé pasar sin hacer nada. Transcurrió sin remedio entre las lágrimas y el dolor. Mucho dolor.

Tras ese primer año, mis padres se sentaron un día muy serios a hablar conmigo. Me dijeron que consideraban que habían sido muy indulgentes con mi situación, pero que eso se tenía que acabar. Que había llegado el momento de superarlo y seguir adelante con mi vida. Así, sin acudir a terapia, sin ponerme en manos de un profesional, sin ningún tipo de comprensión, solo tenía que superarlo… «¿Cómo no se me había ocurrido a mí?». En fin, que me dieron un ultimátum: o lo superaba de una vez y volvía a estudiar o tendría que empezar a buscarme la vida. Era un farol. Ellos lo sabían y yo también, pero para mí fue un detonante. Conseguí trabajo en un cine, una habitación en un piso compartido y me fui de casa. Mis padres protestaron y de nuevo intentaron hacerme entrar en razón, pero ya era tarde, el farol les había salido muy caro. Yo tenía clarísimo que no quería seguir estudiando, ellos solo me habían dado el empujón que necesitaba para empezar a hacer algo con mi vida, aunque no era lo que ellos esperaban de mí, ni muchísimo menos.

Pero la decisión estaba tomada y mi vida adulta empezó en ese momento.



CAPÍTULO VEINTIUNO

vida nueva



No fue fácil, no voy a mentir. El hecho de independizarme me obligó a madurar un poco, aunque fue una madurez relativa, seguía teniendo dieciocho años. Mi padre se enfadó, mamá lloró, Eva intentó que no me fuera, pero todo me dio igual. Ellos habían menospreciado mi drama y yo no me sentía comprendida en esa casa. Necesitaba otra cosa, algo, no tenía claro el qué. Sí lo tenía claro: a Vic, pero por aquel entonces ya había superado la fase en la que no terminas de creer que ha pasado de verdad y esperas que quizá aparezca algún día por arte de magia. Sí, esa fase había terminado y lo tenía asumidísimo, lo cual no quiere decir que hubiera dejado de echarlo de menos, que el dolor hubiera desaparecido o que mis pensamientos ya no giraran alrededor de ese hecho traumático.

El piso en el que me instalé tenía otros tres inquilinos, tres universitarios que no estaban tirando su vida a la basura, al contrario que yo. Dos chicas, Esther y Montse, que se conocían de toda la vida, que venían del mismo pueblo (cerca de Albacete, si no recuerdo mal) y que estaban estudiando dos ingenierías que jamás memoricé. Y luego estaba Oriol, un chico flaco y desgarbado que estudiaba Bellas Artes y venía de un pueblo de Tarragona. Había encontrado el anuncio del piso compartido en el periódico, igual que yo. Me llevé bien con los tres enseguida, todo lo bien que podía llevarme pese a casi no coincidir con ninguno. Ellos iban a clase por las mañanas y yo trabajaba por las tardes, lógico, el cine tenía el horario que tenía. Llegaba a casa bien entrada la noche y o los encontraba durmiendo o habían salido. No tenía demasiado interés en conocerlos, la verdad. Tampoco creo que a nadie le interesara demasiado conocerme a mí, era una zombi muerta en vida por aquella época.

Judith se fue a estudiar a Barcelona y le perdimos bastante la pista. Venía de vez en cuando, pero no siempre tenía tiempo para vernos a Aixa y a mí. La relación se fue enfriando sin remedio.

Aixa, en cambio, aunque había empezado la universidad, Magisterio en su caso, y seguía viviendo en casa de sus padres, no se olvidó de mí. Hizo nuevas amigas, claro está, pero casi todo su tiempo libre lo seguía pasando conmigo.

Una mañana, entré en la cocina a desayunar y casi se me paró el corazón al encontrar allí a Oriol. Estaba más que acostumbrada a estar sola a esas horas.

—Buenos días —saludó con una sonrisa mientras se servía un café.

—Joder, qué susto. —Me llevé una mano al pecho—. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes clase?

—Mmm, sí, esta tarde. —Entrecerró los ojos—. Soy del turno de tardes.

En el mes que llevábamos compartiendo piso lo había visto apenas unas cuatro veces, y lo cierto era que había dado por hecho cuál era su horario, pero en verdad él nunca lo había dicho.

—Vale, no lo sabía, como nunca estás por las mañanas…

—Ya. —Chasqueó la lengua—. He pasado muchas noches y casi todas las mañanas en casa de mi novia, exnovia más bien, y algunos días me iba a los talleres de la facultad a pintar. Pero vaya, que a partir de ahora me vas a ver mucho más por aquí por las mañanas… Espero no molestarte —añadió con tono irónico.

—Me da igual —aseguré con total sinceridad.

Él asintió y se rascó la cabeza. Me fijé entonces en su pelo. Lo llevaba largo, casi hasta los hombros y despeinado, igual que el hermano de Vic, cuya cabeza había visto una sola vez y menos de un minuto. Recordé aquel momento y de nuevo volvió una oleada de dolor, de ese que era cada vez menos frecuente, pero que aún me sorprendía por las buenas y sin venir a cuento. Pensé entonces en el hermano de Vic, no se me había ocurrido hacerlo hasta la fecha. ¿Cómo lo estaría pasando? ¿Cómo se lleva el hecho de perder un hermano, por mal que te lleves con él? ¿Y si lo llamaba? Todavía conservaba el papel con la dirección y el teléfono que Vic me había dado. Igual podríamos compartir el dolor… O igual me decía: «¿tú quién cojones eres?». Nunca nos presentaron, ni siquiera sabía su nombre. Lo mismo podría decir de su madre. Si no hubiera sido por mi timidez extrema, le habría dejado presentármela y ahora tendría alguien con quien compartir el dolor. No podía ni empezar a imaginar lo rota que se había quedado esa familia. Tanto como yo, o más incluso…

—¿Me escuchas? —Oriol chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Qué? Perdona, estaba con la cabeza en otra parte…

—Ya —suspiró y me dedicó una sonrisa de condescendencia.

—¿Te puedo hacer una pregunta rara?

—Claro.

—Si se te hubiera muerto un hermano, ¿te gustaría que te llamara un año después una chica que no conoces de nada diciendo que era su novia y que también lo echa de menos?

—Joder, vaya pregunta. Qué difícil… No sé, quizás en el momento sí, pero un año después… No lo creo. ¿Cuál es tu historia, chica triste?

—¿De verdad quieres saberlo?

Asintió.

Y se lo conté. No sé muy bien por qué lo hice, Oriol era de esas personas que inspiran confianza y que saben escuchar. Lo hizo en completo silencio y mirándome todo el tiempo, excepto en los momentos en los que tuvo que prestar atención al café que me estaba preparando y que me entregó a mitad de mi historia. En cuanto me callé, habló él:

—Estuviste con él… ¿dos meses?

—Sí —asentí—. Sé lo que parece, pero fueron dos meses de estar juntos todo el tiempo. Todo el rato. No fue lo típico de quedar un par de veces a la semana, cada minuto que estábamos despiertos, lo pasábamos juntos.

—Vale, pero aún así dos meses… Concentrados e intensos, pero dos meses.

—Sí —confirmé.

—Y de eso hace… ¿Un año?

—Un poco más, catorce meses —confirmé.

—O sea, que llevas siete veces más tiempo sin él de lo que estuvisteis juntos, ¿no?

—No es una cuestión matemática —gruñí, ese comentario me había mosqueado—. Tú no lo conocías, no sabes la relación que teníamos. Tienes que sentirlo para entenderlo. —Las lágrimas que hacía tiempo que no me visitaban llegaron de golpe—. Si vas a empezar con la misma mierda de todo el mundo de que tengo que superarlo, te lo puedes ahorrar.

—Eh, perdona, no quería decir eso. —Se acercó hasta mí y me pasó un brazo por encima de los hombros—. ¿Has pensado en pedir ayuda, en ir a terapia?

—No estoy loca —murmuré—. Solo lo echo de menos. Mucho. Muchísimo. Y lloro porque duele, más de lo que me ha dolido nada nunca.

—Por eso lo digo, y lo entiendo. No hace falta estar loco para ir al psicólogo. Existen terapias y grupos de apoyo para gente como tú, que ha pasado por una situación traumática.

—No se me había ocurrido, no sabría ni por dónde empezar a buscar una cosa así…

—Vale, yo me enteraré, no te preocupes. Déjalo en mis manos. Te encontraré un psicólogo que te pueda ayudar.

—Vale —acepté.

—¿Es el chico ese de la gorra tan guapo de la foto que tienes en tu habitación?

—Sí. —Me separé de él y lo miré a la cara—. ¿Cuándo has entrado en mi habitación?

—Cada vez que entro en el piso y no hay nadie —contestó como si nada—. Después de lo que le pasó a mi novia, exnovia —se corrigió—, en su primer piso compartido, lo hago siempre.

—¿Qué le pasó?

—Pues, verás, compartía piso con una amiga, cada una en su habitación, como nosotros en este, pero solo ellas dos. Una noche se fue la luz en el edificio y salieron todos los vecinos a la escalera a ver qué pasaba. Hubo bastante caos y confusión, pero al final cada uno se fue a su casa y ya, sin más problema. A partir de ahí, Natalia empezó a encontrarse la cocina y el baño hechos un asco a diario y que su compañera se comía todo lo que ella compraba. Al principio se mosqueaba, pero lo dejaba pasar, porque la verdad es que es muy buena gente y tiene un carácter

muy pacífico, tiende a evitar el conflicto. En fin, que un día la compañera le dice que tienen que hablar, que está harta de encontrarse todo hecho un asco y de que se coma todo lo que ella compra. Y claro, ahí Nata ya no se calló, le dijo: «¿perdona?, pero si eres tú la que hace eso». Y las dos fliparon mucho. Hablaron un rato y se dieron cuenta de que las dos decían la verdad. Salieron de la casa corriendo, cerraron por fuera y llamaron a la policía. Resultó que la noche del apagón se les había colado un vagabundo en casa y llevaba un par de semanas durmiendo debajo de la cama de Natalia… Más o menos esa es la historia, por eso, cuando llego a casa y no estáis, reviso todas vuestras habitaciones… y la mía.

Yo me había quedado congelada y con un mal rollo en el cuerpo que no veas.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Totalmente en serio, te lo juro.

—Pues revisa, revisa, por favor —confirmé con los ojos muy abiertos y asintiendo con la cabeza.

—Lo suponía —se rio—. Oye, si no tienes nada mejor que hacer esta mañana, ¿me ayudarías con un marrón?

—Claro, ¿qué necesitas?

El favor resultó ser acompañarle al piso de su exnovia a recoger unas cosas que se había dejado allí y que tenía que mover hasta la facultad de Bellas Artes. Necesitaba ayuda porque lo que tenía que llevarse era bastante voluminoso y, como ninguno de los dos tenía coche, tuvimos que apañarnos para transportarlo todo en autobús en un solo viaje. Luego me invitó a comer en agradecimiento y me volvió a recordar que se ocuparía de buscarme una terapia a la que asistir para que me ayudara a sobrellevar mi dolor y mis sentimientos.

Esa tarde fui a trabajar algo más ligera, con la sensación de haber dado un primer paso en alguna dirección. Quizá no la correcta, quizá ni siquiera útil; pero, aunque seguía estando a años luz de sentirme bien, esa tarde me sentí un poquito menos mal. Y eso, en aquel momento, era mucho.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

las entretelas



La terapeuta que me había conseguido Oriol me miraba con expresión grave tras sus gafas de pasta negra con diamantitos sentada al otro lado del escritorio que nos separaba. Había acudido una hora antes de lo acordado, por puros nervios, y, como le había fallado el paciente anterior, no me había hecho esperar.

—Cuéntame, Rebeca, ¿qué te ha traído aquí?

Dudé, titubeé, no sabía por dónde empezar.

—Este es un espacio seguro, puedes hablar libremente. Yo no estoy aquí para juzgar, solo para escuchar.

Respiré hondo y las palabras empezaron a fluir. Estaba nerviosa por hablarle de algo tan íntimo a una completa desconocida a la que lo que yo le contara no le iba a interesar en absoluto. Si solo con abrir la boca, ya conseguía agobiar a familiares y amigos, más todavía a alguien que no me conocía de nada y ni siquiera me tenía cariño.

«Es su trabajo, cobra por escucharte», me dijo una voz en mi interior que me hizo sentir peor todavía. Tenía que recurrir a pagar a alguien para sentirme escuchada y comprendida. Bueno, Oriol me había escuchado gratis y parecía interesado. «Porque era la primera vez que oía la historia y que le hablabas de Vic, ya verás dentro de unos meses si sigues hablando de él, se agobiará como todos», mi voz interior se estaba convirtiendo sin ninguna discreción en mi peor enemiga.

Hablé durante la hora que duró la sesión. Mi discurso y mi relato carecían de coherencia, las frases que soltaba no eran más que un montón de ideas inconexas que yo dejaba escapar conforme acudían a mí. Tal como mis pensamientos: un cúmulo de sinsentidos que deambulaban por mi cabeza buscando una rendija por la que salir. Rosa, la terapeuta, se limitaba a mirarme y asentir con gesto serio. Apuntaba cosas en un cuaderno y se limitaba a hacerme preguntas del tipo: «¿cómo te sientes al respecto?».

Cuando estaba a punto de agotarse el tiempo, intervino ella. Me habló de las etapas del duelo y de las diferentes maneras de afrontarlo. De cómo no hay una correcta o incorrecta. Y de que no hay unos plazos preestablecidos, que cada uno lo puede y debe sentir a su modo y a su ritmo.

Me sentí algo más ligera al salir de allí. No me había «curado» mágicamente, está claro, pero decidí seguir con la terapia una temporada porque tenía pinta de que me podía ayudar. Seguía doliendo de un modo casi insoportable, pero entender algunas cosas y ponerles nombre ayudaba, la verdad.

Pensaba que no me daría tiempo a pasar por casa antes de ir a trabajar, pero, como al final la consulta se había adelantado una hora, pasé por el piso para coger un par de cosas antes y también para contarle a mi nuevo amigo cómo me había ido. Al abrir la puerta, escuché ruidos en el salón. Entré esperando encontrar a Oriol, que era el único que estaba en casa por las mañanas, y lo encontré en el sofá, pero no estaba solo. Tras un «joder» casi gritado, vi que un chico desnudo saltaba por encima del sofá y se escondía detrás. Mi amigo, tumbado en el tresillo en ropa interior, se moría de risa.

—Hola, Rebeca, no te esperaba tan pronto…

—Yo… Eh… Perdón. —Mis palabras erráticas combinaban a la perfección con mi mirada fija en el suelo, mi deambular absurdo dentro de una misma baldosa y el cortocircuito mental que estaba sufriendo—. Me voy a mi habitación.

Salí de allí a toda prisa y me encerré en mi cuarto. Escuché a Oriol reírse y luego hablar con el otro chico. Bueno, lo supuse, pero oí dos voces, aunque apenas distinguí lo que decían.

—Te llamo mañana. —Fue lo último que escuché decir a mi amigo antes de que llegara a mis oídos el sonido de la puerta de entrada al cerrarse.

No tardó en aparecer en mi habitación. Dio un par de golpes en la puerta antes de abrirla. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta, pero iba descalzo.

—Perdona el susto —se disculpó—, pero eso que te llevas, Nacho tiene un culo estupendo —soltó una carcajada. Yo estaba demasiado flipada como para reírme.

—No, yo siento haber interrumpido… —dije sin mirarlo a la cara—. Me voy a trabajar.

Cogí mi bolso-mochila y me encaminé hacia la puerta.

—¡Espera! —me siguió—. Me pongo las zapatillas y te acompaño. —Casi antes de acabar la frase, ya se estaba calzando.

—¿Para qué? —achiné los ojos.

—Por si tienes algo que decirme o que preguntarme…

—No es asunto mío —murmuré antes de salir del piso. Él salió detrás de mí, ya con su chaqueta en la mano, y cerró la puerta.

—Soy tu amigo, soy asunto tuyo —aseguró mientras me seguía escaleras abajo—. ¿Qué quieres saber? —preguntó una vez en la calle.

—¿Por eso rompiste con tu novia? —me atreví a preguntar mientras caminábamos—. ¿Porque no te gustan las chicas?

—Sí me gustan las chicas —aseguró.

—Bueno, pues «no te atraen sexualmente».

—Sí me atraen sexualmente. —Soltó una carcajada—. Muchísimo.

—Entonces, ¿me he imaginado lo que acabo de ver? ¿Me tomas por tonta?

—¿Qué has visto?

—Que estabas enrollándote con un chico, que eres gay.

—Estaba enrollándome con un chico —asintió sin dejar de caminar a mi lado—, pero no soy gay.

—Ya —resoplé—. Que no pasa nada, que lo veo bien, no me lo tienes que negar. Te gustan los chicos y punto, vamos, ni que a mí me afectara en algo…

—A ver, Rebeca. ¿Todo el mundo te llama Rebeca, así tan largo? ¿Puedo llamarte Rebe, o Beck, o Beca?

—Beck, no —me atraganté un poco al decirlo—. Los demás me dan igual.

—Vale, para mí serás Rebe. Escucha, Rebe, me gustan las chicas, mucho; pero también me gustan los chicos, exactamente el mismo *mucho*.

Me detuve frente a la puerta del cine donde trabajaba y me giré a mirarlo.

—¿Eso se puede? —pregunté con toda mi inocencia, o ignorancia… Un poco de todo, supongo.

Él soltó una carcajada que hizo que más de uno se girara a mirarnos.

—¡Claro que se puede! —Se señaló con ambas manos antes de añadir—: mírame a mí.

—Ya, no sé, no había conocido a nadie así…

—Así ¿cómo? ¿Bisexual?

—¿Se llama así? —pregunté y él asintió con una sonrisa—. Pues entonces sí, eso.

—Rebeca, entras ya —nos interrumpió mi encargado.

—Claro, un segundo que me despida.

—¿Es tu novio?

—No —respondimos los dos al unísono.

—Vale, lo pillo —el encargado soltó una carcajada—, entonces puede pasar contigo, no hay problema.

Me dirigí hacia mi taquilla y Oriol me siguió y entró dentro conmigo.

—¿No tienes clase? —pregunté.

—Me apetece más pasar la tarde contigo, Rebe. Me gusta ser tu amigo. Y quiero que me cuentes qué tal la terapia.

Se sentó en una silla junto a la mía, en la que los fines de semana ocupaba una compañera, aunque su ventanilla la mantuvimos cerrada, lógico. Entresemana solo estaba yo en la taquilla, no venía mucha gente.

—La terapia bien, Oriol.

—Llámame Ori, que vamos a ser grandes amigos.

No pude evitar una leve sonrisa tras ese comentario.

—Vale, Ori, cuéntame entonces lo de tu novia, ¿qué pasó? ¿No le habías contado lo de los chicos y se enteró?

—No, ella lo sabía, yo siempre voy de frente. A ver, el tema es…

—Cuatro para *Pretty woman* —nos interrumpieron unas chicas y Ori se calló al momento.

Les di sus entradas y su cambio y, en cuanto las perdimos de vista, mi amigo volvió a la carga.

—A lo que iba, que el tema es que yo no me enamoro, nunca. Y lo aviso siempre, soy así: no me enamoro. Punto.

—¿En serio? ¿Qué eres? ¿Un cabrón? ¿No quieres a nadie?

—No, no, no, nada de eso. Yo quiero a todo el mundo. De hecho, tengo tanto tantísimo amor que no puedo dárselo todo a una única persona —se rio—. Igual el problema es ese, que me enamoro de todos, y de nadie en concreto, no sé, pero no creo en la pareja, no creo en la monogamia. Si estoy con alguien, no me importa que se acueste con otras personas si le apetece, igual que a mí me apetece hacerlo también. Creo que reprimir eso es insano. No creo que nadie, chico o chica, sea de mi propiedad y no pueda disfrutar del sexo con nadie más, es todo. De vez en cuando, alguien se empeña en intentarlo y consigue que me tire al rollo, pero siempre sale mal.

—Una para *Henry y June* —volvió a interrumpir un cliente.

—¿Una? —preguntó Ori—. ¿Quién va al cine solo?

Le di una patada que no vio el chico al otro lado de la ventanilla y él se disculpó. En cuanto el tipo se hubo marchado, le entró una risa tonta.

—Perdona, es que es raro.

—Viene mucha gente rara al cine entresemana. —Me encogí de hombros—. Igual ha quedado con alguien y ya están dentro sus amigos. O igual no, es un rarito sin amigos al que le gusta ir solo al cine.

—Era mono, ¿entro y lo busco en la sala a oscuras? —Hizo un movimiento sugerente con las cejas—. Me has cortado el rollo en pleno calentón, necesito un desahogo.

Abrí mucho los ojos y la boca, pero no fui capaz de articular palabra. Él empezó a reírse con más ganas que nunca.

—Es broma, Rebe. Me gusta el sexo, muchísimo. Y he follado mucho pese a tener solo diecinueve años. Pero mucho mucho, tanto con chicos como con chicas. Aun así, no soy un degenerado y no voy a buscar a un desconocido en una sala de cine a oscuras.

—Vale.

De repente, se puso serio y me miró a los ojos.

—¿Te doy asco? ¿Crees que soy un enfermo o un vicioso?

—Mmm, no. ¿Por qué iba a pensar eso?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Me lo han dicho muchas veces, por lo de que me

gusten chicas y chicos, sobre todo.

—Pues no lo pienso, para mí sigues siendo el mismo que estos días. A mí qué más me da con quién te acuestes. Eso no cambia nada entre nosotros… A menos que me toque ver culos que no me espero en mi sofá…

Soltó una carcajada y asintió.

—Quería dejarlo claro, no sería la primera vez que pierdo un amigo o una amiga por algo así.

—La traumatizada no te juzga —negué con la cabeza y me forcé a sonreír. No porque no quisiera, era que mi tristeza crónica me lo dificultaba.

—La traumatizada y el perturbado… ¡Me encanta! Además, me parece de lo más apropiado que estemos en las entretelas de un cine para poder decirte: «presiento que este es el comienzo de una hermosa amistad».

—Dos para *Pretty woman*.

—¡Joder, ya nos han cortado el momento, con lo épico que me había quedado!

La chica retiró sus entradas a toda velocidad y desapareció.

—El encargado no te dejará venir más —le advertí.

—Vale, me comportaré —aseguró a modo de disculpa—. Bueno, entonces, ¿qué dices? ¿Crees que te puede suponer un problema mi filosofía de vida o mi orientación sexual?

Respiré hondo y lo miré a los ojos.

—Ya que seguimos en las entretelas del cine, como tú has dicho, solo puedo contestar: «francamente, querido, me importa un bledo».

CAPÍTULO VEINTITRÉS

el videoclub



Una tarde que no tenía que ir a trabajar, era mi día libre, me pasé a visitar a Aixa. Ella llevaba unos meses combinando sus estudios de Magisterio con un empleo a tiempo parcial en un videoclub que no quedaba demasiado lejos de mi casa, pero por nuestra incompatibilidad de horarios no lo frecuentaba todo lo que me habría gustado. Era un trabajo sencillo que le permitía tener visita.

No vi ningún cliente al entrar, ni siquiera a mi amiga tras el mostrador, estaba el local desierto.

—¡Vengo a robar! —grité y al momento apareció la cabeza de Aixa tras uno de los expositores de novedades.

—¡Becky! —me devolvió el grito acompañado de una gran sonrisa.

Vino hasta donde yo me encontraba cargada con un montón de carátulas vacías que dejó sobre el mostrador antes de darme un abrazo.

—¿Cómo estás, guapa? ¿Cómo lo llevas? —preguntó en el último achuchón y luego se separó de mí.

Aixa era de las pocas, poquísimas, que me preguntaba directamente y no trataba de evitar el tema. Ella sabía que no «se me había pasado» por arte de magia y que el resto del mundo evitaba nombrarme lo evidente «por miedo a recordármelo». Como si una cosa así se fuera a olvidar por el simple hecho de que nadie te pregunte. Muy lógico todo, vaya.

—Acompáñame a colocar las disponibles —pidió tras volver a coger las carátulas que había dejado sobre el mostrador. Obedecí y fui tras ella—. Bueno, ¿a qué debo el honor?

—Me apetecía verte. —Me encogí de hombros—. He quedado con Ori para acompañarle a comprar nosequé. Le he dicho que pase por aquí a por mí cuando salga de clase. Y así de paso también pillamos una peli para esta noche.

—¿Ori? —Aixa se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—Mi compañero de piso —aclaré—. Ya te hablé de él.

—Sí, pero solo me dijiste que vivías con dos chicas a las que apenas veías y con un chico que se llamaba Oriol. Hasta ahí. Y ahora quedas con él fuera de casa y lo llamas «Ori». Me da la

impresión de que me faltan piezas de la historia.

—No te has perdido demasiado. Hace días que por las mañanas está en casa, desde que cortó con su novia, y estamos pasando bastante tiempo juntos. Hemos hablado mucho, es fácil hablar con él, me entiende, y ahora creo que ya podría decirse que somos amigos…

—Amigos… —repitió Aixa—. Solo amigos.

—Pues claro —bufé—. No me vengas tú también con lo típico. Sabes que yo no estoy para nada más y, aunque lo estuviera, tampoco sería con Ori. Ni por mí ni por él, te lo aseguro.

—Vale, vale, no digo nada —se disculpó Aixa y levantó las manos con las últimas carátulas que le quedaban en ellas.

—Verás como te cae muy bien, es muy divertido. Y le encanta el cine. Se sabe un montón de frases de películas y las suelta en el momento correcto. Es muy gracioso.

—Es bonito que tengas a alguien así en casa. —Aixa me sonrió con cariño—. Me quedo más tranquila, de verdad. Me daba miedo que te sintieras muy sola por horarios o por compañeros de piso rancios.

—Pues puedes estar tranquila, que Ori de rancio no tiene nada… Bueno, ¿y tú qué tal?

—Pfff, pues mi madre me vuelve loca, como siempre. Luego, para la asignatura de Pedagogía tenemos que hacer varios trabajos en grupo, y me ha tocado con una compañera muy pesada que no me deja vivir. Que somos cuatro en el grupo, pero solo me da la brasa a mí. Muy cansina, ya no sé cómo quitármela de encima.

—Querrá hacerse amiga tuya. No puedes culparla, ser amiga tuya mola un montón…

Aixa se rio y yo le sonreí. Se giró a colocar un par de carátulas y yo noté un abrazo en mi espalda y un susurro en mi oído.

—«Anoche soñé que volvía a Manderley». —La voz de Oriol me hizo cosquillitas en la oreja —. ¿Vemos esta? —Estiró el brazo y sostuvo la carátula de *Rebeca* delante de mi cara—. Me parece perfecta para verla contigo.

—¿Por lo del viudo que no olvida a su mujer muerta? —solté sin pensar.

—No, por tu nombre —contestó Ori con un hilillo de voz—. No había pensado en lo otro, joder, perdona.

—Hola, soy Aixa. —Mi amiga interrumpió el tenso momento y se presentó ella misma. Le agradecí con la mirada la iniciativa.

—Oriol. —Se acercó a darle dos besos—. Ori, mejor.

—Encantada.

Tras un silencio algo incómodo, habló Ori:

—Bueno, pues no nos llevamos *Rebeca*, pero vamos a elegir otra, ¿no?

—Claro —asentí.

—Os espero en el mostrador —dijo Aixa antes de dejarnos solos.

Ori deslizó los dedos por las estanterías y se detuvo en una.

—«No permitiré que nadie te arrincone» —recitó muy serio mientras sostenía la carátula de

Dirty Dancing entre nosotros. —Yo negué con la cabeza y él la devolvió a la estantería—. Vale… A ver esta: «amar es no tener que decir nunca "lo siento"». —Repitió lo de antes, esta vez con la portada de *Love Story*.

—Si no te importa, me gustaría evitar las pelis de amor…

—Está bien, lo entiendo… «Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar» —susurró con voz rasgada mientras sostenía la carátula de *El Padrino*.

—Tampoco de muerte, por favor. Ni amor ni muertos, si no es mucho pedir…

—Vale. —Volvió a dejarla en su sitio—. Lo entiendo. ¿Qué tal esta? «Por increíbles peligros e innumerables fatigas…» —Le arranqué la carátula de *Dentro del Laberinto* de las manos y la dejé con un gesto brusco en la estantería.

—Esta ni de puta coña —gruñí con un tono tan chungo que creo que hasta se asustó.

—Joder, Rebe, ¿qué pasa? Esa no es de amor ni muere nadie… ¿Por qué te has puesto así?

—He dicho que esa no y punto. No quiero darle más vueltas. —Estaba haciendo un enorme esfuerzo por no llorar y seguir hablando del tema no ayudaba. Busqué por instinto mi colgante y lo apreté con fuerza—. Déjalo estar.

—Vale, vale. —Ori levantó las manos—. Elige tú, Rebe, que no quiero volver a cagarla.

—Mientras no cojas «esa» ni ninguna de amor o de muerte, me parecerá bien… Coge la que sea…

Él escrutó otra de las estanterías y luego se giró hacia mí con un ojo entrecerrado, como si tuviera miedo de que le soltara un guantazo.

—«A donde vamos no necesitamos carreteras…». —Le quité la carátula de *Regreso al Futuro* de las manos y sonreí un poco.

—Venga, esta mismo. Vamos.

Mientras mi amiga hacía sus papeleos para poder darnos la película, tres personas entraron al local. Se trataba de una pareja joven con una niña de unos cuatro años.

—¡Aixa! —gritó la cría con entusiasmo—. ¡Mira! —Comenzó a caminar de un modo muy teatral, estirando las piernas como si fuera un soldado en un desfile.

—¡Botas nuevas! —gritó mi amiga—. ¡Qué chulas, Luci, me encantan!

La pequeña soltó la mano de su madre y empezó a hacer posecitas para que apreciáramos su calzado nuevo sin perdernos ni un detalle.

—Venga, ve a por la película —la azuzó su padre, un chico muy mono de unos treinta años.

La cría volvió al momento, le entregó a Aixa la carátula de *La Cenicienta* y esperó paciente a que mi amiga le entregara la película definitiva. Intercambió un par de frases con los padres y se despidieron con amabilidad antes de marcharse.

—Vale, tengo un problema con esta familia —susurró Aixa cuando ya estábamos solos.

Ori y yo nos acercamos de forma instintiva al mostrador.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Pues, a ver… Vienen todos los fines de semana los tres juntos, parecen la familia perfecta,

¡a que sí!

—Sí, parecen muy monos —confirmó Ori.

—Vale, pues vienen los tres todos los viernes a estas horas y la cría se lleva *La Cenicienta*. Que alguna vez ha estado alquilada y se ha llevado otra, pero vaya, que siempre es una peli de princesas para la nena. Hasta ahí todo normal. Pero es que luego, entresemana, viene él solo, devuelve la película familiar… y…

Hizo una pausa dramática y nosotros nos acercamos más.

—¿Se lleva una porno? —preguntó por fin Ori.

—Sí, pero… no porno normal… Porno de animales —susurró Aixa.

—¿Cómo «de animales»? ¿Qué quieres decir? —pregunté yo intrigada.

—Quiero decir películas que tienen títulos como *Follada por un caballo* o cosas así…

—¿Tenéis ese tipo de pelis? —pregunté sin dar crédito.

—Sí, yo no suelo entrar en la sala X, el encargado prefiere que lo haga mi compañero, supongo que es un rollo machito por si la chica, yo, se sofoca o algo… O que mi compañero querrá hacerlo él para ver tetas, no sé… El caso es que este tío se lleva dos o tres pelis de esas a la semana, no sé si es que la mujer y la niña solo vienen de visita el finde y él está solo el resto del tiempo o qué, no sé, pero ellas son tan monas que no sé si decirle lo que hace él cuando viene solo…

—Igual ella lo sabe y las ven juntos —sugirió Ori—. Pero viene él solo porque a ella le da vergüenza…

—No sé, es raro. Yo creo que es cosa de él. Además, a veces me dice delante de ellas con una sonrisilla: «te saldrá en la ficha que tengo una en casa, me la he dejado, te la traigo mañana…» y ella ni se inmuta. Imagínate que un día le digo: «sí, según esto me tienes que traer *Con cabras y a lo loco* y *El perro y la salchicha*»…

Los tres soltamos una carcajada de lo más escandalosa que no pudimos evitar, pero las de ellos dos se cortaron al momento y se giraron a mirarme con una sonrisa tonta en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunté intrigada, todavía con el eco de la risa resonando en mi pecho.

—Que nunca te había oído reír —aseguró Ori en un susurro.

—¡Y yo hacía más de un año que no lo escuchaba! —gritó Aixa mientras rodeaba el mostrador para venir a abrazarme—. ¡Becky, qué sonido tan bonito! ¡Que vivan los zoofílicos que han traído las risas de mi chica de vuelta!

Los dos me abrazaron y volvimos a reírnos, aunque sus palabras me provocaron una punzada de culpa, porque sin poder evitarlo mi pensamiento fue para el chico que no iba a poder volver a reírse nunca más.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

mano a mano



Las dos compañeras de piso ausentes que tuvimos durante el primer curso creo que no aprobaron ni una asignatura, por lo que no iban a volver el curso siguiente. Hasta donde me enteré, sus padres las mandaron a otra universidad donde las podían tener más controladas. Y no me extraña, lo cierto es que no sé cuánto iban a clase, pero por el piso pasaban más bien poco, creo que se pasaron todo ese primer curso de fiesta en fiesta.

En lo que me atañía a mí, eso supuso una seria reunión con Ori.

—¿Qué hacemos? ¿Buscamos nuevas compañeras? —le pregunté una mañana—. Esther me ha dicho que el contrato está a su nombre, pero que puede hablar con el casero y que lo pongan al mío o al tuyo…

—¿Y si buscamos algo más pequeño y nos vamos los dos solos?

—No se me había ocurrido…

—Ay, Rebe, es que me da pereza tener que elegir gente con la que vivir, ¿y si la cagamos? O peor… ¿y si pasan mucho tiempo en casa y los tenemos aquí metidos por las mañanas? Qué agobio solo de pensarlo…

—¿Crees que nos podemos permitir un piso solo entre los dos? —dudé.

—Yo les pido más pasta a mis padres, no me importa pagar más que tú porque voy a ocupar parte del salón con los cuadros y esculturas que no me quepan en mi habitación, porque seguro que tú sí que me dejas, no como ese par de rancias… ¿Qué dices, Rebe? ¿Nos vamos los dos mano a mano?

—Venga, vale —concedí—, pero yo no puedo pagar más de lo que pago ahora.

—Y no lo harás, palabrita.

Me dio un abrazo para sellar el trato.

No fue difícil encontrar piso, y fue más fácil todavía convivir solo con Ori. Cada vez nos llevábamos mejor y solucionábamos cualquier problema de inmediato. Oriol era partidario de hablarlo todo y de no dejar que un conflicto se saliera de madre.

Yo no tenía problema en que invadiera casi toda la casa con su arte y él era muy comprensivo conmigo y con mis bajones puntuales. Jamás les quitó importancia a mi drama o a mis

sentimientos. Con él me sentía a gusto, me sentía comprendida y me sentía querida.

Al igual que el curso anterior, pasábamos juntos las mañanas. Por las tardes yo me iba a trabajar y él a clase (cuando no quedaba con alguno de sus ligues y se escaqueaba de la facultad) y las noches solíamos pasarlas juntos también. Muchas de esas noches venía Aixa, nos traía alguna peli del videoclub y la veía con nosotros. A veces se quedaba a dormir conmigo.

Las noches que no venía mi amiga, Ori y yo veíamos algo en la tele o poníamos música y jugábamos a algo.

Y alguna noche que otra, Aixa no venía y Ori salía. Esas eran las peores, porque me quedaba sola. En realidad, tampoco estaba sola, esas noches dejaba salir todos mis fantasmas y me quedaba con Vic. Lo cierto es que por un lado quería ir superándolo poco a poco y tenerlo menos presente. Pero, por otro, me invadía la culpa con cada paso que daba para olvidarlo. Porque si yo, que lo había querido tanto, lo olvidaba, ¿qué iba a ser de él, de su recuerdo, de su paso por el mundo?

Así transcurrió todo ese año y parte del siguiente. Con una nueva rutina y una vida que avanzaba a pesar de mí misma. Las horas pasaban lentas, pero los meses volaban. Cada día era un poquito menos gris que el anterior, aunque los avances no eran perceptibles para el ojo humano.

CAPÍTULO VEINTICINCO

sesión de arte



Salí de la ducha en albornoz, comenzaba la ardua tarea de buscar ropa limpia. Había olvidado poner una lavadora y me tocaba buscar bragas. Localicé unas bastante rápido en la cesta de la ropa limpia. Gracias, Ori, por incluir mi ropa en tus coladas. Con la prenda en la mano me dirigía a mi habitación cuando pasé delante de la suya y lo oí maldecir.

—¿Qué te pasa? —Entré y me coloqué tras él, estaba inclinado sobre su mesa mirando unos dibujos a lápiz de desnudos, tanto de hombre como de mujer—. ¡Qué bonitos! ¿Son tus parejas sexuales? —me reí.

—No —resopló—. Son ejercicios de clase, de los modelos que vienen a la facultad a posar. Pero falté a demasiadas clases el mes pasado y ahora no tengo suficientes dibujos. Por lo visto, me faltan las de luces y sombras, solo fui a una clase de esas y no llegué ni a acabar el primer dibujo. Joder, qué gilipollas estoy. Como suspenda, me quitan la beca. Estoy intentando acabar este, pero no hay manera, es imposible hacer un juego de luces interesante sin verlo.

—Vale, tranquilo, algo se podrá hacer… ¿Qué te falta? ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Te apetece posar para mí? —Resopló.

—Vale, no tengo nada mejor que hacer, si te sirvo… —Me encogí de hombros.

—Era coña. No te voy a pedir eso.

—Pues no me lo pidas, me ofrezco yo —insistí.

—No vas a posar desnuda para mí.

—¿Por qué no? Mira, ni siquiera llevo las bragas puestas. —Me reí y dejé caer la prenda que todavía llevaba en la mano sobre sus dibujos. Hice girar un par de veces el cordón de mi albornoz y le di en la cara con él—. ¿Tienes una opción mejor?

—La verdad es que no. —Suspiró y se reclinó en la silla—. ¿Has posado alguna vez para alguien?

—No.

—Tendrás que estar en la misma posición mucho rato… Va a ser muy largo.

—Ya supongo, podremos buscar poses cómodas, ¿no? Y hoy es mi día libre.

Asintió y tragó saliva.

—Vale, espérame aquí, voy a por las estufas, para que no pases frío.

Salió de la habitación y yo me quedé replanteándome mi oferta. Lo cierto era que no me daba vergüenza la idea de desnudarme delante de él, teníamos un nivel de confianza muy grande ya y yo había dejado atrás mi timidez extrema hacía tiempo. La idea de posar desnuda me producía un cosquilleo en las tripas, y hacía años que no me sentía así, y lo necesitaba, necesitaba volver a sentirme viva.

Oriol no tardó en regresar a la habitación con la estufa de butano que teníamos en el comedor y con el calefactor del baño. Los puso al máximo y en un par de minutos empezó a notarse el calor.

—Cuando quieras —dijo con un leve carraspeo.

—Vale. —Me quité el albornoz y me quedé con él en la mano—. ¿Qué hago con esto?

—Trae. —Lo cogió y lo dejó caer sobre una silla que tenía toda cubierta con su ropa.

—¿Cómo me pongo? —pregunté sin saber ni qué hacer con las manos.

Se acercó a la ventana, por la que entraba el sol radiante de la mañana, y bajó la persiana hasta que la luz se convirtió en los puntitos que se colaban entre las rendijas. Me tomó de la mano y me llevó (un par de pasos, no más, la habitación era normalita) bajo la barra que había colocado para hacer dominadas y que solo le había visto utilizar el día que la instaló cargado de buenas intenciones.

—¿Me recojo el pelo? —pregunté para intentar normalizar un poco la situación.

—Vale, mejor.

Lo hice mientras él miraba hacia otro lado. Cuando terminé, me cogió por las muñecas y me hizo subirlas para que me agarrara con una mano a la barra de arriba y con la otra al codo contrario. Dio un paso atrás y me miró. Volvió a acercarse y, con un movimiento de su pie en el mío, me indicó que cerrara las piernas, luego me rozó con delicadeza una rodilla para que la flexionara un poco, lo mínimo, y de nuevo dio un paso atrás para ver el resultado.

—Joder, precioso —resopló.

Bajé la vista y comprobé que todo mi cuerpo estaba iluminado a puntitos por la luz que entraba a través de la persiana bajada. Me habría encantado verme desde fuera en ese momento, pero podía esperar y ver el resultado.

Oriol se sentó en su silla de dibujo y se giró para estar de cara a mí y no de cara a la mesa. Cogió la tabla que usaba a veces para dibujar y movió el flexo para iluminarla.

—Vale, voy a empezar, ¿estás cómoda? Vas a estar así un rato… Baja un poco el brazo si quieres, así te cansarás menos y de paso te tapas la cara.

—¿Quieres que me tape la cara?

—Es por ti, si no tengo que dibujar la cara, iré más rápido… Y nos aseguramos de que nadie te reconozca si este, por lo que fuera, fuese uno de los dibujos seleccionados que acaban expuestos por la facultad.

—Vale —acepté y bajé el brazo hasta que me cubrió el rostro. Ya no podía verme, pero yo a

él tampoco.

No veía nada, solo escuchaba su respiración, y la mía. El cosquilleo del estómago se había extendido hacia abajo y tuve que apretar las piernas un par de veces para compensarlo. Intentaba no pensar en el hecho de que estaba desnuda a menos de un metro de un chico que me estaba dibujando y tenía toda su atención puesta en mí. Porque la situación era excitante. Muy excitante si lo pensaba. Mi mente tuvo la mala idea de imaginar que era Vic al que oía respirar. Intenté olvidar que él ya no respiraba. Lo imaginé dibujando, aunque no le había visto hacerlo jamás. Pero había visto a Oriol hacerlo tantas veces que no me costó nada cambiar su cara por la de Vic. No se iba jamás de mi cabeza, y no sabía si algún día lo haría. Yo tenía casi veinte años y él se había quedado en los diecisiete. Llegaría un momento en el que ponerme cachonda con sus recuerdos sería un poco perturbador, pero eso todavía no había ocurrido. Me recordé desnuda en el agua con él. Ya había llegado a esa fase en la que podía recordarlo sin ponerme a llorar y, dada la situación en la que me encontraba, mis fantasías me estaban llevando por otro camino.

—A ver —carraspeó—, creo que con lo que tengo, ya puedo terminarlo… Si lo hago todo al natural, me puede llevar demasiado rato.

—Como quieras, ¿me muevo entonces?

—¡Espera! Tengo una idea, quédate así.

Lo oí trastear y al momento un ruido que reconocía bien.

—¿Me has hecho una foto? —pregunté tras apartar el brazo que me cubría la cara y mirarlo.

—Sí, pero es una Polaroid —dijo mientras cogía la instantánea que la máquina acababa de escupir. Comenzó a agitarla en el aire—. No hay que llevarla a revelar, no la verá nadie más que yo. Y tampoco se te ve la cara. Si quieres, te hago fotos en distintas posiciones, sin cara todas, tranquila, y así puedo dibujar a partir de las fotografías.

—Vale, ¿cómo me pongo? —pregunté mientras agitaba un poco los brazos para desentumecerlos.

—Túmbate en la cama —sugirió antes de apartar el revoltijo de sábanas y mantas y dejar solo la bajera—. De lado, dándome la espalda, mira hacia la pared.

Obedecí y al momento noté sus dedos en mi nuca. Me soltó el pelo.

—Estira las piernas. —Por la voz supe que había vuelto a alejarse un par de pasos. Hice lo que me pedía—. Perfecto, ahora encógelas.

De nuevo obedecí y él resopló.

—Tienes un cuerpo perfecto y precioso —dijo con la respiración entrecortada.

—¿Cómo me pongo ahora? —mis palabras salieron algo atragantadas también.

—No sé, a ver, gírate hacia mí. Qué calor hace, joder. —Se quitó el suéter y se quedó con una camiseta de manga corta mientras yo me colocaba tumbada de lado, pero mirando hacia él —. ¡Manos! Necesito manos.

Se acercó a mí, cogió una de mis muñecas y la llevó a mi pecho. Al estar de lado, mis tetas estaban muy juntas y podía taparlas sin dificultad con una sola mano.

—Perfecto, me encanta —murmuró.

Luego cogió la otra y la llevó entre mis piernas. Me hizo separarlas un momento para colocarla en la posición que quería y luego volverlas a juntar. Yo aproveché para ejercer algo de presión, porque el nivel de excitación que estaba alcanzando empezaba a ser insoportable. Tomó un par de fotos en las que me aseguró que no salía mi cara (cosa que no le pregunté en ningún momento) y después me las mostró por si tenía dudas.

—Vamos a probar bocarriba —sugirió.

Obedecí, pero no saqué la mano que tenía entre las piernas. Estaba ejerciendo una presión constante que me estaba sentando bien. La otra la dejé junto a mi cabeza a la espera de instrucciones.

—¿Esa mano la vas a dejar ahí? —preguntó con la mirada puesta en la que tenía más abajo.

—Lo que quieras, si prefieres que la ponga en otro sitio… —Presioné un poco por si me pedía que la apartara y creo que se me escapó un jadeo.

—No, no, ahí está bien… Tápate la cara con la otra.

Lo hice. Él hizo una foto desde un lateral, pero al momento se subió a la cama de pie, dejándome entre sus piernas, e hizo un par de fotos más. Resopló mientras las agitaba en el aire.

—¿Qué más? —pregunté—. ¿Cómo me pongo ahora?

—Piensa a ver si se te ocurre algo, si te apetece alguna pose, mientras cambio el carrete, que se ha terminado.

Aproveché que me dio la espalda para acariciarme un poco con la mano que ya tenía en posición y con la otra rocé uno de mis pezones. Él fue más rápido de lo que yo pensaba y, cuando se giró, todavía me pilló en esa situación. Aparté las manos a toda velocidad y me senté en el borde de la cama, con los pies sobre la alfombra.

Estoy casi segura de que supo lo que yo estaba haciendo y se hizo el loco. En lugar de decir nada, emitió una especie de jadeo y se acercó. Se arrodilló delante de mí y me hizo apoyar las manos sobre el colchón, un poco hacia atrás, con lo que mi torso quedaba arqueado. Era sexi, joder. Cogió el pelo, que me caía por la espalda, con ambas manos y lo dejó caer con cuidado sobre mi pecho. Tanto cuidado que durante el proceso sus nudillos rozaron mis pezones. Emití un sonido de clara excitación que no pude contener y él de nuevo fingió no notarlo. Se colocó en posición para volver a fotografiarme y yo apreté más las rodillas, que ya tenía juntísimas, y moví un poco las caderas para crear una cierta fricción sobre el colchón.

—Estate quieta —murmuró—, o la foto saldrá movida.

—Pues la repetimos —gemí involuntariamente.

Me miró un momento por encima de la cámara antes de volver a observarme a través del visor.

—¿Tienes frío? —preguntó sin venir a cuento.

—No , para nada —aseguré—. Más bien calor, tengo las estufas encima.

Se acercó y se arrodilló delante de mí. Movió un poco el pelo que me cubría el pecho y rozó

con el pulgar uno de mis pezones. Ahogué un jadeo.

—Están duros como piedras, ¿seguro que no es frío?

—Seguro. —Respiré hondo.

—Abre las piernas —sugirió. Y lo hice, sin pensar. Desplacé el culo hasta el borde del colchón con el movimiento y mi espalda se arqueó más. Empecé a respirar de un modo más intenso y él también. Dejó la cámara a un lado y se colocó entre mis piernas abiertas.

—¿No vas a decirme que no a nada? —preguntó.

—Tú eres el artista. —Negué con la cabeza—. Yo hago lo que necesites…

—Y tú, ¿qué necesitas tú, Rebeca? —murmuró mientras llevaba las manos a mis muslos.

—Sentirme viva otra vez —solté en un gemido mientras un par de lágrimas se escapaban por mis mejillas. Estaba muy excitada, pero a la vez sentía un nudo de tristeza que me oprimía el corazón.

—Joder, Rebeca —farfulló—. ¿Estás segura? —Sus manos subieron por mis piernas hasta llegar casi a las ingles—. No sé si es buena idea…

—No lo pienses, Ori, vamos a hacerlo.

—No estás bien, es muy pronto. Me da miedo que…

—No me voy a enamorar de ti —lo interrumpí—. Ojalá pudiera. Solo quiero sentir algo bueno.

—Lo último que quiero es hacerte daño.

—No puedes hacerme daño, ya estoy rota.

—¿De verdad quieres que esta sea tu primera vez?

—La primera…, la última… ¿Qué diferencia hay? —Metí las manos bajo su camiseta y se la quité en un único movimiento. Me ayudó, claro—. Además, si dicen que la primera es la peor…

—¿La peor? ¿Conmigo? —Esbozó una sonrisa burlona—. No lo creo. No si puedo evitarlo.

Sin separarse de mí, se estiró para llegar hasta la mesilla de noche y del cajón sacó un preservativo y un bote de lubricante. Lo dejó todo en el colchón a nuestro alcance y se colocó de nuevo como estaba.

Volvió a llevar las manos a mis muslos y me abrió un poco más las piernas para acercarse más a mí. Sus manos siguieron su ascenso hasta que llegaron a mi entrada y ahí se entretuvieron un buen rato. Sus dedos jugaban entre mis pliegues mientras sus labios se aventuraron sobre mi pecho. Yo cerré los ojos y comencé a respirar por la boca de un modo muy sonoro, pero no podía evitarlo. Tenía mucho calor. Me sobraban las estufas, todo ardía por sí mismo. Cuando ya no pude aguantarme sobre mis brazos, me dejé caer sobre el colchón. Él no separó su boca de mí en todo el tiempo. Subió una de las manos para atrapar el pezón que no tenía entre los labios y de la mano que todavía tenía abajo me introdujo un dedo.

—Estás empapada —susurró—, no creo que te duela. No va a hacer falta el lubricante —sonrió.

Aumentó entonces la presión, intuyo que metió otro dedo. Yo jadeé fuerte de puro placer, el

que llevaba demasiado tiempo sin permitirme. Otro más y me sentí llena, completa, a punto de reventar. Eso quería, necesitaba reventar. Empezó entonces a mover la mano cada vez más rápido. Yo sentía que me abría, que me iba a partir por la mitad en cualquier momento. Estaba al borde del éxtasis, invadida por un millón de sensaciones, con todo el placer acumulándose en un único punto, y a la vez con una losa de tristeza oprimiendo mi garganta. Se me escaparon un par de lágrimas y un sollozo.

—¿Te hago daño? ¿Soy muy bruto?

—No —negué con rapidez—. No pares, por favor —gemí y sollocé al tiempo.

—Rebe, cariño… —murmuró con voz dulce y con la mano que tenía libre me acarició la cara. Parecía que con la otra fuese a ralentizar el movimiento.

—Sigue, no pares —insistí llevando la vista al techo.

—No me mires —sugirió—. Voy a intentar no volver a hablar. Piensa que soy él si te ayuda. Imagina que soy él, de verdad que no me importa. Si necesitas que vaya más deprisa o que pare, o lo que sea, solo tienes que decirlo.

Le hice caso. Crucé los brazos sobre la cara y me concentré en la presión que ejercía él y no en la que sentía en el corazón. Sus movimientos seguían un ritmo constante y enloquecedor. Lo oí trastear con el pantalón y el preservativo. Durante un segundo salió de mí y al momento volvió a entrar. No fui consciente de lo que había pasado hasta que noté sus dos manos aferradas a mis caderas. Le obedecí. No fui capaz de mirarlo. Mi primera vez solo sentí. E imaginé. Imaginé por un momento que era Vic, que estábamos terminando lo que empezamos en aquella playa. Que estábamos culminando por fin lo que habíamos estado a punto varias veces. Que nos estábamos uniendo de la manera que nos había faltado, que nos habían robado. Con la euforia que sentía, el placer extremo y la oxitocina que estaba liberando, creo que durante un momento llegué a creerme de verdad mi fantasía. Y me dejé ir. Exploté en un millón de sensaciones que me hicieron sentirme viva por un instante.

No tardó mucho en terminar él también. Lo noté pese a que intentó ser silencioso, entiendo que para no sacarme de mi espejismo, pero, llegados a ese punto, mi ilusión transitoria ya se había esfumado. En cuanto terminó el placer, me quedé solo con el dolor. Otra vez sola con el dolor. De nuevo empecé a respirar por la boca con grandes bocanadas, pero esta vez por un motivo diferente. Me ahogaba con el aire caliente y cargado de esa habitación, así que simplemente me separé de él y me fui corriendo a mi cuarto.

Me metí bajo las mantas y lloré. Lloré como hacía mucho que no lo hacía. Lloré lo que no había llorado en semanas. Aparté la manta de mi cabeza lo justo para mirar la fotografía que me observaba cada noche desde la mesilla. Y volví a llorar hasta que empezó a dolerme la garganta.

Al rato apareció Oriol en silencio, llevaba puesto un pantalón de chándal y mi albornoz en la mano. Lo dejó sobre la silla y se metió en la cama a mi espalda. Me abrazó con cariño y me dio un beso en el hombro.

—No me odies, Rebe —susurró con la voz rota—. Por favor.

Lloré más fuerte, porque, aunque quería explicarle que estaba muy lejos de odiarlo, que era de lo mejor que tenía en ese momento en mi vida, no me salían las palabras, no podía parar de llorar.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

madonna siempre es sexi



Me desperté con Ori abrazado a mí. Yo seguía desnuda, me había quedado dormida del berrinche, por lo visto. Me removí para liberarme de sus brazos y él los separó de mi cuerpo al momento, no estaba dormido. Rodé sobre mí misma para mirarlo.

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? —murmuró con cierto temor en la voz.

—Mejor. —Forcé una sonrisa—. Siento el numerito.

—A mí me puedes montar todos los numeritos que quieras, ya lo sabes. —Sonrió, pero volvió a ponerse serio enseguida—. Lo siento, Rebe, de verdad creía que era lo que querías, que lo necesitabas. No quiero que te sientas mal ni que a partir de ahora estés rara conmigo…

—Lo necesitaba —aseguré—, pero también necesitaba el berrinche de después.

—¿Estás mejor?

Asentí.

—Me hacía mucha falta pillarme un berrinche así…

—¿Solo el berrinche? —Apretó los labios para no reírse.

—No, lo otro también. —Aguanté la risa igual que él. En mi caso era casi una risa nerviosa —. Ya que no pudo ser con él, me alegro de que haya sido contigo.

—Me encanta oír que soy el segundo plato, el premio de consolación…

—Yo tampoco soy tu primera opción, y la consolación me la has dado tú a mí —sonreí.

—Qué fuerte, tía, ya no eres virgen —soltó con la pluma que solo sacaba muy de vez en cuando.

Ahí ya me reí abiertamente.

—Cierto, soy una golfa.

—Te hacen falta muchos más polvos para ser una golfa —sonrió—. Pero eso es algo que se puede arreglar… ¿Ha estado bien? ¿No te he hecho daño? Me daba un poco de miedo, ha sido mi primer desvirgamiento. —Hizo una mueca divertida—. Vaginal. Ha sido mi primer desvirgamiento de vagina…

—Entonces, ¿qué…? Oh, joder. —Me tapé la cara con una mano cuando lo entendí.

Él soltó una carcajada que llenó la habitación.

—Ven —murmuró y se acercó a mí. Me abrazó fuerte.

—Ehm, Ori, estoy desnuda.

—Tranquila, te he visto desnuda mucho rato, te he memorizado, y tengo un montón de fotos. —Noté que sonreía.

—Ya —solté un bufido fingiendo indignación.

—Somos los de siempre, Rebe, que nos hayamos visto desnudos y hayamos tenido sexo no cambia nada. Hemos vivido situaciones más íntimas que esa… Me has desnudado tu alma muchas veces y me has dejado entrar, para mí eso es mucho más importante y más íntimo.

—Para empezar, yo no te he visto desnudo. —Me reí para quitarle un poco de intensidad al momento, no quería empezar a llorar otra vez—. Te hice caso y no te miré, pero no sé si fue peor…

—Ah, bueno, eso se arregla fácil. —Se separó de mí lo justo para quitarse el pantalón, luego apartó la manta y nos dejó a ambos destapados—. Ya está. Empate. Ahora, si a alguno de los dos le apetece pasearse en pelotas por el piso, no hay ningún problema aunque el otro esté en casa.

—Uy, sí, como si fuésemos a ir desnudos por casa… Y pásame la manta que tengo frío.

—¿Nunca has ido desnuda por casa cuando no estoy? —Se incorporó sorprendido y se apoyó sobre un codo.

—Por supuesto que no —me reí—. ¿Por qué iba a hacerlo? En serio, pásame la manta, que hace frío.

—Porque es cómodo, es liberador, es excitante… —Atrapó uno de mis pezones entre sus dedos—. ¿Ves? Mira cómo estás solo de estar tumbada en la cama, imagina pasearte desnuda por casa y hacer cosas, tiene su morbo.

—Eso es por el frío —protesté y aparté su mano, aunque lo cierto era que no le faltaba algo de razón y ambos lo sabíamos.

—Ya, por el frío —se rio—. Yo creo que antes te has puesto tan cachonda precisamente por el hecho de estar desnuda delante de alguien, o igual por estar desnuda tanto tiempo… ¿Era la primera vez que estabas en bolas tanto rato sin estar en la bañera?

—Yo creo que sí… Sí.

—Ven, fuera hará menos frío. —Salió de la cama y me tendió la mano.

—¿Quieres que vaya al salón así?

—Claro. —Soltó una carcajada—. Estamos solos, aquí no vive nadie más. ¿Qué problema hay?

—No estoy cómoda. —Me levanté sin hacer caso a la mano que me tendía y me puse el albornoz que él había dejado en la silla hacía un rato.

—Como quieras —volvió a reírse—, pero ven conmigo —añadió antes de salir de la habitación.

Lo seguí. Fue directo al tocadiscos y empezó a trastear entre sus vinilos.

—¿Tú no vas a ponerte algo?

—Nop —contestó todavía de espaldas a mí. El ambiente estaba caldeado, las estufas encendidas en su dormitorio y la puerta abierta habían contribuido a eso—. ¡Este! —se entusiasmó al encontrar un disco de Madonna que sacó de su funda al instante.

Lo colocó en el plato y la música de «*Like a virgin*[1]» inundó la habitación al momento. Él empezó a mover las caderas al compás de la canción y, en cuanto empezó la voz, se arrancó a hacer lo que supongo que él pensaba que era un *playback*, pero lo que parecía en realidad era que en su cabeza sonara otro tema, porque no daba ni una.

—¿Qué dice la letra? —le pregunté—. ¿De qué va?

—Ni idea —sonrió—, algo de una virgen, pero es sexi.

Siguió bailando e interpretando su *playback* falso al tiempo que se iba acariciando todo el cuerpo en lo que intuyo que pretendía ser algo sensual. Y en cierto modo lo era, resultaba entre divertido y sexi, así era Ori.

—Tienes claro que lo mismo lo que está diciendo no es nada sexi, ¿no?

—Escucha el tono… Es sexi. Además, Madonna siempre lo es.

—Vic sabría lo que dice la canción —murmuré.

Él asintió y se acercó a mí sin dejar de bailar.

—Vic lo sabía todo, era perfecto —sonrió.

—No he dicho eso —protesté.

—Lo sé. —Me pasó los brazos alrededor de la cintura—. Y sé que tú lo recuerdas como un alma pura, pero te puedo asegurar que cuando no estaba contigo también se tiraba pedos, se sacaba mocos o se rascaba los huevos. Como todos los tíos, porque en la intimidad somos todos unos asquerosos. —Apretó los labios para no descojonarse.

—Ya lo sé, pero yo lo recuerdo como me da la gana —gruñí.

—Claro, cariño. Y es bonito que sea así.

Asentí con la cabeza con ganas de ponerme a llorar de nuevo y agaché la mirada. Él me rozó la barbilla con los dedos para indicarme que levantara la vista y, cuando lo hice, dejó su mano en mi mejilla.

—Creo que sientes que le has sido infiel de alguna manera, ¿no?

Apreté los labios y cerré los ojos con fuerza.

—Sé que es absurdo —murmuré.

—No es absurdo —me interrumpió—. Ningún sentimiento es nunca absurdo. Yo creo que es bonito que lo recuerdes y lo tengas presente, pero necesitas empezar a vivir de nuevo, volver a sentir, Rebe. No mueras con él… Estoy seguro de que él no querría eso.

No supe qué decir, porque suponía que tenía razón, pero, en cierto modo, seguía sintiendo que algo de mí había muerto con Vic. Ori puso otra canción[2] y me animó a bailar con él. Lo intenté, juro que puse todo el empeño del que fui capaz, pero ni Elton John me animó lo suficiente.

—Igual necesitas algo menos divertido y más sentido. Vamos a probar con Nino…

Sonreí con cariño por el interés que ponía siempre Ori para hacerme sentir mejor. En este caso sobre todo. Quizá ese día necesitaba más que nunca algo así.

Puso una canción[3] muy triste en su tocadiscos y me obligó a cantarla con él. Para cuando llegamos al estribillo, gritábamos tan fuerte que apenas oíamos a Nino Bravo. La música vibraba dentro de mí y la letra me taladraba desde el centro del pecho.

—*Al fin hoy he vuelto a la verdad / Mis manos vacías te han buscado / La hiedra ha crecido, el sol se ha dormido / Te llamo y no escuchas ya mi voz / Y busqué entre tus cartas amarillas / Mil te quiero, mil caricias / Y una flor que entre dos hojas se durmió / Y mis brazos vacíos se cerraban / Aferrándose a la nada, intentando detener mi juventud.*…

Lloré mientras cantaba, nunca lo había hecho. Y, aunque doloroso, confieso que también fue liberador. La terapia alternativa de Ori había resultado en cierto modo efectiva. No me quitaba el dolor, pero desahogaba y me hacía sentir mejor a corto plazo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

la pastilla



Mi relación con Oriol cambió un poco después de aquel día. Yo tenía muy claro lo que sentía por él; y él siempre supo llevar el tema del sexo con mucha naturalidad. Conmigo y con el resto de sus parejas/amantes.

Volvimos a hacerlo, unas cuantas veces. Pero eso no influyó en nuestra amistad, no dejamos que lo hiciera. Él seguía trayendo a algún chico al piso de vez en cuando. Siempre me preguntaba antes, por si algo había cambiado desde la vez anterior y yo no estaba de acuerdo. Pero siempre lo estaba. Mi amistad con Ori era sincera y natural, y muy fuerte. Y el sexo estaba muy bien también. ¿Por qué no me enamoré de él entonces? Supongo que era pronto. Jamás estuve celosa de los chicos a los que traía. Y digo *chicos* porque lo cierto es que, desde aquel primer encuentro, no volvió a traer chicas a casa. Sé que las hubo, estoy segura, pero no en nuestro piso. No sé si era una manera suya de mostrar respeto por lo que fuera que tuviéramos. A saber, había cosas de Ori que nunca llegué a entender del todo.

Pasó otro año del que casi no me enteré. Compartía piso con Oriol y veía a Aixa siempre que tenía ocasión. Los días se sucedían uno tras otro y me alejaban poquito a poco del dolor. Seguía ahí, pero de vez en cuando por fin parecía que había momentos puntuales en los que dejaba de ser el centro de todo.

Había veces, cuando estaba mucho rato sin sentirlo, cuando conseguía relajarme y olvidar el peso con el que cargaba desde hacía ya tres años, que me invadía la culpa. Porque yo estaba pasándomelo bien cuando él ya no podía. Si lo racionalizaba, entendía que era algo infundado y que no tenía por qué sentirme así, no era sano. Pero en lo referente a Vic y al trauma que me creó su muerte, mi cabeza no atendía a razones. No quería olvidarlo, me esforzaba por no hacerlo. Mientras mantuviera su recuerdo vivo en mi memoria, no habría muerto del todo. Si yo lo olvidaba, él dejaría de existir un poco más.

Durante ese año, ya había días en los que conseguía estar horas enteras sin pensar en él. Todavía tenía su fotografía junto a mi cama, pero, poco a poco, cada vez dolía menos. Por ese motivo, había ido distanciando las sesiones de terapia hasta abandonarla por completo. Me sentía mejor y pensé que ya podría hacer frente a mis demonios por mi cuenta.

Empecé a salir de fiesta, a veces con Aixa y sus amigas de la facultad, a veces con Ori y los suyos. Conocía gente, me lo pasaba bien… y a veces hasta ligaba. Nunca iba la cosa más allá, jamás repetía. No me interesaba establecer una relación con nadie en ese sentido y no estaba segura de si en algún momento eso iba a cambiar. No desfasaba demasiado, me tomaba alguna copa y poco más. Salvo una noche.

Habíamos salido a una de esas discotecas gigantes que había muy lejos de la ciudad. Fui con Oriol y sus amigos. Uno de ellos, Willy, me dio una pastilla. Yo nunca me había drogado y me daba un poco de miedo, pero esa noche me había tomado dos cubatas y estaba algo más desatada de lo normal, así que, tras la oferta del chico, me la metí en la boca y me la tragué… ¿Qué podía pasar?

Oriol volvía del baño justo en ese momento y me cogió por los hombros al verme tragar.

—¿Qué te has tomado?

—Lo que me ha dado él. —Señalé a Willy, que nos dedicó a ambos una sonrisa.

—Relaja, Oriol, que no eres su padre, déjala que se suelte.

—No mola, tío —se quejó.

—Es mayorcita, la decisión es suya.

Oriol resopló y prometió no perderme de vista. Él no se tomó nada, dijo que quería estar despejado para vigilarme. La molesta música[1] que de normal había en ese tipo de sitios se fue volviendo agradable y divertida. Floté hasta la pista y bailé como nunca en la vida. Me dejé llevar sin tocar el suelo, la música me elevaba, yo era un ente etéreo que no hacía pie, pero ni siquiera importaba.

Me acerqué a Ori con la intención de arrastrarlo a bailar conmigo, pero estaba hablando con unos chicos y uno de ellos me hizo olvidar mi buen propósito. Era un tío espectacular. Muy muy guapo, no parecía de este mundo. Tenía el pelo dorado, los ojos azules más brillantes que había visto nunca y la piel muy bronceada. Creo que me quedé mirándolo con la boca abierta.

—Rebe, él es Nat, va a mi clase de escultura. Está de Erasmus, es de las Islas Caimán. —Me hizo un movimiento sugerente con las cejas—. Nat, ella es Rebeca.

No le di tiempo ni a decir *hola*, me abalancé sobre él y le metí la lengua hasta la garganta. No era yo, era el efecto de lo que me había tomado, estoy segura. Se rio un momento, pero me siguió el rollo enseguida. Empecé a bailar con él allí mismo, junto a Oriol y el resto de sus amigos. Él se dejaba llevar por mí y todo le parecía bien. Bailamos mucho y nos besamos más. Yo flotaba, era liberador. Me sentía feliz. Por primera vez en años, era plenamente feliz. Hasta que abrí los ojos tras un beso y lo vi. Bastante lejos, casi en el otro extremo de la sala, Vic tenía la vista fija en mí. Le aguanté la mirada unos segundos antes de girarme hacia Oriol y darle un manotazo. Mi percepción distorsionada por la pastilla me hizo verlo como algo posible.

—¡Ori, es Vic! ¡Está ahí! —Me giré para señalar, pero ya no estaba.

—¡¿Qué?! —gritó por encima de la música[2].

—¡Acompáñame! —Tiré de él con fuerza para que me siguiera.

—¡Rebe, ¿qué pasa?! —chilló mientras nos abríamos paso entre la gente.

—¡He visto a Vic! ¡Está aquí!

—¡No, Rebeca, no te hagas esto! ¡Sabes que eso es imposible!

—¡Te lo juro, ven!

Caminamos por la discoteca un buen rato. Me mareaba de ir mirando todas las caras con las que nos cruzábamos, el local estaba atestado. Pero no había ni rastro de Vic. Todo empezaba a girar cada vez más rápido y me daba la impresión de que los mismos rostros se sucedían una y otra vez.

—¡Vamos fuera! ¡Igual ha salido a tomar el aire!

También había mucha gente en el aparcamiento, pero no transmitía la misma sensación de agobio. Aceleré el paso, pero Oriol me retuvo.

—¡Rebe, para!

—¡No! ¡Tengo que encontrarlo!

Se plantó frente a mí y me cogió por los hombros.

—¡¡Rebe, para, no lo vas a encontrar!! ¡¡Está muerto!! ¡¡Y tú estás drogada!! No lo has visto. —Bajó mucho el tono de voz—. Tú sabes que en realidad no lo has visto.

—Sí lo he visto —sollocé antes de dejarme caer sobre él y romper a llorar del todo—. Te juro que lo he visto. Lo siento cerca, te aseguro que puedo notar que está aquí. Siento su presencia…

—Te entiendo, cariño, sé que lo crees. Son las drogas. —Me abrazó y me pasó una mano por el pelo—. No vuelvas a tomar esa mierda. No le hace bien a nadie; pero a ti, menos…

Me arrastró (y digo «me arrastró» porque yo había perdido toda voluntad) hasta un muro que no quedaba lejos. Se sentó en el suelo y a mí sobre él. Me acunó como si yo fuese una cría y me acarició la cabeza mientras me susurraba cosas bonitas.

—¿Hasta cuando va a doler? —lloré en su cuello.

—No lo sé, cariño, parecía que estabas mejor… ¿Cuánto hace que no vas a terapia? Te hacía bien, ¿no?

—Hace meses —sollocé—. Yo también creía que estaba mejor.

—Igual deberías volver. Buscarte alguna nueva… ¿Qué te parece? Podrías probar una de esas terapias de grupo, seguro que las hay específicas para el duelo.

—Igual sí, ¿crees que valdrá para algo o voy a estar así toda la vida?

—Estoy convencido de que cada vez dolerá menos. Algún día volverás a enamorarte y él será una parte fundamental de tu pasado, pero ya no condicionará tu futuro.

—No quiero volver a enamorarme. No podría volver a pasar por este dolor con otra persona.

—No siempre duele —susurró.

—Uno de los dos acabará muriendo —argumenté.

Soltó una carcajada.

—Ay, Rebe, por esa regla de tres no podríamos establecer relaciones con amigos o familia,

no podríamos querer a nadie. Y no hay nada más bonito que querer a alguien tanto como a uno mismo. Aunque yo no esté enamorado de ti, te quiero con locura. —Me besó en los labios.

—Yo también te quiero mucho, Ori. —sonreí y le devolví el beso—. Eres una de mis personas favoritas en el mundo.

No volvimos a entrar en la discoteca. Nos quedamos abrazados en el suelo de ese aparcamiento hasta que se hizo de día.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

plazos establecidos



Recorrí la estancia con la mirada. Era una habitación neutra y sin ninguna personalidad, las salas de terapia de grupo solían serlo. Sí, había hecho caso a Oriol. Igual para otras personas era más fácil, pero, en mi caso, los «han pasado cuatro años, supéralo ya» ni eran suficiente ni solucionaban nada.

Era mi primera vez en ese grupo y todavía no conocía a nadie. Como en los anteriores de los que había formado parte, predominaba la gente mayor. Supongo que es más habitual, conforme van avanzando los años, eso de perder a seres queridos. Tiene sentido, es ley de vida. Aunque también es cierto, por lo que la experiencia me había demostrado en ese tiempo, que los jóvenes que asistíamos a este tipo de sesiones estábamos mucho más tocados. El trauma, ya sabes, que con la intensidad de la adolescencia marca mucho.

Me quedé de pie contra la pared, no me nacía acercarme a nadie sin conocerlos. No tardó en aparecer Miriam, la psicóloga que me habían recomendado y que hacía el acompañamiento.

—Rebeca, no estés aquí sola. Ven, te presento a los demás. ¿No ha venido Bruno? —preguntó como para sí misma mientras echaba un vistazo a la habitación—. Es un chico majísimo, debe de tener más o menos tu edad, así no te sentirás tan descolocada. Oh, mira, ahí está. —Saludó con la mano a un chico que acababa de entrar en la sala—. Bruno perdió a su padre el año pasado, y ahora se siente responsable de su madre y de sus hermanas —murmuró para que solo lo oyera yo—. Es un encanto, ya verás. Creo que os llevaréis bien.

El tal Bruno llegó hasta nosotras y le dio dos besos a Miriam.

—Hola, creí que no llegaba. Cuando llueve, la gente se vuelve loca conduciendo. —Esbozó una sonrisa bonita y entonces reparó en mí—. Hola, ¿eres nueva? Soy Bruno.

—Sí, es nueva —contestó Miriam por mí—, ella es Rebeca. Él es Bruno. Voy a ver si está todo listo y en diez minutillos empezamos. Bruno, ¿te quedas con ella para que no se sienta abandonada?

—Claro —asintió.

—Luego te veo, Rebeca, te dejo en buenas manos.

—Encantado, Rebeca —dijo él y me dio dos besos en cuanto Miriam desapareció.

—Igualmente.

Era un chico bastante guapo y de pelo oscuro. Un poco más alto que yo. Normal, nunca ninguno era mucho más alto que yo.

—Vamos a aquella mesa, tienen chocolate en vez de café —susurró y yo sonreí.

Lo seguí hasta donde me indicó y me serví un vaso del mismo termo que él.

—¿Qué tal? ¿Por qué estás aquí? —Me dio un apretón en el brazo con la mano que no sostenía el chocolate—. ¿Una pérdida reciente?

—En realidad no, hace cuatro años ya, debería haberlo superado, supongo… —Di un trago a mi vaso y no me achicharré la lengua de milagro.

—Eh, no digas eso… Esto no es Hacienda, no hay unos plazos fijados ni un tiempo que prescriba ni nada parecido. «Supéralo, corre, que ya han pasado cuatro años. Si no lo superas ya, te cargan dos años más de duelo», ¿te imaginas? Yo no creo que vaya a levantarme un día y a pensar: «oh, ya han pasado cinco años, ya me da superigual que mi padre muriera tan joven, qué superado lo tengo».

No pude hacer más que sonreír por el comentario.

—Ojalá fuera tan fácil —susurré.

—Cada uno tiene su proceso y sus tiempos. El dolor no caduca.

—¡¿Estáis todos?! ¿Empezamos? —interrumpió Miriam casi en un grito desde el otro extremo de la sala. Todo el mundo asintió y ella continuó hablando—: pues venga, colocad las sillas y vamos allá.

Bruno me dio su vaso para que lo sujetara y se acercó a coger las dos sillas que tenía más cerca.

—Ven, llevo yo la tuya, siéntate a mi lado.

Le hice caso y le devolví su vaso cuando dejó los asientos en su lugar definitivo y nos sentamos.

—Muy bien, ¿quién empieza? —preguntó Miriam cuando todo el mundo estuvo sentado.

Varios se ofrecieron y una señora muy bajita se puso a contar que había pasado una mala semana. Recordó su historia para los que no la conocíamos. Hacía seis meses había perdido dos hijos en un accidente. Lloraba desconsolada mientras explicaba cuánto los echaba de menos y que había tenido que realizar una serie de trámites burocráticos relacionados con los estudios que ya no iban a finalizar. Se me escapó alguna lágrima solo de escuchar su relato.

Una mujer mayor contó que su nieta no dejaba de preguntar por su abuelo, el cual había muerto un par de meses atrás. Por lo visto, se puso un día la vacuna de la gripe, al día siguiente se sintió mal, y un día más tarde falleció. La mujer estaba moviendo todo lo movible para conseguir una explicación y que alguien asumiera la responsabilidad de lo sucedido, pero de momento no estaba ni cerca de conseguirlo.

Luego habló Bruno. Recordó a los presentes, e informó a los nuevos, de que su padre había perdido la vida el año anterior. Desde ese momento, por lo visto, su madre presentaba síntomas

depresivos, aunque se negaba a pedir ayuda, y sus hermanas, una (de dieciocho años) se había refugiado en los estudios y no sacaba la cabeza de los libros y la otra (de trece) parecía bastante desubicada en general. Solo quería contar anécdotas de su padre y hablar de él, pero su madre lloraba con cada comentario. Y luego estaba el propio Bruno, que se sentía responsable de las tres y no encontraba la manera de ayudar. Tenía veintidós años y había dejado los estudios. La pérdida de su padre lo había llevado a pensar que su camino era otro. Trabajaba de camarero en un *pub* para adquirir experiencia y montar el suyo propio en un futuro no demasiado lejano. También planeaba emanciparse y salir de casa de su madre, pero por otro lado se sentía culpable por dejar solas a sus chicas.

Mientras uno hablaba, los demás asentían y le proporcionaban palabras de consuelo y ánimo.

Llegó mi turno y de repente mi historia parecía ridícula si la equiparabas con los dramas de los presentes.

—A ver, la verdad es que lo mío no se puede comparar con lo que habéis contado. —Me temblaba hasta la voz de lo nerviosa que me puse y se me escapó la primera lágrima—. Yo perdí a mi novio en un accidente, hace ya cuatro años. Y lo cierto es que fue un amor de verano, lo conocía solo de dos meses… Es que lo digo en voz alta y suena ridículo, pero lo cierto es que fueron dos meses muy intensos, de estar juntos cada minuto, y era el chico más especial que he conocido nunca. —Rompí a llorar—. No se merecía que le pasara eso, no tenía que irse tan pronto.

—Claro que no, cielo —dijo compungida la señora que había perdido dos hijos.

Bruno cogió mi mano y la estrechó. Ese gesto me transmitió cariño y me animó a seguir.

—Sé que comparado con lo vuestro no es nada —sollocé.

—No digas eso —terció un chico unos diez años mayor que yo que había perdido a su joven mujer embarazada por un cáncer—. Aquí nadie juzga el dolor de nadie. No es la finalidad de esto. Solo queremos ayudarnos. Solo tú sabes cuánto duele.

—Mucho. —Lloré—. Demasiado para el tiempo que hace ya.

—Mira, cariño —me dijo la señora que se había quedado viuda presuntamente por una vacuna—, recuerdo que cuando yo era joven, a un par de chiquitos de mi pueblo se los llevó por delante el tren. Tendrían más o menos tu edad. Pues bien, aunque yo no había hablado nunca con ellos y solo los conocía de vista, me dio una pena enorme enterarme de lo que les había pasado. De eso hace más de veinte años ya, y todavía me acuerdo de ellos y se me encoge el corazón. A veces incluso se me escapa alguna lágrima al pensar en lo rotas que se debieron de quedar esas familias. En el futuro que tenían esos chiquitos por delante y que no pudieron cumplir. —Se le quebró un poco la voz—. La muerte de alguien tan joven siempre es una tragedia, incluso si no lo conoces. ¿Cuántos años teníais, cielo?

—Diecisiete —sollocé.

—Oh, cariño, a esa edad todo se magnifica, entiendo perfectamente cómo te sientes aunque hayan pasado los cuatro años que has dicho. Tu dolor es totalmente legítimo, y no dejes que

nadie te diga lo contrario. Bruno, haz el favor de darle un abrazo a la muchacha, que me pilla lejos.

El aludido sonrió y arrastró su silla para acercarla a mí. Soltó la mano que me tenía cogida para pasar ese brazo sobre mis hombros y acercarme a él.

—Marisol tiene razón —susurró con los labios sobre mi pelo—. No consientas que nadie te diga cómo sentirte. Y no intentes cuantificar tu dolor o el de nadie. Si a ti te duele, no tienes por qué aguantar que alguien intente menospreciar lo que sientes. Al que te diga que «no es para tanto» no lo necesitas en tu vida. Sé que lo hacen para bien y piensan que ayudan, pero todos los aquí presentes sabemos que no es cierto.

—Teníamos tantos planes —sollocé sobre el hombro de ese chico que no conocía de nada—. Y él ya no podrá cumplirlos… Y no me parece justo hacerlo sola cuando él ya no puede.

—Ese es un sentimiento muy habitual y totalmente legítimo —intervino Miriam, la psicóloga, por primera vez desde hacía rato—. Pero piensa si él querría que condenaras tu vida de esa manera. Piensa en lo que habrías querido tú si la situación hubiese sido a la inversa… Estoy segura de que querrías saber que sigue adelante, con tu recuerdo, pero sin dejar que el dolor lo consuma. ¿Cómo se llamaba?

—Víctor…, Vic —susurré.

—Háblanos de Vic —sugirió—. Si te ayuda, te escuchamos. Aquí a todos nos pilla de nuevas la historia. Es normal querer hablar de la persona a la que has perdido y que tus allegados ya estén hartos o, si también lo han sentido como pérdida propia, no quieran recordarlo porque les duele demasiado. Aquí puedes hablarnos de él. De lo que quieras, tanto de cómo te sientes como de lo que lo echas de menos o del tiempo que pasasteis juntos. ¿Quieres hablarnos de Vic?

Asentí y empecé a hablar. Les conté todo lo que había pasado ese verano. Todo lo que no era demasiado íntimo, claro. Me desahogué, lloré, reí y recordé en voz alta por primera vez desde hacía mucho tiempo todo lo que Vic me había hecho sentir.

Tras esa primera sesión de terapia de grupo, me sentí algo más ligera. Hacía mucho tiempo ya que no hablaba de Vic y de aquellos meses… Y de todo lo que había ido sintiendo en los años posteriores. No quería seguir hablándoles a mis amigos de lo mismo una y otra vez. Por eso fue muy liberador encontrar un grupo de gente afín en ese sentido, un espacio seguro en el que ser escuchada y poder dejar salir todo lo que todavía llevaba dentro en mayor o menor medida.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? —Miriam se acercó a mí cuando dimos la sesión por concluida —. ¿Te has sentido arropada? ¿Has estado a gusto?

—Mucho —asentí con sinceridad—. Creo que volveré la semana que viene. Me pilla un poco lejos, vivo en la otra punta de la ciudad, pero creo que vale la pena.

—Claro que sí, aquí estaremos. —Me dio un apretón en el brazo.

—¿Qué zona? —preguntó Bruno que estaba cerca de nosotras poniéndose la chaqueta—. ¿En qué zona vives?

—Benimaclet.

—Te acerco, voy en coche y vivo cerca.

Miré a Miriam por inercia, necesitaba algún tipo de aprobación antes de subir al coche de un desconocido. Ella sonrió y afirmó con un gesto de la cabeza.

—Vete con Bruno, te dejo en buenas manos —aseguró.

Acepté y dejé que ese chico tan mono me acercara a casa.

En el trayecto no dejamos de hablar, supongo que para contrarrestar el silencio incómodo que se puede establecer entre dos desconocidos. Era agradable estar con él, parecía buena persona. No era especialmente divertido, pero claro, tampoco lo había conocido en su mejor momento. Imagino que él podía decir lo mismo de mí.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

esa chispa



Las semanas se fueron sucediendo y se convirtieron en meses. Los jueves establecí la nueva rutina de la terapia. Me encantaba asistir a esas reuniones y que luego Bruno me acercara a casa. Sí, eso también se había convertido en costumbre, y creo que casi desde el principio se convirtió en la mejor parte. Con él podía hablar de las mismas cosas que con el grupo, pero de un modo más personal. Durante esos quince minutos que duraba el trayecto hasta mi casa, muchas veces retomábamos lo que habíamos hablado en la terapia y nos ofrecíamos el uno al otro un punto de vista más íntimo.

Yo acudía a las reuniones por mi cuenta, casi siempre en autobús, y se estableció desde el primer día el acuerdo tácito de que luego Bruno me llevara a casa. En pocos meses, nuestra confianza había aumentado, tampoco se podría decir que éramos los mejores amigos, pero el hecho de pasar un tiempo juntos y a solas cada semana tratando temas potencialmente delicados e íntimos nos hizo sentir cercanos bastante rápido.

Una tarde, después de unos ocho meses con esa nueva rutina, estaba llegando al local donde se celebraban las reuniones, cuando vi a Bruno esperando en la calle, en la manzana anterior a la que era nuestro destino.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunté con curiosidad.

—Es… esperarte —tartamudeó un poco y se rascó la nuca—. He tenido un día malo y no me apetece entrar a escuchar dramas ajenos. Qué egoísta suena, joder. Pero así lo siento hoy. Por eso te esperaba… Quería preguntarte: ¿te apetece que nos la saltemos por hoy y hagamos nuestra propia terapia alternativa?

—Claro —aseguré sin dudar, porque hacía semanas que el rato de ir con él en el coche era la mejor parte de esas reuniones.

Cogimos el coche y fuimos a una cafetería en el centro. Allí todo el mundo parecía conocerlo. Nos sentamos en una mesa del fondo, que nos proporcionaba bastante intimidad y, tras pedir un

par de cafés, él comenzó a desahogarse.

—En realidad no me pasa nada en concreto —aseguró—. Mis hermanas han tenido movida entre ellas, porque son la hostia las dos, y mi madre se ha cogido un berrinche del todo desproporcionado. —Se pasó las manos por la cara—. Mi padre tenía un don para lidiar con estas cosas, pero a mí me queda grande. Cómo lo echo de menos, joder.

Le cogí la mano por encima de la mesa para invitarlo a continuar, para que supiera que podía contar conmigo para escucharlo.

—Mi madre sigue como ida, hace ya año y medio que mi padre murió y es como si pasara de todo, como si nada fuera importante. Que con una de mis hermanas, la que tiene dieciocho años, no hay problema, va sola, acaba de empezar la universidad y no hace otra cosa que estudiar… Pero la pequeña, la de trece… —Se frotó la cara—. Ha suspendido seis asignaturas, y mi madre no ha dicho nada, todo le da igual —resopló—. Y yo no sé muy bien cuál es mi papel. No sé si debo mosquearme con ella y castigarla, o si tengo que ser comprensivo porque igual es un reflejo de que ella lo esta pasando peor de lo que aparenta… No sé dónde termina mi trabajo de hermano mayor y dónde empieza el de padre. Que tengo claro que ese no es el que me corresponde, pero soy lo más parecido que tiene ahora mismo. Con veintidós años no puedo hacer de padre de mi hermana preadolescente, pero es que mi madre es casi peor, parece que también tenga que ocuparme de ella. No sé ni si tiene sentido lo que estoy diciendo, lo mismo son todo gilipolleces.

—Eh, no lo son. —Apreté mi mano sobre la suya—. Si a ti te hacen sentir así, no lo son.

Él asintió y resopló.

—Quiero irme de casa —soltó de pronto—. Y me siento superegoísta por pensar así, pero en días como hoy, quiero pasar de todo, de ellas, y ocuparme un poco de mí. Dejar de ser el hijo y el hermano que ellas necesitan y ser un poco yo mismo. Soy horrible solo por pensarlo, joder.

—No eres horrible. Es normal que quieras mirar un poco por ti. Te estás ocupando de ellas, pero nadie se ocupa de ti. Te está tocando ejercer un papel de adulto responsable que no te corresponde. Yo entiendo a la perfección que te sientas así. Y si quieres irte, pues te vas.

—No puedo. —Se rio entre dientes—. Fantaseo con la idea, pero es pronto. Necesito un par de años más para ahorrar y montar mi propio bar, y no puedo dejar a mi madre sola con ellas tan pronto, ni a ellas solas con mi madre. —Sonrió con tristeza—. Es complicado. En realidad, solo necesitaba decirlo en voz alta y que alguien me entendiera para sentirme mejor. Y también para ver que eso ahora mismo es inviable.

Se abrió en ese momento en el otro extremo la puerta de la calle y entró una pareja más o menos de nuestra edad. El chico hizo un barrido con la vista por todo el local y sonrió y levantó la mano al vernos. Luego se acercó, junto con la chica que lo acompañaba, a la barra.

—Ese es Jaime —me explicó Bruno tras devolverle el saludo al chico—. Es mi mejor amigo. Nuestras madres tienen un negocio juntas y vivimos al lado. Bueno, prácticamente juntos, es complicado. En fin, que es como mi hermano. Ahora te lo presento.

La pareja en cuestión no tardó en venir hasta nuestra mesa con un par de cervezas.

—¿Café? —preguntó el tal Jaime, antes de saludar siquiera, al ver nuestras tazas en la mesa.

—Sí, café —se rio Bruno—. Se puede estar en un bar y no pedir cerveza, te lo aseguro.

Jaime se rio entre dientes. Cogió una silla de otra mesa y la acercó para sentarse frente a nosotros. La chica hizo lo mismo. Ambos me dedicaron una larga mirada antes de volver a mirar a Bruno.

—Ella es Rebeca —dijo entonces mi amigo—. Una compañera del curso de hostelería que hago los jueves.

Me dio un apretón en el muslo tras decir eso y entendí que quería que le siguiera el rollo. Por lo que fuera, parecía no haberle dicho a su mejor amigo que acudía a terapia. Yo me limité a sonreír y a asentir. Me había afectado más el efecto de su mano en mi muslo que la mentira.

—Curso del que, por lo que veo, os estáis escaqueando ahora mismo…

—Bueno, la clase de hoy no aportaba nada nuevo, iban a darnos una charla que no nos interesaba —aseguró Bruno con una naturalidad pasmosa.

—Bueno, que este parece no tener intención de presentarnos. Encantado, Rebeca, yo soy Jaime y ella es Tatiana.

—Tati —lo corrigió la chica—. ¿Qué marcha lleváis? Nosotros íbamos a salir a cenar, ¿os venís?

Bruno me miró con la pregunta en los ojos, y yo me encogí de hombros. No tenía ningún plan para cenar y me apetecía pasar más rato con él.

La cena con ellos fue muy divertida. Tanto Jaime como Tati contaban historias entretenidas y tenían un sentido del humor bastante afín al mío. Entre ellos y Bruno me contaron que eran pareja desde hacía dos años y que ambos estaban acabando la carrera, empresariales él, arquitectura técnica ella. Tras la cena, fuimos a tomar una copa a un *pub* cercano. Era reconfortante ver a Bruno relajado con los suyos, en un ambiente distendido, y olvidando de momento todas las responsabilidades con las que acarreaba en circunstancias normales.

—Acompáñame al baño —me pidió Tati en un momento dado tirando de mí.

La seguí obediente hasta la cola de los servicios.

—¿Qué tienes con Bruno? —me preguntó mientras esperábamos.

—Somos amigos —respondí por inercia.

—Amigos con derecho a…

—Amigos —la corté.

—Ya, qué lástima. Lleva un año y medio tan apagadito el pobre… Ahí donde lo ves, era un chico divertidísimo, con él eran todo risas y bromas siempre, pero ahora, desde lo de su padre y las movidas familiares que tiene, está siempre tan serio… Que lo he visto hoy contigo y me he

hecho ilusiones, porque le he vuelto a ver esa chispa en la mirada…

—La chispa creo que la llevas tú —interrumpí con una risita para desviar un poco el tema. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, no quería sentirme con el poder de devolverle «la chispa» a nadie, porque eso supondría mucha responsabilidad para mi estado emocional.

Tras una eternidad en la cola de los aseos, y tras hacer el debido uso, volvimos por fin con los chicos.

—Un brindis —propuso Tati al pasarnos chupitos a todos—. O una proposición, más bien… Sugiero instaurar las cenas de los jueves como una cita obligada. Los cuatro, ¿qué os parece?

Bruno se giró hacia mí y se encogió de hombros.

—A mí me parece genial —murmuró.

—A mí también —sonreí.

—Qué buenas ideas tienes y qué buena estás tú también —soltó Jaime sin venir a cuento antes de coger a Tati de la nuca y meterle la lengua hasta la garganta.

Bruno y yo nos reímos algo incómodos y nos alejamos un poco para darles intimidad. No voy a fingir que él no me atraía, era un chico guapísimo y encantador, pero no me planteaba nada con él. Se estaba forjando entre nosotros una amistad muy bonita y reconfortante para ambos que no quería que se echara a perder por nada del mundo. Era liberador tener un amigo con el que poder hablar de esos temas y que me entendiera porque estaba pasando por algo similar. No quería, bajo ningún concepto, poner eso en peligro, por mucho que me apeteciera romper algunas barreras físicas con él. No todos eran como Oriol, que sabía cómo llevar esas cosas. Yo no me sentía capaz todavía de empezar una relación, pero quizá, cuando llegara el momento, Bruno podría ser el chico adecuado.

Tal como había propuesto Tati, las cenas de los jueves se convirtieron a partir de aquel momento en costumbre. Aunque no eran incompatibles con la terapia, podríamos haber asistido a ambas citas, lo cierto es que ya no volvimos. Comenzamos a quedar a la hora de la terapia, pero para vernos un rato antes de quedar con sus amigos. Los jueves pasaron a convertirse en uno de mis días preferidos de la semana, no solo porque fuera mi día libre, sino porque me encantaba mi nueva rutina, la libertad que sentía al estar con Bruno y lo divertidas que eran las cenas con sus amigos.

CAPÍTULO TREINTA

un cambio de aires



Tras un año y medio con mi nueva rutina, me sentía cómoda. Seguía trabajando en el cine. Me habían trasladado de la taquilla al bar. Supongo que como ya no parecía una muerta en vida, me vieron más capaz de tratar con la gente. El horario y el sueldo era casi el mismo, pero al menos ya no estaba dentro de un cubículo tan pequeño.

Al margen de las cenas de los jueves, empecé a quedar con Tati de vez en cuando. Ella en ocasiones me proponía un «plan de chicas» y yo solía aceptar. Me resultaba muy buena compañía y lo pasaba muy bien con ella.

Una de las veces que quedamos, con la excusa de que la ayudara a elegir un vestido para la boda de su hermano, aproveché para contarle mi cambio de ubicación en el trabajo. No era una gran noticia, pero tampoco tenía mucho más que contar.

—¿Estás contenta? —preguntó con aire distraído mientras examinaba unos tocados para el pelo de lo más horteras.

—Sí, la verdad, me hacía falta un cambio de aires.

Ella asintió con la cabeza.

—¿No has pensado en un cambio de aires más radical?

—¿Qué quieres decir? —Creo que fruncí el entrecejo de manera inconsciente.

—A ver, no me interpretes mal. —Dejó lo que estaba mirando y se colgó de mi brazo—. Que si eso es lo que quieres hacer con tu vida, lo respeto, por supuesto. Pero si quieres hacer algo más, si no quieres trabajar toda la vida en un cine, lo mismo es el momento de hacer algo al respecto. Que no tiene nada de malo trabajar en un cine, ¿eh? No he dicho eso. Pero, no sé, por lo que te conozco de estos meses, creo que podrías hacer muchas más cosas. ¿Es el trabajo de tus sueños? ¿Es lo que siempre has querido hacer?

—Claro que no —murmuré—. En realidad, nunca he sabido bien qué quería hacer.

—¿Y a qué esperas para averiguarlo?

—Verás, hace unos seis años, pasó «algo», de lo que no me apetece hablar, y cambió mi modo de ver la vida. Y dejé los estudios. Lo dejé todo, en realidad.

—Ya, vale. Si no me lo quieres contar, lo respeto. Pero déjame que te pregunte: si no hubiera

pasado ese «algo», ¿habrías seguido estudiando?

—Sí —contesté sin dudar.

—¿Es bueno, de alguna manera, para «eso» que pasó que tú dejaras los estudios? ¿Lo mejora en algo?

—No, para nada.

—Entonces, yo le daría una vuelta a la idea. Lo mismo es el momento de retomarlo, de empezar una nueva vida. No sé, como sugerencia, ahí te lo dejo —sonrió.

—No me veo capaz de volver al instituto y terminarlo. Y luego hacer la selectividad y todo, qué va…

—Bueno, ¿qué te falta para los veinticinco? ¿Dos años?

—Uno y medio en realidad…

—Puedes optar por la prueba de acceso a mayores de veinticinco y te ahorras todo eso. Y tienes ese año y medio para decidir con calma lo que quieres hacer. Creo que te sentaría bien y que sería una inversión en ti misma, pero la decisión es tuya, claro. Yo opino sin saber.

—No sé, le daré una vuelta —aseguré. Y lo cierto es que esa idea se instaló en mi cabeza bastante rápido para el tiempo que hacía que yo no pensaba en mí misma y en mi futuro. Si lo racionalizaba, seguía creyendo que los planes de futuro eran algo absurdo, pero lo cierto era que en el fondo quería estar equivocada, quería creer que había un futuro para mí.

—Ya me contarás lo que decidas, quiero saberlo todo.

Tras nuestra infructuosa sesión de compras en la que no compramos nada, pero hablamos mucho, decidimos ir a cenar las dos juntas y pasarnos después por el *pub* donde trabajaba Bruno. Yo había ido alguna vez de visita, durante su turno, y siempre lo había pillado currando. Esa noche, en cambio, Tati había quedado con Jaime a la hora en la que Bruno terminaba y podía venir con nosotros a tomar una copa. Entramos en el local y Jaime nos sonrió desde la banqueta a la que era asiduo frente a la barra. Bruno, en cambio, no estaba tras ella como era habitual. En esa ocasión, estaba sentado junto a su amigo y había una chica con él. Una chica guapísima que, si se le acercaba más, volcaría su propia banqueta. Con una mano le acariciaba el cuello mientras le hablaba al oído. Bruno sonreía y se dejaba hacer. Yo me quedé hipnotizada por la imagen, sin poder apartar la vista de ellos. En cuanto me vio, me aguantó la mirada un momento antes de volver a prestar atención a la chica. Una oleada de algo parecido a desilusión, miedo y tristeza me invadió sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

—Ya estamos aquí —anunció Tati—. ¿A dónde vamos?

—Yo creo que paso de salir —dije rápidamente—. Estoy más cansada de lo que pensaba…

—¿Qué? ¡No! No puedes rajarte ahora, verás que nos lo pasamos genial y se te olvida lo cansada que estás…

—No, no, paso. Me voy. Hasta luego, chicos —insistí algo acelerada antes de dar media vuelta y salir del local casi corriendo.

¿Qué era eso? ¿Celos? ¿Tenía celos de esa chica? ¿Quería ser yo la que estuviera así con él? ¿Me gustaba Bruno? Bueno, tenía claro que me gustaba, pero ¿hasta ese punto?

Apenas puse un pie en la calle, noté una mano que agarraba mi brazo y me obligaba a detenerme.

—¿Qué acaba de pasar, Rebeca? —preguntó Bruno obligándome a mirarlo. Había salido a por mí, y eso me sorprendió mucho.

Me giré hacia él y traté de aparentar una calma que no sentía. Por algún motivo, estaba muy nerviosa.

—No hacía falta que salieras corriendo detrás de mí.

—Sí después de algo tan extraño como lo que acaba de pasar. ¿A qué ha venido eso? Nos has dicho *adiós* antes de decirnos *hola*. ¿Qué pasa, Rebeca? Venías con intención de salir, ¿qué ha cambiado?

—Estoy cansada —aseguré con la vista fija en el infinito.

—Mentira —adivinó—. Dime la verdad, Rebeca. Tú y yo no nos mentimos. A mí puedes contarme lo que sea, ya lo sabes.

—No es nada en realidad, no me apetece estar de farol con dos parejas, no me parece tan difícil de entender.

—Solo hay una pareja, Jaime y Tati. Y sabes que solo se ponen babosos en algún momento puntual de la noche. ¿A quién más te refieres? —Se cruzó de brazos y me miró serio.

—A ti y esa chica —murmuré más bajito de lo que me habría gustado.

—Cecile es una amiga.

—¿Cecile? ¿Se llama Cecile?

—Sí, es francesa.

Resoplé de manera inconsciente pensando lo sexi que debía de ser para él oírla hablar y soltó una risa como respuesta.

—¿Tienes algún problema con los franceses, o las francesas, que debería saber?

—No. —Alcé las cejas para que le quedara claro lo absurdo de su pregunta.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no quiero estar de farol.

—Solo es una amiga.

—¿No estás liado con ella?

—Estoy aquí contigo.

—Pero ¿te has liado con ella?

—¿Cuándo? —Metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

Abrí mucho los ojos ante su pregunta.

—Alguna vez —contesté.

Me miró serio y asintió con la cabeza.

—¿Cuándo? —insistí yo esta vez.

—¿Por qué me estás pidiendo explicaciones, Rebeca?

—No son explicaciones, tengo curiosidad —aseguré con la voz temblorosa—. Como amiga. —Vale, «amiga» —susurró dando un paso hacia mí, yo di uno hacia atrás por instinto—. Entonces, no tienes ningún problema con eso, ¿no?

—¿Por qué iba a tenerlo? —tartamudeé—. Me alegro por ti. Si es lo que quieres…

—En realidad, no es eso lo que quiero —aseguró dando otro paso en mi dirección. Yo repetí el paso atrás y tropecé con una fachada cuando iba a dar el segundo. Él aprovechó para acercarse un poco más y dejarme casi acorralada contra la pared.

—Y ¿qué es lo que quieres? —murmuré con la voz entrecortada.

—Quiero más. No quiero estar un día con una y al siguiente con otra. Me he cansado de eso. Pero la chica que me gusta, la única con la que me apetece estar todo el tiempo, creo que no está emocionalmente disponible. Estoy respetando sus tiempos. Y es duro, Rebeca —susurró acorralándome más contra la pared mientras su mirada se desviaba a mis labios—. No sabes lo difícil que es.

—Me lo puedo imaginar —jadeé de lo nerviosa que me ponía su proximidad. Hacía mucho tiempo que eso no me pasaba.

—¿Qué piensas de lo que te he dicho? —Sacó una mano del bolsillo y la apoyó contra la pared, junto a mi cabeza—. ¿Crees que debería tener más paciencia o no tengo nada que hacer?

—Yo creo que puede que ella lo esté intentando. Igual siente algo parecido, pero le da miedo por si es demasiado pronto…

—Pero ¿crees que siente lo mismo? ¿Que debería intentarlo? —Se acercó más a mí, tanto que respirábamos el mismo aire.

Una lágrima se deslizó sin permiso por mi mejilla y yo asentí con la cabeza.

—Yo creo que ella quiere intentarlo también.

Un atisbo de sonrisa y de repente sus labios estaban sobre los míos. Apenas un roce, muy suave. Los movió de un lado a otro, como si estuviera negando con la cabeza, de un modo muy sutil, y a mí se me escapó un gemido y me fallaron las rodillas. Me agarró fuerte para que no me cayera y sonrió.

—¿Bien? —preguntó y yo asentí y apoyé las manos en sus hombros.

Volvió a acercar su boca a la mía y esta vez no fue tan sutil. Esta vez sus labios chocaron contra los míos con fuerza y ganas, pero a la vez con delicadeza. Mis gemidos brotaban solos y él se los tragaba todos. Fue mi lengua la que salió en su busca cuando ya no podía más. Sus manos en mi cuello ayudaron a profundizar el beso. Luego bajaron por mis costados hasta enredarse en mi cintura. Jadeé por su contacto. Él desvió su boca a mi cuello y siguió besándome.

—Bruno —murmuré con la respiración entrecortada y él gruñó como respuesta. Me levantó a

pulso del suelo y me apoyó contra la pared. Yo enredé las piernas alrededor de su cintura.

—¿Hasta dónde quieres llegar, Rebeca? Paramos cuando y donde tú me digas…

—No quiero parar —aseguré.

—¿Podemos ir a tu casa? —preguntó y yo asentí—. Te voy a hacer todo lo que no quiero hacerle a nadie más.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

un primer paso



El trayecto en coche hasta mi casa fue breve, pero creo que a los dos se nos hizo demasiado largo. Él quitaba la mano de mi muslo lo justo para cambiar de marcha, y cada vez que volvía a mí, me daba la impresión de que la subía un poco más. Yo no había pasado por mi casa después de la tarde de compras, habíamos ido a la de Tati, que me había dejado un vestido para salir. Como yo era más alta que ella, me estaba bastante corto, lo que a Bruno parecía encantarle, sobre todo cuando me movía un poco y el encaje que indicaba el final de las medias se asomaba por debajo de la falda. Él resoplaba y volvía a mirar a la carretera con frustración.

Tardó en aparcar lo que nos pareció una eternidad. Cuando por fin apagó el motor, se abalanzó sobre mi asiento y volvió a besarme como en la puerta del bar, o puede que incluso con más ganas. Su mano se deslizó por mi muslo hasta el final de las medias y con un gruñido se separó de mí.

—Vamos a tu casa o te juro que no salimos del coche. Y no es plan de dar un espectáculo público.

Me reí, pero hice lo que sugería y salí del vehículo.

Nada más entrar en mi piso, fue él quien cerró la puerta con el pie y me agarró para volver a besarme, esta vez manoseando mi culo por debajo del vestido, que con el ansia que movía las manos, había quedado prácticamente enrollado en mi cintura.

—Bonito culo, Rebe —llegó la voz de Ori desde el sofá—. ¿Molesto? Me voy a mi habitación. O si vais muy a tope igual me voy por ahí, que llevo unos días muy necesitado y lo mismo me ponéis cachondo.

—Este es Oriol, mi compañero de piso. Ori —aclaré levantando la voz y bajándome un poco el vestido—, él es Bruno.

—Oh, el famoso Bruno. —Mi amigo se incorporó del sofá de un salto y vino hacia nosotros —. Encantado.

—¿Qué haces en casa? Pensaba que saldrías esta noche. Bruno, ¿me esperas en mi habitación? Es esa de ahí. —La señalé para indicarle el camino y él asintió.

—Vale, ahora me voy —aseguró Ori en voz baja mientras cogía las zapatillas y la cazadora —, pero mañana quiero todos los detalles, ¿eh?

—¿Dónde vas a ir a estas horas? —susurré.

—Me buscaré la vida, tranquila. Pásalo bien, Rebe, y no te comas la cabeza.

Me dio un beso rápido en los labios antes de salir por la puerta.

Entré en mi habitación y encontré a Bruno con la foto de Vic, que de normal descansaba en mi mesilla de noche, en la mano.

—¿Es él? —Se giró hacia mí cuando me oyó entrar y me mostró el marco que sostenía—. ¿Es Vic?

Asentí con un nudo en el estómago, era la primera vez que llevaba a un chico a mi habitación con las intenciones que lo llevaba. Me acerqué a él con ojos vidriosos y manos temblorosas. Creí ver algo parecido al pánico en la mirada de Bruno. Le quité la fotografía de la mano y besé con un gesto rápido el cristal.

—Adiós, Vic —susurré con la voz algo tomada antes de abrir un cajón de la mesilla y meterla dentro—. Debí hacerlo hace tiempo —añadí dirigiéndome ya al chico vivo que había delante de mí.

Él se limitó a asentir con la cabeza. Me pasó una mano por la nuca y se acercó a besarme de nuevo, esta vez de un modo más calmado, cargado de cariño. La calma duró poco, en cuanto notó que mi respiración se aceleraba, se dejó llevar con la misma prisa que nos había invadido desde el primer beso.

Esa noche descubrí una faceta nueva de Bruno. Todo lo dulce, cariñoso, comprensivo y paciente que era en el día a día, se le olvidaba cuando entraba el deseo en la ecuación. No es que fuera un bruto, ni muchísimo menos, pero sus movimientos eran rápidos, aunque certeros. En el terreno sexual, Bruno era todo iniciativa y saber hacer.

Me sentí bien al terminar. Mejor que bien. Bruno había conseguido llevarme al orgasmo varias veces y de un modo intenso y directo. Desde luego, sabía lo que se hacía.

Miré durante un momento al cajón cerrado donde había guardado a Vic y concluí que era lo mejor, que era el momento de seguir adelante y dejarlo en el lugar que le correspondía. Guardado en un rincón al que acudir de vez en cuando, pero ya sin un recordatorio constante de ese dolor insoportable que había sentido durante años.

Esa noche parecía haber dado el paso definitivo para comenzar a dejarlo ir.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

planes de futuro



Por supuesto, mi relación con Bruno cambió a partir de ese momento. El sexo se convirtió en una constante. Me pidió exclusividad y yo se lo concedí, claro. A cambio, aceptó que no nos pusiéramos una etiqueta, nada de «novios» ni algo parecido. Éramos amigos que practicaban sexo entre ellos (y solo entre ellos) y eso era lo máximo que yo me veía capaz de ofrecer. Aunque Vic no había vuelto a salir del cajón, yo sentía que era pronto para formalizar nada con nadie. Me agobiaba solo de pensarlo, y Bruno parecía respetar mis tiempos.

Empezamos a vernos mucho más. Ya no solo los jueves y algún día despistado, comenzó a pasarse por casa muchas noches después de trabajar. Le pedí que evitara las muestras de cariño cuando estuviéramos con gente, eso era algo muy de pareja. Tampoco les ocultamos a nuestros amigos que estábamos liados, pero sí que intentábamos no comportarnos como una pareja cuando estábamos acompañados. En ocasiones, se ponía un poco celoso si en casa yo sí tenía esa actitud con Oriol, pero con él era diferente, con Ori podía ser todo lo cariñosa que quería, porque no corríamos el riesgo de que ninguno de los dos confundiera las cosas.

No me terminaba de gustar la idea de que se quedara a dormir, pero tampoco se lo negaba, me parecía cruel pedirle que se fuera de madrugada. Ante todo era mi amigo, y yo no echaría nunca a un amigo de casa a esas horas. Y después de una sesión de sexo salvaje mandarlo a dormir al sofá me parecía cruel o de mal gusto, la verdad. Y más teniendo en cuenta lo entregado que era y lo bien que me hacía sentir. Así que, al final, pese a no ser pareja, dormíamos juntos varias noches a la semana e invertíamos mucho tiempo en no tener sexo con nadie más. Supongo que sí éramos una pareja y simplemente yo me engañaba a mí misma y Bruno me seguía la corriente.

Por otra parte, él estaba cada vez más cerca de cumplir su sueño de montar su propio *pub*. Tenía ya bastante claros los números y todo lo que iba a hacerle falta. Había ido ahorrando; y su madre, por lo visto, le había dado un dinero de la herencia de su padre. Estaba empezando a ver locales, pero todavía se lo tomaba con calma, quería encontrar el lugar perfecto, no tenía prisa, aunque sí muchas ganas. Me encantaba verlo tan ilusionado y formar parte de alguna manera de ese proceso.

Aixa y Oriol acabaron la carrera a la vez, ese mismo año. Mis amigos terminaban y yo fantaseaba con la idea de empezar, aunque ni siquiera lo tenía claro, y mucho menos el qué. Ori estaba buscando trabajo para que nos pudiéramos mudar a un piso con terraza. La iba a necesitar para su arte, le había dado por la escultura y, ahora que terminaba la carrera, iba a dejar de disponer del taller de la facultad de Bellas Artes. Necesitábamos más espacio si queríamos seguir viviendo juntos. Y queríamos, por supuesto que queríamos. Aixa había conseguido trabajo en una guardería y decidió que era su momento de emanciparse de casa de sus padres. Lo más lógico era que se viniera a vivir con nosotros. Ya que íbamos a mudarnos, era el momento perfecto para elegir un piso con una habitación más.

Nos reunimos los tres, en el que todavía era nuestro piso, aprovisionados de las secciones de pisos en alquiler de diferentes periódicos.

—Dos habitaciones, un baño, quinto sin ascensor —leyó Ori—. Huir. El ascensor es imprescindible para los materiales de escultura.

—Tres habitaciones, un baño, tercero con ascensor. Malilla —leyó Aixa—. Este no pinta mal.

—Está en la otra punta, no quiero ese barrio —me quejé—. Y ya que estamos, creo que si encontramos uno con dos baños, mejor.

Sonó en ese momento el teléfono de casa y respondí yo misma.

—Rebeca, ¿podemos vernos? Soy Tati.

—Claro, no voy a salir de casa, estamos de reunión, pero puedes pasarte por aquí si quieres.

—Vale, genial, gracias. Dime la dirección, porfa, que no he ido nunca.

Le di las indicaciones pertinentes y volví a prestar atención a mis amigos. Apenas media hora después, Tati llamaba al timbre. Tenía muy mala cara.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al invitarla a pasar—. Ellos son Oriol y Aixa.

Mis amigos la saludaron y ella les sonrió un poco forzada. Sacó un par de botellas de vino caro de una bolsa y se ganó la atención y la simpatía de los dos al momento.

—He traído cuatro botellas, no sabía cuántos erais…

—Somos tus DOS nuevos mejores amigos —le sonrió Ori.

Ella le devolvió una sonrisa sincera, aunque se notaba que le estaba costando un esfuerzo sobrehumano.

—¿Qué te ha pasado, Tati?

—He roto con Jaime —sollozó.

—¡¿Y eso?! —De todas las cosas que me podía haber imaginado que me iba a decir, esa no estaba en la lista. Ni en un millón de años, vaya—. ¿Por qué? ¿Tú o él?

—Ay, nena, porque le daba igual todo. Llevamos juntos unos tres años y seguimos igual que al principio. Que sí, que el sexo es genial y salir con él es divertidísimo, pero se va a alquilar un

piso con Bruno. Le he propuesto que se venga conmigo, que nos vayamos a vivir juntos y dice que no, que es pronto. Y de casarnos ya ni hablemos… En fin, que yo lo quiero mucho, pero esto no iba a ninguna parte, él solo estaba pasando el rato.

—No creo que sea así, a mí me da la impresión de que te quiere mucho.

—Pues si no lo demuestra, de nada me vale. Lo voy a echar mucho de menos, pero yo necesito saber que esto va a algún lado. Quizá al separarnos se replantee algo, o quizá no, quién sabe. Bueno, y Bruno y tú ¿qué tal? ¿Hay avances? Igual si te fueras tú a vivir con él, Jaime vería más lógico lo de mudarse conmigo…

—Bruno y yo solo somos amigos —aseguré.

Ella soltó una carcajada.

—Amigos con privilegios —matizó.

—Bueno, también los tuvo Oriol una temporada y no quería decir nada… Míranos ahora, tan amigos.

—Pero yo no tenía privilegios exclusivos —soltó el aludido.

—No ayudas, Ori. Con esos comentarios, no me ayudas.

—Bruno es especial, asúmelo. Por cierto, ¿qué hacéis? —preguntó Tati al fijarse en el despliegue de periódicos que invadía todo el salón.

—Buscar piso, nos mudamos a uno más grande para que él tenga sitio para esculpir y terraza y porque se viene Aixa a vivir con nosotros.

—Eso debería hacer yo, buscarme un piso compartido, ya que no voy a vivir con el gilipollas de Jaime, me voy de casa de mis padres y me harto a ligar.

—¡Ay, sí! —se entusiasmó Ori—. Vente con nosotros. Y convirtamos nuestro nuevo piso en un picadero. Bueno, todos menos Rebe, que le debe fidelidad a su no-novio.

—Qué idiota eres —me reí—. Pues oye, por mí, sin problema, ¿Aixa?

—Me parece bien, así no soy la única nueva —dijo mi amiga más antigua.

—Tú no tienes nada de nueva, corazón —la abrazó Oriol, que estaba sentado en el suelo junto a ella—. Solo te falta pagar el alquiler, por lo demás, siempre has sido una más.

Aixa se rio del comentario.

—Pues vale, me apunto, ya no tengo que buscar piso compartido —aceptó Tati.

—No tendrás que buscar compañeros, porque lo que es piso te aseguro que lo tienes que buscar igual, chata —amenazó Ori—. Venga, al lío.

Descorchamos la primera de las botellas y seguimos revisando periódicos entre los cuatro. Cuando concertamos la visita del piso que más nos había gustado, brindamos por lo que parecía que iba a ser una nueva y divertidísima etapa.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

quiero verte más



—Estás a tiempo de venirte a vivir conmigo —insistió Bruno mientras precintaba una de mis cajas.

Me reí como respuesta.

—Me voy a vivir con mis amigos —repliqué.

—Y tú y yo ¿qué somos? Pues amigos, siempre lo dices, ¿no? No entiendo por qué puedes irte a vivir con ellos y no conmigo…

—Para empezar, porque con ellos comparto piso, no habitación. ¿O ibas a querer habitaciones separadas?

—Sería absurdo pagar por un piso con una habitación más y dormir juntos todas las noches.

—Pues ahí lo tienes, eso se parecería sospechosamente a una pareja que vive junta, no a dos amigos que comparten piso.

—Vamos a estar pagando dos alquileres y me voy a pasar los días en tu piso o tú en el mío. Es absurdo —protestó.

—En ese caso —respondí muy seria—, tendremos que vernos menos.

—¿Esa es tu solución, bruja? —se rio y me hizo caer sobre la cama. Luego me besó de un modo muy dulce—. Vernos menos no es una opción —susurró—, yo cada vez quiero verte más.

—Lo entiendo a la perfección, también te lo digo —bromeé—, soy irresistible.

—Sí que lo eres —suspiró—. Y no te das ni cuenta —añadió en apenas un murmullo antes de sonreír y levantarse como si no hubiera dicho nada—. Venga, ¿qué falta? Vacía esos cajones y saco la mesilla a la entrada.

Me pasó una caja vacía y se acercó él a ocuparse del armario. Le hice caso y me senté frente al mueble. En el último de los cajones, encontré la foto de Vic que había desterrado allí hacía meses, la primera noche que Bruno y yo… Bueno, pues eso. Me invadió una tremenda sensación de culpa, de abandono. Ya no lo veía a diario, ya no hablaba con él cada noche. Y eso me hizo sentir mal, porque si yo me olvidaba de él, terminaría esfumándose. Y había sido alguien demasiado especial como para desaparecer sin dejar rastro. Nadie merece eso; pero él, muchísimo menos.

Aunque anímica y emocionalmente ese comienzo de olvido me hacía sentir mejor, mi parte consciente se sentía egoísta y no quería olvidarlo por nada del mundo. Aunque doliera, quería que ese dolor me acompañara siempre, porque era el único modo de que él también lo hiciera de alguna manera, de la única en que podía.

Llevé sin darme cuenta la mano bajo mi camiseta en busca del colgante y lo apreté con fuerza. Hacía demasiado tiempo, pero algunos recuerdos los tenía grabados a fuego. Supongo que es lo que pasa tras un hecho traumático, que recuerdas determinadas cosas y las magnificas de un modo que no ocurriría en circunstancias normales.

Oí a Bruno chasquear la lengua y me giré a mirarlo. Él se dio la vuelta deprisa hacia el armario y protestó por que no íbamos a tener suficientes cajas para todo el contenido. No quise indagar si ese había sido el motivo real de ese chasquido. Él, mejor que nadie, sabía desde el principio lo que había, lo que yo cargaba, y lo había aceptado así.

Envolví el marco con la foto de Vic en una bufanda y lo dejé con cuidado dentro de una caja. Vacié el resto del cajón a lo loco, todo lo demás me daba lo mismo.

Una vez en el piso nuevo, deshice todas las cajas, y Vic volvió de nuevo a un cajón. Esta vez a la cómoda, un poco más lejos de mi cama, pero al de arriba, el que abría a diario. A partir de ese momento, lo vería yo y solo yo, y no estaría sepultado en el último cajón de la mesilla. Aún me sentía mal por haberlo medio abandonado durante esos meses, pero no quería ver caras de lástima en los demás si volvía a dejar la foto a la vista. Y tampoco quería que Tati la viera y preguntase. Era la única que no sabía por lo que yo había pasado y quería que siguiera siendo así. Solo ella me metía un poco de caña y nunca me hablaba como si me fuera a romper. Me trataba como a cualquier persona y eso me encantaba.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

una panda de cafres



Bruno estaba cada vez más cerca de montar el *pub* que había querido desde que yo lo conocía. Se lo veía eufórico aquella tarde cuando pasó a recogerme con intención de que lo acompañara al local para enseñármelo. Le hacía ilusión que yo fuera una de las primeras en verlo. Y yo no quería perderme ese honor. Me encantó descubrir esa chispa en su mirada, era un chico estupendo y se merecía que le pasaran cosas buenas.

Aunque no había estado nunca en el local, me había explicado dónde se ubicaba, en una calle peatonal del centro. No era el típico sitio para salir de fiesta, pero podría ser un buen lugar en el que tomar una copa después de cenar por ahí, en esa zona había bastantes restaurantes. Podría irle muy bien.

—Entonces, ¿qué falta para la gran apertura? ¿Puedo ayudar en algo? —pregunté cuando ya estábamos llegando.

—Mmm, no sé… A ver, ahora mismo están mi hermana pequeña y sus colegas pintando las pocas paredes que hay, porque casi todo es madera, y los techos. Supongo que después hará falta una buena limpieza. —Se rio—. No me fío demasiado de cómo lo vayan a dejar.

—¿Por qué? ¿Y por qué se lo pides a ellos si piensas que no lo van a hacer bien?

—No es que piense que no lo van a hacer bien, sé que pueden hacerlo. De hecho, estoy seguro de que lo harán, pero de lo que no me fío es de que no me líen alguna. Son muy cafres, aunque muy buena gente. Mira, aquí es.

Nos detuvimos frente a una puerta metálica y él la golpeó con la mano abierta un par de veces.

—¡Greta, soy yo, abre! —gritó con fuerza.

La hoja de metal se abrió y una música[1] demasiado alta, un fuerte olor a marihuana y una chica morena, cubierta de pintura amarilla y que parecía que para peinarse hubiera metido los dedos en un enchufe, nos recibieron.

—Hola —saludó la hermana de Bruno y se apartó para dejarnos paso.

—¿Lo hueles? —me preguntó él a mí—. ¿Ves como sabía que iban a liarme alguna?

Intenté no reírme, pero lo cierto era que la situación me parecía un poco cómica. Aunque yo

jamás había hecho algo así, y menos a esa edad, podía entender que los chavales hubiesen aprovechado que estaban solos en un local para fumarse algún porro.

—Rebeca, ella es mi hermana Greta. Greta, mi amiga Rebeca —nos presentó una vez bajamos los tres escalones que conducían al interior del local. Entramos los dos en el *pub* y ella volvió a cerrar la puerta.

—Encantada, Rebeca —dijo la cría con una risilla y los ojos achinados.

—Madre mía, qué fumada llevas —gruñó su hermano—. No sé si quiero saber por qué vas tan manchada de pintura. Baja la música, voy a ver qué habéis hecho.

El local no era muy grande, pero no había nadie a la vista. La estancia donde estábamos se notaba recién pintada en paredes y techo, pero también en gran parte del suelo.

—¡Qué cafres sois, joder! —se quejó Bruno—. Os había dejado cantidad de periódicos para que protegierais el suelo.

Varias cabezas se asomaron por el fondo del local, desde lo que parecía otra sala, aunque abierta a la que estábamos.

—Perdona, jefe —dijo un chaval con gafas riéndose entre dientes—. Lo hemos intentado al principio, pero las hojas de papel no se quedaban quietas las mamonas, se nos pegaban a los zapatos, así que al final hemos pasado —explicó mientras Bruno y yo nos acercábamos hasta donde estaban todos.

—Rebeca, estos son los amigos de mi hermana. Este del argumento lamentable y que está intentando esconder el porro con tan poco disimulo es Chus. —Todos se rieron, y yo también, la verdad—. El más sensato de todos y el único que no va hasta las cejas de pintura es Luis. —Señaló a un chico muy delgado que se puso rojo en cuanto lo nombró—. El que parece el padre de todos es Samu —indicó en referencia a un chico rubio guapísimo que les sacaba una cabeza a los demás. El chaval me sonrió y me guiñó un ojo. Era un chico espectacular y le vi potencial para romper un montón de corazones (y bajar un montón de bragas) en el futuro—. Y este canijo —añadió mientras le pasaba un brazo sobre los hombros a uno que parecía tener dos o tres años menos que el resto— es Marc, el hermano de Jaime, es como mi hermanito pequeño. Tiene la misma edad que todos, aunque no lo parezca.

—Gilipollas —gruñó el crío y le dio un puñetazo en el hombro.

Bruno se rio y lo soltó.

—Ven, Rebeca, te enseño el resto del local.

Se oyó un carraspeo y una chica se asomó por detrás del rubio tan alto.

—Y Claudia, la mejor amiga de Greta. Perdona, no te había visto —se disculpó Bruno con ella, que sonrió como respuesta—. En esta sala irá el billar —añadió antes de que saliéramos de allí y dejáramos a los chavales entusiasmados con la idea de lo que acababa de contar mi amigo.

Me enseñó el resto del local y, cuando volvimos a la entrada, su hermana nos saludó desde detrás de la barra, seguía allí. Nos sentamos en los taburetes altos que había al otro lado, como si fuéramos clientes.

—Mira, tete, qué bien me queda. Podría trabajar aquí sin problema. He limpiado las estanterías donde van a ir las botellas y he recogido el pedido que me dijiste. Venga, porfaaaaaaa —suplicó la chica.

—Cuando cumplas los dieciocho, Greta. No puedo tener a una menor sirviendo copas en un *pub*.

—¿Lo juras? Faltan menos de dos años para eso.

—Lo juro —se rio Bruno entre dientes—. Ahora coge la fregona del almacén y arreglad un poco el desastre del suelo.

—A la orden, jefe —se burló su hermana acompañando sus palabras de un saludo militar. Desapareció por una puerta que había tras la barra, intuí que daba al almacén que acababan de nombrar.

—¿Qué edad tienen? —pregunté cuando nos quedamos solos.

—Dieciséis. Menos Marc, que los cumple en un par de meses. Creo que es el pequeño y que los demás ya los tienen.

—¿Y no les dices nada de que estén fumando maría? ¿No deberías?

—Creo que sería un poco hipócrita por mi parte, yo a su edad también lo hacía… —Arrastró su banqueta y se acercó más a mí para bajar el volumen de su voz mucho—. He probado casi todas las drogas y he conseguido no engancharme a nada, pero conozco gente que no tuvo tanta suerte. Es algo con lo que se van a encontrar por mucho que yo me empeñe en que no. Prefiero que se sientan en la libertad de contármelo a que lo hagan a escondidas. Así, si los veo tonteando con algo más grave, puedo intervenir a tiempo.

Asentí, creí entender a lo que se refería.

—Es difícil el equilibrio entre hermano enrollado y padre ausente —añadió Bruno con un suspiro.

—Claro, entiendo.

—Voy a acercarme a hablar con los del restaurante de enfrente, que les pedí que me recogieran un pedido. Ahora vengo, te dejo con los cafres —se rio—. Cuidado con ellos. ¡Chicos, ahora vengo, Rebeca se queda aquí, salid a estar con ella! —añadió en un grito hacia el fondo del local.

Se marchó y los demás no tardaron en venir hasta donde yo estaba. La hermana de Bruno se volvió a colar tras la barra.

—Venga, ¿qué os pongo? Rebeca, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias, no me apetece nada —aseguré mientras los demás pedían cerveza.

La chica empezó a sacar botellines para todos y yo no sabía qué hacer.

—¿Podéis beber cerveza? ¿No sois menores? —pregunté.

—¿Eres policía? —gruñó el canijo hermano de Jaime. La hermana de Bruno le chistó y le hizo un gesto extraño con la cara y él le contestó con otro parecido. Al final ella se giró hacia mí con una sonrisa y con los ojos achinados que se gastaba desde que habíamos llegado.

—¿Eres la novia de Bruno? —me preguntó Greta.

—Mmm, no, solo somos amigos —aseguré.

En menos de un segundo, el rubio guaperas se había colocado a mi lado, apoyado en la barra, y me dedicaba toda su atención.

—Me gusta oír eso. Yo soy Samuel. —Me cogió una mano, se la llevó a los labios y la besó con delicadeza, como si fuera un caballero inglés del siglo anterior. A mí me dio la risa.

—Samu, nano, no seas payaso, que tiene la edad de Bruno —dijo entre risas el chaval de las gafas.

—La edad es solo un número —aseguró él sin quitarme la vista de encima—, yo no discrimino por algo tan aleatorio como eso.

Solté una carcajada ante lo cómico de la situación.

—¿No? Pues entonces lígate a mi abuela, no te jode… —siguió el chico de antes.

Todos le rieron la gracia y el rubio volvió a prestarme su atención.

—A tu abuela no, que es el mal personificado… —contestó a su amigo antes de volver a dirigirse a mí—: ¿Qué dices, Rebeca? ¿Eres tan superficial como para fijarte en algo tan fútil como la edad?

—Si el chico es menor y puedo acabar en la cárcel, sí, la verdad —me reí.

Él chasqueó la lengua antes de hablar.

—Un amor prohibido, como en una gran película…

—Eso no llega ni a culebrón de después de comer, fantasma. —La hermana de Bruno se estiró por encima de la barra y le dio una colleja. El rubio se rio y se giró hacia ella.

—No me jodas, Greta, que ya casi la tenía —dijo claramente de broma y todos nos reímos.

—Bueno, entonces, ¿qué rollo te llevas con mi hermano? —insistió ella de nuevo dirigiéndose a mí—. Porque yo creo que él le ha dicho a mi madre que está saliendo con alguien, una tal Rebeca, tienes que ser tú, ¿no? —Sentí en ese momento como si algo me presionara el pecho y me faltara el aire—. ¿Te da palo reconocerlo delante de nosotros o es que pasas de él? Aquí puedes hablar tranquila, somos de confianza —aseguró la chica.

Unos fuertes golpes en la puerta me salvaron de contestar.

—¡Venid a echarme una mano, chicos, que tengo que traer un montón de cajas! —se oyó la voz de Bruno desde el exterior.

Todos dejamos la conversación ahí y salimos en tropel a echar una mano. En un par de viajes al restaurante de enfrente, trajimos todas las cajas que le habían estado guardando y dedicamos el resto de la tarde a colocar el contenido en el almacén y tras la barra. Fue divertido, eran un grupo muy gracioso y fueron lo bastante cuidadosos como para no volver a tocar el tema que había quedado interrumpido por la aparición de mi amigo. Igual no fue deliberado y solo se olvidaron de ello, parecía más que probable que cualquier idea se perdiera en sus cabezas con la fumada que parecían llevar encima.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

la inauguración



Los siguientes meses fueron temporada de cambios. Nos adaptamos enseguida al piso nuevo, la convivencia era divertidísima y encontrábamos cantidad de cosas que hacer juntos tanto en casa como fuera de ella. Mis tres amigos habían congeniado genial entre ellos y se respiraba paz y buen rollo.

Yo empecé a plantearme en serio lo de volver a estudiar, pero seguía dándole vueltas a qué hacer, esa era la parte que todavía no estaba clara. Tenía ya veinticuatro años, para el curso siguiente podría pedir el acceso a mayores de veinticinco, pero seguía sin un objetivo.

Bruno sabía que yo quería dejar el cine y buscar algún otro trabajo, así que me ofreció curro en su *pub*. Acepté y concluimos que empezaría el mismo día de la inauguración, programada para después de ese verano.

Tati conoció a un chico, un tal Mauro, y se enamoró en tiempo récord. Supuse que era de esas chicas que prácticamente enlazaban las parejas. Se colgó enseguida de él y no dejaba de nombrarlo todo el tiempo. Aún no nos lo había presentado y ya sentíamos que lo conocíamos como si fuese el quinto integrante de nuestro piso.

Yo pasé el verano con Bruno en el bar preparándolo todo para la inauguración en septiembre. Su hermana y Jaime estuvieron con nosotros casi todo el tiempo. De hecho, mi amigo iba como loco de aquí para allá y yo pasaba casi todo el tiempo con los otros dos.

—¿Qué tal todo? —me preguntó Jaime en un momento que nos quedamos a solas tras la barra desempaquetando un pedido de vasos que acababa de llegar.

—Bien.

—Ehmmm… Y… ¿qué tal Tati? Está viviendo contigo, ¿no? —preguntó como algo casual, aunque el leve titubeo en su voz delataba sus intenciones.

—Muy bien también —sonreí.

—¿Sabes si… está con alguien?

Suspiré y lo miré a los ojos. Ella no me había pedido que guardara silencio o que mintiera, así que no vi motivo para no ser sincera.

—Mmm… Ha conocido a un chico, sí. Ha empezado a salir con él hace poco, está muy ilusionada.

Él chasqueó la lengua con fastidio.

—Hoy conoceremos el triste caso de Jaime —interrumpió la hermana de Bruno, a la que ninguno de los dos habíamos oído llegar, con voz grave, como de locutora de radio—, que parece que acaba de darse cuenta de que se portó como un cabrón.

—Greta, no me jodas —se rio él—. No me porté como un cabrón. Ella quería ir demasiado rápido.

—Querer vivir juntos a los veinticinco después de casi cuatro años de relación a mí no me parece ir demasiado rápido, y más si los dos habíais decidido independizaros a la vez… ¡Es que era de cajón, tío!

—Espérate que ahora la petarda de dieciséis años me va a dar lecciones de la vida.

—Pues tendré dieciséis, pero parece que de algunas cosas sé más que tú. La traías a todas las cenas familiares, ¿qué esperabas que pensara ella? Eso no era tontear, tronco, erais supernovios.

Jaime resopló y le tiró un trapo a la cara.

—Eres una niñata insoportable. —Sonrió mientras lo hacía.

—Una niñata con toda la razón del mundo —replicó la cría.

—Qué tranquilos estaríamos si te hubieras ido con mi hermano a Irlanda este verano —se rio Jaime.

—Yo también lo preferiría antes que estar aquí dando lecciones a los viejos, pero la vida… —Ella se encogió de hombros y Jaime se rio—. Además, que no sé qué haríais aquí sin mí, con lo inútiles que sois. Rebeca, ¿tú qué piensas de lo de Jaime y Tati? —añadió dirigiéndose a mí.

—Mmm, yo pienso que no es asunto mío.

—Venga, mójate. —Jaime detuvo lo que estaba haciendo y se cruzó de brazos esperando mi respuesta.

—Bueno, yo creo que da igual el tiempo que lleve junta una pareja. Si una de las partes no está preparada para dar un paso significativo, la otra no puede obligarla. No hay unos plazos establecidos para eso. No todas las parejas tienen el mismo ritmo, ni siquiera todas las personas. El rollo es que ambos estén de acuerdo. O buscar un punto en el que los dos estén cómodos.

—¿Hablas de ellos o hablas de ti? —preguntó Bruno apoyado en el marco de la puerta del local. No sabía cuánto rato llevaba ahí, no lo había oído llegar.

—Hablo en general —aseguré con la vista fija en él—. Yo ni siquiera tengo pareja —añadí con la boca pequeña.

Él asintió con la cabeza y vino hasta donde estábamos los tres. Se quedó al otro lado de la barra con su hermana.

—Pues yo creo que lo que le has hecho a Tati es una guarrada. Greta tiene razón, la tenías

siempre metida en casa, era una más de la familia, erais una pareja superconsolidada; y de repente te acojonaste, tú sabrás por qué, y la has perdido por imbécil —sentenció Bruno mirando a su amigo.

—Así se habla, tete. —Su hermana levantó la mano en el aire y mi amigo se la chocó.

—Vaya, parece que los hermanitos Mur han decidido unirse hoy para tocarme los cojones. Van de duros, pero me parece a mí que es todo boquilla…

—Lo que tú digas, tío —aseguró la chica—. Pero a la inauguración ella vendrá con su chico nuevo y tú tendrás que tragar y aguantar. Si es eso lo que quieres, puedes estar contento.

Jaime resopló y no dijo nada más.

Tal como había vaticinado Greta, Tati acudió el día de la inauguración con su nuevo chico. A casa lo había traído un par de días antes para presentárnoslo, y a los tres nos había caído fenomenal. Mauro era un chico muy guapo, muy simpático y divertidísimo. No es que Jaime no fuera todo eso también, pero todos vimos claro que Mauro no tenía pinta de ir a ser una relación de transición o por despecho, la química que había entre ellos se veía a kilómetros de distancia. Tati tenía luz en la cara, se la veía feliz. Y la cara de bobo con la que la miraba su nuevo chico dejaba claro que era mutuo. Jaime no les quitaba ojo de encima, pero tampoco dijo nada al respecto, creo que asumió las consecuencias de sus actos de un modo muy digno.

Yo había dejado por fin mi trabajo en el cine y ese día comenzaba mi nuevo empleo como camarera de un *pub* de copas. Todo el mundo estaba de fiesta, celebrando la inauguración de La Cueva (como Bruno había decidido llamar al local, supongo que por el efecto que hacía al estar ubicado en un semisótano) y yo estaba currando ya.

Aunque habíamos repasado mil veces mis funciones y yo me sabía al dedillo toda la teoría, lo cierto era que me sentía un poco sobrepasada. La inauguración estaba siendo un éxito y había muchísima gente. Habían venido a currar una chica que haría el turno de mañanas y un amigo de Bruno que también iba a trabajar en el *pub*. Entre los tres y el propio Bruno lo teníamos todo bastante controlado.

Me acerqué a la zona del billar a recoger vasos y me encontré allí a Greta y sus amigos. Para mi sorpresa, en esa ocasión estaban bebiendo refrescos.

—¿Y eso? —pregunté sorprendida.

—Está por ahí mi madre —me aclaró ella con una risita—. Cuando se vaya, pasaremos a la cerveza.

—Tu madre no es el problema, seguro que le daría igual —se rio un chico a su lado. Me pareció el hermano de Jaime, pero era como un palmo más alto que la última vez que lo había visto—. El problema es la mía y lo sabes.

—Cierto —volvió a reírse ella con los ojos achinados.

Vale, no estaban bebiendo, pero parecía que la fumada la traían de antes. Los dejé allí y volví a mis funciones hasta que, en un momento dado, Bruno me interceptó.

—Rebeca, para un momento. —Me detuve y comprobé que una mujer venía con él—. Te presento a mi madre, Maite. Mamá, ella es Rebeca.

Sonreí de un modo algo forzado y me acerqué a darle dos besos.

—Encantada.

—Igualmente, bonita. Bruno me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien. —Me reí de un modo muy falso, porque no sabía cómo reaccionar o dónde meterme.

—Muy bien —asintió ella con una sonrisa—. Vente a casa algún día, cuando quieras.

—Claro, algún día —acepté con ninguna intención de cumplirlo y pensé una excusa para alejarme de allí—. Voy a volver a la barra, que parece que me necesitan.

—Claro, cariño, encantada.

—Igualmente.

Y me alejé de ellos a toda velocidad, aunque Bruno no me dejó escaquearme de su familia demasiado tiempo. Un rato más tarde me presentó a la hermana que aún no conocía y a la hermana y la madre de Jaime, que estaban hablando con Tati casi todo el rato. Se notaba entre ellas muy buena relación. Sin duda, dijera lo que dijera Jaime, Tati había sido parte de esa familia. Por lo que a mí respecta, lo de Bruno me pareció una encerrona a traición, pero preferí no darle más importancia, como si para mí no hubiera significado nada. Me sentía como si me estuviera forzando a dar un paso para el que yo no estaba, ni mucho menos, preparada.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

solo dos meses



El tiempo fue pasando y yo me habitué rápido a mi nueva rutina de trabajar en el *pub*. Mi jornada laboral comenzaba a las cinco de la tarde y terminaba un poquito después de medianoche, según lo que tardáramos en hacer el cierre. Veía a Bruno todos los días. De normal trabajaba con un amigo suyo, que hacía el mismo turno que yo, pero Bruno venía todas las noches y estaba un buen rato con nosotros, hasta la hora del cierre, después del cual nos íbamos a su piso o al mío. Nuestra relación empezaba a parecerse sospechosamente a la de una pareja consolidada, pero, mientras nadie lo dijera en voz alta o le pusiera nombre, podía soportarlo. Me engañaba a mí misma, lo tengo claro, pero era el único mecanismo de defensa con el que contaba en ese momento.

—Quería comentarte una cosa —me dijo Bruno una noche de abril cuando cerró la puerta del bar y empezamos a recoger. Me giré hacia él con curiosidad—. Verás, en un par de semanas es mi cumpleaños, y me gustaría que vinieras a cenar con mi familia. Sé que no quieres venir a las cenas familiares, pero sería solo a esta, me haría ilusión que estuvieras ese día, es importante para mí.

—Sabes que no. —Respiré hondo—. Si sabes cómo me siento con eso no entiendo por qué me lo pides.

—Porque llevamos dos años así, Rebeca. —Resopló y me miró a los ojos—. Está claro que somos una pareja.

—No lo somos —aseguré—. Creía que eso estaba claro. Sabes que no es lo que quiero. Lo sabes de sobra… No estoy preparada para tener una relación.

—Estás preparada porque la tienes desde hace dos años. Lo único que pasa es que no lo quieres ver. Sé que te sientes culpable, y que no quieres dejarlo ir, pero tienes que superarlo de una vez. No tiene sentido que sigas con esta actitud después de tantos años.

—No me puedo creer que me estés diciendo eso… ¿No te acuerdas de lo que me dijiste el día

que nos conocimos? —pregunté entre dientes y él suspiró desesperado—. Te lo recuerdo: me dijiste que no había plazos para algo así, que cada uno tenía sus tiempos, y que no tenía que agobiarme por eso ni dejar que nadie me dijera cuándo lo tenía que superar.

—Sí, sé lo que dije… Y lo pensaba… ¡Todavía lo pienso, joder! Pero es que esta situación es absurda. Estás condenando tu vida por algo que te pasó ¿hace cuánto? ¿Siete años? ¿Ocho? Una relación de dos meses ¡dos putos meses! Que la has idealizado porque acabó como acabó, pero que si el chaval no hubiese tenido el accidente, ya no estaríais juntos ni de coña, porque apenas os conocíais, porque erais unos críos y lo mismo ni siquiera hubierais aguantado hasta el verano siguiente.

—No tienes ni puta idea. —Resoplé por la nariz.

—Rebeca, yo te quiero. Estoy loco por ti. Déjame intentar hacerte feliz. Déjame sacarte de ese agujero. Vamos a intentar tener un futuro juntos. Estoy enamorado de ti.

—Lo siento, Bruno. Yo también te quiero mucho. Te quiero de verdad, pero no de esa manera, no como lo quería a él, aunque tú pienses que solo fue una tontería de dos meses.

Él chasqueó la lengua.

—No quería decir eso…

—Tú no estabas allí, no sabes lo que tuvimos. Creía que me entendías, pero parece que no.

—Te quiero entender, de verdad que sí, pero me parece que te estás castigando a ti misma y estás condenando tu vida por algo que no fue culpa tuya.

—¡Sí que fue un poco culpa mía! —levanté la voz más de lo que me hubiera gustado.

—¡¿Cómo va a ser culpa tuya si tenías diecisiete años y estabas a trescientos cincuenta kilómetros del accidente?!

—¡Porque me pidió que me escapara con él! —grité y lo solté por fin—. El día que nos despedimos, me pidió que nos fugáramos de casa juntos y que pasáramos de todo. Y me acojoné, y le dije que no. Si le hubiera dicho que sí, él ahora estaría vivo.

Bruno suspiró y se acercó a abrazarme.

—No podías saberlo, joder. Hiciste lo más lógico y lo más sensato. No puedes torturarte tantos años después, Rebeca. De verdad que no es sano. He intentado respetar tus tiempos, pero he llegado a un punto en el que esto me empieza a doler demasiado. Yo necesito más.

—Yo no tengo nada más para darte, Bruno. Ojalá pudiera, de verdad. Me encantaría enamorarme de ti, pero no puedo. No ahora, al menos. —Se me escaparon las lágrimas y él me apretó con más ganas—. De verdad que lo he intentado. —Me aferré a él con fuerza—. Me duele que esto sea así, pero no puedo controlar lo que siento —sollocé.

—Yo no puedo seguir así, Rebeca. Necesito que esto avance o que termine, pero no puedo estar a la sombra de… No puedo.

—¿Esto es un adiós?

—Creo que sí, Rebeca. Creo que será lo mejor. Si no estás dispuesta a darme más, yo no puedo seguir con esto. Creo que me merezco lo mismo que estoy dispuesto a dar.

—Te lo mereces todo, Bruno, claro que sí —sollocé—, pero yo no puedo dártelo. Ojalá pudiera, de verdad que sí.

—Nada me haría más feliz, Rebeca. Te quiero con locura, y me encantaría poder hacerte feliz y que superaras de una vez aquello, pero tienes que querer superarlo… Y me temo que no quieres.

—No quiero, no —admití—. Si yo me olvido de él, será como si nunca hubiera existido… Entiendo cómo te sientes, pero no puedo controlar lo que siento yo. Mi cabeza me grita que me enamore de ti, pero mi corazón no hace caso…

—Quiero entenderte, Rebeca, de verdad que sí. Estás descartando la posibilidad de ser feliz por algo que sabes que es imposible recuperar.

—Ya lo sé —rompí a llorar—, mi vida se fue a la mierda aquel día y puede que nunca sea capaz de tener una vida normal o una relación normal…

—No hay nada «normal», Rebeca. —Me abrazó—. Todos llevamos nuestra mochila, puede que la tuya pese más, pero créeme, cada uno carga la suya. No te estoy pidiendo que la sueltes, solo que la aligeres o, al menos, que no la interpongas entre nosotros.

—No puedo hacerlo, Bruno. Simplemente no soy capaz.

—No me puedo creer que vaya a decir esto, pero creo que deberíamos dejar de vernos. Yo no puedo seguir así.

—Lo entiendo. —Me sequé una lágrima de la mejilla—. No lo mereces. Solo espero que no me odies. —Rompí a llorar otra vez.

—No te odio, Rebeca, no podría. Ojalá algún día llegues a estar bien y tengas la fuerza suficiente para coger las riendas de tu vida, porque te estás perdiendo demasiadas cosas… Cuando eso pase, me encantará saber de ti, porque solo te deseo lo mejor y espero que seas capaz de dejar de castigarte y ser feliz en un futuro.

—Ojalá, pero no sé si seré capaz.

—Estoy convencido de que sí, pero tienes que querer.

—Será que todavía no quiero.

—Lo sé, por eso no puedo seguir viendo cómo te haces daño a ti misma y me lo haces a mí también.

—Lo entiendo. Adiós, Bruno.

—Adiós, Rebeca.

Llegué a casa de madrugada y fui directa a la habitación de Ori. Me metí en su cama y creo que lo desperté.

—Eh, ¿qué pasa, Rebe?

—Se ha acabado lo de Bruno —murmuré—. No quería hacerle daño, pero se lo he hecho…

—Ay, cariño, es nuestra cruz. Nosotros no podemos enamorarnos, pero somos tan

irresistibles que tampoco podemos evitar ir rompiendo corazones por ahí…

Me reí entre dientes y lo abracé fuerte.

—Te quiero mucho, Ori. Tú eres mi casa.

—Y tú la mía, Rebe. Siempre, para lo que necesites, pase lo que pase, ya lo sabes.

—Lo sé.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

notición



Un par de meses después, me había acostumbrado a mi nueva condición de desempleada. Estaba barajando las posibles opciones a las que enfrentarme el curso siguiente. Tenía un año para decidir qué hacer, no cumplía los veinticinco hasta junio y el examen de acceso a la universidad era en mayo, por lo que no podía hacerlo hasta el curso siguiente. Después de eso, ya podría pensar qué estudiar. No tenía prisa, volver a estudiar ya solo lo del examen de acceso se me hacía un mundo.

—¡Chicos, chicos, notición! —gritó Tati una noche al entrar por la puerta del piso. Mauro la acompañaba con una sonrisa radiante.

Aixa, Ori y yo nos incorporamos un poco porque estábamos tiradísimos en el sofá viendo una película.

—¿Qué pasa? —preguntó Oriol mientras se apartaba las greñas de la cara.

—¡Somos propietarios! —gritó Tati emocionada y nos enseñó una llave.

—¿Propietarios de qué? —preguntó Aixa.

—¡De una casa!

—Bueno —interrumpió Mauro con una carcajada—, igual lo de «casa» es un poco exagerado. Es más bien una ruina. La llave yo creo que nos la han dado como algo simbólico, porque la valla está toda derruida, y lo que es la casa en sí, apenas tiene paredes, hay que reconstruirla entera…

—Bueno, ¡pero tenemos una casa!

Todos nos reímos contagiados por la emoción de Tati. Ellos vinieron a sentarse con nosotros. Se acomodaron ambos en la butaca que quedaba libre. Mauro se sentó cómodamente y ella se colocó encima de él.

—Necesitaremos vuestra ayuda —dijo él sin rodeos.

—A ver —siguió ella—, ya tengo el proyecto de obra, porque necesitábamos calcular el

precio total que nos iba a costar todo antes de firmar. El caso es que la reforma, o reconstrucción más bien, lo que es rehacer paredes, techos y tal, lo harán obreros este verano, lógico. Y para septiembre quedará ya lo fácil, que será pintar y arreglar cosas como el patio y eso, y aunque salga mal no hay peligro de muerte. —Se rio mi amiga—. ¿Qué decís? ¿Contamos con vosotros? La idea es hacerlo todo en un par de semanas, vendrán también los amigos de Mauro, ya veréis como serán unas vacaciones geniales.

—¿Vacaciones? —Ori enarcó una ceja.

—Sí —Tati sonrió con cara de niña buena—. Va a tener que ser en vuestras vacaciones, pero ya veréis como no os da la sensación de estar currando. Seremos muchos, no hará falta estar dale que te pego todo el día. Y la casa está en primera línea de playa, tiene salida directa al mar… Será divertidísimo. ¿Qué? ¿Cuento con vosotros?

—Cuenta conmigo —aseguré—. No tengo intención de estar currando en septiembre. Pienso agotar el paro, que si no lo pierdo.

—Y conmigo —dijo Aixa—. Me tocan las vacaciones en septiembre obligada por ser la que menos antigüedad tiene, mis compañeras han elegido julio y agosto. No tenía pasta para irme a la playa, así que por mí genial, siempre que no nos tengáis esclavizados…

—No, no, claro que no… Ay, ¡qué ilusión! —Tati dio palmitas—. ¿Oriiiiiiiii? —ronroneó y nuestro amigo soltó una carcajada.

—Cuenta conmigo, petarda —confirmó por fin el aludido.

—¡Genial! Tú eres el más importante, necesito tu ojo de artista.

—Pues llevaré los dos, por si acaso —aseguró y todos nos reímos.

A lo largo de ese verano, Tati nos fue contando los progresos de la obra. No nos quiso enseñar la casa hasta que estuviera reconstruida y nosotros lo aceptamos así. Llegó septiembre y Tati se marchó a la casa con Mauro y sus amigos para empezar el trabajo, la reforma había ido según lo previsto y nosotros debíamos acudir unos días después, cuando Aixa empezara sus vacaciones. La noche antes de marcharse, cenamos todos juntos y Tati no paraba de parlotear sobre la reforma y lo bonito que iba a quedar todo.

—La idea es que esté habitable ya en un par de meses, aunque no nos mudaremos hasta el verano que viene. Queremos vivir allí de continuo, lo que será raro en invierno, porque es una urbanización de estas de veraneo y en cuanto empieza septiembre se queda desierta. Da un poco de yuyu, parece un pueblo fantasma como los de las películas, pero yo creo que podemos acostumbrarnos, y estar solos y aislados del mundo me parece muy romántico…

—Oh, sí —aseguró Ori—, que una banda criminal te secuestre en tu propia casa es de lo más romántico.

—No seas cabrón —me reí y le di una patada por debajo de la mesa.

Él dejó salir la risa entre los dientes y Tati le sacó la lengua.

—Además —siguió ella—, la urba tiene un nombre superbonito: «Manto de Estrellas», dime si no es precioso. Nada malo puede pasar en un sitio con ese nombre…

A mí se me escurrió el cubierto que tenía en la mano y sentí un pinchazo en el corazón. El ruido del tenedor al chocar contra el plato los sobresaltó a los tres.

—¿Qué pasa? —preguntó Tati—. Vaya cara se te ha puesto…

—Nada, que pasé allí un verano, a los diecisiete. Solo me ha sorprendido, nada más.

Tanto Ori como Aixa me pusieron cada uno la mano en la pierna por debajo de la mesa.

—¡No me digas! —se entusiasmó Tati—. ¡Mauro también! Hemos elegido ese sitio porque él veraneaba justo justo en los apartamentos de al lado, y siempre fantaseó con vivir en uno de los chalets. Para él es como cumplir un sueño, aunque solo hemos podido permitirnos el que estaba en ruinas —se rio—. Ya ves, qué casualidad, lo mismo estabais en la misma pandilla y no os acordáis el uno del otro…

—Imposible —aseguré—, yo solo hice un amigo ese verano.

—Uuuuuuuuh —canturreó Tati—, ¿un amigo especial?

—No me apetece hablar de eso.

—Vale, vale, entiendo que no es un recuerdo bonito… Pero aun así vendrás a echar una mano, ¿no? —Su voz sonaba asustada.

—Sí —me forcé a sonreír—. Por supuesto que iré a echar una mano.

Tati dio palmitas y bailó sobre su silla del todo ajena a la tormenta que acababa de desatar en mi interior. Al poco de terminar de cenar, pasó Mauro a por ella y se marcharon para la casa. Quedamos en vernos allí en pocos días. Dejó la dirección anotada en un papel que le entregó a Aixa. No necesité ni mirarlo para suponer dónde era, solo recordaba una casa en ruinas en esa urbanización.

—¿Qué tal? ¿Estás segura de querer ir? —preguntó Ori en cuanto Tati se hubo marchado.

—Claro —aseguré—. Han pasado ocho años, es tiempo más que de sobra. Creo que volver me sentará bien, será como cerrar un ciclo.

Lo cierto es que los días siguientes estuve un pelín nerviosa ante la idea de enfrentarme a mis recuerdos, pero desde luego era el momento. Mi amiga me necesitaba y yo tenía que hacer frente por fin a algunas cosas. Los traumas se superan enfrentándote a ellos, ¿no? No sé, no soy psicóloga, no estoy segura, pero en ese momento lo sentí así.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

volver



Tomé aire antes de bajar del autobús. Aunque habían pasado ocho años y yo aún recordaba a Vic como el primer día, quería creer que estaba preparada para volver por mucha nostalgia que me despertara el lugar. Pese a que todavía hacía calor, la temporada de verano había terminado y la urbanización estaba desierta.

Aixa y Oriol venían conmigo, querían ayudarme a hacerlo más llevadero. La parada del autobús quedaba a las afueras de la urbanización, pero la recordaba a la perfección, así que los conduje a la que había sido mi casa durante aquel verano tan maravilloso como fatídico. Por primera vez después de tantos años, me apetecía rememorarlo, me veía capaz de hacer frente a los recuerdos por fin. Todos los chalets estaban cerrados a cal y canto, algo normal ya en septiembre, la gente había vuelto a su rutina.

—Aquí vivía él —susurré mientras señalaba esa casa que había espiado varias veces desde la mía y en la que había vivido tantos momentos buenos. Me habría encantado poder entrar y recordar el interior, comprobar si todo estaba tal como lo recordaba o si el tiempo y los nuevos inquilinos la habían convertido en algo diferente. Me pregunté por un instante si su madre y su hermano habrían vuelto algún otro verano. Supuse que no. Una lágrima se deslizó por mi mejilla sin permiso y Oriol me pasó un brazo sobre los hombros y me besó la cabeza.

Seguimos caminando y llegamos al callejón donde él escondía la moto para que no la vieran mis padres. La puta moto que se lo había llevado tan joven. Lloré. Lloré por la injusticia, porque nadie merece irse tan pronto. Lloré al recordar todo lo que había llorado. Y lloré porque me sentía libre por fin para dejarlo ir. Porque el dolor era diferente. Por primera vez en ocho años, Vic me dolía bonito. Como cuando lees una novela o ves una película triste, de esas que ya has visto o leído, pero vuelves a ellas de vez en cuando para que te despierten esa sensación, ese dolor bonito que te recuerda que estás viva, que puedes sentir así de intenso. Y a ese punto había llegado mi historia con Vic. El desgarro visceral y la angustia que parecía crónica en un principio habían ido remitiendo poco a poco y por fin podía verlo como un maravilloso recuerdo con un trágico final. Que me acompañaría siempre, no había duda de eso. Que no iba a olvidar jamás, lo tenía claro. Pero ya me sentía capaz de empezar una nueva vida, de volver a vivir.

Quizá si hubiera hecho esa visita unos meses o unos años antes no habría tenido que romperle el corazón a Bruno. Quizá habría podido empezar algo con él. Quizá habría podido enamorarme de Bruno y tener con él una vida feliz. Desde luego, era el chico ideal, pero no era mi momento, nuestro momento. Quizá nos volveríamos a encontrar en el futuro, no podía estar segura. Hacía casi cinco meses que no lo veía, quizá era él quien había empezado una nueva vida. Quizá simplemente nunca debí dejar la terapia, puede que todo hubiera sido más rápido, o más fácil, dentro de lo que cabe, claro.

Volver allí me sirvió para darme cuenta de que era mayor el miedo que había sentido ante la idea de regresar que el hecho de estar allí de nuevo. Había sido mucho peor todo lo que yo había pensado en relación a ese momento que estar de vuelta.

Aixa me abrazó con fuerza.

—Se me rompe el corazón de verte así, Becky —murmuró junto a mi oído.

—Ya está. —Me separé de ella y sonreí al tiempo que me secaba las lágrimas de la cara—. Han sido muchos recuerdos de golpe, pero han pasado ocho años, es el momento de darle el lugar que merece y seguir adelante.

—Pues venga, ¿quieres dar un paseo y seguir recordando un rato o prefieres que vayamos ya para casa de Tati?

—Vamos ya, que nos estará esperando. Y vamos a estar por aquí varios días, me voy a hartar de recordar…

—Vale, pues ahora hay que averiguar dónde está la casa —sugirió Aixa.

—Yo sé cuál es. Ya estaba en ruinas aquel verano. Vic y yo fantaseábamos con vivir ahí en el futuro —suspiré.

—Venga, pues te seguimos. —Oriol desvió el tema con su descaro habitual, supongo que para que no me volviera a dar el bajón.

Era de lo más inquietante caminar por una urbanización fantasma con todas las casas cerradas, parecía el escenario de una película de terror. O de un drama, también valía. O quizá solo era que yo me sentía así, al final de mi propio drama, a punto de superarlo por fin. Sin duda, tendría que haberme atrevido a volver mucho antes.

No tardamos en llegar a la casa en cuestión, y sí era la que yo pensaba. La primera evidencia fue ver dos coches aparcados en la puerta, los únicos que habíamos visto en todo el rato que llevábamos allí.

Me quedé mirando la casa desde el otro lado de la acera y recordé las veces que la habíamos observado Vic y yo desde ese mismo sitio. Y las noches que nos habíamos colado dentro…

Estaba cambiada. Habían reconstruido las paredes en ruinas y ahora parecía una casa medio habitable. Necesitaba mucho trabajo y mucha pintura, eso sin duda, que era, al fin y al cabo, el motivo de que estuviéramos allí.

Nos acercamos a la valla del chalet. No tenía timbre, así que Oriol llenó sus pulmones de aire antes de gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ah del castillo! ¡Han llegado los refuerzos!

Tati no tardó en asomarse al balcón del piso de arriba. Una enorme sonrisa le iluminó la cara al vernos.

—¡Ey, mi gente favorita! ¡Entrad, está abierto!

Tanto la puerta de la valla como la de la casa en sí estaban abiertas, así que no tardamos en encontrarnos en medio de una enorme estancia que tenía toda la pinta de ir a ser el salón. Tati bajaba en ese momento por las escaleras que conducían al piso de arriba.

—¿Os ha costado mucho encontrarlo? —preguntó muy emocionaba mientras nos daba abrazos a los tres, como si hiciera meses que no nos veía.

—No, lo hemos localizado enseguida. Rebe se acordaba bastante —explicó Aixa. Agradecí que no entrara en más detalles, les había pedido que no aclararan por qué conocía tan bien la zona, no quería que Tati se sintiera mal o se preocupara por mí. Estábamos allí para echar una mano, no para que yo y mi drama fuéramos una vez más el centro de atención.

—Bueno, menos mal que estáis aquí —sonrió—. Llevo unos días sola con Mauro y sus amigos y esto parece el festival de la testosterona. —Puso los ojos en blanco.

—Pues tranquila, cari, que ya han llegado las chicas —respondió Ori con voz afeminada y un movimiento de muñeca de lo más amanerado.

—Me has entendido, tonto —se rio Tati—. Sabes que, cuando quieres, puedes ser una más.

—No sé por qué dices eso, muñeca —soltó él con voz muy grave antes de cogerse los huevos con una mano y sorber mocos como si fuera a escupir.

Las tres no reímos.

—Así, justo en ese plan llevan todos desde hace un par de días. Qué asco que tengan ya tanta confianza conmigo —se rio Tati—. Venga, vamos arriba y os enseño los dormitorios.

La seguimos por las escaleras hasta un rellano con varias puertas, algunas de las cuales estaban abiertas.

—Esta es la que os he dejado para las chicas —explicó Tati ante la primera.

Era una habitación recién pintada, con un colchón de matrimonio en el suelo y un par de sillas. Nada más.

—¡Qué acogedora! —se burló Aixa.

—Ya sé que es cutre, pero poco a poco irá pareciendo un hogar. —Tati se puso roja y Aixa le dio un abrazo para desdramatizar un poco la situación—. Tenéis vistas al mar, os he dado la *suite* de lujo.

Nos reímos y nos asomamos al pequeño balcón que daba a la playa. En ella, cuatro chicos jugaban en la orilla con una pelota. Supuse que serían Mauro y sus amigos.

—Ori, tú dormirás con uno de los chicos, solo tenemos tres habitaciones además de la nuestra. Os hemos puesto a dos en cada una. Las otras habitaciones tienen colchones individuales. No te importa compartir cuarto con uno de ellos, ¿no?

—¿Dormir con un desconocido?... Mmm, no sé… ¿Está bueno?

Aixa y yo soltamos una carcajada ante la pregunta de nuestro amigo.

—Pues la verdad es que no sé cómo se han repartido, no sé quién se ha quedado solo en este dormitorio, pero vaya, ahora que no nos oye Mauro, sus tres amigos están bastante buenos… —añadió esto último en un susurro y los demás nos reímos.

—¿No tenemos muebles entonces? —preguntó Aixa—. ¿Tenemos que dejar la ropa en la maleta durante dos semanas?

—A ver, los muebles están, hay una cajonera para cada habitación, pero hay que montarlas. Igual que los armarios y los somieres. Si os apetece empezar por ahí… Yo os iba a proponer ir primero a la playa y presentaros a los chicos, pero como queráis…

—Prefiero montar aunque sea la cajonera lo primero y darme un baño después —aseguró Aixa y Ori se le unió—. Becky, ve tú, así te despejas un poco.

—¿De qué te tienes que despejar? —Tati se giró hacia mí intrigada.

—Que le ha dado morriña lo de volver a su adolescencia así de pronto —intervino Ori para cortar el tema rápido.

—Claro, normal. Vale, pues ponte el bikini y te espero abajo.

Ya en traje de baño y con las toallas, seguí a Tati por la puerta trasera de la casa, que tenía acceso directo a la playa. Nos quedamos a cierta distancia de los chicos que jugaban en la orilla, a salvo de balonazos.

—Míralos, como críos, ni se han enterado de que estamos aquí —protestó mi amiga en tono de broma.

Comprobé que no había mentido. Los cuatro chicos (Mauro incluido) estaban bastante buenos. No podía decir si eran guapos porque las caras no se las veía, pero todos tenían cuerpos atléticos. Me encogió el pecho que uno de ellos llevara una gorra. Había despertado muchos recuerdos el paseo de hacía un rato y sentía el corazón en carne viva. El chico en cuestión parecía algo más alto y más recio de lo que había sido Vic, pero me lo recordaba, se movía parecido.

—¡Mauro, chicos! —gritó Tati—. ¡Venid a saludar a Rebeca!

—Pero déjalos que jueguen, que no paren por mí, tía, que da igual —me quejé entre dientes.

—¡Becky! —gritó Mauro corriendo hacia mí y ya no me pude fijar en nadie más—. Me levantó en un abrazo y me dio un par de vueltas antes de volver a dejarme en el suelo.

Yo me reía, pero se me cortó la risa de golpe y se me paró el corazón cuando mis ojos se cruzaron con los del chico de la gorra, que ya había llegado hasta nosotros. Me miraba fijamente con una sonrisa canalla que hacía muchos años que no veía. Abrió la boca y su voz lo inundó todo:

—Hola, Beck, cuánto tiempo. Pensaba que no volvería a verte nunca más. Quiero creer que te acuerdas de mí.

—¿Ya conoces a Vic? —Tati me miró muy sorprendida.

Y por segunda vez en mi vida, el mundo volvió a fundir a negro.

parte tres

I must be strong
And carry on
'Cause I know I don't belong
Here in heaven

«*Tears in heaven*», Eric Clapton

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

el show



Se ha desplomado sobre la arena. Mira, quiero comportarme de forma madura, pero no puedo con este *show*. Tati está con ella y parece muy preocupada. Creo que se me escapa un chasquido involuntario con la lengua. Tati me mira sin saber de qué va el rollo y los otros tres todavía no han reaccionado.

Debería largarme de aquí y mandar esta movida a tomar por culo, pero soy como soy y me acerco a ella, que sigue con los ojos cerrados.

—Ey, Beck —le susurro todo lo cerca que puedo sin llegar a tocarla, por ahí sí que no paso —, puedes ahorrarte el numerito, no te voy a reprochar nada.

Abre los ojos y me mira con una cara que no le conocía, o que no le recuerdo… A saber, hace demasiado tiempo. Pero no dice ni una palabra, solo me mira y finge que respira con dificultad. Extiende una mano para tocarme la cara y me tiro hacia atrás por instinto. Ni de coña pienso dejar que me toque.

—Becky, ¿qué pasa? —le pregunta Tati agobiada, pero la otra no dice nada, solo me sigue mirando con cara de flipada. Desde luego, no sé a qué está jugando, pero parece que los años la han convertido en una gran actriz.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Mauro, que también parece preocupado.

—Vic, ayúdame a llevarla a la casa, que no reacciona. ¡No sé qué le pasa! —me pide Tati.

—Ni de coña —me río. Quería sonar despreocupado, pero es posible que el rencor se haya colado un poco entre mis palabras. Mierda, pensaba que podría llevar esto mejor llegado el momento. Han pasado ocho años y se supone que somos adultos. Igual es la forma infantil en la que se está comportando ella, que me contagia. Pero que no la voy a llevar en brazos lo saben hasta las ratas.

—Vale, ¿me puedes explicar qué cojones pasa? —Tati se está mosqueando—. ¿Qué le pasa a Rebeca? ¿Por qué se ha puesto así al verte?

—¡Hostia! —Mauro parece que acaba de sumar dos más dos—. ¿Nuestra Rebeca es tu Beck? ¿Aquella que…?

—Sí —lo corto—, pero ya está. Yo lo tengo superado y, en cuanto ella deje de hacer el

numerito este que está haciendo, podremos seguir como si nada… Eso sí, si puedo coincidir con ella lo menos posible, mejor; que lo tengo superado, pero tampoco es la persona que mejor me cae del mundo…

—Vale, la llevo yo —dice Mauro—, a ver si reacciona, que está como catatónica.

Se agacha, la levanta en brazos y comienza a caminar hacia la casa. Yo chasqueo la lengua porque de verdad que no entiendo lo lejos que está llevando esto, sea lo que sea. Ella no me quita ojo. Me mira por encima del hombro de mi amigo durante todo el camino. Yo desvío la mirada porque no quiero ni verla.

Entramos en el salón y Mauro la deja sobre el sofá, que creo que es el único mueble que tienen en esta casa. Tati se arrodilla a su lado.

—¡Aixa, Ori! —chilla hacia las escaleras—. ¡Ayudadme con Rebeca, que no sé qué le pasa!

Resoplo con fuerza para no decir una barbaridad.

—¡Vale, Vic, para ya! —me grita Tati empezando a mosquearse justo cuando los dos que estaban arriba comienzan a bajar las escaleras.

—¿Vic? —le pregunta a Tati un chaval flaco y desgreñado. Luego su vista se fija en mí—. ¡Hostia puta! —Se le resbala un pie y se agarra a la barandilla para no caerse mientras desciende cuatro o cinco peldaños deslizándose sobre ellos—. ¿Cómo que Vic? ¡Rebe, joder! —Termina de bajar las escaleras y se acerca a Rebeca (no pienso volver a llamarla Beck), que sigue con su *show* de flipada. Él se sienta a su lado en el sofá y alterna la mirada de ella a mí varias veces—. ¿Es él, Rebe? Hace mucho que no veo la foto, ¡¿es él de verdad?!

Beck sigue sin decir nada. Mierda, *Rebeca*, nada de *Beck*. La chica que bajaba con él ha llegado hasta ellos. Su cara me suena, puede que sea una de las amigas que estuvieron con ella al principio de aquel verano.

—Yo creo que sí que es él. —Me mira también con cara de flipada—. Pero no es posible, si estaba muerto…

—¿De qué cojones está hablando esta ahora? —Me dirijo directamente a Rebeca, a tomar por culo ya mi entereza, mi indiferencia y todo—. ¿Quién estaba muerto? ¿Yo? Mira, no puedo con esta mierda… Haz el favor de dejar el numerito este que estás montando, que pareces una payasa…

—¡Eh! —El chaval flaco se levanta y se me encara. No, si aún acabaremos a hostias y todo. Bueno, acabaré yo, porque este tío no tiene ni medio guantazo—. ¡No le hables así, ¿me oyes?!

—Vale, vamos a calmarnos todos un poco hasta que entendamos qué pasa aquí —suelta Mauro en tono conciliador. Miguel y Darío, que están en un rincón y todavía no han abierto la boca, asienten ante sus palabras.

—Creo que deberíamos llamar a un médico, o llevarla a urgencias, me estoy empezando a asustar —propone Tati y yo resoplo.

—Mira, igual paso de esto y me largo a mi puta casa —le suelto a Mauro—. Así ella puede dejar el drama y todos contentos…

—¡No, ni de coña! —se queja mi colega—. Te necesitamos aquí, así que ni lo pienses. Cuento contigo, no te vas a rajar ahora. Esto, en cuanto a ella se le pase el *shock* este que le ha dado, lo habláis y lo solucionáis.

—No tengo nada que hablar con ella —resoplo—. Voy a despejarme un poco, luego vengo.

Salgo dando un portazo y me encamino a la playa. Apenas he dado una decena de pasos cuando escucho la puerta de la casa otra vez.

—¡Vic, tío, espera! —La voz de Miguel llega hasta mí.

—¡Déjalo estar, déjame solo! —grito sin tan siquiera girarme y sin detenerme.

Pero me alcanza y me pone una mano en el hombro. Me paro y respiro hondo, creo que necesito calmarme. No pensé que volver a verla me fuera a afectar hasta este punto después de tantos años. Igual ha sido por su reacción. Sí, ha sido por eso. Si hubiese llegado de entrada pidiendo perdón, habría sido otro rollo. O no, porque aquello no se arregla con una disculpa, me habría cabreado igual. Él me pasa una mano por la nuca y me da un apretón.

—Yo te entiendo, tío —susurra.

—La odio tanto…

—Lo sé.

—Y el niñato ese que se ha traído es un gilipollas —farfullo—. ¿Es su novio?

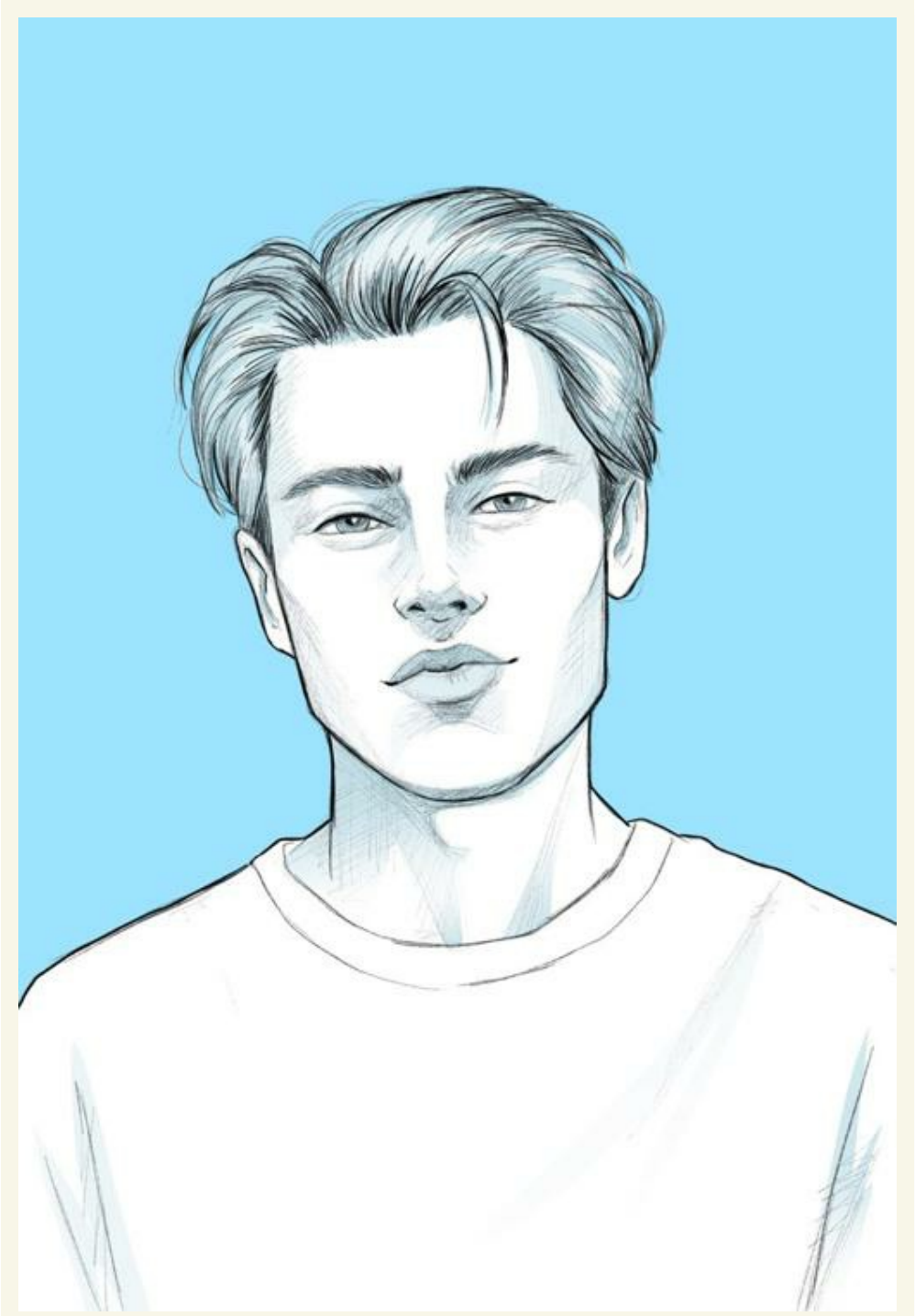
—Ni puta idea, sé lo mismo que tú. ¿Vamos a dar una vuelta?

—No. Déjame solo, en serio, necesito despejarme.

—Vale, como quieras, pero no tardes, que esto hay que normalizarlo cuanto antes. Por Mauro y Tati, esto lo hacemos por ellos. No lo olvides, y no les jodamos el plan, que nos necesitan.

Asiento y me alejo de él.

Un baño en el mar y una carrerita por la orilla, creo que es justo lo que necesito para calmarme un poco. Soy adulto, puedo con esto.



CAPÍTULO CUARENTA

Lo vi



Vic sale dando un portazo y uno de los amigos de Mauro va detrás. «Vic sale dando un portazo», de verdad que si alguien me hubiera dicho hace una hora que iba a usar esa frase…

No lo puedo creer. De verdad que no. Está vivo. Está vivo y enfadadísimo conmigo. No puede ser real, esto tiene que ser algún tipo de sueño. Así lo siento yo, como si esto no estuviera ocurriendo de verdad, como si le estuviera pasando a otra persona. ¿Cómo es posible? No entiendo nada… Me tiemblan las manos y el corazón retumba en mi pecho y en mis oídos. Quiero salir corriendo detrás de él y entender qué está pasando, pero a la vez no soy capaz ni de hablar. ¿Y si estoy sufriendo alucinaciones y todo se desvanece otra vez? No podría gestionarlo…

Ori se sienta a mi lado en el sofá y me abrazo a él con fuerza.

—¿Qué pasa, Rebe? ¿Qué ha pasado?

—No entiendo nada, Ori —sollozo, me tiembla todo el cuerpo—. ¿Lo has visto? ¿Tú también lo has visto? ¿De verdad está vivo?

—Eso parece, estoy flipando.

—Vale, joder, por fin habla —suelta Tati—. A ver, ¿alguien me explica qué ocurre aquí? ¿De qué se conocen estos dos y por qué parece que Vic odie a Rebeca?

—Porque se portó fatal con él. —Mauro se cruza de brazos y me mira—. Joder, Becky, con lo bien que me caes, no se me hubiera ocurrido nunca que fueras la Rebeca que le rompió el corazón a Vic cuando más jodido estaba…

—¿Que yo qué? —No puedo creer lo que estoy oyendo. No sé de qué está hablando.

—Joder, pobre chaval, cada vez que me acuerdo… —Mauro se pasa una mano por la cara.

—A ver, a ver, explícate, cariño —le pide Tati a Mauro. El amigo que ha salido detrás de Vic está de vuelta y me fulmina con la mirada.

—Hasta donde yo sé —empieza Mauro—, tuvieron una relación muy intensa y ella desapareció sin dejar rastro. Pasó de él por completo. Y a él lo pilló en un momento chunguísimo y lo hundió en la mierda.

—¿Yo? Pero… —Me corto ahí, porque no sé ni qué decir—. Pero si él estaba muerto… Lo

vi, yo lo vi… —añado con apenas un hilo de voz, porque ya no sé ni qué pensar.

—¿Qué viste? ¿A mí? ¿Me viste muerto? ¿Qué me estás contando? —No sé en qué momento ha vuelto, pero aquí está otra vez.

—Tío, ¿no te ibas a bañar? —pregunta el amigo que ha entrado medio minuto antes que él.

—He cambiado de idea. Contesta, Rebeca. ¿De qué coño estás hablando?

—Eh, cambia el tono cuando hables con ella —le suelta Ori y luego se dirige a mí—: ¿en serio, Rebe, llevas ocho años llorando por este gilipollas?

—Rebeca, amarra al caniche, que, como se me acerque, se va a lastimar —me suelta Vic sin apartar la vista de Ori.

—Pero este tío es un imbécil —dice Ori para mí, aunque supongo que lo escuchan todos.

Vic abre la boca para decir algo, pero Aixa se adelanta y corta el contacto visual entre ellos.

—A ver, que ella te vio en la tele, y su hermana también… Me lo contaron las dos.

—¿A mí? ¿En la tele? —Se señala a sí mismo con ambas manos—. No he salido en la tele en mi puñetera vida.

—En tu puñetera muerte —suelta Ori y solo Aixa le ríe la gracia.

Vic lo mira un momento con cara de asco y luego chasquea la lengua y se dirige a mí.

—No me creo ni una palabra de toda esta mierda, pero voy a fingir que sí… ¿Qué se supone que viste en la tele?

Me mira muy serio y yo le hablo a él por primera vez.

—A ti… El accidente, tu moto, tus botas… —Se me quiebra la voz.

—No. —Niega con la cabeza—. ¿Qué dices? ¿Qué botas? ¿Las botas de mi hermano? —Abre mucho los ojos y levanta las manos—. ¿Viste unas botas en la tele y por eso no me escribiste ni me llamaste? ¡Eso no hay quien se lo crea! ¡Nadie es tan imbécil!

—¡Eh, te estás pasando ya, capullo! —Ori se pone de pie y se enfrenta a él.

Vic resopla y lo ignora.

—Además, que esa mentira no se sostiene… Me viste en aquella discoteca hace unos cuatro años, y no finjas que no, porque me aguantaste la mirada y vi en tu cara que me habías reconocido, aunque ni siquiera tuviste el valor de acercarte a hablar conmigo… Hasta ese momento, aún me habría tragado cualquier explicación, pero después de eso… —Se lleva el puño a la boca—. Mira, vamos a dejarlo estar. Vamos a ignorarnos el uno al otro por Mauro y Tati. No te acerques a mí y yo pasaré de ti también. Y cuando acabemos lo que hemos venido a hacer, no nos volveremos a ver más.

Y antes de que pueda reaccionar, ha salido de nuevo dando un portazo. El amigo de antes lo vuelve a seguir.

—Bueno —Ori me pasa un brazo por encima de los hombros—, pues Vic está vivo y es gilipollas. Trauma superado.

Y yo me pongo a llorar, porque por algún lado tengo que soltar los nervios.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

necesito tu atención



Me he sentido tentado de no ir a dormir, pero conozco lo suficiente a Mauro y a Tati para saber que se iban a preocupar. Lo que sí he esperado es a que todos estuvieran ya acostados para volver. He mandado a Miguel a media tarde para que avisara y no me esperaran hasta la noche. Seguro que mañana lo veo todo diferente, pero hoy me estaban cabreando mucho entre todos. Le he pedido a Miguel que me cambiara la habitación para no tener que dormir yo con el gilipollas ese, pero el muy mamón me ha dicho que mejor lo dejáramos así, que tenía que normalizar las cosas y que se iba generar mal rollo otra vez si hacíamos eso. Como si hubiera forma de que el rollo fuera bueno… En fin.

Hace un calor insoportable, por eso están abiertas las puertas de todas las habitaciones cuando llego arriba. Resisto la tentación de asomarme a la de Rebeca, me da igual cómo duerma, me da igual si no puede dormir. Me da superigual todo de ella. No quiero escuchar más historias.

Me asomo a la habitación de Mauro y Tati, que está algo iluminada.

—Ya estoy aquí —susurro desde la puerta.

Tati me hace un gesto para que me acerque y me siento en la cama a sus pies. Ella deja sobre su regazo el libro que está leyendo y mi amigo se quita los auriculares (supongo que estaba escuchando la radio).

—Mauro me ha contado tu historia, y Aixa me ha contado la de Becky. Es horrible todo, pero os entiendo a los dos. Habla mañana con ella, por favor, con la mente abierta e intenta ponerte en su lugar. Vamos a intentar normalizar esto. Ya habéis tenido bastante tragedia los dos, ¿no te parece?

Resoplo como respuesta y ella sonríe.

—Sí, por favor, que esto van a ser dos semanas de convivencia muy cercana… —interviene Mauro—. Lo último que necesitamos es mal rollito.

Yo asiento no demasiado convencido, pero no voy a ponerme a discutir por esto, y menos a

estas horas.

—Buenas noches, Vic —susurra Tati.

—Buenas noches, chicos.

Salgo de su cuarto y me fuerzo a no mirar dentro del de las chicas cuando paso por delante. Respiró hondo antes de entrar en el mío para encontrarme con el cretino que me ha tocado en suerte. Está tumbado en su colchón y solo lleva un pantalón corto y el pelo recogido. Tiene encendida una lamparita que esta mañana no estaba aquí, pero supongo que será de las cosas que tienen compradas Tati y Mauro porque todavía le cuelga la etiqueta. Tiene debajo de la luz una especie de carpeta con un papel sobre el que parece que está escribiendo. O no, igual está dibujando. Levanta la cabeza en cuanto me oye entrar y para de hacerlo. No dice nada, solo se levanta y cierra la puerta. Ese gesto me habría gustado más si se hubiera quedado él fuera. Abro la boca para protestar, pero habla él primero.

—Cállate un momento y escúchame —susurra—. Sé que hace calor, ahora volveré a abrir, pero quiero decirte algo y necesito toda tu atención, y solo la tuya.

Resoplo como respuesta, pero, como me sigue mirando fijamente, asiento con desgana.

—Vale —continúa—. Entiendo cómo te sientes. Bueno, quiero entenderlo, pero no entiendo para nada que le hayas hablado tan mal a Rebe. No digas ni una palabra, cállate y escucha. Necesito que intentes ponerte por un momento en su lugar. No tienes ni puta idea de lo que ha pasado ella. Por ti. Aunque no te lo creas. Mira, yo la conocí hace siete años y la tenías que haber visto. ¿Sabes las abuelas esas beatas que van a todas partes con la estampita y la medallita de la virgen? Pues así ella con tu puta foto y con el colgante. Siempre, desde que la conozco. Siete putos años. Cada vez que pasaba algo que le recordaba a ti, la mano al colgante. Siete-putos-años. Y la foto al final la metió en un cajón, pero la tiene al lado de las bragas, seguro que la mira cada vez que lo abre. Y no te pongas cachondo ahora pensando en que te guarda con su ropa interior, que te veo venir. —Vale, este tío es imbécil, pero eso ha sido gracioso—. El caso es que cuando pensó que habías muerto, saboteó su propia vida: dejó los estudios, aceptó el primer curro que le ofrecieron y ha sido incapaz desde entonces de comprometerse con nadie. Se ha hundido ella sola en la mierda, eso está claro, pero no puedes culparla por que a los diecisiete años se sintiera tan sobrepasada por el dolor como para que no se le ocurriera que podrías no ser tú. Has tenido ocho años para odiarla y guardarle rencor, pero ella lleva todo ese tiempo viviendo con tu fantasma, obligándose a no olvidar a su novio muerto, y sintiéndose culpable cada vez que se permitía ser un poco feliz. Piensa en ello.

—Me vio —intervengo—. Hace cuatro años, me vio en una discoteca y me reconoció. Y ni siquiera se acercó, como si no me hubiera visto. Si hubiera pasado como tú dices, habría venido a hablar conmigo o a tocarme la puta cara como ha intentado hacer hoy…

—Yo estaba con ella esa noche. Me arrastró por toda la discoteca para buscarte, pero fui yo el que la frenó. Iba muy ciega y se había tomado una pastilla. —Hace una pausa para frotarse la frente—. Eso fue culpa mía, le dije que estabas muerto, que estaba alucinando por las drogas.

—Estabas tú con ella esa noche —confirmo y él asiente.

Pues sí, lo más seguro es que fuera él el tío con el que la vi enrollándose luego en el aparcamiento.

—No tenemos por qué ser amigos —sigue—. Me caes tan mal como yo a ti, pero piensa en lo que te he dicho, por favor. Ponte en el lugar de la chica de diecisiete años que estaba loca por ti, porque Rebe está demasiado cerca de esa chica todavía, aunque a ti supongo que no te queda nada de aquel chaval. Porque me niego a creer que ella se colgara de esa manera de un cretino como tú. Lo único que te pido es que no le hagas más daño, que ya ha sufrido más que nadie que yo conozca. Y no tengo nada más que añadir.

Se levanta y vuelve a abrir la puerta. Yo me quito la camiseta y me tumbo en el colchón. A ver quién es el guapo que duerme hoy.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

a oscuras



Oigo a Aixa respirar a mi lado, pero yo no puedo dormir. Quizá en parte sean nervios, o miedo, o un poco de todo. Me llegan respiraciones y ronquidos a través de la puerta abierta. Hace mucho calor, lo que tampoco ayuda a conciliar el sueño. Me levanto y me asomo al balcón, que está más resguardado de lo que me gustaría. De normal, en una noche así, me metería en la cama de Ori, incluso a pesar del bochorno, pero comparte habitación con él y lo último que quiero que piense es que lo voy siguiendo. Me asomo a su cuarto con todo el sigilo del mundo. Quiero comprobar si mi amigo está despierto para que me acompañe abajo y hablar un poco con él, pero está demasiado oscuro y apenas veo un bulto, no sé decir si duerme o no. Me arrodillo en el umbral de la puerta, justo a los pies de su colchón, y me quedo inmóvil y en silencio, mientras me voy acostumbrando a la oscuridad, a ver si así reconozco alguno de sus ruiditos de dormido, o si se despierta por arte de magia y se viene conmigo. No me atrevo a susurrar su nombre o a intentar despertarlo por si el que se despierta es su compañero de habitación. Miro con disimulo en su dirección. Ahora que está dormido puedo fijarme un poco más en él. Casi no me he atrevido a mirarlo en el poquito rato que nos hemos visto.

Está tumbado sin camiseta en una pose un poco extraña. No llega a estar ni de lado ni bocarriba, un poco a medias, pero con la cara girada hacia la puerta. Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad y lo veo bastante bien. Sigue igual de guapo que hace ocho años, puede que más, tiene los rasgos más marcados. Parece más alto y juraría que tiene la espalda algo más ancha también. La tentación de acercarme a enredar los dedos en su pelo y traer todos esos recuerdos de vuelta es grande, pero no necesito ni contenerme, le tengo miedo, eso es un hecho. Tengo pánico de volver a ver todo ese odio en su mirada y en su tono de voz. Miro sus piernas y sus pies descalzos. Y me acuerdo perfectamente de esos pies, de cómo se enredaban con los míos cuando nos tumbábamos en la arena. Y siento ganas de llorar. Porque está aquí, es real. Y podría haber estado aquí todo este tiempo. Porque no me puedo creer que me haya pasado una cosa así. No puedo creer que nos pasara algo así a los dos.

Paseo de nuevo mis ojos hasta su cara y se me para el corazón al ver que tiene los suyos abiertos y me está mirando. En lugar de desviar la vista, mi cuerpo entra en pánico, o en algún

tipo de *shock*, y sostengo la suya. Ninguno de los dos dice nada, pero tampoco apartamos la mirada. Nos observamos en silencio, envueltos en la oscuridad y creo que ni pestañeamos. Tras unos segundos, respira hondo, parece que va a decir algo. No quiero oír nada más, así que me doy la vuelta y salgo todo lo deprisa que puedo.

No podría soportar ni un solo comentario más de los suyos.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

los dos solos



Decido levantarme con la primera luz del amanecer. Creo que no he dormido nada en toda la noche y no sé si es verdad que Rebeca estaba en mi habitación mirándome o si lo he flipado. Quizá sí me he dormido unos minutos y lo he soñado. No, yo creo que era ella. Paso por delante de su habitación sin asomarme siquiera. No es fácil, la curiosidad de verla es todavía muy grande, pero lo consigo.

Me pongo una sudadera sin molestarme en ponerme antes una camiseta y me encamino a la playa. A estas horas hará frío, aunque supongo que voy a entrar en calor rápido.

Echo a correr por la orilla con intención de despejarme. Y de agotarme. Quiero estar tan cansado que no me apetezca ni pensar. Porque es lo único que he hecho toda la noche: pensar. Lo único que hice durante años: pensar. Pensar en ella. Y en mi hermano. Tenía razón anoche el cretino ese que me dio la charla: hace años que no soy aquel chaval. Dolía demasiado ser él. Tuve que aprender a no serlo.

Mis pies se hunden en la arena en cada zancada y me llevan de vuelta a aquel verano, al verano que menos me apetece volver. Ese verano que guarda los mejores y los peores recuerdos de mi vida. Mis últimos recuerdos con Val, mis únicos recuerdos con Beck. Lo tenía todo y ni siquiera era consciente. El último verano donde fui feliz. Cometí el error de dar por sentada esa felicidad y se me escurrió entre los dedos de la noche a la mañana. En cuestión de un parpadeo, lo perdí todo.

Después de aquello, solo hubo dolor. Dolor por la certeza de que mi hermano no iba a volver. Dolor por la incertidumbre de no saber qué había sido de ella. Dolor. Dolor. Dolor.

La ausencia de Val. La depresión de mamá. La desaparición de Beck. Nunca me he sentido tan abandonado como en aquel momento. Nunca he estado tan solo. Aprendí a convivir con esa soledad. No fue fácil, pero la hice mi compañera, ha sido la única que no me ha abandonado en estos años.

Ha pasado tiempo suficiente para tenerlo superado, pero volver a verla ha traído todo de vuelta. Me llegan imágenes inconexas de los momentos más duros que viví hace ocho años. Aquella llamada fatídica que cambió mi vida y la de mi madre para siempre. La visita al depósito

para identificar a mi hermano. El frío y el olor de aquella sala. Si cierro los ojos, lo siento y lo huelo como si aún estuviera allí. La noche que pasamos en el tanatorio porque mamá no quería dejar solo a su hijo… y yo no quería dejarla sola a ella. Y luego la vida sin Val. La casa vacía. Las tardes junto al teléfono esperando esa llamada de Beck que nunca llegó. Dejé de quedar con amigos por si llamaba justo cuando no estaba. Las mil veces al día que bajaba al buzón por si el cartero había traído algo para mí sin avisar. La matraca que le di a mi madre, en su peor momento, para conseguir que el verano siguiente volviéramos a la misma urbanización a buscarla. Lo difícil que fue sacar ese último curso con lo dispersa que tenía la cabeza. El disgusto de mi madre cuando pedí plaza en la Universidad de Valencia y me marché. Y la dejé sola. La incertidumbre de no saber qué había sido de ella. Las horas recorriendo los campus de ciencias o deambulando por la ciudad para ver si por casualidad la veía… Y al fin encontrarla cuatro años después, que me mirara a los ojos y ni se acercara a hablarme.

Y ahora toda esta historia que me han contado. Que no hay quien se lo crea. Que vio el accidente en la tele y creyó que era yo el que había muerto. ¿De verdad puede pasar algo así? ¿Voy a ser tan tonto como para creerme eso? ¿Voy a dejarme engañar otra vez? Que, por otra parte, tampoco tiene necesidad de mentirme, podría decirme con toda tranquilidad que conoció a otra persona, o que no me echó de menos… Lo que fuera.

¿Y si es cierto? ¿Y si de verdad ella lo pasó tan mal como yo?

En cualquier caso, hace demasiado tiempo, somos personas diferentes. Tampoco podemos retomar aquello donde lo dejamos, ni aunque se tratara del peor malentendido de la historia.

Estoy sudando como un cerdo y siento un pinchazo en el corazón. No sé si estoy llorando o si es que el sudor se me ha descontrolado demasiado. Me quito la sudadera y me la ato a la cintura sin dejar de correr. El sol va subiendo en el horizonte y yo corro con ganas, como si tuviera un lugar al que ir. Poco después, estoy ante las rocas que conozco bien, las que escondían la playa a la que fui tantas veces con ella. Lo lógico en mi situación sería dar media vuelta y volver a la casa, alejarme de todo lo que me recuerde a aquel verano, pero, como parece que el masoquismo es innato en mí, empiezo a trepar por ellas.

Cuando llego al otro lado, a nuestro rinconcito escondido del mundo, la veo. Da un respingo en cuanto se da cuenta de mi presencia y se pone de pie. Creo que intenta dar un rodeo absurdo para llegar hasta las rocas, pero es ridículo, esta cala es diminuta y yo soy todo lo que se interpone entre ella y su destino. Se detiene algo lejos de mí, pegada a la pared de piedra del fondo, como si me dejara sitio para pasar. Se frota los ojos. Parece que ha llorado, o está llorando, no sabría decir… Doy un paso hacia ella y se tapa la cara y gira un poco la cabeza.

—No me digas nada, por favor. Ya me voy. Todo para ti. —Le tiembla todo el cuerpo, incluso la voz.

—Q…

—No me digas nada —me corta—, por favor. Me voy, te lo prometo.

Comienza a andar hacia las rocas lo más alejada que puede de mí y la cojo del brazo. Le da

como un espasmo y se estremece. A mí se me congela la mano porque ella está helada y tiene toda la piel de gallina. Se queda inmóvil y siento como si se encogiera.

—¿Me tienes miedo? —pregunto.

—No puedo con más odio —solloza—. Dame unos días de tregua, hasta que lo asimile todo, por favor. No te pido que tengas buen rollo conmigo, solo que me ignores…

Aprieto el puño que tengo libre para no atraerla hacia mí y darle un abrazo, que es lo que me nacería hacer con cualquier amigo o amiga al que me encontrara llorando y congelado, pero ella no lo es. Suelto su brazo y le hago un gesto con la cabeza para señalar el lugar donde estaba sentada hace un minuto.

—Quédate un rato conmigo, vamos a hablar los dos solos, sin todo el público de ayer… Prometo intentar no ser desagradable.

Ella duda, pero al final asiente con la cabeza y me sigue, abrazada a sí misma. Me quito la sudadera de la cintura antes de sentarme en la arena y se la paso.

—Póntela, estás helada.

—¿Y tú?

—He venido corriendo, ya he entrado en calor. ¿Desde qué hora llevas aquí? Tienes que haber venido de noche…

Ella solo asiente con la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre? No sabes cómo puede estar la marea y cruzar así las rocas es una temeridad…

—No podía dormir. —Se encoge de hombros antes de ponerse mi sudadera y sentarse a mi lado, aunque algo más lejos de lo que sería normal entre dos amigos.

—Yo tampoco. —Suspiro y miro hacia el mar.

Recoge las piernas y las mete dentro de la prenda también.

—¿Mejor? —pregunto y ella asiente. Me echo hacia atrás y me apoyo sobre los codos—. No sé cómo normalizar esta situación tan rara que tenemos…

—Tenías razón ayer —llora—. Soy imbécil. He condicionado toda mi vida por algo que nunca pasó… ¡Si es que no se puede ser más tonta! No sabes lo que ha sido mi vida estos ocho años… Y todo por nada…

Alargo una mano y la dejo sobre su espalda. Bueno, sobre mi sudadera, no la estoy tocando a ella directamente. La muevo lo justito para intentar reconfortarla un poco, pero ella sigue llorando. Hago un esfuerzo por no decir nada, solo dejo ahí mi mano un buen rato, hasta que noto que se va tranquilizando.

—¿Era tu hermano? —pregunta sin mirarme cuando ya casi está calmada del todo.

—Sí —murmuro con la vista fija en el mar.

—Nunca se me ocurrió que le prestaras tu ropa, os llevabais tan mal…

—En realidad, siempre fue su ropa, fue él el que me la prestó a mí. Supongo que no nos llevábamos tan mal… Se avergonzaba de su hermano el pringado y quería ayudarme de alguna

manera. —Me paso una mano por la cara y me aparto la lágrima que se me escapa. Todavía duele recordarlo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que yo era de los pringados del instituto, y mi hermano siempre fue de los guais. Le preocupaba un poco eso, tener un hermano empollón y con amigos frikis… Vinimos aquel verano y quise probar algo nuevo, por eso lo de *Vic*. A mí siempre me habían llamado Víctor, pero le copié a él, supongo, que hacía años que todo el mundo lo llamaba *Val*.

—¿Cómo se llamaba?

—Valentín —me río—. Lo odiaba, no consentía que nadie lo llamara así.

—V M —susurra.

—¿Qué?

—«El joven respondía a las iniciales V. M. y era vecino del barrio madrileño de Vallecas», eso dijeron en las noticias, y eso ponía también en el periódico que conseguí… Nunca me dijiste cómo se llamaba, nunca me lo presentaste.

—Lo sé, me daba miedo que se pusiera en plan hermano mayor cabrón y me avergonzara delante de ti. Supongo que lo que me daba miedo era que te dieras cuenta de lo pringado que era yo en realidad… Cuando se enteró de que estaba saliendo con una chica, quiso echarme una mano, me prestó su moto, que no me la dejaba nunca, y sus botas y sus vaqueros. Yo no tenía nada ni parecido. Yo en Madrid tenía tres amigos frikis con los que jugaba a rol. Punto. Supongo que quería que pensaras que era un tío interesante con un montón de amigos y muchas historias que contar. Historias reales, no de juegos de rol…

—Me hubiera dado igual —murmura—. Me enamoré de ti en chanclas, no necesitabas las botas. Ni siquiera la moto…

—Tenía diecisiete años y me sentía un pringado. Yo pensaba que sí.

—Tampoco me escribiste tú —solloza.

—El papel con tu dirección y tu teléfono iba en ese pantalón en el momento del accidente. No le di más importancia, estaba convencido de que me llamarías o me escribirías. A los dos meses empecé a pensar que había pasado algo, pero ya era tarde.

—Joder —susurra.

—El primer año —se me quiebra un poco la voz— fue horrible. Al dolor de lo de mi hermano y de ver a mi madre cómo se había quedado, súmale la incertidumbre de no saber qué había pasado contigo. Me negaba a creer que habías pasado de mí, así que me autoconvencí de que habías perdido mis datos y nuestra única oportunidad de volver a vernos era el verano siguiente en el mismo sitio. No tienes ni idea de lo difícil que fue sacar el curso en esas circunstancias, pero repetir no era una opción si queríamos seguir con nuestro plan de estudiar juntos el curso siguiente. Por lo que lo hice, lo saqué. Fue chunguísimo también convencer a mi madre para venir el verano siguiente, pero me puse tan pesado que lo conseguí. Y no estabas. Tu chalet estaba cerrado. Te esperé y te busqué todo el verano. Nada.

—No me sentía capaz de volver, todo me traía demasiados recuerdos… —solloza y yo asiento.

—Pensé que igual ese año habíais pillado un apartamento, así que vagabundeé por la zona de los edificios altos durante varios días. Y así conocí a Mauro y a los otros dos… Ya había terminado el curso y pedido plaza para la universidad, aquí en Valencia, y me la habían concedido, así que me vino bien tener nuevos amigos. Cuando acabó el verano, me fui a vivir a un piso de estudiantes y seguí buscándote, no entendía nada. La teoría de que habías perdido mis datos perdió fuerza ese verano cuando no apareciste, así que empecé a pensar que a lo mejor te había pasado algo. Me resistía a creer que me habías ignorado deliberadamente. Me paseé por el campus de ciencias más que alguno de sus estudiantes, con la esperanza de encontrarte, o de encontrar alguna pista de algo. Necesitaba entender qué había pasado. Salí todos los fines de semana a las zonas de universitarios y nunca hubo suerte… Hasta aquella noche en la discoteca, casi cuatro años después. Ahí asumí que habías seguido con tu vida y habías pasado de mí… No hace falta que digas nada, ya me lo ha explicado tu novio. Es gilipollas, pero te quiere mucho.

—Ori no es gilipollas… Y tampoco es mi novio…

—Bueno —me encojo de hombros—, lo que sea.

Ella vuelve a llorar y yo le pongo una mano en el hombro.

—Te quería tanto —murmuro—, que tuve que hacer algo con esos sentimientos para no volverme loco. Los tuve que transformar en odio después de verte en la discoteca. Llevo cuatro años odiándote con todas mis fuerzas, no puedo olvidar así —chasqueo los dedos— todo lo que he pasado. Hace mucho que no soy aquel crío de diecisiete años, tuve que madurar a golpes.

Ella mete la cabeza dentro de la sudadera y la pierdo de vista por completo, pero la oigo llorar y veo la prenda agitarse con cada sollozo. Mierda, no sé qué hacer. Por un lado, quiero abrazarla y hacer que se sienta mejor. Quiero racionalizar esto, quiero creer todo lo que me han contado. Pero, por otro, lo he pasado tan mal que me gustaría largarme de aquí y no volver a verla nunca más.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

demasiado raro



El olor a Vic me envuelve. Meter la cabeza dentro de su sudadera ha sido una de las peores ideas del mundo, porque el olor es el mismo y me trae demasiados recuerdos. Recuerdos de todo lo que perdí y no va volver, pero no por lo que yo creía. Está vivo y está aquí a mi lado, pero no está, no es él.

Saco la cabeza y cojo todo el aire que puedo, pero no es suficiente. Me falta, necesito más, pero no hay bastante aire a mi alrededor y me mareo.

—Mierda, Rebeca, ¿qué te pasa? —Me mira asustado—. Creo que estás hiperventilando. No soy enfermero, no sé qué hacer. Vuelve a meter la cara dentro de la sudadera, que habrá menos oxígeno…

Yo niego fuerte con la cabeza, porque creo que oler su suéter es justo lo que me ha provocado esto.

—Vale, pues quítatela, que estás muy colorada, a ver si te va a dar un soponcio… —No espera a que lo haga, me la quita él en un par de movimientos y la lanza sobre la arena—. ¿Mejor?

No puedo ni responder, y tengo la impresión de que lo miro con cara de loca, pero lo cierto es que me encuentro muy mareada y sigo necesitando más aire.

—Joder, me estás acojonando, vamos al agua.

De nuevo no espera a que yo reaccione, se pone de pie y tira de mí, pero no puedo ni moverme. Se agacha y me levanta como si nada. Carga conmigo y en apenas cuatro zancadas estamos en la orilla.

—¡Mierda, qué fría! —protesta—, espero que el *shock* sirva para algo, porque es demasiado temprano para bañarse por gusto. Coge aire, que vamos.

Apenas me da tiempo a reaccionar antes de sentir que el agua helada me envuelve. Me aferro a él más fuerte, por instinto, y al momento vuelvo a tener la cabeza fuera del agua. Estoy agarrada a sus hombros y él me sostiene a la máxima distancia que le permiten los brazos, como si yo le diera asco o algo.

—¿Mejor? —pregunta en un murmullo.

—Sí. No sé.

—Serán nervios, supongo. Si estoy nervioso yo, que solo me he encontrado con la chica que me rompió el corazón, no me quiero ni imaginar cómo estás tú, que estás con un fantasma… Perdona, mi mecanismo de defensa en situaciones incómodas es el humor sin gracia, como has podido comprobar.

Yo sonrío un instante, pero de un modo muy comedido.

—Si quieres —sigue—, podemos evitarnos en la medida de lo posible, y vernos lo justito, al menos hasta que nos acostumbremos a esto. Si es que conseguimos acostumbrarnos del todo… Es demasiado raro, ¿no? Tenemos buenos amigos en común, será inevitable que coincidamos, pero tenemos que aprender a llevarnos bien, por ellos. Siento si ayer fui un poco gilipollas, pero no me tengas miedo, Rebeca, en serio, voy a intentar llevarlo mejor.

Asiento con la cabeza y me separo de él. No sé cómo gestionar esto, pero creo que poner distancia física es el primer paso para no volverme loca.

—Me voy fuera —murmuro con la voz un poco estrangulada antes de empezar a caminar hacia la orilla. Él solo asiente y me sigue. No pensaba meterme en el agua y no llevo bañador, solo una camiseta de tirantes y un pantalón corto que ahora están empapados y resultan desagradables. Bueno, así combinan con mi estado de ánimo.

Vic decide volverse conmigo, dice que está preocupado por si me vuelve a dar un chungo yendo yo sola. Hacemos el camino de vuelta prácticamente en silencio, y ni siquiera es un silencio cómodo. Respiro con alivio cuando por fin vemos la casa, y más todavía cuando compruebo que ya están todos despiertos. Ori está en el patio pintando un mural en una de las paredes. Voy directa hacia él y me abraza en cuanto me ve la cara.

—¿Qué pasa, Rebe? —susurra en mi oído—. ¿De dónde vienes y por qué ibas con él? ¿Te ha dicho algo?

Niego con la cabeza y lo abrazo más fuerte.

—¿Qué haces? —pregunto para cambiar de tema.

—Dejar más bonito este cuchitril —sonríe—. ¿Me ayudas?

Asiento y cojo la brocha que me indica.

—¿Te cuento un secreto para que te distraigas? —pregunta en un susurro.

—Claro.

—¿Sabes quién es Miguel? ¿El amigo de Mauro que sale corriendo como un perrito faldero detrás de Vic cada vez que le da uno de sus sirocos?

—No sabía el nombre —confieso, aunque me los presentaron, pero creo que se entiende que mi cabeza no estuviera muy centrada—. Y del otro tampoco.

—Bueno, pues el otro, el rubito, se llama Darío, pero yo te hablo de Miguel. ¿Lo visualizas?

—Sí, ¿qué pasa con él?

Ori mira a ambos lados para comprobar que no tenemos a nadie cerca. Luego sube el volumen[1] del radiocasete que está ambientando la sesión de pintura, se acerca mucho a mí y me

susurra al oído:

—Me lo quiero follar.

Suelto una carcajada involuntaria e inevitable que me calienta el pecho. Desde luego que si alguien tiene el poder de hacer que me olvide de todo con una frase es Ori. Y lo quiero con locura por eso. Me río y le hablo al oído, porque con lo alta que ha puesto la música no me va a oír de otro modo.

—¿Sabes si a él… «le interesa»?

—Luego te fijas en cómo me mira, a ver qué te parece a ti, pero, en cualquier caso, ¿no me ves capaz de cambiar a cualquier tío de acera? —Se señala con las dos manos y a mí me da la risa, aunque lo cierto es que es un chico guapísimo y tiene un aire andrógino que resulta tremendamente atractivo para casi todo el que lo conoce.

—Bueno, tómatelo con calma —le sugiero—, que vamos a estar aquí unas semanas y se puede crear una situación muy incómoda si te lías con él y él se cuelga de ti… ¿Por dónde empiezo? —Me giro a mirar el mural y Ori se abraza a mi espalda. Comienza a movernos al ritmo de la música[2] a la vez que maneja mi mano, la que sostiene la brocha, por la pared para indicarme lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

currando al sol



Cumplo con lo que me ha pedido Mauro y estoy echando una mano a Miguel a colocar una barandilla en el balcón del piso de arriba, lo que me deja una visión privilegiada del patio de abajo, donde Rebeca y su amigo el chihuahua se lo están pasando bomba. Pintar no están pintando demasiado, pero reírse, bailar, hablarse al oído y meterse mano todo lo que quieras. Que no es que me importe, que hagan lo que les dé la gana, pero me parece injusto estar aquí currando al sol como un cabrón y ver que ellos llevan ese ritmo caribeño.

No tarda mucho en desaparecer ella dentro de la casa y volver a salir en bikini. Él empieza a ponerle crema y ahí ya no se cortan nada con el sobeteo. Hasta este momento, jamás he visto que alguien necesite meter una mano por debajo del bañador para poner crema, pero ese tío se está pegando un festín de tetas y culo que no veas. Ella solo se ríe y le dice cosas que la música[1] no me deja oír. Le da alguna palmada de broma, pero poco más. Me he quedado atrapado con lo que estaba viendo, pero Miguel también, así que estamos los dos como gilipollas con la pieza que tenemos que colocar en la mano y mirando a los dos que están haciendo el imbécil abajo. Pese a que llevo la gorra, el sol me achicharra la piel y estoy sudando. Yo no me he puesto crema, igual debería. No puedo apartar la vista de ellos y creo que Miguel tampoco.

—¿Crees que es hetero? —me pregunta mi amigo.

Su duda me hace pensar en algo que no se me había ocurrido: que sea su amigo gay. Y eso, por un motivo que se me escapa, me produce cierto alivio. Supongo que es por algún absurdo sentido de posesión que se establece de manera inconsciente con alguien con quien en un momento de tu vida tuviste algo, pero que ahora mismo no me importa. Ella puede liarse con quien quiera, a mí no me puede dar más igual. Descarto la idea cuando recuerdo que era él con el que estaba liándose en el aparcamiento de la discoteca aquella noche. Y un momento antes estaba dentro pegándose el lote con otro. Desde luego, esa no era mi Beck, y esta tampoco lo es. Menos mal que hace tanto que lo tengo superado. Aunque volver a verla engaña a mis sentidos. Trae demasiados recuerdos de vuelta. Toda ella me resulta demasiado familiar.

—¿El caniche? —le pregunto—. Ni idea… Igual le va todo. Porque, si no le molan las tías, lo está disimulando de puta madre con la sobada que le está metiendo a ella… No me digas que

te mola, por favor, pensaba que tenías más criterio. Es un gilipollas.

—No es un gilipollas —se ríe Miguel entre dientes—. Y, por cómo me mira, te juro que pensaba que le podía molar. Me ha soltado algunas indirectas que… Bueno, yo quiero pensar que lo eran…

El imbécil levanta la cabeza un momento, repara en nosotros y sonríe. Rebeca tiene los ojos cerrados y no se ha dado ni cuenta.

—¡Eh, ¿os gusta el espectáculo?! —Desliza las manos por el vientre de ella con un movimiento que casi consigue ponerme cachondo. Casi—. ¡Que si queréis cambiamos!

Ella abre los ojos y le da una palmada, pero al momento su mirada se engancha con la mía y nos quedamos enredados en el aire que nos separa, con algo que no sé definir suspendido entre nosotros, mientras la rata despeinada le sigue metiendo mano.

—¿Crees que lo dice en serio? —me susurra Miguel—. ¿Bajamos?

Yo rompo el contacto visual con ella y suelto una carcajada ante la pregunta de mi amigo.

—Ni de coña —le contesto.

Él chasquea la lengua y yo me vuelvo a reír.

—¡¿No? ¿Seguro? Os hacía más valientes! —grita el caniche desde abajo y Miguel me pone ojitos de animalillo abandonado.

—¡No hace falta, con la crema vamos bien! —le grito de vuelta—. ¡Pásamela!

Él sonríe y me lanza el bote. Lo cojo al vuelo y me coloco a la espalda de mi amigo.

—¿Qué haces, tío? ¿Me vas a poner crema? —Miguel se ríe.

—Sí, quiero ver de qué va ese payaso… No tengo muy claro a qué está jugando. —Me coloco detrás de él y abro el bote.

Me pongo crema en la mano y comienzo a deslizarla por la espalda de mi amigo. Nunca le he hecho esto a un tío, la verdad. Y a tías solo alguna vez con intención de ligar. Me interesaba bastante más ponerlas cachondas que repartir el pringue de manera uniforme, si soy sincero. El capullo de abajo me presta toda su atención y yo le aguanto la mirada. No la miro a ella, esto es algo entre él y yo. Me dedica una sonrisa enigmática que no sé interpretar y se la devuelvo, porque sí, porque soy madrileño y a chulo no me va a ganar.

—Joder, tío, que al final vas a hacer que me empalme —gime Miguel y yo me río.

—Eso le daría más credibilidad al momento —le susurro.

Mi amigo suelta una carcajada y me contagia.

—¡Si os cansáis del numerito, ya sabéis dónde estamos!

Se dan la vuelta y vuelven al mural que están pintando. Yo me esfuerzo por no mirarla a ella, pero con ese bikini y de espaldas a mí, sabiendo que no me va a pillar mirando, me resulta casi imposible.

—Creo que vamos a tener que darnos una ducha fría los dos —se ríe Miguel—. Al menos si queremos estar centrados y que la barandilla cumpla unos mínimos de seguridad.

Salgo de mi atrape mental y lo miro.

—Juntos ni lo sueñes, que no eres mi tipo. —Le doy un puñetazo en el hombro y los dos nos reímos.

Mi vista se desvía de nuevo a ella. Los pensamientos se arremolinan en mi cabeza tan numerosos como variados. No sé cómo me siento al respecto de nada. No sé nada de nada.

Creo que llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Bueno, no lo creo, estoy seguro.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

baja



Me encuentro en una situación de lo más extraña. Ya he asimilado que Vic no murió, eso sigue siendo un poco raro, pero ya está asumido. Lo que me resulta más doloroso es pensar que condené toda mi vida, que hice girar todo mi mundo alrededor de un hecho catastrófico que nunca ocurrió. Y él dedicó todo ese tiempo a odiarme. Los dos tenemos que encontrar un lugar para el otro en nuestras vidas. Yo tengo que bajarlo del cielo y él debería sacarme del infierno. Por nuestros amigos, no solo porque vamos a estar aquí un par de semanas, sino porque puede que vayamos a coincidir más veces.

Pasan un par de días en una nueva rutina. Vic y yo nos dedicamos a ignorarnos todo lo posible. Por suerte, hay tanto trabajo que hacer que, si quieres, puedes no parar ni un momento. A mediodía, no me uno a comer con los demás, Ori o Aixa me traen algo porque entienden mis motivos y no insisten en que vaya con todos. Por las noches, finjo un dolor de cabeza o un cansancio extremo y me voy a la cama temprano después de picar cualquier cosa.

Llevo ya tres días así. Son las nueve de la noche y acabo de darme una ducha justo antes de meterme en la cama hasta el día siguiente. Salgo del baño enrollada en mi toalla, mi habitación está al otro lado del descansillo, pero justo en ese momento Vic termina de subir las escaleras y casi nos chocamos. En esta ocasión, sería muy raro ignorarnos. Sí, más raro de lo que ya es todo. Va muy sudado y lleva la camiseta en la mano. Está incluso más bueno de lo que ya estaba, aunque intento no mirarlo demasiado.

—¿Ya te vas a acostar? —me pregunta.

—Sí, estoy cansada —murmuro con intención de dar la conversación por terminada y seguir el camino hacia mi habitación.

Se planta delante de mi puerta y me corta el paso.

—Baja a cenar con todos, Rebeca. Vamos a normalizar esto, por favor. Sé que me estás evitando, pero prometo sentarme lejos de ti. Cena con tus amigos, no te apartes de todos por mi

culpa.

—Voy a vestirme. —Hago un gesto con la mano con la que no sostengo la toalla para que me deje pasar, pero no se mueve.

—¿Pero vas a bajar a cenar?

—No lo sé —suspiro.

—Necesito un *sí* —me pide y se deja caer contra el marco de la puerta—. Venga, no me hagas insistir, que yo también estoy muy cansado…

—Pues no insistas. —Me encojo de hombros y llevo por instinto la mano al colgante que me quité el día que llegamos. Como no lo encuentro, la vuelvo a bajar.

—Por favor, que cuando no bajas está todo el mundo raro, y hoy es un día chungo para mí, necesito un poco de buen rollo.

—¿Por q…? —me interrumpo a mí misma cuando lo pillo—. Vale, es cinco de septiembre, hoy hace ocho años de lo de tu hermano…

—Sí —asiente—. ¿Cómo lo sabes?

—¿En serio? —Levanto las cejas con sorpresa real.

—Claro, joder. —Se da una palmada en la frente—. Míralo por el lado bueno, tú este año ya no tienes un aniversario de mierda que rememorar…

Me muerdo la lengua para no echarme a llorar y decirle que mi Vic sigue muerto, porque él no lo es. Así que me contengo y solo asiento. Miro al suelo para evitar mirarlo a él, ya que parece que no tiene intención de dejarme entrar en mi habitación y que nos vamos a tirar un rato aquí en la puerta.

Se aparta por fin y me deja el paso libre.

—Voy a ducharme. Espero verte abajo —murmura y yo me meto directa en mi habitación.

Me armo de valor y decido bajar a cenar con todos. Si Vic me lo ha pedido expresamente será que es importante para él. Supongo que, en cierto modo, tiene razón y es conveniente normalizar esto por el bien de la convivencia. Será una noche incómoda, aunque imagino que, poco a poco, se irá volviendo más confortable. Mi principal reticencia a bajar a cenar con todos era la incomodidad de él, así que si quiere que venga, sin problema.

Hacía días que no me fijaba en el salón, ya han instalado la tele y el equipo de música. Hay toda una torre de cedés al lado y suena una música[1] que estoy casi segura de que ha elegido Ori. El cual, por cierto, está en un extremo de la sala tonteando con Miguel, que lo mira con una carita que me da mucha pena. He visto ese gesto muchas veces en amantes de Ori que esperaban algo más de lo que él está dispuesto a dar. Al otro lado de la barra americana, Tati y Mauro se besan en la cocina. De Aixa y Darío no hay ni rastro. De puta madre, a ver qué hago yo ahora. De entrada, me siento tentada a dar media vuelta y volver a mi habitación.

—Si estás pensando en huir, ni lo sueñes —susurra Vic a mi espalda. Me llega el calor de su cuerpo tan cerca de mí y su olor a recién duchado—. Estamos juntos en esto. Cuando mis amigos se pongan a intentar ligar con los tuyos, la vergüenza ajena va a ser mucho mayor que la incomodidad de estar sentada a la misma mesa que yo, te lo aseguro.

Dejo escapar una risita y él me pasa las manos por los brazos en un gesto reconfortante.

—Gracias por bajar, Rebeca —susurra antes de darme un beso en la mejilla—, era importante para mí.

Da un paso atrás y me quedo con una sensación de lo más extraña tras el beso y la caricia. Quiero salir corriendo de aquí, pero a la vez quiero quedarme y que lo repita todo el rato.

—¡Bueno! —Vic levanta la voz y da una palmada en el aire—. A ver, pandilla de babosos… ¿Dónde están los dos que faltan y qué hay que hacer por aquí? He traído refuerzos.

—¡Oh, Becky, qué bien que hayas bajado a cenar con todos! —se emociona Tati.

—¡Rebe! —Ori deja a Miguel donde estaban ambos y viene directo a mí—. Qué bien que hayas bajado… ¡Baila conmigo!

Me arrastra al espacio que hay delante del equipo de música y se abraza a mí para bailar la canción[2] que suena, aunque lo conozco bien y esto tiene más pinta de que quiere contarme algo.

—¿Y los otros dos? —insiste Vic—. ¿Ya están ahí dándole por fin?

—¡No! —se ríe Mauro—. Bueno, no sé, los hemos mandado al videoclub del pueblo. Lo mismo se han metido en la sala X y los hemos perdido para siempre.

—Sería por una buena causa, entonces —se ríe Vic entre dientes.

—¿Cómo es que te has animado a bajar? —me pregunta Ori en un susurro mientras fingimos que bailamos.

—Me lo ha pedido él —contesto en el mismo tono—. Ha insistido mucho… ¿Qué tal tú con Miguel?

—Pues creo que está loquito por mis huesitos. —Los dos nos reímos—. Me da miedo que se esté colgando de mí antes de empezar… Ya sabes, por mi irresistible magnetismo natural…

Suelto una carcajada y entierro la cabeza en su cuello para amortiguarla.

—Es interesante la miradita que me acaban de lanzar los dos cuando te has arrimado tanto —murmura en mi oído a un volumen tan bajo que me cuesta oírlo—. Voy a meterte mano un poco a ver hasta dónde aguantan. —Tal como lo dice empieza a tocarme el culo y enseguida esconde la cabeza en mi cuello—. Vic finge que no nos mira, pero creo que ahora mismo quiere arrancarme la cabeza, y Miguel parece a punto de echarse a llorar, pobre…

Me río, pero en el fondo me da pena, porque sé lo que les pasa a los y las que se cuelgan por Ori, eso nunca acaba bien. Tati se acerca a nosotros y nos da una copa de vino a cada uno. Justo en ese momento, se abre la puerta de la calle con los dos que faltaban. Aixa viene directa a mí y me arrastra a la otra punta de la sala.

—Becky, qué guay que hayas bajado esta noche. —Me da un abrazo—. Siéntate a mi lado, porfis, que no sé qué hacer ya con este chico, me gusta un poco, pero casi no se atreve a hablar

conmigo y me desespera. Y sus amigos no paran de mandarnos a hacer cosas juntos, yo creo que quieren que nos liemos o algo, pero es tan parado que más que un empujón necesita un despeñamiento… —Las dos nos reímos—. Pues eso, que te sientes conmigo, así hablamos de nuestras cosas y no estoy pendiente de él, que me voy a volver loca. Y ¿cómo llevas lo tuyo? Imagino que también estarás deseando distraerte y no estar pendiente de él, ¿no? Aunque tiene que ser inevitable… Es que aún no me hago a la idea, es muy fuerte lo tuyo.

—Sí —suspiro y miro de reojo a Vic, que se está riendo con su amigo, el que acaba de llegar con Aixa—, es muy fuerte lo mío.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

like a virgin



Acabamos de cenar y entre todos recogemos en un momento lo de la cena. He cumplido mi palabra y me he mantenido alejado de ella, para que no se sintiera incómoda. Por mi parte, he intentado no mirarla, pero había momentos en los que me traicionaba a mí mismo y mis ojos la buscaban. Todavía no me acostumbro a tenerla tan cerca todo el tiempo. No me acostumbro a que haya vuelto a mi vida después de tantos años y en unas circunstancias tan surrealistas. Quiero resetear mi cabeza y no guardarle un rencor que en el fondo sé que no merece, pero no me resulta nada fácil. Algo dentro de mí la sigue viendo como la chica de la que me enamoré hasta la locura y que me destrozó. Y no quiero volver a ser ese crío. El crío del hermano muerto y la novia desaparecida. No, definitivamente no quiero volver a ser él.

Nos acomodamos todos en torno a la tele para la primera sesión de cine en la casa nueva de estos dos. Me hace gracia la pomposidad que le dan a cada pequeño acontecimiento que se da aquí por primera vez.

Los anfitriones se sientan en el sofá, ellos solos. No es demasiado grande y nadie quiere compartir asiento con la pareja de babosos que son. Todos los demás se sientan sobre cojines en el suelo. Rebeca y Aixa juntas, llevan toda la cena hablándose al oído. Cosas de chicas, supongo. Rebeca tiene las piernas extendidas sobre el regazo de su perrito faldero, que le está sobando los pies, y Miguel se ha sentado al lado de él, haciendo de perrito faldero del perrito faldero. El colmo, vaya. Darío se sienta al lado de Aixa, de verdad que no entiendo cómo están en un plan tan rastrero los dos, en serio que dan un poco de vergüencita ajena.

Cojo mi copa de vino y me siento en la butaca que queda libre. No pienso sentarme en el suelo, y menos si hay un asiento decente vacío.

—Bueno, ¿qué peli habéis traído? —pregunto para que la pongan cuanto antes y así apaguen las luces y no tenga que ver a mis amigos arrastrándose hasta la humillación.

—Nada romántico, nada de drama, hemos seguido las órdenes —asegura Darío.

Mauro la coge de donde la han dejado y se acerca al vídeo.

—«Reservoir dogs» —lee de modo literal y me da la risa.

—*Reservoir dogs* —le corrijo la pronunciación entre risas.

—Ya está el repelente —se queja y pone los ojos en blanco.

—¿De qué va? —ignoro su protesta y me río.

—Ni idea, primera peli del director de Pulp Fiction. Esta no se hizo tan famosa, pero por lo visto está muy bien, eso nos ha dicho el del videoclub —aclara Aixa.

—Mola —asiento.

—Guay, sangre, a ver qué tal —se emociona Mauro, y pone la cinta, apaga las luces y vuelve al sofá con su chica.

Tengo a Rebeca en diagonal y puedo verla perfectamente si giro la cara un poco hacia atrás. No me la tapa nadie, pero la posición es poco disimulada así que mejor será evitarla todo lo posible. Aunque tengo que reconocer que está guapísima solo iluminada con la luz del televisor.

Empieza la película y la primera escena es una conversación entre un montón de tíos trajeados jugando a las cartas. Se mezclan varias conversaciones en realidad, de un modo bastante ingenioso. La principal trata sobre el significado de la canción *Like a virgin* de Madonna. Uno de los personajes dice que es una historia de volver a creer en el amor tras un desengaño, pero otro opina que trata de una chica que ha follado mucho y que de repente se tira a un tío con la polla tan grande que se siente como si fuera virgen otra vez. No puedo evitar reírme, me gusta este principio.

—¡Hostia, hostia, párala! —pide el caniche en su afán de llamar la atención una vez más. No llevamos ni tres minutos de película, pero no ha podido soportarlo. Mauro obedece y él sigue hablando—: Rebe y yo tuvimos una conversación sobre lo que significaba esta canción, ¿te acuerdas?

Ella asiente con la cabeza, se tapa la cara con las manos y se echa a reír.

—Qué puñetera casualidad —sigue él.

—¿Pero la misma conversación? —pregunta Tati.

—No, pero sobre la misma canción y su significado… ¿Lo puedo contar, Rebe?

—Eso no le interesa a nadie. —Se ha puesto muy roja y no para de reírse. Me mira de reojo un momento antes de volver a mirar a su amigo.

—Venga, cuéntalo, Ori —pide Mauro.

—Va, Rebe, si por ahí hemos pasado todos. Luego contamos todos nuestra primera vez para compensar —se ríe el chihuahua escandaloso.

—Vale. —Ella apura su copa de vino y luego esconde la cara coloradísima entre las manos y empieza a reírse.

—Bueno —sigue el protagonista número uno—, pues el rollo es que la primera vez que Rebe y yo follamos…

—Qué bruto —se ríe Tati.

Yo me atraganto con el vino que estoy bebiendo y todos se giran a mirarme.

—Perdón, se me ha ido por el otro lado —digo entre toses—, sigue, por favor. —Espero que parezca que el inicio de esa historia no me ha importado lo más mínimo.

—¿Seguro? —pregunta con una mueca mi peor pesadilla.

—Claro. —Me encojo de hombros como si fuera lo más obvio.

—Vale, pues sigo. El caso es que la primera vez que Rebe y yo… —me mira, no sé si es algún tipo de desafío, pero yo permanezco inmutable— «lo hicimos», era la primera vez para ella. Y al acabar se sintió… Bueno, regular…

—¿Tan malo eres, Ori? —se ríe Mauro.

—Ah, no, no —se ríe el aludido—, en eso ya te digo que se lo pasó muy bien… Confirma, Rebe, por favor, mi reputación está en juego…

—Ori, ¿esto es necesario? —Ella está coloradísima, pero se ríe. No puede estar más guapa, aunque la conversación no es mi preferida de la vida, la verdad.

—Muy necesario —asiente él.

—Vale, pues sí, Ori es muy bueno. Estuvo muy muy bien…, ¿contento?

—Gracias. —El tipo le sonríe antes de continuar—: El caso, que ella estaba un poco —me mira de reojo—… «bajonera», y yo le empecé a hacer la coña de que ya no era virgen para desdramatizar. Y entonces salimos al salón y puse la canción y le empecé a hacer un bailecito sexi en bolas.

—Si ni siquiera hacías bien el *playback*, te inventabas la letra… ¿El bailecito era sexi? —se ríe ella—. Ahora me entero…

—Oh, qué bruja, sabes que era muy sensual… De hecho, lo que me dijiste fue que igual estaba bailando sexi y la canción no lo era… Y ahí yo te dije que Madonna siempre es sexi… Entonces concluimos que no podíamos saber lo que dice la canción porque no tenemos ni puñetera idea de inglés… Y tú añadiste… —me mira un momento y añade más bajito—: que Vic sabría lo que dice la canción.

Se crea un silencio tenso durante un momento, pero Mauro lo rompe enseguida.

—Bien pensado, el friki de Vic seguro que lo sabe… —Se gira hacia mí—. ¿Lo sabes? Sácanos de dudas… ¿Amor bonito o pollón?

Todos nos reímos ante la pregunta.

—Nunca me he parado a escuchar la letra —confieso—, y tampoco sé si sabría interpretarla, pero os la puedo traducir y ya veis vosotros si pilláis la metáfora. ¿Tenéis la canción?

—Sí, creo que está en el recopilatorio de Madonna que tengo en cedé. —Tati se levanta y va a su torre de discos. Lo localiza rápido y lo pone en el equipo de música.

—¿Viene la letra en el libreto?

—No, lo siento, Vic, de oído —sonríe.

—Vale. —No tengo problema con eso, era más por tener dónde mirar mientras estén todos mirándome a mí.

Comienza a sonar la canción y yo empiezo a traducir frase por frase.

—Caminé a través del desierto… De alguna manera lo crucé… No sabía lo perdido que estaba hasta que te encontré. —Todos me están mirando. Yo paseo la vista por sus caras y

cuando llego a ella me quedo atrapado y ya no miro nada más—. Estaba vencida, incompleta... Me sentía engañada, triste y deprimida… Pero tú me hiciste sentir, sí, tú me hiciste sentir, radiante y nueva… Como una virgen, tocada por primera, o primerísima —puntualizo—, vez. Como una virgen, cuando tu corazón late junto al mío. Voy a darte todo mi amor… Mi miedo se está desvaneciendo rápido, lo había estado guardando todo para ti, porque solo el amor puede durar. —Ella me está aguantando la mirada y casi ni pestañea—. Eres tan bueno… y eres mío… Me haces fuerte, me haces valiente… Tu amor me descongeló… Sí, tu amor derrite… lo que estaba asustado y frío. —Carraspeo y corto el contacto visual antes de acabar haciendo una tontería—. Y, más o menos, eso es lo que dice, creo que ya se repite.

Todos se enfrascan entonces en una discusión sobre de qué trata en realidad la canción. Mientras todavía está sonando, el rey de la fiesta nos obsequia con el que fue el bailecito sexi que le hizo a ella en su momento. Por suerte para todos (menos para Miguel, supongo), no se despelota.

—Venga, ahora por solidaridad con Rebe —interrumpe su baile para dar un discurso—, deberíamos contar todos nuestra primera vez. Empiezo yo. Lo mío fue lamentable, me corrí nada más meterla, pero ni medio movimiento —se parte—, la siguiente vez me tuve que poner tres condones para ver si así aguantaba un poco más. —Se coge la tripa de la risa—. Eso la primera vez con una tía, la primera vez con un tío… Buah, eso no lo cuento, que fue doloroso y escatológico.

—Argh, joder, cerdo, calla. —Se ríen todos.

—Venga, yo con mi novia del instituto, nos pillaron sus padres y casi me cortan los huevos —se ríe Mauro.

—Yo con Jaime, Becky lo conoce. Él iba tan perdido como yo —sigue Tati medio riéndose.

—Yo con uno de la uni con el que salí unas semanas y que luego pasó de mí —se queja Aixa.

—Yo con un amigo de mi hermano mayor. —Miguel se pone rojísimo y todos aplauden.

—Yo con la novia que tuve desde el insti hasta la uni —confirma Darío lo que ya sabíamos.

Todos se giran hacia mí y me pillan dando un trago a mi copa de vino.

—Solo faltas tú —dice Mauro.

—Ya lo sabes. —Me encojo de hombros.

—Pero ellos no.

—En el baño de una discoteca —confirmo—, con una tía que no conocía de nada y a la que no volví a ver nunca más.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

lo que menos te duela



—Pero ¿te has liado con él o no? —le pregunto a Ori, que no para de lanzarle miraditas a Miguel mientras pintamos.

Ellos hoy están reconstruyendo un trozo del muro que bordea el patio, a nuestra misma altura. A Aixa y a Darío los han mandado a comprar unos materiales que hacían falta. La verdad es que sí que parece que estén intentando liarlos. Por suerte, no se les ha ocurrido mandarnos a Vic y a mí, que podría ser una de esas ideas brillantes de Tati perfectamente. Y me vienen a la cabeza ahora mismo pocas cosas más incómodas que estar con él en un coche, la verdad. Los dos únicos coches con los que contamos son el de Darío y el de Vic, ninguno de los demás tenemos, y con esos nos apañamos. Pero por eso no me parece descabellado que a alguien se le ocurriera la gracia de mandarme a mí a algún sitio con él.

—No, todavía no —suspira Ori—. Me gusta, pero es que lo veo muy colgado ya antes de empezar, me da pereza el drama de después…

—Venga, no seas cabrón.

—Ay, pero me pone tanto… Estoy por buscarme una excusa para que me ayude en lo que sea… ¿Te hago mucha putada si me invento algo para que venga a echarme una mano y tú te quedas un rato con…?

—Vic no quiere pasar tiempo conmigo, y a mí tampoco me vuelve loca la idea, la verdad…

—Está bien —suspira de modo dramático.

—Eres un chantajista emocional, lo sabes, ¿no?

—Pero me amas, me amas, me amas —canturrea y me llena la cara de besos.

Me río como respuesta y suspiro porque ambos sabemos que voy a hacerlo.

—Gracias, gracias, gracias… ¡Vic! ¿Me prestas un ratito a Miguel para que me eche una mano?

Vic resopla y Miguel sonríe y deja enseguida lo que está haciendo para acudir a la llamada de Ori.

—Os dejo solos —murmuro y me encamino hacia donde se encuentra él.

Está de espaldas a mí, arrodillado en el suelo, en bañador, poniendo un pringue en el muro,

parece escayola.

—¿Necesitas ayuda o me voy a echarles una mano a Mauro y Tati? —se lo pongo fácil para rechazarme de forma educada.

—Lo que quieras —responde sin siquiera girarse a mirarme.

—Vale, entiendo. —Suspiro—. No te molesto.

Me giro para volver a la casa, pero me coge del brazo y me retiene antes de que lo haga.

—Eh, Rebeca. —Me giro a mirarlo—. No me molestas.

Le pongo mi cara de «¿en serio?» y él intenta disimular una sonrisa.

—Te estaba dando la opción de una huida elegante, pero, si quieres echarme una mano, me parece bien. Me apetece y me vendrá bien la ayuda.

—Bueno, pues ¿qué hago? —Miro todo el despliegue que tiene montado—. De esto no sé mucho.

—Coge esa herramienta y alisa ese trozo de ahí. —La coge él primero y me muestra cómo se hace—. ¿Lo tienes? —Asiento, me arrodillo a su lado y me pongo a ello. Él vuelve a lo que estaba haciendo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —No sé de dónde saco el valor, pero lo digo.

—Dime.

—Lo que contaste anoche…

—¿Qué conté anoche? —Detiene lo que está haciendo y se gira a mirarme.

—Lo del baño de la discoteca…

—Ya…, ¿qué pasa con eso?

—¿Fue la noche que… que me viste?

—¿Qué quieres oír, Rebeca? —Suspira—. Eso fue hace tanto… ¿Crees que esperé hasta los veintiuno para hacerlo? ¿Crees que estaba tan enloquecido por no saber qué había sido de ti como para no acercarme a nadie más en cuatro años? ¿Crees que te guardé fidelidad todo ese tiempo y aquella noche pillé a la primera que se me acercó y lo hice por despecho? ¿Es eso lo que quieres creer? ¿Es esa la historia que te gusta?

—Créeme, no hay nada de toda esta historia que me guste. —Resoplo y comienzo a levantarme, pero me vuelve a retener y me hace agacharme de nuevo.

—Perdona, tienes razón. No te vayas. Piensa lo que quieras sobre lo que conté… Lo que te haga sentir mejor, o lo que menos te duela.

—Todo me duele. Cada cosa que ha pasado en los últimos ocho años me duele…

—Ya lo sé. A mí también.

Volvemos al trabajo en un incómodo silencio que él no tarda en romper.

—Bueno, y tú… ¿con el chihuahua? ¿En serio? No sé ni cómo lo toleras en el día a día, como para metértelo en la cama.

—Ni siquiera has intentado conocerlo, Ori es mucho más de lo que se ve a simple vista, y ha sido con diferencia lo mejor de mi vida desde hace años…

—Vale, no digo nada, aunque a mí me parece un imbécil.

—No es un imbécil —aseguro.

—Bien, tú sabrás. Lo que no acabo de pillar —añade en tono despreocupado—, es el rollito que lleváis… Porque está todo el día metiéndote mano y a la vez tonteando con Miguel. No lo pillo. Pensaba que era rollo amiguito gay, pero después de lo que contó anoche, pues ya no me lo parece, claro. No sé si es tu novio, tu amigo con derecho a roce, si aquello fue algo puntual hace años o si todavía seguís liados… Me despista mucho vuestra relación, la verdad.

Detengo lo que estoy haciendo y me giro a mirarlo.

—¿Me estás pidiendo explicaciones?

—¿Qué? ¡No! —Se gira a mirarme también—. Solo digo que no lo entiendo, que no te reconozco, que esta no es mi Beck.

—Por supuesto que no soy tu Beck. —Bufo—. ¿Crees que tú a mí me pareces mi Vic?

Abre la boca para decir algo, pero la vuelve a cerrar al momento y resopla. Me mira serio un momento antes de volverla a abrir.

—¿Llevas el bikini debajo? ¿Tienes calor? ¿Nos damos un baño en el mar?

—¿Qué? —Me parece un cambio de tema demasiado brusco para como están las cosas entre nosotros.

—Que si te apetece que nos demos un baño, que estamos currando mucho y nos merecemos un descanso, y así de paso te limpias un poco el yeso de la piel, que como se seque será peor…

—No me he manchado —aseguro mientras me echo un vistazo para confirmarlo.

—Yo creo que sí. —Me coge por los brazos y me hace precipitarme dentro del pozal donde está la escayola líquida que estábamos utilizando. Caigo de lado y me pringo todo un muslo, la cadera y parte de la cintura.

—¡¿Estás tonto?! —gruño, intento levantarme y lo miro indignada, pero se me pasa al momento cuando veo en su sonrisa y en sus ojos la chispa de mi Vic. Esto es algo que hubiera hecho él perfectamente hace ocho años y, aunque somos un poco mayores ahora mismo para algo así, me reconforta de alguna manera la gamberrada.

—Perdona. —Me regala una sonrisa y se inclina para ayudarme, pero como sigue de rodillas no me cuesta demasiado desestabilizarlo y hacerle caer también.

—Serás... —Me mira desafiante y yo me levanto de un salto.

Me deshago de las chanclas y salgo corriendo hacia la playa. No me giro a mirar si me sigue, pero oigo sus zancadas a mi espalda mientras aún estamos por el patio. En cuanto llego a la arena, no tardo en dejar de oírlas. Está muy cerca, pero no me alcanza. Tengo las piernas largas, pero no soy un portento en velocidad, creo que si no me ha pillado es porque no quiere. Sin dejar de correr, me quito el vestido viejo que llevo, que es el que uso para pintar con Ori, y lo suelto en la arena antes de seguir mi camino hacia el agua.

En cuanto mis pies tocan la orilla, mi velocidad disminuye bastante. Soy incapaz de entrar en el agua de golpe. Comienzo a caminar al ritmo normal al que suelo entrar, pero no oigo sus

chapoteos tras de mí. Me giro por inercia y lo veo plantado en la orilla de brazos cruzados. Supongo que ha vuelto a su rollo de siempre. Me siento algo decepcionada, la verdad, pero continúo con mi intención de darme un baño. Sería ridículo salir ahora. Cuando llego a la zona difícil, donde el agua casi me alcanza la barriga y me hace ir de puntillas, escucho un ruidito a mi espalda. Antes de que pueda girarme, sus brazos me atrapan desde atrás y noto todo su cuerpo pegado al mío.

—Coge aire, Beck —susurra en mi oído.

Y lo hago, no solo porque me lo haya dicho, sino porque de repente me falta.

En un instante estoy bajo el agua y, al momento, fuera otra vez. No protesto, no me quejo, no digo nada, porque, por algún motivo que se me escapa, no me ha soltado. Sigue abrazado a mí y noto la respiración de su pecho en mi espalda y de su boca en mi nuca. Y quiero creer que no respira tan rápido solo por la carrera de hace un momento.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

no sé si tiene sentido



No la suelto y eso es raro. Pero no puedo, tan sencillo como eso. El mar, su pelo mojado, su risa… Todo me devuelve a los recuerdos que quiero y no quiero traer de vuelta. A ese último verano en el que fui feliz, cuando Val aún estaba conmigo y ella también.

Casi puedo oír todavía las carcajadas de mi hermano la mañana siguiente a que nos diera los condones. Me llamó *nenaza* y se estuvo riendo de mí una semana. Y sigo echando de menos que se ría de mí cada día. Era mi hermano mayor y ya tengo cinco años más de los que llegó a tener él. Es raro y creo que ya siempre lo será.

A ella aprendí a no echarla de menos, tuve que hacerlo. Y ahora la tengo aquí, entre mis brazos. Y no puedo volver a aferrarme a ella, pero tampoco puedo soltarla. No sé si eso tiene algún sentido, ni siquiera sé si yo lo tengo.

La voy a soltar, ahora mismo. Ella no dice nada, ni se mueve, pero tiene que estar pensando que soy un rarito. Diez segundos y la suelto. Ya deben de haber pasado. Bueno, dos más. Me obligo a aflojar los brazos y a separarme un poco de ella. Se gira a mirarme, pero no se aleja.

Y tengo pánico, porque acabo de abrir esa parte de mí a la que ya no me permito asomarme nunca y me da miedo decir o hacer algo de lo que me pueda arrepentir, que deje claro lo frágil que sigo siendo, que me lance de nuevo al fondo de ese pozo del que no estoy seguro de que pudiera volver a salir.

Nos miramos, pero ninguno de los dos habla; y, aun así, puede que con este silencio estemos diciendo más de lo que nos hemos dicho con palabras en estos días.

—¡Rebe! —grita su amigo desde la orilla—. ¡Nos vamos a dar un paseo! ¡Os dejamos toallas y agua fría!

Ella saca un brazo del agua y levanta el pulgar. Él comienza a caminar con Miguel por la orilla. Yo suelto un bufido involuntario.

—¿Qué? —Se gira ella a mirarme—. ¿También te parece mal que nos traiga agua?

—No la necesito, estoy rodeado de agua. —Separo los brazos del cuerpo para mostrarle toda la que puedo abarcar.

—Él nos ha traído agua para beber.

—Prefiero beber agua salada —aseguro.

—Nadie prefiere beber agua salada —se ríe—. Solo lo dices porque no soportas a Ori.

—No lo soporto, es cierto, pero no lo digo por eso. Lo digo con sinceridad, prefiero beber agua del mar, me trae buenos recuerdos… Creo que aquel verano me bebí medio Mediterráneo sobre tu piel.

Vale, a este tipo de cosas me refería con lo de decir algo de lo que me pudiera arrepentir. Supongo que ese comentario ha estado fuera de lugar, pero me ha salido tan de dentro que no he sido capaz de contenerlo.

A ella le cambia la cara y no sé interpretar su expresión.

—Perdona, creo que no debería haber dicho eso.

—Me voy fuera —murmura antes de empezar a nadar hacia la orilla.

La veo salir del agua y sentarse sobre una de las toallas que nos han dejado. Salgo yo también y me siento en la que está a su lado. No me mira, tiene la vista fija en el horizonte. Yo la observo un momento y luego la imito.

—Igual es más fácil si reseteamos —propongo mientras me giro hacia ella.

—¿A qué te refieres? —Aparta la vista del horizonte y me mira.

Volteo todo el cuerpo hacia ella y le tiendo la mano.

—Hola, me gustaría ser tu amigo. Me llamo Vic.

Ella esboza una sonrisa triste y estrecha mi mano.

—¿Como los bolis?

Yo suelto una carcajada espontánea que me sale de lo más hondo y tiro de ella hacia mí con la mano con la que todavía estrecho la suya. La rodeo con el otro brazo y apoyo mis labios en su pelo. Cierro los ojos y aspiro. Huele a mar, a sal, a arena, a verano, a pasado, a felicidad, a risas, a dolor, a ausencia… A mi Beck.

Los vuelvo a abrir y la miro desde arriba. Y no es que le quiera mirar las tetas, no era esa mi intención y no es el momento, pero algo asoma del lado izquierdo de su bikini y llama mi atención. ¿Es un lunar? No recuerdo que tuviera ninguno. No, no lo es, es tinta. ¿Lleva un tatuaje en una teta? Ahora mismo tengo una curiosidad insana por saber lo que es. ¿Tendrá algo que ver conmigo? ¿Con algún otro tío? Desvío la mirada para no parecer un cerdo, pero necesito encontrar la manera de pedirle que me lo enseñe o de averiguar lo que es. Seguro que el caniche lo sabe, pero a él no se lo voy a preguntar.

Miro al horizonte y me quedo un rato con ella apoyada sobre mí, aunque esto me reconforta y me aterra a partes iguales.

CAPÍTULO CINCUENTA

un polvo pendiente



Vamos todos vestidos de blanco porque Tati se ha empeñado en hacer una fiesta ibicenca. Yo llevo un vestido que me encanta, aunque el blanco nunca ha sido mi color, y que no me suelo poner porque, como casi todos los vestidos blancos que no llevan forro, transparenta más de lo que me gustaría. Ori se ha empeñado en que me lo pusiera y al principio me ha dado un poco de palo, pero después de tres mojitos ya no me parece nada importante.

Estoy bailando con Ori y él lo está dando todo. Se pone a cantar[1] tan alto que casi no se oye ni el equipo de música.

—*Sin miedo, las olas se acarician con el fuego… Si alzamos bien las yemas de los dedos… Podemos de puntillas tocar el universo, sí… Sin miedo, las manos se nos llenan de deseos… Que no son imposibles ni están lejos… Si somos como niños… Sin miedo a la locura, sin miedo a sonreír…*

Mueve el culo cuando baila, tiene mucho ritmo, aunque tampoco se esfuerza demasiado en aprender pasos o algo así, baila lo justito para ligar en las discotecas o para desahogarse, como ahora. Me abraza fuerte y bailamos un rato agarrados. No disminuimos el ritmo ni esperamos a una lenta. Bailamos raro, pero somos así. Vic me mira apoyado en la valla. Está con sus amigos, pero solo me mira a mí, o lo mismo no y me estoy flipando. Le brillan los ojos, puede que él también lleve varios mojitos. De entrada, tiene uno en la mano. Lleva una camisa blanca sin cuello abierta hasta casi la mitad del pecho y un pantalón blanco de hilo. Está todo lo sexi que se puede estar. Le sonrío porque me sale solo. Ori me está diciendo algo al oído y no me estoy enterando, porque con tres copas encima y Vic mirándome así, pues no sé nada, la verdad; no sé ni quién soy ni dónde estoy. Ori me muerde el cuello.

—¡Eh! —protesto.

—¡Que no me estás haciendo ni caso! —se queja con toda la razón del mundo, porque eso no puede ser más cierto.

—¡Claro que te estoy haciendo caso! —miento por amistad.

—A ver, ¿qué he dicho? —Se cruza de brazos y me mira.

—Ehm, mmm, que te quieres tirar a Miguel —improviso.

—No valen respuestas comodín, golfa —se ríe—. Y no era eso lo que te estaba diciendo, pero ahora ya no me acuerdo de lo que era porque me has recordado que me quiero tirar a Miguel… —gimotea.

Yo suelto una carcajada y él me abraza para seguir bailando. Se separa un momento para hacerme un poco de *playback*, de ese que hace tan mal vocalizado cuando la canción[2] es en inglés, y yo noto unas manos en mi cintura y un susurro en mi oído.

—Con lo que me costaba a mí que te animaras a bailar y ahora no paras… Voy a pensar que el problema era yo…

Me doy la vuelta para quedar de cara a Vic y me abrazo a su cuello. Me sorprendo de lo espontáneo de mi gesto, parece que los mojitos han decidido por mí.

—El problema era yo, que era muy tonta.

Él sonríe y niega con la cabeza. Afianza sus manos en mi cintura y su tacto me quema la piel a través de la fina tela de mi vestido. Seguimos meciéndonos un rato en silencio.

—Seguiste creciendo, ¿no? Ahora eres más alto que yo.

—Metro ochenta y uno —se ríe—. Tampoco mucho más.

—Bueno, tres centímetros más que yo, algo es algo…

Ori pasa revoloteando a nuestro alrededor, tiene los ojos cerrados y va cantando[3] como si estuviera poseído.

—*Y lo mejor que conocimos separó nuestros destinos que hoy se vuelven a reunir…. Uuuuuuuh*…

Los dos nos reímos bajito y creo que Ori no se da ni cuenta. Levanto la vista para mirar a Vic a la cara y me da la impresión de que tiene los ojos en mi pecho. ¿Me está mirando las tetas? Tiro de mi escote hacia arriba por si acaso y él desvía la mirada. Decido no darle más importancia y apoyo la cabeza en su hombro. Mi nariz roza su cuello según el movimiento que haga. No tengo claro en qué momento se ha colado mi mano bajo su camisa, pero noto su piel en las yemas de los dedos y lo escucho gemir. Mi mejilla roza contra la suya. Su mano sube a mi cuello y me acaricia la nuca. Levanto la cara hacia él. Mira mis labios. Abre la boca y su cara se acerca a la mía. Y Ori se planta en medio de nosotros antes de que pueda darme cuenta y nos separa.

—Oh, no, ni de coña va a pasar esto esta noche —asegura.

Vic resopla frustrado y temo que le vaya a hacer algo.

—Ori, déjanos en paz —protesto.

—No, no puedo consentir que hagáis esto estando borrachos como piojos. Mañana, sobrios, haced lo que os dé la gana. Pero esta noche, no, ni de coña.

Intento apartarlo, pero no se mueve.

—¿A ti qué más te da, Ori? Déjanos tranquilos.

—Rebe, vas muy ciega, y él está igual. No estáis ninguno de los dos para tomar decisiones, y lo que os estáis jugando es demasiado importante. No me quiero ni imaginar lo que pasaría

mañana si uno de los dos se arrepiente o simplemente no se acuerda. Ahora pensáis que sí, pero ninguno de los dos quiere que el polvazo que os debéis desde hace ocho años sea algo mediocre de borrachos del que tengáis lagunas al día siguiente.

—Me jode reconocerlo, la verdad, pero creo que tiene razón —suelta Vic.

Asiento y no digo nada, porque me acaba de dar mucho bajón, porque yo quería que pasara, pero hasta mi cerebro alcoholizado entiende que Ori está en lo cierto. Y solo hace unos veinte segundos que Vic no me toca y ya lo echo de menos.

—Pero ¿podemos seguir bailando? —les pregunto a los dos a la vez.

Vic sonríe, me abraza y empezamos a mecernos al ritmo de la canción[4]. Ori refunfuña.

—Estaré vigilando… Nada de besos, aguantad, que esto lo tenéis que hacer sobrios.

—Sí, papi —gruño—. Lárgate un rato.

—Vale, me alejo, pero estaré vigilando —amenaza de nuevo antes de marcharse.

—No le tengo miedo —asegura Vic—. Estoy seguro de que le puedo.

Casi antes de que acabe la frase nos ha dado la risa tonta a los dos. Entre el calor de sus manos y el alcohol que me arde por dentro, solo quiero arrancarme el vestido… O que me lo arranque él. Vale, solo pensar en eso empeora el tema del sofoco. Me acaricia la espalda, la zona que queda descubierta entre los tirantes y yo cierro los ojos y me dejo hacer. Se me escapan ruiditos involuntarios que se mezclan con los suyos.

—¿Iba a pasar? —Arrastro las palabras de lo ciega que voy.

—¿El qué, Beck? —pregunta en un susurro en mi oído. Su voz suena también algo pastosa y perezosa.

—Lo que ha dicho Ori, lo que no pasó hace ocho años…

—Ojalá —suspira y apoya su frente sobre la mía.

Ori se vuelve a materializar entre nosotros por arte de magia y nos vuelve a separar, pero no me da tiempo a protestar, porque Mauro nos interrumpe a todos.

—¿Jugamos a algo? ¿Al «yo nunca»?

—Estos dos no deberían beber más o la van a liar mucho —protesta Ori y a Vic y a mí nos da la risa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

yo nunca



Nos sentamos todos en círculo con nuestros vasos de mojito. Mauro aclara las reglas del juego, pero no haría falta, son de lo más básicas: al que le toca dice algo que nunca ha hecho y, de los demás, el que lo haya hecho bebe un trago de su copa. Fin.

El *hippie* cortabolas se ha llevado a Beck al otro lado del círculo y ya no puedo tocarla, solo mirarla desde aquí como un enfermo, porque no puedo dejar de hacerlo. Me reconforta que ella esté igual, aunque sea por el alcohol, porque de normal apenas se atreve a mirarme.

—¡Venga, empiezo yo! —De verdad que el afán de protagonismo de este chaval es enfermizo—. Yo nunca… me he enamorado.

Se oyen comentarios de «cabrón», «ya te vale» y cosas así y él se ríe. Bebemos todos menos él. Beck me mira mientras lo hace, y yo a ella. Y recuerdo aquel sentimiento con total claridad. Y no sé si lo que siento ahora es el inicio de algo nuevo o es un rescoldo de aquello que se ha reavivado, pero lo siento arder muy fuerte. Puede que solo sea cosa del alcohol, lo mejor será esperar a mañana a ver cómo me siento al respecto. Hemos pasado el día juntos y ha estado muy bien. Y el ratito que he bailado con ella y las caricias que nos hemos dedicado han sido lo mejor que he sentido en mucho mucho tiempo, no quiero pensar cuánto.

—Yo estoy muy enamorado —suelta Mauro sin venir a cuento y besa a Tati. Todos nos reímos de la espontaneidad y la naturalidad con la que le ha salido. Parece que Beck y yo no somos los únicos a los que se les ha ido la mano con el alcohol.

—Ya está la parejita de babosos —se queja Miguel—. Qué mala idea es jugar a estas cosas con una pareja.

—A ver, estaba yo pensando —interrumpe Tati arrastrando las palabras de la curda que lleva ella también—, que no somos la única pareja aquí. Técnicamente, téc-ni-ca-men-te, Vic y Becky fueron pareja hace años… y nunca rompieron, ¿me equivoco? Un par de malentendidos, bastante mala suerte…, pero ¿ruptura? Diría que no…

—Tati, qué bruta —se queja Aixa.

—Yo no tocaría ese tema —sugiere Miguel.

Yo miro a Beck y le hago un movimiento sugerente con las cejas. Ella se ríe. Tengo la

sensación de que esta noche es mágica, de que hoy todo es posible.

—Venga, me toca —sigue Mauro—. Yo nunca… ¡me he bañado en pelotas en el mar!

—¡Yo tampoco! —chilla el artista histriónico porque parece que ni cuando le toca a otro puede dejar de ser el protagonista.

Soy el único que coge el vaso y todos los demás me miran.

—Beck, no seas tramposa, tienes que beber —le digo.

Ella abre mucho los ojos y se pone roja antes de taparse la cara con las manos. Todos se ríen, yo también, y luego le doy un trago a mi copa. Ella tarda un momento en descubrirse la cara y hacer lo mismo.

—¡Pero a eso le tenemos que poner solución! —grita mi peor pesadilla hecha persona—. ¡Vamos a bañarnos en bolas!

—Síííííííííííííííííí —corean todos mientras se ponen en pie y se encaminan hacia la salida de la casa que da a la playa.

Beck no sale detrás de ellos, se queda ahí parada. La cojo de la mano, como si fuera lo más normal del mundo, y tiro de ella para que me siga con los demás. Cuando llegamos a la orilla, ya están todos despelotados y metiéndose en el agua entre risas. Apenas hay una fina rayita de luna, lo que les proporciona la oscuridad suficiente para mantener una cierta intimidad. Bueno, eso es un poco un eufemismo, lo cierto es que no se ve nada más que formas en la distancia.

—No me quiero bañar —dice Beck de cara al mar y con ello pone voz a mi pensamiento. No me apetece nada meterme en el agua en bolas con todos ellos. Prefiero mil veces conservar el recuerdo que tengo a solas con ella.

—Yo tampoco —confirmo.

—¡Eh, los de la orilla! —grita Miguel—. ¡Tenéis que bañaros!

—¡Nosotros ya lo hicimos! —argumento—. ¡No es nuestro «yo nunca»!

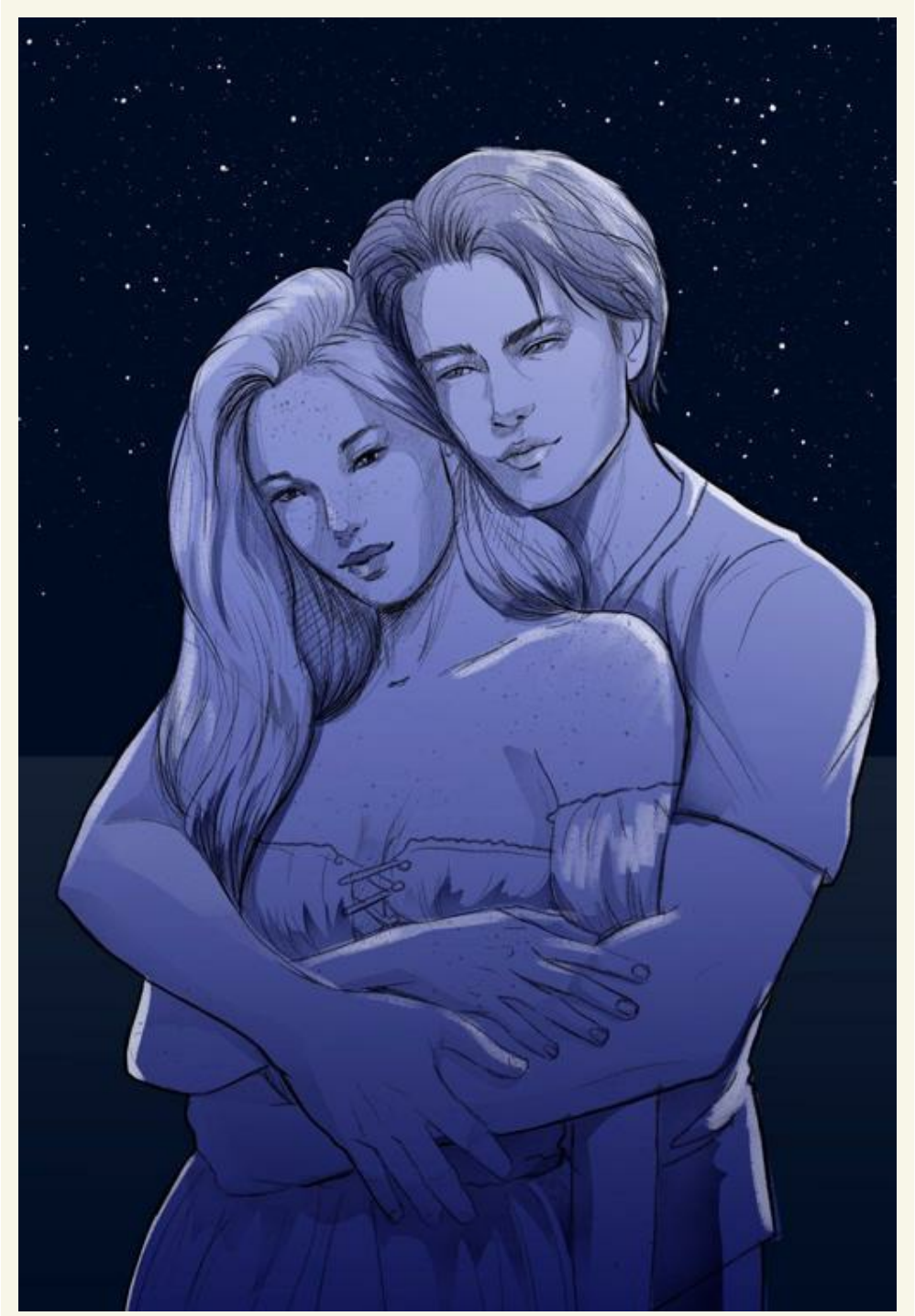
Mis motivos parecen convencerlos, porque nadie dice nada más. Nos llegan sus gritos y risas cada vez más lejos. Abrazo a Beck por la espalda y apoyo la barbilla en su hombro.

—¿Cuál es tu «yo nunca»? —le pregunto en un susurro.

—Tú primero —me pide.

—Yo nunca… superé mi primer amor.

—Yo nunca… me olvidé de ti.



CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

el precio de mi amistad



Amanezco con una resaca moderada para lo que bebí anoche. Me alegro de haberle hecho caso a Ori y que no pasara nada entre Vic y yo, porque ahora no sé cómo me siento al respecto y me da mucha vergüenza encontrármelo. No me quiero ni imaginar cómo me sentiría si me hubiese despertado en la cama con él. Aixa duerme a mi lado a pierna suelta, así que decido levantarme en silencio. Me asomo a la habitación de al lado y veo a Ori abrir un ojo, la cama de Vic está vacía.

—¿Qué hora es? —murmura mi amigo.

—Casi las once.

Da un par de palmadas en su colchón para que me tumbe a su lado y lo hago. Se abraza a mí y entierra la cara en mi cuello.

—Ori, estás sudado y hace mucho calor —me quejo.

—Es el precio de mi amistad —argumenta con una risita.

—Gracias por lo de anoche. Casi hago una estupidez…

—Lo sé, ¿cómo te sientes hoy?

—No sé, confusa. Me da un poco de palo verlo, no sé lo que pensará él… El alcohol dijo demasiadas cosas, por parte de los dos…

—Bueno, pues luego, cuando estéis más despejados, o mañana, habláis tranquilos y sobrios —opina con los ojos cerrados, creo que es capaz de volver a dormirse mientras habla conmigo.

—¿Qué más pasó anoche, por cierto? He amanecido en mi cama con el vestido de ayer.

—Cuando salimos del agua, estabais Vic y tú sentados en la arena, tú te habías dormido encima de él. Te trajo a pulso, bueno, en brazos en plan Richard Gere en *Oficial y caballero,* hasta la cama. Subió las escaleras y todo cargando con tus dos metros de eslora…

—Idiota, no mido dos metros —me quejo.

—Bueno, casi —se descojona—. Yo me alegré mucho de no tener que cargar contigo y de que lo hiciera él.

—¿Dónde está, por cierto? —susurro.

—Creo que se ha ido a correr, me ha parecido verlo, medio en sueños, salir con un pantalón

de deporte. Que ya son ganas de hacer ejercicio un día como hoy, de resaca y después de haber dormido tan poco. En fin, supongo que no le vale estar tan bueno, él necesita más, más y más todo el rato…

Me río por el tono en el que lo dice y porque razón no le falta.

—Ay, Rebe —suspira abrazado a mí—, qué calentón llevo. —Yo suelto una carcajada—. Si al final estos dos rancios no se animan, cuando volvamos a casa, ¿echamos uno tú y yo y liberamos tensiones?

Me río como respuesta, porque no quiero pensar que eso ya no me apetece, que yo ya no estoy en ese punto. Bueno, mejor esperar a que acaben estos días y volvamos a la realidad, que al ritmo que van las cosas, no sé lo que puede o no pasar de aquí a entonces.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

un favor



—Vic, ¿puedes acercar luego a alguno de los chicos a nuestro piso? —me pregunta Tati durante la comida—. Necesito unas cosas de allí y yo no puedo ir, y Darío está liado todavía con todo el tema eléctrico.

—Claro, sin problema —aseguro sin saber bien cómo sentirme al respecto.

Todo depende de a quién tenga que llevar. Espero que no sea al caniche, casi ochenta kilómetros entre la ida y la vuelta con él en el coche no es mi idea de un buen plan, la verdad.

—¿A quién? —pregunto e intento sonar despreocupado.

La rata despeluchada me mira con esa sonrisilla suya insoportable que no sé interpretar. Rebeca parece encontrar de repente fascinante la comida que hay en su plato, porque no levanta la vista. Todavía no hemos hablado desde lo de anoche y no sé ni cómo me siento al respecto.

—Yo paso —asegura él aguantándome la mirada—. Quiero aprovechar la tarde, hoy hay buena luz.

Ya está dándoselas de artista. Rebeca parece encogerse ante su comentario, como si quisiera desaparecer. Parece que de momento quiere evitar la conversación que tenemos pendiente. O quiere dejarlo pasar, como si no hubiera ocurrido nada. Bueno, es que en realidad no ocurrió nada.

—Voy yo —se adelanta Aixa—, que quiero pasar por casa.

Rebeca parece respirar aliviada, pero a mí me invade una cierta decepción. ¿Quería que fuera ella la que viniera conmigo? O igual lo que quería era que ella quisiera venir conmigo. ¿Tiene sentido? No sé, es todo bastante confuso.

—Perfecto —aseguro con una sonrisa, porque de verdad lo pienso. Creo que era la mejor opción de los tres—. En cuanto acabemos de comer, nos vamos.

Ya en la habitación, estoy cambiándome la camiseta para marcharme cuando entra mi querido compañero de cuarto y cierra la puerta.

—Necesito algo de mi piso —me dice directamente.

—¿Por qué no se lo pides a Aixa? —refunfuño, no me apetece hacerle ningún favor.

—Pues porque a Aixa ya le ha pedido muchas cosas Tati y le va a llevar un rato. Llámame loco, pero de verdad que te veo capaz. Yo tengo confianza en tus posibilidades, estoy convencido de que puedes entrar en mi cuarto y coger de encima de mi mesa de dibujo una carpeta negra en la que pone «bocetos murales». Nada más. ¿Cómo lo ves? ¿Te sientes capacitado para la misión?

Chasqueo la lengua y asiento. No me hace gracia hacerle un favor, pero tampoco me cuesta nada.

—Necesito que cojas otra cosa, pero esto es para ti.

—¿Para mí? —intento no sonar todo lo intrigado que estoy, pero no sé si lo consigo.

—Sí, verás —baja la voz—, el armario de Rebe tiene tres puertas, ¿vale? En la de la izquierda del todo, abajo, en el suelo, hay algo para ti.

—¿Para mí? ¿Cómo va a haber algo para mí si cuando os fuisteis de allí ella no sabía que yo…? —Dejo ahí la frase porque el «no sabía que yo estaba vivo» me sigue sonando de lo más surrealista.

—Hazme caso, lo entenderás cuando lo veas. Y no le digas nada a ella, porfa.

—Me das mucho miedo —aseguro.

Él suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro.

—Hablamos esta noche cuando vuelvas. —Sonríe.

—¿Cómo fue para ti? —me pregunta Aixa tras diez minutos de incómodo silencio en el coche. Creo que es la primera vez que nos ha tocado estar a los dos juntos y a solas.

—¿Mmm? —articulo a modo de pregunta porque me ha pillado atrapado en mis pensamientos y no sé a qué se refiere—. ¿El qué?

—Lo de estos años, lo de Becky… Ella lo pasó muy mal. Llevaba tiempo sin hablar del tema, pero yo creo que seguía pensando en ti.

—Ya, bueno, yo también lo pasé mal. —No sé por qué me siento atacado, pero lo hago.

—Lo sé, pero no le hagas más daño, por favor, que ya ha pasado por mucho. Si no quieres tener relación con ella, aunque sea de amigos, déjaselo claro y aléjate. Deja que pueda volver a levantar cabeza.

—Jamás he tenido intención de hacerle daño… Ni hace ocho años ni ahora —aseguro—. Esto también es chungo para mí, no sé cómo actuar o qué hacer en una situación así. Los dos lo hemos pasado mal, los dos cargamos con aquello y los dos tenemos una herida que quizá nunca llegue a curar…

—Yo creo que curaros de aquello es algo que solo podríais hacer juntos, pero a ti no te conozco lo suficiente… No tienes idea de cuánto te quería Becky y de cuánto te ha llorado.

—Parece que se os olvida que yo perdí a mi único hermano y que mi novia, a la que yo también quería con locura, desapareció sin dejar rastro cuando más la necesitaba.

—Sí, y yo intento ponerme en tu lugar, pero pareces cabreado todavía con Becky, cuando ya ha quedado claro que ella no pasó de ti en ningún momento, y le haces daño. Y por ahí sí que no paso, mi Becky ha sufrido mucho. Ha saboteado su propia felicidad todo el tiempo. ¿Alguien te ha hablado de Bruno?

—No, ¿quién es Bruno?

—Pues Bruno es un chico guapísimo, dulce, cariñoso, comprensivo y supersexi con el que Becky estuvo saliendo dos años. Rompieron hará unos cuatro o cinco meses… Bueno, rompió ella, ¿sabes por qué? Porque él quería presentarle a su familia y decir que era su novia, y ella no lo pudo soportar. Y llevaban juntos dos años… ¡Dos años, Vic! ¿Te parece normal que después de casi ocho años de lo vuestro, que duró dos meses, rompa con un chico con el que lleva dos años porque siente que de alguna manera te está traicionando? A mí, desde luego, no me lo parece. Aunque, bueno, por otra parte, si te sigues comportando con ella como un imbécil, será más fácil que lo supere y quizá hasta vuelva con Bruno, que estaba tan loco por ella que seguro que la recibe con los brazos abiertos. Porque eso es lo que necesita Becky: brazos abiertos y mucho cariño, no toda esa hostilidad que desprendes.

Respiro hondo con la vista fija en la carretera.

—Cariño ya le da el *hippie* ese que tiene siempre pegado al culo… ¿Tú sabes qué relación tiene con él?

—¿Con Ori? ¿Estás celoso de Ori? —Suelta una carcajada.

—¡No estoy celoso!

—No, claro que no. —Aguanta la risa.

—Piensa lo que quieras. —Bufo.

—A ver, con Ori no tiene nada, solo son amigos. Amigos que han tenido sexo muchas veces, eso sí, pero ya está. Él tiene una filosofía de vida un tanto peculiar y no se enamora, nunca; y ella, por lo suyo, lo tuyo…, bueno, por lo que pasó, pues tampoco. Son los mejores amigos y cuando les ha apetecido han tenido sexo porque sabían que ninguno de los dos iba a confundir las cosas o a estropear esa amistad. Llevan viviendo juntos unos siete años, tienen un nivel de confianza que es difícil de entender desde fuera, pero ya te digo que de Ori no tienes por qué estar celoso.

—Que no estoy celoso —me defiendo.

—Ya —asiente con una sonrisa—. Ori ha sido lo mejor que le ha pasado, sin él no sé si habría salido del agujero en el que se abandonó.

Aprieto con fuerza el volante y miro a la carretera. Me esfuerzo por concentrarme en el camino y no en los recuerdos de aquel verano que se empeñan en volver a mí una y otra vez. Intento no imaginarme un futuro ideal en el que podríamos reconstruirnos y empezar de nuevo, juntos. Porque lo último que necesito son más ilusiones rotas y más dolor.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

algo para mí



Entramos en su piso y Aixa va directa a una de las habitaciones. Abro otra de las puertas y tengo claro que es la del «artista». Está toda llena de dibujos por todas partes, casi todo desnudos, muchos de ellos de mujer. Y me atrevería a afirmar que la mayoría de ellos son de Rebeca; no sé, es una corazonada. Localizo enseguida sobre la mesa la carpeta que me ha pedido, pero una caja abierta llama mi atención. Está toda llena de fotografías polaroid. Y aquí sí que es ella en casi todas, no hay duda, aunque no se le vea la cara en ninguna. No debería estar hurgando en las cosas de este tío, y menos mirando como un perturbado las fotos de ella desnuda, pero no puedo evitarlo, y más cuando compruebo que, tal como suponía, lleva algo tatuado en una teta, parece una frase. Paso deprisa las imágenes hasta que encuentro una hecha desde lo bastante cerca como para poder leerla: «*As the world falls down*», 'Mientras el mundo se derrumba'. Es el título de la canción que sonaba cuando la besé por primera vez. Me acuerdo de traducirle la letra: 'cayendo, enamorándonos, mientras el mundo se derrumba'. Así se sentía ella, hasta el punto de hacerse ese tatuaje. Así me sentía yo también. Nuestros mundos se derrumbaron a la vez y nosotros seguíamos enamorados. Demasiado dolor. Me encantaría llevarme una, pero no quiero ser el degenerado que roba fotos de su exnovia desnuda. Las dejo en su sitio y salgo de allí antes de encontrar algo que no me apetezca ver. No sé qué tipo de perversiones puede tener este tío en su cuarto.

Entro en la habitación que hay justo al lado y me da la impresión de que es la de ella. Un cojín con forma de R sobre la cama me da una pista. Tiene un escritorio con varios libros de texto, son todos parecidos: *Matemáticas para el acceso a la universidad para mayores de 25* y títulos similares. Abro un cuaderno y sonrío al ver los esquemas que ha hecho. Están escritos con letra muy bonita y tienen flechas y rayas de colores, nada que ver con mis apuntes de cuando yo estudiaba. Hay también pegados algunos *postits* con notitas tipo: «¿por qué?», «repasar», «buscar fórmula» y cosas así. La imagino aquí sentada estudiando, retomando la vida que dejó en pausa, y dejándose notitas a sí misma. Sin pensarlo mucho, por puro instinto, cojo el taco y escribo «lo vas a conseguir» con mi letra de mierda. Despego ese primero y lo coloco al final de la última hoja de esquemas.

Vuelvo a echar un vistazo a la habitación. Miro el armario, la puerta de la izquierda; no sé si quiero saber lo que hay ahí. Abro el primer cajón de la cómoda para hacer tiempo y me encuentro a mí mismo mirándome. Tenía razón el tío este, guarda mi foto (con marco y todo) en el cajón de la ropa interior. Me encoge el corazón saber que la tenía ahí, en el que abre a diario, para tenerme siempre presente.

Me armo de valor y voy hasta el armario, no tengo ni puta idea de lo que me voy a encontrar y no sé si quiero verlo. «Hay algo para ti», me ha dicho el imbécil ese. ¿Qué puede haber ahí para mí que él quiera que yo vea? ¿Un cesto de ropa sucia? ¿Una rata muerta? ¿Un nido de cucarachas? ¿Un avispero? ¿Fotos de ellos dos follando? Abro la puerta con cuidado y solo hay vestidos colgados. En el suelo, justo debajo, un par de botas y algunos zapatos. Y algo más, un saco. Es una bolsa de tela con aspecto de saco de boxeo, o de petate, aunque más pequeño, de tamaño algo menor que una almohada. Lo cojo. No pesa nada, desde luego no lo usa para boxear. Le doy la vuelta y leo un bordado en el que alguien (imagino que ella) ha escrito con puntadas torpes y feas «VIC». Me siento en la cama y lo abro con cuidado, pero me sorprende encontrar dentro solamente virutas de papel. Saco una y compruebo que en realidad es una tira arrancada de un cuaderno y tiene algo escrito.

Sé que tienen razón cuando me dicen que debería dejarte ir, pero todavía no puedo.

Saco otra.

Anoche soñé contigo y estabas vivo. Fue bonito, pero despertar fue horrible.

Echo un vistazo a la bolsa, hay cientos, puede que miles, y están metidas todas a presión, sin ningún tipo de orden. Las voy sacando y las dejo sobre la cama según las leo.

Me he matriculado para hacer el examen de acceso a la universidad. Seré la más vieja de la clase, pero es un comienzo de algo, no sé bien de qué. Creo que estarías orgulloso de mí.

He terminado con Bruno. Le he hecho daño y no quería hacerlo. Me ha dicho que aunque no hubieras tenido el accidente tampoco estaríamos juntos. No tiene ni puta idea.

Me han cambiado de sitio en el trabajo. Ya no estoy en la taquilla, ahora

estoy donde las palomitas, supongo que piensan que ya puedo tratar con la gente.

He alquilado un piso con dos chicas y un chico. Aún no los conozco mucho y tampoco me apetece. Me gustaba más tu plan.

Si me dieran una moneda por cada lágrima, ya sería rica, pero te seguiría echando de menos. Sería la millonaria más triste de la historia.

Ayer te vi. Willy me había dado una pastilla. Y ahora quiero tomarme más pastillas para poder verte otra vez, porque es lo mejor que me ha pasado desde que te fuiste, pero a la vez me da miedo porque volver a perderte fue lo peor del mundo.

Te quiero, Vic, aunque haga días que no te lo digo.

Ya no soy virgen. Me he acostado con Ori. Ojalá hubieras sido tú, pero mejor Ori que otro. Sabe que no me voy a enamorar de él porque aún estoy enamorada de ti. También sabe que he pensado en ti todo el rato y le parece bien.

He empezado una nueva terapia, esta es en grupo. Hay gente que está muy jodida. Como yo.

Te echo de menos.

A veces todo me da tan igual que pienso que a lo mejor mi corazón se murió contigo.

Esta mañana he entrado en El Corte Inglés y a una dependienta de la perfumería se le ha caído un frasco de colonia delante de mí y se ha roto. Ahora ya sé cuál usabas. Me he puesto a llorar delante de ella como una tonta.

Siempre te llevo conmigo.

Hoy ha empezado a trabajar en el cine un acomodador nuevo. Se llama Víctor,

pero no se parece nada a ti.

Cada día deseo volver atrás en el tiempo y decirte que sí cuando me pediste que nos fugáramos.

Bruno quiere que me vaya a vivir con él y no puedo. O no quiero. No lo sé, pero no.

Hoy me he reído. Aixa ha dicho una tontería en el videoclub y me he reído por primera vez desde que te fuiste. Ojalá pudiera volver a oírte reír a ti.

Me voy a mudar solo con Ori, pasamos de buscar nuevas compañeras. No es nada romántico, solo somos amigos, pero creo que con él me irá bien.

Hoy te he echado de menos y me has dolido mucho. Por nada en especial.

Me he cruzado por la calle con un chico que se parecía a ti, pero no era tan guapo. Te echo de menos cada día, cada hora, cada minuto.

No me puedo creer que no vaya a volver a verte nunca más.

Hoy es mi cumpleaños y me da igual.

Por mucho que corra, no hay manera de escapar del dolor. Creo que me va a perseguir siempre.

¿Sabías que hay gente que se siente atraída por chicos y chicas por igual? Me lo ha contado hoy Oriol, que es bisexual. Yo no tenía ni idea de que eso podía pasar, aunque seguro que tú sí, porque sabías muchas cosas.

Esta tarde me he hecho un tatuaje, para llevarte siempre en el corazón.

He metido tu foto en un cajón para que Bruno no se sintiera mal, que él ya ha

pasado por mucho también y no se lo merece. Pero eso no cambia nada, te sigo echando de menos.

Me he cortado el pelo y estoy muy fea. Mejor, así me siento igual por fuera que por dentro.

A veces siento que me sangra el corazón y solo quiero arrancármelo y destrozarlo del todo. Igual así dejaría de doler.

Por primera vez en mi vida tengo una cama grande. Me gustaría haber dormido alguna noche contigo. En realidad, me gustaría que durmieras conmigo todas las noches, pero eso ya lo sabes. Creo que, de algún modo, lo haces.

Da igual los años que pasen y la gente que conozca, siempre vas a ser mi chico preferido.

Llego tarde a trabajar, pero quería mandarte un beso antes de irme.

Creo que el día que me dejes de doler, me moriré yo también.

Un día más, un día menos.

Tati y Mauro se han comprado nuestra casa en ruinas. No la he visto aún, pero estoy casi casi segura de que es la nuestra. Una casa abandonada en esa urbanización, no creo que haya otra. Me voy unas semanas a echarles una mano para arreglarla y eso. Tengo miedo de volver allí, no he vuelto desde que te fuiste, pero creo que ya puedo.

Hay muchísimas más notas en la bolsa, pero tengo la vista nublada por las lágrimas y no voy a poder leerlas. No del tirón, al menos. Pero pienso memorizarlas todas y cada una, de eso no tengo duda.

—¡Aixa, nos vamos! —grito hacia la puerta mientras empiezo a guardar los papelitos. Quiero

leerlos todos, pero no ahora. Ahora mismo mi prioridad es otra.

—¡Dame diez minutos! —Me llega su grito desde otra habitación.

—¡Te doy dos o me voy sin ti!

—¡Jolín, tío, qué prisas de repente!

Pues sí, claro que tengo prisa. Llego tarde. Llego tardísimo. Ocho años tarde. Y ella ya ha esperado demasiado.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

ya hemos esperado lo suficiente



Ori y yo bailamos al ritmo de la canción[1] que suena mientras vamos poniendo la mesa.

—¿Les ponemos plato a los dos que faltan? —intento sonar despreocupada—. ¿Vienen a cenar?

—Esa es la idea, sí, se supone que vienen —contesta Tati—, pero aún tardarán, porque entre la ida y la vuelta y el rato que estén allí cogiendo todo lo que les hemos pedido, yo calculo que les falta una hora mínimo para volver.

—Claro —asiento y al girarme me muero de risa de ver a Ori haciendo *playback* con una cuchara como micrófono.

Un haz de luz ilumina los ventanales y un coche se detiene frente a la casa.

—Mira, si antes los nombramos… Han tardado poquísimo, espero que lo traigan todo —reniega Tati.

La puerta se abre apenas cinco segundos después y todos nos giramos para encontrarnos ahí a Vic muy serio y respirando con fuerza por la nariz. Pasea la vista por todos nosotros y, cuando localiza a Ori, va directo hacia él. Me echo a temblar por si le hace algo, por si ha encontrado algo en casa que alimente el odio que ya le tiene de normal. Quiero defender a mi amigo, pero pasa todo tan deprisa que no me da tiempo a reaccionar.

Para mi sorpresa, cuando llega hasta él lo abraza, con una sola mano, porque en la otra lleva una bolsa que no ha soltado, y murmura un «gracias, tío» que me deja descolocadísima y hace que a mi amigo le dé la risa y murmure algo como «ahora no la cagues».

Vic lo suelta y se gira hacia mí. Se acerca, pero se detiene a un par de pasos. Abre la boca para decir algo, suspira y la vuelve a cerrar. Lo intenta de nuevo y tampoco le sale ni una palabra. Levanta los brazos con frustración y veo la bolsa que lleva en la mano. Me llevo las manos a la boca para no gritar horrorizada cuando la reconozco. Luego me tapo la cara entera para intentar suavizar el bochorno que siento ahora mismo, no es posible estar más expuesta, más vulnerable, más ridícula…

—¿Qué haces con eso? ¡Eso es mío! —protesto cuando por fin me atrevo a volver a mirarlo.

Él niega con la cabeza justo antes de abalanzarse sobre mí. Me besa con violencia, y a la vez

con mucho cariño, ¿tiene eso sentido? Puede que no, pero así lo siento. Su sabor es el mismo, como si no hubieran pasado los años, y mi boca recuerda al momento cómo es fundirse con él. He recreado esta sensación millones de veces, convencida de no volver a experimentarla más… Y nunca me he alegrado tanto de estar equivocada en algo.

Una de sus manos sube hasta mi cuello mientras la otra, la que todavía sujeta la bolsa, me rodea la cintura. Su lengua se enreda con la mía con una cadencia lenta que amenaza con colapsar mi sistema nervioso. Cada respiración suya se me cuela bajo la piel y me sabe a promesa, a esperanza, a algo que empieza, que quizá nunca terminó… Y solo quiero más, más de esos labios de los que creo que sería incapaz de cansarme.

—Beck —jadea no sé ni cómo justo antes de descansar un momento para susurrar junto a mi boca—: ¿por qué te hiciste esto?

—Porque fue lo último que me pediste —lloriqueo muy bajito—. Me pediste que apuntara cada cosa que quisiera decirte. Empecé a hacerlo ese mismo día y luego, después del accidente, ya no pude parar…

Me vuelve a besar casi sin dejarme terminar la frase. Apenas nos da tiempo a fundirnos con el otro antes de que un carraspeo de Ori nos traiga de vuelta al mundo real, donde están nuestros amigos mirando el numerito que estamos montando. Creo que hasta están aguantando la respiración para no interferir en el momento.

—Vale, creo que lo mejor será que dejemos toda esta comida para mañana y nos vayamos a cenar por ahí —propone Ori—. Todos menos estos dos, les dejamos la casa para ellos solos un buen rato, que tienen mucho de lo que «hablar». Eso sí, Vic, vamos a necesitar tu coche, no cabemos todos en el de Darío…

Vic saca las llaves de su bolsillo y se las tiende a mi amigo.

—Largo de aquí todos —se ríe.

Ellos dejan lo que estaban haciendo y comienzan a salir de la casa. Ori se queda rezagado, lo conozco lo suficiente para saber que lo hace con toda la intención. Comienza a caminar hacia la puerta, pero lo hace marcha atrás, sin dejar de mirarnos.

—Calculo que puedo retenerlos —mira su reloj— unas cuatro horas. Os dejo esto —saca de su bolsillo unos preservativos y los deja sobre la mesita que hay delante del sofá cuando pasa junto a ella— a cambio de las llaves. Estaremos muy lejos y no hay vecinos… Podéis gritar hasta desgañitaros. —Nos guiña un ojo cuando llega a la entrada—. Hasta mañana.

Cierra la puerta y los dos nos quedamos muertos de risa y de vergüenza mientras escuchamos las voces de nuestros amigos alejarse. Luego, el sonido de los coches y, a continuación, silencio total. Creo que lo único que se oye ahora mismo es el fuerte latido de mi corazón.

—Otro como mi hermano… ¿Por qué se empeñan en darnos condones? —Se ríe entre dientes y me acaricia el brazo—. No tenemos por qué usarlos. No tiene por qué ser esta noche.

Vuelve a besarme y yo me dejo llevar y me pierdo de nuevo en sus labios. Esta vez soy yo la que para un momento.

—Igual está bien que sea esta noche… Yo creo que ya hemos esperado lo suficiente.

Se ríe y deja la bolsa sobre la mesa para poder abarcarme con las dos manos. Me besa de nuevo con ganas antes de volver a hablar:

—No estoy menos nervioso que aquella vez. —Resopla con una risita—. No me lo tengas en cuenta si esto no cumple tus expectativas. —Ahora soy yo la que se ríe y le devuelve el beso—. Para empezar, te voy a borrar ese tatuaje como te borré las pecas —susurra.

—No me las conseguiste borrar. —Me río y no quiero preguntarle cómo sabe que llevo uno. En realidad, ni siquiera me importa la respuesta.

—Tendré que esforzarme más esta vez —replica con su sonrisa canalla antes de llevar las manos a los tirantes de mi vestido.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

por instinto



Creo que no estoy preparado para esto. Estoy tan nervioso como hace ocho años. Mi cabeza ha intentado mantenerse fría, pero ha sido inútil, lo de los nervios de acero no va conmigo. Mi piel la ha buscado durante todo ese tiempo y yo solo quiero abandonarme a ella, dejarme vencer por fin y para siempre. Pero la inseguridad planea sobre mí y me recuerda que mis experiencias se limitan a un puñado de chicas desconocidas esporádicas. Nunca me molesté en llegar a conocer a ninguna, nunca tuve intención de volver a verlas. Y ella, sin embargo, no solo ha estado con el «artistilla», que tiene pinta de saber muy bien lo que se hace, sino que, por lo que me ha contado Aixa, estuvo un par de años con un tipo que estaba loco por ella. Que, por otra parte, ¿quién podría no estarlo? Pero seguro que el tío llegó a conocerla bien y a saber lo que le gusta. Y aquí estoy yo, que nunca me ha interesado conocer a nadie en ese aspecto, con intención de dejarme guiar por el instinto y rezando para que sea suficiente.

Bajo mis dedos, los tirantes del vestido se deslizan por sus hombros, lo que hace que la prenda descienda hasta quedarse retenida en sus caderas. No lleva sujetador y, aunque no es la primera vez que la tengo así frente a mí, hace tanto tiempo y es tan impresionante que a los dos se nos acelera la respiración. Ella mete las manos bajo mi camiseta y yo le ayudo a quitármela con un único movimiento. En un acuerdo tácito, sin decir ni una palabra, nos abrazamos y nos besamos con la urgencia de sentir la piel del otro. Sin romper el beso, ella lleva la mano a mi pantalón y desabrocha uno a uno todos los botones. Sus dedos se deslizan por mi espalda hasta perderse bajo mi ropa interior y me acaricia el culo y las caderas. Cuando una de sus manos pasa a la parte delantera y me roza con delicadeza, emito una exhalación que me nace de lo más hondo.

—Quítatelo todo —susurra contra mi boca a mitad de un beso y yo obedezco enseguida y sin dudar.

Termino de desnudarme en cuestión de segundos y hago lo mismo con ella. Nos miramos a los ojos un momento y sonreímos. Intuyo que los dos contenemos una risita nerviosa, pero en cuanto volvemos a acercarnos y nuestros cuerpos son conscientes de lo desnudos y lo cerca que estamos, se nos olvida todo lo demás.

Con una mano acaricio su nuca y la otra baja por la clavícula hasta su pecho. Y me sorprende que mis dedos no estén dejando un camino visible de piel en llamas a su paso, porque así lo siento yo, como si cada centímetro recorrido se encendiera y quedara marcado por mi roce. Y ya no volviera a ser el mismo.

Me agacho para pasar la lengua por su tatuaje y ella arquea la espalda y gime muy fuerte. ¿Es posible quedarse a vivir en un sonido? Si lo es, me pido este.

Su cuerpo reacciona a la caricia de mis manos, que buscan cada rincón. Y yo solo quiero oírla gemir, darle tanto placer que consiga hacerle olvidar todo el dolor. No puedo borrar ocho años en una noche, pero puedo dedicar cada día del resto de mi vida a intentarlo.

Me dejo guiar por mi instinto. Le doy la vuelta y apoyo su espalda contra mí. Una mano se ocupa de su pecho y la otra se cuela entre sus piernas. Se estremece y yo quiero meterme bajo su piel y sentirlo con ella. Su respiración se vuelve errática y pesada, pronuncia mi nombre varias veces entre jadeos. Y no pensé que eso fuera capaz de encenderme tanto, pero lo hace. Mi nombre en sus labios. Mi nombre en sus labios mientras los movimientos se aceleran y ella respira cada vez más deprisa. Mi mano la sorprende con un cambio de velocidad y mi lengua se desliza por su cuello, lo que hace que ella arquee la espalda y, con ese movimiento, la presión en mi erección aumenta y me proporciona cierto alivio. Un gruñido me nace de lo más hondo y ella empuja más contra mí. Tira los brazos hacia atrás para agarrarse a mis caderas mientras se tensa y vibra. Farfulla mi nombre entre espasmos y yo le muerdo el hombro, con todo el cuidado que puedo, porque, aunque tengo el control justito de mí mismo, no quiero hacerle daño.

Cuando termina y su respiración se va ralentizando, no la dejo separarse de mí. La inclino hacia delante con una mano, lo que hace que la presión sobre mi entrepierna aumente más todavía. Cierro los ojos y respiro con fuerza. Con la otra mano trazo el recorrido desde los hoyuelos en la base de su espalda hasta su cuello. Ella gime y se contonea durante todo el movimiento, y su respiración comienza a acelerarse de nuevo. Me balanceo contra su cuerpo en un vaivén lento y suave, que parece el simulacro de algo que no está ocurriendo… todavía. Solo este roce podría ser suficiente para desencadenar en mí un orgasmo que no quiero tan pronto. Necesito que esto dure más, mucho más, toda una vida.

Hago que se incorpore y se gire. Su cara sonrojada y sus labios más hinchados que nunca forman junto con su cuerpo desnudo la imagen más brutalmente erótica del mundo. La beso de nuevo, devoro sus labios con auténtica necesidad, porque de verdad lo siento así. Los mordiscos breves y rápidos se van transformando en besos más largos y profundos. Mi lengua se enreda con la suya en un baile frenético que no quiero que termine. Nuestras respiraciones se mezclan y nuestras bocas se tragan los jadeos del otro. Mis manos en sus caderas, las suyas en mi espalda, y nuestros cuerpos más en contacto que nunca, piel con piel. Ella echa la cabeza hacia atrás y respira por la boca. Lamo, beso y muerdo su cuello para aprovechar lo fácil que me lo ha puesto.

—Ya, Vic, vamos a hacerlo. —Resopla y se aprieta más contra mí.

—Vale. —Respiro y la beso—. ¿Dónde?

—Da igual —jadea—. Cerca.

Ahogo una risa entre mis respiraciones desacompasadas y la abrazo con fuerza. Espero que con la suficiente para que no se me escape nunca. La levanto a pulso y ella se enrosca a mi cuerpo. Suerte que esta sala es bastante pequeña y estamos muy cerca del sofá. La recuesto con pretendida delicadeza, porque lo de ponerme en plan cerdo salvaje igual no es el rollo para una primera vez. Una primera vez.

Estoy nervioso. Joder, estoy muy nervioso. Ella extiende los brazos hacia mí y me hace un gesto para que me acerque, igual me he quedado aquí plantado con cara de tonto demasiado rato.

Me tumbo sobre ella con cuidado y deseo de todo corazón que piense que la sudada que llevo encima ahora mismo es por lo de hace un momento y no por inseguridad, aunque hay un poco de todo. Me rodea con brazos y piernas y me besa, ajena por completo a lo que bulle en mi cabeza.

Al momento de notar el sabor de sus labios de nuevo, se me olvidan mis neuras y me abandono a ella, a lo que quiera de mí, a lo que me pida. Empezamos a rozarnos despacio, con calma, deslizándonos casi sin darnos cuenta. Está tan mojada que esto tiene mucho peligro. Ella se mueve también, con ganas, con ansia, con prisa. Estira un brazo hasta la mesa donde su amigo nos ha dejado los «regalitos» y me pasa uno. Resoplo y me río entre dientes. Mierda, ya estoy nervioso otra vez.

Me arrodillo y respiro hondo. Me tiemblan los dedos cuando intento rasgar el envoltorio y parezco un inútil total, como si nunca hubiera abierto uno. Al final, cuando ya estoy a punto de perder la dignidad, lo consigo y me lo pongo, esto sí, a la primera. Menos mal.

Vuelvo a tumbarme sobre ella, que enseguida enrosca de nuevo sus piernas en mi cintura. Reanuda el movimiento que hemos interrumpido hace un momento y a mí me cuesta mantener la cabeza en el sitio.

—Vamos allá, Vic —susurra.

—Voy —asiento—, pero déjame coger carrerilla.

Me mira a los ojos y sonríe. Levanta las caderas y me lo pone más fácil todavía. Entro con mucho cuidado, muy despacio, con toda la contención de la que soy capaz. A ella le cambia la respiración; y a mí, también. El calor me nace en la base de la espalda y se extiende por todo mi interior. Cierro los ojos para anular alguno de mis sentidos, porque es todo demasiado fuerte, pero al momento me arrepiento porque quiero verla. Tiene la boca abierta y los ojos entrecerrados. Cuando por fin llego hasta el fondo, los cierra del todo y sisea con fuerza.

—¿Te hago daño? —susurro.

—No —jadea.

Empiezo a moverme despacio. Me deslizo dentro y fuera de ella con la calma del que pretende tenerlo todo controlado, cuando lo cierto es que esta situación me supera de tantas maneras que no sé cuánto voy a poder aguantar. Mi nombre en sus labios y el suyo en los míos. Los repetimos más de lo que podría parecer normal, pero supongo que ambos nos hemos buscado demasiadas veces en otros brazos, en otros cuerpos. Y ahora estamos aquí. Lo estamos.

Y todavía me cuesta creer que sea real.

Pero lo es. Es real. Todo esto que siento lo es.

Ella arquea la espalda en cada embestida y me acerca un poco más al abismo. Me asomo, pero no quiero saltar todavía. No me importa que esto vaya a ocurrir más veces, necesito que dure más, no estoy preparado para romper esta unión ahora mismo. Solo quiero llegar más lejos, más hondo, más profundo… Le cambia la respiración y creo que necesita más todavía. ¿Hay más? ¿De verdad? Me alejo de ella todo lo que me permiten los brazos y acelero el movimiento de mis caderas. Le gusta. El cambio de ritmo aviva sus jadeos, que aumentan de intensidad cada vez más y me incitan a darlo todo, a llevarnos al límite. Sus respiraciones son tan fuertes que terminan transformándose en gritos. No pronuncia mi nombre, ni nada inteligible en realidad, solo grita, se desahoga, se abandona entre mis brazos… Y yo hago lo mismo dentro de ella.

Y en este momento, todo está bien en el mundo.

Todo es como debe ser.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

ni uno más



Me despiertan los besos de Vic en mi espalda. Estoy muy sudada, pero a él no parece importarle. Estamos en mi habitación. Anoche, antes de acostarnos, pasamos las cosas de Aixa a la de Vic y Ori. Deberíamos haber preguntado, pero ellos aún no habían vuelto y nosotros queríamos dormir juntos. De todas formas, conozco a Aixa lo suficiente para saber que me hubiera dicho que sí.

—Hace mucho calor —me quejo con voz perezosa.

—Buenos días, Beck —susurra a mi espalda—. ¿Siempre te despiertas renegando?

Respondo con un gruñido y él se ríe entre dientes. Comienza a deslizar un dedo desde mi cuello hasta mi hombro.

—¿Qué hay que hacer hoy? —pregunto con toda la pereza del mundo.

—A ver, tenemos varias opciones: podemos darnos una ducha por el tema del calor este que te molesta, pero ya han vuelto todos y sería monopolizar el baño durante demasiado rato, porque no te iba a dejar ducharte sola…

—Mmm… Nos va a tocar currar, y yo luego quiero ir a la playa. Mejor dejamos la ducha para después, ¿qué más?

—A ver, también podemos bajar a desayunar con todos y aguantar las coñas sobre lo de anoche… Es algo a lo que nos vamos a tener que enfrentar en algún momento.

—Lo sé —me río—. Es normal, pero qué poco me gusta ser el centro de atención.

—¿Mi atención también te molesta? —susurra antes de besarme el hombro.

Me río y me doy la vuelta para verle la cara, porque todavía flaqueo por momentos y me cuesta creer que esto sea real, que de verdad ha pasado. Aún tengo pesadillas de las que despierto desubicada y pensando que lo he soñado todo y que en realidad no está vivo.

Pero lo está.

Y está aquí, conmigo.

Todo son gritos, aplausos y silbidos por parte de sus amigos cuando bajamos a desayunar. Los

míos no están, y tampoco me sorprende, tanto Aixa como Ori son bastante dormilones.

—Bueno, bueno, cabrones —empieza Mauro—, menudo calor nos habéis hecho pasar a todos con eso de cerraros la puerta. No corría nada de aire.

—Te jodes. —Vic le da una colleja.

—Entonces… —sigue Miguel—, ¿estáis…?

Vic me mira, se muerde una sonrisa y mueve las cejas.

—¿Estamos? —me pregunta.

Yo me encojo de hombros y supongo que me pongo tan roja como mi pelo. Él se ríe y me besa.

—Bueno, bueno, esto hay que celebrarlo… —Mauro da una palmada—. Por cierto, ¿se lo vas a contar a tu novia? Lo mismo no le sienta nada bien y ya no te lleva de viaje.

A mí se me para el corazón un momento y doy un paso atrás. Vic cierra los ojos con fuerza y resopla. Cuando los vuelve a abrir, me mira serio y niega con la cabeza.

—Ni puto caso, yo no tengo novia. —Se gira hacia Mauro—. ¿Te das cuenta de cómo suena eso, gilipollas?

—Tienes razón, perdona —contesta Mauro y luego se dirige a mí—: no tiene novia, llamamos así a una clienta alemana que tiene que se lo lleva siempre de viaje por el mundo, y sospechamos que a veces no le hace falta, que es por el caprichín de la Claudia Schiffer de llevarse al traductor españolito y olé.

Vic resopla.

—Para empezar —gruñe—, es más Margaret Thatcher que Claudia Schiffer. Y para seguir, ¿no se te ha ocurrido pensar que pide que sea yo el que vaya porque soy bueno en mi trabajo? Además, soy su intérprete, no su traductor, paleto.

—Margaret Thatcher no sirve de ejemplo de alemana, es inglesa, ¿no? —replica Mauro.

—Eso da igual —lo corta Vic.

—A ver, tío, ¿de verdad ves normal que se lleve al traductor español varios meses a Japón? ¿No te huele raro?

—¿Meses? ¿A Japón? —se me escapa de los labios y sacudo la cabeza para despejarme, por si acaso estoy entendiendo mal esta conversación.

Vic chasquea la lengua y cierra los ojos con fuerza.

—Ven, Beck, vamos fuera. —Me coge de la mano y tira de mí, porque me he quedado fría, soy incapaz de reaccionar.

Caminamos hasta la playa en silencio y nos sentamos sobre la arena. Yo respiro más deprisa de lo normal. Él resopla y se frota la cara.

—No sé por dónde empezar. Llevo toda la noche pensando en esto…

—¿Te vas? ¿A Japón?

—Sí —asiente.

—¿Meses?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Seis.

—¡¿Qué?!

—Beck —suspira—, por favor.

—¿Cuándo?

—En una semana.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Empieza a faltarme el aire, no puedo creerlo.

—Te lo iba a decir esta mañana, pero no sabía cómo… Lo he pensado toda la noche, esto no tiene por qué acabar con nosotros. Me has esperado ocho años, te pido seis meses más. Sé que es mucho, pero las cosas no son como antes. Puedes quedarte a vivir en mi piso y hacerlo tuyo, para que cuando yo vuelva sea de los dos… Me puedes llamar desde allí y así pago yo todas las llamadas. Vendré en Navidad, pero iré a ver a mi madre, claro, puedes venir a Madrid y pasamos las fiestas juntos y así la conoces. Y te compraré dos billetes de avión para que vengas a verme en octubre y en febrero. Y a finales de marzo estaré de vuelta. No lo vas ni a notar, vas a estar harta de mí…

—Joder si lo voy a notar —sollozo—. ¿Tienes que ir tú? ¿No puede ir otro? ¿No ha dicho Mauro que ella pide que seas tú? Eso será porque hay más opciones, ¿no?

—Ya me he comprometido. Y es una oportunidad muy buena para mí de aprender japonés. En ningún sitio lo voy a aprender mejor que allí.

—¿No sabes japonés? Entonces, ¿qué pintas allí? ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Es una empresaria superimportante. Va a abrir una sucursal de su compañía en Tokio y va a tener allí currando en eso seis meses a gente de todo el mundo, y yo hablo seis idiomas, soy un buen partido. —Me guiña un ojo.

Suspiro, respiro, me ahogo.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Me falta el aire.

—Porque ha pasado todo demasiado deprisa… Y anoche ni lo pensé. No estaba pensando en eso, la verdad. —Sonríe—. Sería un marrón muy grande para mí cancelar esto ahora. Perdería mi trabajo y una oportunidad muy buena. Los dos teníamos una vida ajena al otro antes de esto, y tenemos que encontrar la manera de seguir adelante juntos, pero sin olvidarnos de lo que éramos. Me ha costado mucho conseguir lo que tengo, y lo de Japón es una oportunidad de esas que solo pasan una vez en la vida. No puedo cancelarlo. No puedo cambiar de la noche a la mañana todos mis planes, Beck. Tengo una responsabilidad, no puedo echarme atrás una semana antes. Lo entiendes, ¿verdad? Necesito que me entiendas… Y me esperes. Sobre todo, que me esperes.

Suspiro de nuevo, porque sé que tiene razón, pero no me lo puedo creer.

—¿Hablas seis idiomas? ¿Cuáles? —pregunto con auténtica curiosidad y también por desviar un poco el tema de lo más doloroso.

—Pues español, claro —sonríe—, es obvio, pero también cuenta; inglés, francés, alemán, portugués y… ruso. Bueno, el ruso no lo domino del todo, pero lo tengo muy avanzado. También chapurreo italiano y me estoy iniciando en el griego. Siempre he querido aprender japonés, pero es muy jodido, por eso seis meses de inmersión lingüística me vendrán de puta madre. Te juro que es el último viaje. Le diré a mi jefe que en cuanto vuelva quiero curro de traductor o de intérprete en congresos por aquí o lo que sea, que se acabó lo de viajar para mí… Por favor, Beck, no quiero perder esto, pero lo otro tampoco. Para mí es muy importante. Dime que me esperarás. Por favor. —Me coge la cara con las manos y me besa—. Por favor.

—Pues claro que te esperaré. —Rompo a llorar—. Te esperaría ocho años más, pero no me hagas comprobarlo, por favor.

Se ríe bajito.

—Seis meses, te lo prometo, ni uno más. —Pasa un brazo por encima de mis hombros y me acerca a él—. Si la cosa se alarga, te juro que los dejo allí y me vengo yo solo si hace falta… ¿Quieres que nos vayamos?

—¿A dónde?

—A mi casa. En teoría nos íbamos el viernes, pero que se apañen sin nosotros… Mi avión sale el lunes; si nos vamos hoy, tenemos una semana para estar solos; si no, tres días, lo que prefieras…

—Vámonos hoy, se pueden arreglar muy bien sin nosotros.

—Es que encima les estamos reformando nuestra casa, es muy fuerte. Nosotros nos la pedimos antes —sonríe.

—No estaba segura de que te acordaras…

Me vuelve a besar.

—Me acuerdo de cada minuto de aquel verano, pero te prometo que los que están por venir van a ser mejores.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

llenarnos de recuerdos



El piso de Vic está en un edificio antiguo (quizá *viejo* sea más preciso) de dos alturas. El suyo es el de arriba, un segundo sin ascensor. La escalera es vieja también, pero tiene su encanto, es bonito pese a la decrepitud que desprende.

Abre la puerta y, antes de entrar, se gira hacia mí con una sonrisa gamberra y, sin avisar, me coge en brazos para cruzar el umbral muerto de risa.

—¿Qué haces, loco? —me río yo también.

—Lo que hay que hacer, ¿no? Es algo de la mala suerte, creo.

—Pero eso se supone que es después de la boda, no así a lo loco un día cualquiera.

—No es un día cualquiera. —Me besa y me deja en el suelo de nuevo. Luego cierra la puerta con el pie—. Es la primera vez que entras en mi casa y, a partir de ahora mismo, también la tuya. ¿La necesitas? —Me mira serio de repente y arruga las cejas.

—¿La casa? Bueno, de momento, hasta que vuelvas —se me quiebra un poco la voz—, creo que voy a seguir en la mía. Me gusta y estoy a gusto con ellos. Creo que aquí me sentiría muy sola.

—No, me refería a la boda… ¿La necesitas? ¿Quieres casarte?

—No especialmente —aseguro mientras encojo un hombro—, yo solo quiero estar contigo.

—No creo que necesitemos un papel. —Sonríe y me pasa los brazos por la cintura—. Hemos superado la distancia —me besa—, el tiempo —me vuelve a besar—, tu abandono —arrugo las cejas y él se ríe y me besa otra vez— e incluso mi muerte. —Se ríe más fuerte y yo intento ponerme seria—. No creo que haga falta una firma en un papel para demostrar que lo nuestro puede con todo.

—Yo tampoco lo creo —confirmo.

Me hace una visita rápida por la casa. La cocina es pequeña y un poco vieja, pero está bien cuidada y bastante limpia. El baño, lo mismo. Me enseña una habitación amplia en la que hay un escritorio y una librería llena de guías de viaje, diccionarios y manuales de gramática de distintos idiomas.

—Mira, he pensado que aquí podemos poner otro escritorio, para que estudies tú. No tengo

más habitaciones, no hay muchas más opciones —sonríe—. Cabe sin problema otra mesa y una estantería con lo que necesites. Pero si no te gusta la casa o quieres tener tu propio espacio, podemos mudarnos y buscar un piso a gusto de los dos. A mí me gustará que estudies a mi lado mientras lo hago yo también o mientras preparo cosas del curro, pero como prefieras. El apartamento es de renta antigua, pago una miseria de alquiler, pero de verdad que me adapto a lo que tú quieras, lo importante es que estés a gusto y lo sientas tuyo.

—Ha pasado todo tan rápido… —Acerco mi mano al colgante que hace días que no llevo, pero no se me va el vicio—. Aunque a la vez tenemos que esperar tanto tiempo para empezar de verdad…

—No lo pienses, Beck, que me vengo abajo. —Me coge la cara con las manos—. Vamos a vivir esta semana a tope y a llenarnos de recuerdos. No pensemos en lo que pasará el lunes…

Me besa y yo lo acepto y recibo ese beso como la declaración de intenciones que es. Una promesa a largo plazo. Luego me conduce a la última habitación.

—Esta es la *suite*, *mademoiselle* —dice con una risita al enseñarme el dormitorio—. Es un poco cutre la casa en general, ya lo sé…

Parece algo avergonzado.

—Has visto la mía, no es mucho mejor, y comparto piso con otros tres. Tú al menos vives solo.

—Eso sí. Bueno, ya no, ¿no? En cuanto vuelva —cierra los ojos con fuerza, como si le doliera—, viviremos juntos.

Asiento y lo abrazo fuerte. Todavía espero ese milagro que no lo vuelva a separar de mí.

—Voy a hacerte sitio en el armario, así guardas lo de la maleta. Y durante estos meses puedes ir haciendo la mudanza con toda la calma… Incluso ir haciendo la casa tuya, cambiando lo que quieras, venirte aquí cuando te apetezca…

—Vic —lo interrumpo y le pongo las manos en los hombros—, no lo digas más veces, no hace falta. Te voy a esperar, te lo prometo. Iré a verte a Japón si quieres que vaya y si nos lo podemos permitir, y también en Navidad a Madrid a conocer a tu madre. Y para cuando vuelvas en marzo, ya estaré instalada aquí y deseando verte.

Asiente y suspira. Luego me abraza fuerte.

—Voy a hacerte sitio en el armario —murmura y se pone a ello.

Va reubicando cosas en los cajones mientras yo abro mi maleta y separo lo que está para guardar de lo que necesita pasar antes por la lavadora.

—Ay, joder —lo oigo suspirar.

—¿Qué pasa?

Me acerco a él y compruebo que sostiene una caja metálica del tamaño aproximado de un sobre.

—Esto es todo lo que tenía de ti. Tan poca cosa y tan escondido…

Se la quito de las manos y la abro. Dentro está la foto mía que le dio mi hermana y su

colgante. También hay un folio doblado. Lo cojo y se lo enseño sin desplegarlo.

—¿Qué es? —pregunto.

—La única carta que llegué a escribirte… Estuve esperando a que llegara una tuya con el remite para poder enviarla. Ya da igual. —Me la quita y sonríe.

—La quiero leer —le pido.

—No creo que sea buena idea. Debe de ser muy triste. Hace mucho que no la leo, pero recuerdo escribirla.

—Tú leíste mis notitas, también lo eran.

—Tienes razón —sonríe y me la tiende—, supongo que es lo justo.

Me acomodo con la espalda contra la cajonera y despliego el papel:

Querida Beck:

Había empezado a escribirte una carta en la que te decía cuánto te echo de menos y las ganas que tengo de verte, pero la he roto y he empezado esta. Ha pasado algo horrible, lo peor del mundo, y hablar de cualquier otra cosa me parece frívolo y sin sentido.

Mi hermano ha muerto. Hace dos días tuvo un accidente con la moto. Un camión se lo llevó por delante y murió al momento. No puedo ni empezar a explicarte cómo me siento. Estoy como en una pesadilla de la que creo que despertaré en cualquier momento. Pero no, me basta con ver a mi madre para recordar que es cierto y que no voy a volver a verlo nunca más.

Hoy tendría que haberte llamado, pero no he podido porque no tengo el papelito donde me apuntaste tus datos. Por motivos que ya te explicaré, lo llevaba mi hermano encima en el momento del accidente, así que espero que lo entiendas y no te enfades por no haber cumplido mi promesa de llamarte yo primero.

Esta carta tardará bastante en llegarte, porque, como tampoco tengo tu dirección, voy a tener que esperar a que me escribas tú primero. Estoy enviándote mensajes telepáticos para ver si adivinas que ya no tengo tus datos y en la primera carta que me mandes me incluyas tu teléfono, porque de verdad que necesito hablar contigo y escuchar tu voz. Estoy muy roto, Beck, necesito oírte, verte, abrazarte...

He hablado con mi madre de ti, y le parece bien que vengas a pasar unos días, entiende que te necesito y que me vendrá bien tu compañía. Puedes quedarte en casa, mi madre está dispuesta a hablar con la tuya si hace falta para convencerla, y te puedo mandar el dinero del autobús, pero inténtalo, Beck, por

favor, de verdad que te necesito más que nunca.

Te quiero y te echo muchísimo de menos.

Vic

Me seco una lágrima que se me escapa y me siento, una vez más, la persona más imbécil del mundo.

—Eh —susurra él y se acerca a besarme—. Ya está. Ahora estoy bien. Estamos bien, estamos juntos. —Me abraza como puede, porque seguimos sentados en el suelo—. Te quiero, Beck, creo que nunca dejé de hacerlo. Nunca me diste igual, pasé del amor al odio, el sentimiento seguía siendo muy fuerte. Por eso no me ha costado nada volver a quererte, o igual solo volver a reconocerlo.

—Yo también te quiero —murmuro.

—Lo sé —sonríe. Luego acerca la caja metálica, saca su colgante del interior y me lo muestra—. ¿Conservas el tuyo?

—Claro —asiento—. Lo llevaba puesto cuando nos vimos. Me lo quité esa noche.

—Ay, joder, qué capullo fui. —Me abraza más fuerte.

—Eso no te lo voy a negar…

Suelta una carcajada y me vuelve a apretar contra él.

—¿Lo tiraste? ¿O todavía lo tienes?

Alcanzo mi neceser, que estaba a la vista dentro de mi maleta abierta, y saco el colgante de su interior. Él me lo quita y lo encaja con el suyo.

—¿Quieres que nos los volvamos a poner hasta que vuelvas?

—Nunca debimos separarlos. —Niega con la cabeza y se pone de pie.

Lo sigo hasta la cocina y saca del frigorífico un bote de pegamento de contacto. Antes de que me dé cuenta, ha unido los colgantes y enlazado los cordones.

—Podemos engancharlo en la puerta de la nevera con un imán, colgarlo sobre la cama, en el corcho del estudio… Donde tú quieras, pero juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

rata de dos patas



Llevamos toda la semana en mi casa y me resulta de lo más natural tener aquí a Beck. Han sido unos días increíbles y no me puedo creer que mañana tengamos que separarnos otra vez. Ocho años hemos tenido para reencontrarnos y ha tenido que ser justo cuando me tengo que marchar a la otra punta del mundo y durante tanto tiempo. En fin, supongo que al destino le gusta reírse a nuestra costa. Pero esta vez no. Esta vez no vamos a permitir que nos separe de verdad. Esta vez es imposible que perdamos el contacto.

Esta ha sido, sin duda, la mejor semana de las vacaciones. Me encanta tener a mi chica en casa y me encantará vivir con ella definitivamente a mi regreso. Tengo que ser fuerte y recordarme todos los motivos por los que debo hacer este viaje, sería muy fácil flaquear y quedarme aquí con ella, pero tengo que ser fuerte y pensar en mi futuro. Nuestro futuro, porque tengo intención de que esté ligado al de ella para siempre.

Estamos tumbados en la cama, echándole un vistazo a la guía de Tokio y planeando lo que haremos en su primera visita, dentro de poco más de un mes, cuando suena el teléfono. Cojo el de mi mesita de noche y contesto.

—¿Sí?

—Vic, ¿qué tal? Soy Ori, ¿me pasas a Rebe?

—¿Ya estáis de vuelta?

—Sí, volvimos anoche. La casa ha quedado genial, ya la veréis.

—Qué guay, sí, ya la veremos.

—¿Me pasas a Rebe?

—Sí, claro.

Ella me está mirando con curiosidad y yo le tiendo el teléfono.

—La rata piojosa, que quiere hablar contigo —digo lo bastante alto para que me escuche al otro lado de la línea. Lo oigo reírse a través del auricular. Misión cumplida.

—¿Qué tal, Ori? ¿Cómo ha ido?

Me levanto de la cama y empiezo a recoger la ropa que hemos dejado tirada por el suelo en el último arrebato de pasión.

—¿En serio? ¡Qué guay! ¿Y Aixa?

Separo la que es para lavar de la que puedo volver a guardar.

—¿Y Tati? ¿Se ha quedado ya allí? ¿Ya viven allí oficialmente?

Me siento en la cama junto a ella y comienzo a tararear una canción[1] para que me escuche su amigo al otro lado:

—*Rata de dos patas / Te estoy hablando a ti / Porque un bicho rastrero / Aún siendo el más maldito / Comparado contigo / Se queda muy chiquito…*

Beck suelta una carcajada y oigo al otro reírse también al otro lado.

—Lo está haciendo de coña, se está riendo… En realidad ya no te odia. Si tampoco tenía motivos antes, menos los tiene ahora… —asegura ella con la mirada fija en mí.

—Si a ti te hace feliz tenerlo en tu vida, aprenderé a tolerarlo. —Me río y luego alzo la voz —: ¿Me has oído, artistilla? Voy a intentar tolerarte…

Ori se ríe al otro lado y yo le doy un beso rápido a Beck antes de meterme en la ducha.

Para cuando salgo, ella sigue al teléfono, pero cuelga en cuanto me ve aparecer y sonríe. Supongo que adivina mis intenciones. Empieza nuestra última noche juntos y tenemos que darnos la despedida que nos merecemos.

CAPÍTULO SESENTA

toda mi vida



Me despierta el roce de los labios de Vic sobre los míos. Ha llegado la mañana y eso significa que se nos ha acabado el tiempo. Él está ya vestido y duchado. La enorme maleta me mira amenazadora desde la puerta.

—Pídeme que no me vaya —susurra—. Pídeme que me quede contigo.

—No puedo hacer eso, no puedo pedirte algo así.

Suspira y asiente.

—Joder, Beck, cómo te voy a echar de menos…

—Y yo. —No digo nada más, porque apenas tengo voz.

—Voy a irme ya, he llamado a un taxi, estará a punto de llegar.

—Espera, me visto y te acompaño. —Hago el amago de levantarme de la cama, pero me lo impide.

—No, por favor, quédate. Prefiero recordarte desnuda en mi cama y no llorando en un aeropuerto. Además, si vienes, no sé si sería capaz de subir al avión.

—¿Qué te hace pensar que lloraría en el aeropuerto? —bromeo.

—Ah, no, si me refería a mí —se ríe. Me besa—. Te quiero tanto, Beck. Te llamaré en cuanto pueda.

Yo solo asiento y respiro hondo, porque no quiero ponerme a llorar y hacerle más difícil la despedida.

—Te quiero. —Fuerzo una sonrisa que no siento.

Vuelve a besarme y se levanta de la cama.

—Me voy —susurra—. Adiós, Beck.

—Adiós —murmuro.

Y coge la maleta y se marcha. Así, sin más.

Me enrollo la sábana alrededor del cuerpo y me asomo a la ventana del dormitorio. El taxi ya está esperando. El conductor le quita el equipaje y lo carga en el coche. Vic mira hacia arriba y sonríe al verme. Me lanza un beso y vocaliza un «te quiero» que me parte el alma. Le dedico mi sonrisa más triste mientras lo observo entrar en el vehículo. Unos segundos después, se ha

marchado.

Me dejo caer sobre la cama y lloro todo lo que no he querido llorar delante de él y un poco más. O un mucho más. El caso es que lloro hasta que me quedo dormida de puro agotamiento.

Me despierto un par de horas después con toda la cara hinchada. Miro el reloj de la mesilla: faltan unos cincuenta minutos para que despegue su vuelo. Me siento tentada de coger un taxi hasta allí y decirle que no se vaya, como me ha pedido esta mañana. Pero si, pese a eso, se acabara marchando igual, me partiría el corazón. Y si no lo hiciera porque yo se lo he pedido… Eso sería algo que pesaría entre nosotros para siempre. Si eso perjudicara su carrera o su trabajo, no podría perdonármelo. Y enrarecería nuestra relación sin remedio.

Decido, por tanto, darme una ducha larga para evitar la tentación de salir corriendo detrás de él. Empleo más tiempo del habitual en desenredarme el pelo con calma. Decido dejar aquí mis cosas de aseo, voy a hacerle caso y a ir haciendo la casa mía poco a poco.

Salgo del baño en albornoz y me dejo caer en la cama. Cojo el teléfono de su mesilla y llamo a mi casa.

—¿Sí?

—Ori —lloriqueo—, se ha ido.

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Y ¿cómo te sientes, Rebe?

—Triste —gimoteo para no ponerme a llorar de verdad.

—Claro, es normal. Lo más importante es que no lo asocies con lo de la otra vez… Piensa que esto no tiene nada que ver. Ahora sois adultos y los tiempos han cambiado, las comunicaciones no son como antes, ya verás como podréis estar mucho más en contacto.

—Supongo —suspiro.

—Ay, Rebe, cómo me duele oírte tan triste otra vez… El Vic de los cojones…

—No digas eso de él. —Me río sin ganas—. No sé qué hacer. No sé si quedarme aquí o ir a casa. Lo voy a echar de menos igual. Bueno, aquí puede que más, en casa me distraeréis, pero también os daré la brasa con mi dramita.

—Estamos más que acostumbrados a tu dramita, cari. —Se ríe—. Igual te viene bien estar un rato sola, para lamerte las heridas… Pero en cuanto necesites compañía, te vienes para acá. No te quedes sola si no es lo que quieres.

—Lo que quiero… Lo que quiero… —bufo—. Solo hay una cosa que quiero… Y pensar que ahora mismo está volando a kilómetros de altura es lo que no quiero.

—No va a pasar nada. —Se ríe al otro lado del teléfono.

—Bueno, me sentiré más tranquila cuando sepa que ha aterrizado sano y salvo.

Oigo a Ori reírse al otro lado.

—No te rías de mí —protesto y me estiro sobre el colchón.

—Venga, cuéntame qué tal el polvo de despedida mañanero, así te distraes.

—Qué cotilla eres, sabes que no me gusta hablar de esas cosas, y en realidad fue anoche… Esta mañana no daba tiempo, se ha ido enseguida.

—Oh, qué bajón. No me puedo creer que no os pusierais el despertador para daros un homenaje por todo lo alto…

—Lo de anoche estuvo muy bien, y fue muy bonito. Me sirve como recuerdo al que acudir cuando lo eche de menos. No fue un polvo y ya, fue una noche mágica, de horas sin parar. Ahora me duele todo el cuerpo, pero te juro que valió la pena…

—Va, cuéntame qué te hizo, que llevo mucho tiempo a dos velas, déjame vivir a través de ti.

—Ni lo sueñes —me río—. Búscate quien te dé amorcito, porque no vas a vivir a través de mí.

—Venga, Rebe, cuéntame… ¿Fue en plan romántico o en plan supersalvaje como si se fuera a acabar el mundo?

—Fue muy bonito, con Vic siempre es bonito, aunque también tiene su punto salvaje… El equilibrio perfect…

Mi última palabra es interrumpida por un grito de terror cuando noto unas manos en mis tobillos. Me incorporo bruscamente y me encuentro a Vic subiendo desde el pie de la cama muerto de risa.

—¡Qué susto me has dado! ¡¿Qué haces aquí?! ¿Y tu avión?

Mi corazón va volviendo poco a poco a su velocidad normal, pero todavía tengo el susto en el cuerpo.

—¿A quién le estás contando nuestras intimidades? ¿A la rata despeinada? —pregunta al llegar casi a mi altura. Se queda ahí, con su cara a un palmo de la mía.

Lo miro sin articular palabra y sin prestarle atención al teléfono que he debido de dejar caer sobre la colcha en pleno susto. Se oye a lo lejos a Ori cantar[1], supongo que habrá intuido más o menos lo que acaba de pasar. Es Vic quien se lleva el auricular a la oreja.

—Artistilla, ve a pajearte con alguna de tus perversiones, que aquí no hay nada que escuchar. —Se queda callado un momento y suelta una carcajada—. No, no me he ido. —Se vuelve a reír —. No, no me voy. No cuentes con ver a mi chica en unos días, que la voy a tener secuestrada. No me interesa nada más que tengas que decirme… —Otra carcajada—. Adiós, Ori.

Cuelga el teléfono y lo vuelve a dejar caer sobre el colchón.

—Pero, pero… Explícame esto… ¿Qué ha pasado?

—Que no he cogido el avión.

—¿Lo has perdido?

—No, he llegado a tiempo. He llegado a facturar y todo, pero cuando he visto que la cinta esa transportadora se llevaba mi maleta, le he dicho a la chica en plan broma: «no la perdáis, que ahí dentro va toda mi vida». Y al momento me he sentido como un gilipollas, porque ahí dentro solo

había cosas, me había dejado toda mi vida aquí, y eso no hay trabajo que lo supere… ¿Qué coño iba a hacer yo en Japón estando tú en mi casa, en mi cama? No tenía ningún sentido, no sé cómo no me has avisado de lo absurdo que era…

—No era decisión mía. —Sonrío de auténtica felicidad, aunque no termino de creerme que de verdad esté aquí—. ¿Y te has venido del aeropuerto sin más? ¿Puedes hacer eso?

—A ver, que tengo sentido de responsabilidad. He cogido un taxi y me he ido a la agencia a hablar con mi jefe.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha despedido —se ríe.

Ver mi cara de susto le hace reírse más fuerte.

—No pasa nada, Beck, ya encontraré otro trabajo. Soy bueno en lo mío. No hablo japonés, y lo más seguro es que ya nunca lo haga —hace una mueca divertida—, pero hablo otros cinco idiomas. Encontraré algún trabajo de los que se pueden hacer sin viajar.

—Ha sido una decisión muy importante, espero que estés muy seguro de lo que has hecho…

—Si me quedaba alguna duda —se incorpora un poco y desata mi cinturón—, llegar y verte así me las ha despejado. —Me abre el albornoz y sonríe. Luego pasa la lengua por mi pecho antes de volver a hablar—: en realidad, ha sido una decisión muy fácil. Creo que ya hemos cubierto el cupo de mala suerte, separación y dolor que nos tocaba en esta vida y puede que en la siguiente. Se nos ha dado una segunda oportunidad y no puedo ni quiero arriesgarla ni retrasarla. Nuestro final feliz empieza ahora y necesito que sea ya, no se me ocurre nada más urgente que esto.

—Qué bonito —asiento.

—¿Qué me dices, Beck? —Se incorpora y me besa—. ¿Quieres estar conmigo hasta que la muerte nos separe otra vez?

—Sí, pero tengo una condición…

—Dime —sonríe—, la que quieras.

—Esta vez, me pido morirme yo primero.

epílogo

un mes después



Aparto la gravilla con el pie y me siento en el suelo. Apoyo la cabeza en la losa de mármol y miro de reojo el nombre de Val grabado en la piedra. Brilla mucho y las flores son nuevas, supongo que mi madre ha venido hace poco.

—No me he ido a Japón —murmuro y sonrío—. Sé que me llamarías *calzonazos*, pero no podía hacerlo. He recuperado a mi chica, a mi pelirroja. Nunca me abandonó, nunca pasó de mí. —Cierro los ojos y suspiro—. Si tú supieras… Aquella idea de que me pusiera tu ropa para impresionarla fue la mayor cagada de mi vida, pero ya está. Al final, todo ha salido bien. ¿Sabes? Ella pensaba que era yo el que había tenido el accidente, pensó que era yo el que había muerto… Y se tiró ocho años escribiéndome notitas cada vez que se acordaba de mí. ¿Te lo puedes creer? Ocho años, tío… Yo no he hecho nada parecido por ti ni de coña, supongo que soy un hermano de mierda. ¿Sabes también de qué más me di cuenta? De las veces que le dije a ella «te quiero» aquel verano. Un millón de veces en dos meses, y a ti no te lo dije ni una vez en diecisiete años. Me habrías llamado «maricón» o «nenaza», seguro —me río—. Así que voy a aprovechar ahora que no puedes insultarme: te quiero, Val. Y te echo de menos todos los días, aunque no te escriba notitas y no venga a verte casi. Que yo sé que en realidad no estás aquí, pero, no sé, se lleva mejor si hay un sitio al que acudir, supongo. —Suspiro y cierro los ojos—. Ya tengo cinco años más que tú, pero sigues siendo mi hermano mayor y sigo sintiendo que te necesito cada vez que la vida me supera. Aunque dieras unos consejos de mierda —me río entre dientes—, a mí en el momento me servían. Joder, cómo me gustaría presentártela. Te meterías conmigo y dirías que es demasiada tronca para mí. —Me vuelvo a reír con tristeza, siempre me pasa cuando vengo a verlo—. Y tendrías razón, los dos lo sabemos, pero ella no, así que mejor que quede entre nosotros, ¿vale?

Permanezco un rato en silencio y mi vista se queda atrapada en una señora que está sacando brillo a una lápida bastante lejos de mí. El nicho de Val está a ras de suelo, en el extremo de una especie de plaza llena de tumbas de las clásicas, rollo sepulcros. Mejor, así no estoy en un pasillo de cara a las placas de un montón de desconocidos. Es como si estuviera en un jardín. Macabro y

tétrico, pero un jardín, al fin y al cabo.

—Es jodida la vida sin ti, quién lo hubiera dicho. —Sonrío—. Ahora con ella un poco menos, no te voy a engañar… —Suspiro—. Soy feliz, Val. He estado muy mal, pero ahora soy feliz. Si aún estuvieras aquí lo sería más todavía, está claro, pero, con las cartas que me han repartido, creo que soy todo lo feliz que puedo ser. Intenté convencer a mamá de que se viniera a Valencia, para que no estuviera aquí tan sola. Se lo dije muchas veces, pero siempre me ponía excusas tontas. Creo que en el fondo se quedó para sentirse cerca de ti. Solo tenía que entender que te lleva dentro, igual que yo, que no es que estés aquí. —Se me escapa un sollozo—. Pero bueno, si ella es más feliz así, pues que se quede. Quizá con el tiempo nos vengamos nosotros, Beck y yo. Qué bien suena, tío, es una pasada sentir que tengo un futuro con ella. En Valencia o aquí, en realidad me da lo mismo, solo quiero estar a su lado. Ha venido conmigo. Se la he presentado a mamá y se llevan muy bien. Ahora están las dos juntas por ahí. Les he dicho que necesitaba pasar a verte yo solo. Sí, qué bragazas y lo que quieras. —Pongo los ojos en blanco, pero al momento me seco una lágrima que se me escapa—. Joder, Val, cómo te echo de menos todavía… A veces creo que ya me he acostumbrado a que no estés y me siento mal por eso, pero en realidad no sé si algún día me acostumbraré del todo… Ha pasado a ser un dolor soportable, pero creo que voy a llevarlo siempre encima. Y, en cierto modo, supongo que debe ser así. Me ayuda a sentirte cerca.

Me quedo un rato en silencio, intentando no llorar. Hasta que me pregunto por qué intento no hacerlo. Si uno no puede llorar en un cementerio junto a la lápida de su hermano, no sé cuándo va a poder. Así que finalmente me desahogo y lo suelto. Y me sienta bien.

Me recreo en el dolor, porque, aunque ahora soy feliz, a veces también necesito esto.

siete años después



El logo gigante del Congreso de Biología molecular junto al de la Cambridge University tras el escenario impresionan un poco, la verdad. Si yo estoy nervioso, no me quiero imaginar cómo se siente ella. El auditorio está a reventar. Yo vengo por apoyo y solidaridad, lo que controlo de moléculas se reduce al vocabulario básico que manejo para ayudarla a traducir los artículos que tiene que leerse para la tesis.

Llevamos dos años viviendo en Cambridge. Beck consiguió una beca aquí para hacer el doctorado y la conferencia de hoy es parte del proceso. Yo encontré curro de intérprete en una agencia británica y me dedico a lo mismo que en España, pero rodeado de ingleses. Mi ventaja es que puedo trabajar en cualquier lugar del mundo y mi única prioridad es estar cerca de ella.

La butaca junto a la mía sigue vacía y me estoy empezando a poner nervioso. Por fin, el artista del momento, que es incapaz de pasar desapercibido ni cuando es su amiga la que tiene que ser el centro de atención, aparece por el otro extremo de mi fila de asientos y comienza a molestar a todo el mundo para que lo dejen pasar.

—*Chorry*, *isquiusmi*… —va diciendo con la peor pronunciación en la historia del idioma de Shakespeare y a mí, como siempre que lo escucho hablar inglés, me asalta una mezcla de risa y vergüenza ajena.

Cuando nos vinimos a vivir aquí, no tardó ni tres meses en seguirnos. Ori vive en Londres, no en Cambridge como nosotros, pero no queda demasiado lejos y nos vemos muy a menudo. Él también hace lo mismo que en España, pero aquí. Sigue ligando como un cabrón y no enamorándose de nadie. Y en la capital británica, por lo que sea, está teniendo bastante éxito con las *performances* esas extrañas que hace. Cuando he dicho antes lo de «artista del momento» no ha sido en plan irónico, esta vez es algo objetivo, está empezando a ser un artista reputado y cotizado. Entre sus muchos delirios, y con el grupo de «modernos» que ha conocido aquí, ha fundado un colectivo con inclinaciones creativas y últimamente se dedican a hacer cortometrajes. Parece que quiere dar el salto al cine. De momento han ganado varios premios de cine *indie*, ya veremos en qué queda la cosa… Hace años que me llevo bien con él, es lo más parecido a un

hermano que tengo. De hecho, en cierto modo, me recuerda a Val, sobre todo en el pelo, que siempre lo ha llevado como solía llevarlo mi hermano. Supongo que también es el que tendría yo si me lo dejara largo hasta los hombros y luego restregara la cabeza contra el sobaco sudado de un gigante.

Llega por fin hasta mí, se sienta a mi lado y me da una palmada en la pierna.

—¿Qué pasa, tío? Creía que no llegaba.

—Es que casi no llegas —gruño.

—Estás muy sexi cuando te enfadas, corazón —me suelta antes de darme un beso en la mejilla. Siempre me está intentando picar con ese tipo de gestos y comentarios, pero hace años que no entro al trapo.

—Gilipollas. —Le doy un codazo y me río entre dientes.

Me giro hacia el fondo de la sala y busco con la mirada, en el piso superior, a mi madre. También han venido mis suegros y mi cuñada. Los localizo rápido, les conseguí asientos de primera fila en esa zona. Para cuando avisaron de que vendrían, ya no quedaban aquí abajo. Les hago un gesto con la mano y Eva me ve enseguida y me lo devuelve. Han venido directos del aeropuerto, así que no he podido ni saludarlos. Fue un poco raro al principio lo de presentarme como el novio que había vuelto del más allá, aunque no les quedó más remedio que asimilarlo. Por suerte, no machacaron demasiado a su hija por ello. Su madre hizo el amago de recordarle que había tirado su vida a la basura por algo que no había ocurrido, pero Eva fue rápida y neutralizó la situación a tiempo. Dentro de lo que cabe, fueron bastante comprensivos en general. Por lo que a mí respecta, me gané enseguida a mi cuñada y a mi suegra, porque cuando quiero soy encantador. A mi suegro, lo de que nos fuéramos a vivir juntos (y sin casarnos) no es que le hiciera demasiado feliz, pero no tuvo más remedio que resignarse, porque tampoco es que la pudiera controlar; al fin y al cabo, hacía ya muchos años que mi chica se había independizado. En cualquier caso, a todos les encantó la idea de que mi Beck retomara las riendas de su vida y empezara a luchar por su futuro. Creo que, en cierto modo, es algo que me agradecen; aunque, en realidad, ella ya lo tenía claro antes de que nos volviéramos a encontrar. Yo no mando nada aquí, solo soy una pieza más en sus planes y me dejo mover donde ella me necesite.

Aixa quería haber venido también, pero es profe en un cole de Primaria y no puede escaparse siempre que le gustaría. Aun así, en cuanto se junta con varios días libres, se planta aquí y hace tan feliz a mi chica que yo me alegro de verla casi tanto como ella. Eso cuando no somos nosotros los que vamos a Valencia. Ya no tenemos mi piso de alquiler, lógico. Cuando vamos, nos quedamos en nuestra casa de la playa. Bueno, en casa de Mauro y Tati, claro. Pero creo que, en el fondo, tanto Beck como yo la sentimos un poquito nuestra todavía.

En vacaciones solemos juntarnos todos los que estuvimos aquellas semanas ayudando a reconstruirla. Nunca pasó nada entre Aixa y Darío, supongo que mi amigo es demasiado soso para una chica como ella. Él tiene novia desde hace un par de años, una chica un poco sin más, supongo que son tal para cual.

En cuanto a lo que pasó finalmente entre Miguel y Ori, tengo que confesar que nadie lo sabe con seguridad. Ninguno de los dos ha dicho nunca nada al respecto. Cuando nos vemos, hay buena relación entre ellos e incluso una cierta complicidad con miraditas, comentarios y coñas que no entendemos los demás, pero nadie sabe si aquel verano (o en algún momento posterior) la cosa fue más allá.

El auditorio al completo se queda en silencio en cuanto suben los cuatro conferenciantes al escenario. Mi chica cierra la marcha. Lleva su bata blanca de científica encima del vestido, es la única que la lleva, pero yo sé que así se siente más segura. Se ha recogido el pelo y está guapísima. No tanto como estaba esta mañana entre nuestras sábanas, pero casi.

—Qué buena está —murmura Ori para picarme—. Parece la científica sexi de una peli porno.

—Qué poco aprecias tu vida, Tusquets —le devuelvo en un susurro lo que espera de mí y se tapa la boca para que no se le escuche reírse.

Los otros tres ponentes se sientan y mi chica se acerca al atril del orador. La notamos temblar desde aquí, aunque imagino que el resto de la gente, que no la conoce tanto, no se da cuenta. Abre la boca, pero no emite ningún sonido. Todo el público está en silencio esperando a que hable. Oriol me coge la mano que descansa sobre el reposabrazos que compartimos y ambos aguantamos la respiración los tres segundos que Beck tarda en empezar con su «*welcome to the…*» que tantas veces hemos ensayado en casa. Pero lo hace, y a mí se me hincha el pecho porque no puedo estar más orgulloso de ella y de todo lo que está consiguiendo.

Conforme avanza la charla, Beck se va creciendo y gana en confianza y soltura, mientras su amigo a mi lado se va deslizando en el asiento y yo me pregunto si le vencerá antes el sueño o la gravedad.

Por fin termina la disertación y dan paso a las preguntas del público. Ha llegado mi momento. Levanto la mano el primero y me pongo de pie cuando la azafata en cuestión llega hasta mi lado con el micrófono.

Cuando Beck me identifica, se queda tan blanca que temo que se vaya a desmayar. Ori se ha espabilado del todo y se ríe por lo bajo porque conoce mis intenciones. Saludo a los presentes con mi mejor acento británico y la miro a ella a los ojos antes de disponerme a formular mi pregunta. Beck niega casi imperceptiblemente con la cabeza y su mirada me transmite auténtico terror. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no reírme al hablar. Llevo un par de semanas diciéndole que tengo intención de pedirle que se case conmigo de esta manera, delante de toda esta gente y en nueve idiomas. Ha sido muy divertido ver su reacción cada vez que se lo he comentado y cómo intentaba convencerme de que no lo hiciera. Llegó incluso a suplicar. Ayer llamé a su jefe para que me dijera alguna pregunta que pudiera hacerle en referencia al trabajo, que fuera fácil de contestar y que le permitiera lucirse. Me proporcionó una que se supone que cumple todos esos requisitos. Yo solo la he memorizado y se la lanzo tal cual, sin saber ni lo que estoy preguntando. Ella respira aliviada cuando acabo de formularla y a Ori se le escapa una carcajada. La cuestión da para diez minutos más de charla por su parte y asentimientos y

aplausos por parte de los asistentes.

Ya en el cóctel de después de la conferencia, Ori y yo nos acercamos a saludar a mi familia política y a mi madre. Mi suegro me estrecha la mano y mi suegra me abraza con cariño.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—Ha estado estupenda —asiento.

—Se la veía un poco nerviosa —apunta mi cuñada.

—Pero eso no se lo vas a decir. —Le muestro mi mejor sonrisa—. Le vas a decir que no se le notaba nada para que la próxima vez vaya más relajada en lugar de más nerviosa por pensar que todo el mundo se va a dar cuenta, ¿verdad?

—Claro —confirma ella algo avergonzada.

Mi visión periférica me muestra que los conferenciantes han entrado en la sala, así que me disculpo un momento y salgo volando hacia ellos. Cojo a mi chica de la mano y la llevo a toda velocidad a un pasillo que se encuentra desierto.

—Enhorabuena, Beck, has estado increíble —susurro—. No puedo estar más orgulloso de ti.

Ella se pone un poco roja (no tanto como antaño) y sonríe.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Increíble, estupenda, maravillosa, colosal, grandiosa…

—Exagerado —suelta una carcajada—. ¿Qué hacemos aquí, por cierto? —Mira hacia los lados sin entender por qué la he sacado al pasillo.

—Nada en especial. —Me encojo de hombros—. Necesitaba un par de minutos a solas contigo para decirte cuánto te quiero y lo orgulloso que estoy de ti. En cuanto entremos, te empezarán a acosar los científicos locos para hablar de moléculas y nuestras madres para volver al tema de los hijos y el arroz… Necesitaba nuestro momento, pero ya mismo volvemos.

—Me parece bien. —Sonríe y me besa—. Por cierto, la preguntita…

—De nada —me río.

—Eres mala gente, llevo preocupada una semana y cuando te he visto ponerte de pie te juro que he pensado que ibas a hacerlo.

—¿El qué? ¿Pedirte que te casaras conmigo? —sonrío y ella asiente. Antes de volver a besarla, añado—: Bueno, tú no te relajes, que cualquier día te lo pido.

nota de la autora

Gracias por llegar hasta aquí. Ahora, si me lo permites, me gustaría pedirte un pequeño favor, y es que respetes la experiencia de los demás lectores y no les destripes nada de la trama que acabas de leer. Por la naturaleza de esta historia, sería muy fácil caer en el *spoiler* (créeme, soy la primera a la que le está resultando complicado hablar de esta novela sin poder decir nada concreto), pero eso le podría arruinar la lectura a alguien que todavía no la haya empezado.

A cambio, porque estoy convencida de que me vas a hacer ese favor, te voy a contar un poco de dónde surgió la idea para esta historia, si es que te interesa.

En el invierno de mis dieciocho años, dos hermanos que vivían en mi vecindario perdieron la vida en un accidente de moto. Comenzó entonces a circular por el barrio una leyenda urbana que contaba que la novia de uno de ellos se había enterado del accidente por las noticias, al ver las botas de uno de ellos en televisión, más o menos como se relata aquí.

Yo no los conocía personalmente, solo de vista, ni siquiera sabía sus nombres, pero su historia me acompañó durante años. Cada vez que experimentaba algo nuevo o que me lo pasaba especialmente bien, me acordaba de esos chicos que tendrían más o menos mi edad y no iban a poder vivir todo eso. Si yo, que ni los conocía, los tenía tan presentes, no podía ni imaginar cómo tenían que llevarlo sus amigos y, sobre todo, esa chica.

Y así surgieron Vic y Beck. Supongo que es mi manera de darle un final feliz a esa historia que me ha acompañado tanto tiempo.

Ojalá la verdadera hubiera tenido otro desenlace.

agradecimientos

Suelo llegar al momento de escribir los agradecimientos agotadísima de todo el proceso y lo único que quiero es terminar. De hecho, para no romper la tradición de vivir al límite, escribo esto a poco más de veinticuatro horas del tiempo límite que tengo para subir el archivo a Amazon. Por eso me vais a disculpar si me olvido de alguien, no es desagradecimiento, es cansancio y también son ganas ya de terminar.

La tentación de marcarme un «gracias a todos los que habéis hecho esto posible» era grande, pero la he vencido como una campeona, así que vamos allá.

Mi primer pensamiento es para **Julia**, **Diana** y **Jonathan**, que son los que me sufren a diario y me acompañan en este camino. A veces incluso me lo ponen difícil (para que no me relaje, supongo). No se me ocurre un equipo mejor con el que vivir el día a día. Estamos juntos en lo bueno, en lo malo… y en las malditas 16:30.

Si has llegado hasta aquí, supongo que tienes claro que esta historia no sería lo que es sin las imágenes que la acompañan, tanto las interiores como la preciosa portada que no puede ser más bonita. Por eso, tengo clarísimo que sin **Adela** no sería lo mismo. Tanto por la atmósfera en la que lo ha envuelto todo como por los miles de detalles que le he ido pidiendo y que ha sabido interpretar cuando ni yo misma tenía claro qué quería. También es bonito tener a quién llorarle cuando el InDesign conspira contra ti. Creo que a estas alturas ya podemos confirmar que *Libra y Cáncer forman un gran equipo*, pese a los dramas y las inseguridades… O quizá gracias a ellos. Nunca lo sabremos, porque no somos capaces de currar de otra manera. Me encanta tenerla de amiga, socia, ilustradora y lectora cero. Todo se le da bien y es un lujazo que forme parte de mis proyectos desde el primer capítulo.

La otra lectora cero que me ha sufrido a plazos ha sido **Carmen**. Gracias, amiga, por la paciencia, los audios kilométricos, los gifs descriptivos y los consejos. Ha sido genial y divertidísimo contar con tu ayuda desde la primera letra, Beck y Vic te deben mucho.

Esta historia tampoco sería lo mismo sin el ojo atento de **Sonia** y la dedicación plena que les pone siempre a mis chicos. Esos audios que parecen *podcast* y esas llamadas programadas, en las que nos preocupamos durante horas por detalles en los que luego solo nos fijamos nosotras dos, me dan la vida. Me reconforta muchísimo tener con quién compartir taras mentales y gramaticales. Sin duda, esta historia tampoco habría sido lo mismo sin ella.

Gracias también a **Bea**, que me ha acompañado en este viaje de la escritura desde la primera letra. Siempre tiene palabras de ánimo cuando hacen falta y es la mejor ayudándome a luchar

contra el síndrome del impostor. Gracias, amiga, aunque la vida ya no nos deje hablar tanto como antes, yo sé que sigues ahí y me encanta recorrer este camino contigo.

En esta ocasión, el papel de **Tánit** como lectora cero me ha ayudado muchísimo a reafirmarme en esta historia. Compartir con ella a tiempo real todos los sentimientos que le ha hecho experimentar ha sido como vivirlos de nuevo. Es genial saber que hay quien los ha sentido casi igual de intensamente que yo.

Gracias también a **Lola**, que siempre está dispuesta a leer a la velocidad del rayo todo lo que le mande, pese a hijos y mudanzas.

En esta ocasión, he estrenado como lectora cero a **Irene**, y ha sido tan divertido hablar con ella de mis chicos como cuando me crea *hype* de aliens gigantes azules. Me ha encantado contar con ella y sus comentarios, incluso a pesar de las amenazas (yo sé que, en el fondo, me amas).

A **Selva**, por tantos audios comentando libros, autoras y la vida en general; y también por esos comentarios de última hora.

Aunque en esta ocasión (por motivos gestacionales que la han apartado del mundo en general) no haya sido cero, **Biribiankis** siempre tiene un hueco en mis agradecimientos. Porque todas esas risas y ese veneno (no nos escondemos, sí somos) me alegran la vida. Aprovecha esa baja y dales caña a K y G, que me hacen mucha falta.

Y no puedo dejar de nombrar a **Neus**, que, pese a la distancia, sigue siendo mi fan *number one* y siempre está pendiente de cada cosa que hago o escribo. Me ha comprado ya tantos libros que podría montar su propia librería especializada en cafres, sin duda tiene el récord absoluto. Yo sé que, aunque estés lejos, estamos muy cerca.

Tengo un agradecimiento especial para todas las que se volcaron en el juego para darle nombre a mi Ori, sobre todo a **Anna** (@annadrielbooks), que, aparte de hacer unas reseñas maravillosas y darles amor incondicional a mis cafres, fue la que sugirió el definitivo. Muchísimas gracias, ya no lo imagino con otro. Oriol era su nombre, solo había que descubrirlo.

A mis chicas del Plan B (Mara, Cris, Ali, Ruth, Sara, Mery y las Rocíos) que, aunque las tenga muy abandonadas, sé que están ahí cuando hace falta.

Y a mis Jesuitas Girls Friends (Ana, Cris, Raquel, Patri, Vane y Clara), mis incondicionales que no se pierden una. Por muchas birras más.

Gracias también a la comunidad de bookstagram que he conocido en estos años y que me ha descubierto a personas muy especiales:

Raquel (@missatard) no puede ser más bonita. Gracias por el apoyo a mis cafres siempre y por las risas en el Roma. Te debo hijos de Samu, lo sé (lo de Gina ya lo hablaremos XD).

Lara (@lara_blanc_escritora) por el apoyo incondicional siempre y los sufrimientos compartidos.

Ana (@anamazonp_escritora), que siempre está ahí para comentar y compartir opiniones y no se pierde ni una de mis historias.

Nisa (@nisarce), que siempre recomienda a mis cafres en general y a mis intensitos en

particular. Me encanta compartir experiencias con ella de la parte menos artística y más técnica de este mundillo.

Elena (@elenasinh_books) por el cariño que siempre tiene para mis cafres y por todo lo demás.

Paula (@paula_lectora_compulsiva) porque no se pierde una y siempre tiene toneladas de amor para mis chicos, hasta para los que no conoce.

Nayam (@nayamzgreen) porque es siempre un chute de energía con toda esa intensidad que desborda.

Mari (@mariientreletrascomasypontos97) por los cientos de audios en tardes tontas hablando de libros sobre todo, pero también de la vida en general.

Laia (@librosdelai) por la cantidad de *stories* hablando de mis cafres y por todos los mensajes que no se ven. También tiene culpa de que estos últimos meses haya comprado pendientes por encima de mis posibilidades, pero lo compensa con todo lo demás.

Mariki (@las.mariquitas.tambien.leen), que siempre se acuerda de mis niños casi en cada *booktag* o recomendación. Me alegra el día cuando menos me lo espero.

Y a todos y todas los que han contribuido con una reseña, un *story* o una recomendación. Sois la maravilla más grande de todo esto y mis cafres os deben mucho:

@_despuesde50
@_entierrafirme
@_romantic.books
@_romanticasdelnorte
@3spe1990
@adela_argn_art
@adela.s.ebook
@adriana_freixa
@ainhoa.books
@aitanasanblanco
@aliciaaa_75
@almaa.delibro
@amandoentrepaginas
@anabel_botella
@anaguerra_15
@anaidam7
@analisangar
@anamazonp_escritora
@aneleamme
@angelafranco.autora

@anitadevoradoradelibros
@annadrielbooks
@ashura70
@barracon2
@beatriz_p_reyes
@betweenlovebooks
@biri.biankis
@brendy23fire
@brr.leyendo
@brujuladelibros
@buceandobooks
@buceandoentrehistorias
@buscando.lectura
@carmen_arteaga_escritora
@coliseodroma
@conlosbartulosaotraparte
@criis_mily
@cris_lectora_21
@cristina_d_estanislao
@cuando.los.mios.duermen
@cucocandas
@deleyendoyriendo
@devorolibros
@dulce_merce
@dulce.ando
@el_marcapaginas_de_angy
@elenasinh_books
@elrinconindecris
@elysbooks
@emme.costa_letras
@enara_de_la_pena
@entremilvidas_
@entrepaginasdehistorias
@evalispm
@eventodevoralibros
@galernica
@gemrafor
@gia_mimoraleja

@helen.in_wonderland
@helenduende
@helenrytkonen
@icallebook
@isabelcanovasautora
@isefran.79
@johanamartinez8895
@kphylaso
@lady_fuxia
@ladyromanticbook
@lara_blanc_escritora
@laralonsoautora
@laslecturasdeyoli
@laurelleeyescribe
@lectorahastaaltashoras
@lecturasmapita
@leeresdeguapas
@leoquemeleo
@lety_lib00
@leyendoafull
@libreriasonora
@libros.autopublicados
@librosdelai
@librosdemery
@libroseroticoromanticos
@libroslibresmundos
@librospuntoymas
@lilith_lectora
@lives.reading
@loca_de_los_libros48
@lorenaciudad13
@lu_lectora
@lunapurple_lunavioleta
@mamitai
@manu.balfour
@manuelamolinaleon
@marablanco_
@mariientreletrascomasypontos97

@marina_enmacondo
@marisolfg68
@marksandglitter
@marlibros
@marta_claus2021
@mayka369
@me.leo.toa
@mentedementa20
@merakbook
@merledynkane
@mi.te.con.libros
@miercolesbooks
@miligallardo.325
@mis_lennturas
@missattard
@monsinafd
@montanarodriguezm._
@nayamzgreen
@nenii.villalba
@nesa_san78
@nisarce
@notrepetitslecteurs
@orecunchodacuruxa
@palmira.books
@pamssyforever
@patri_sanchezs
@paula_lectora_compulsiva
@pilardans
@pilasdelibros
@quebienqueteleo
@racoperllegir
@rafi_lechuga
@removebeforeread
@rociio_books
@rociombouzon
@rosana.lenn.autora
@rosebokl
@saguian22

@sanmartin223_leo_luego_existo
@selva_palacios
@siempreleyendoydesconectando
@sin_parar_de_leer
@soniasalvante
@srtag.adler
@tengolibrospendientes
@tere_sapelu
@tfc_lectura
@trisha_sanz2485
@un_libro_en_mi_mesita
@unbuenlibroycafe
@valientegarciamariajose
@vampiros_luminish
@vanessa_mcflowers
@vivir_leyendo
@vol_vo_reta
@vykamurias
@worldsbooks_
@xiomaram.autora

notas

6. LO QUE MÁS ME APETECE

1 «Love is in the air», John Paul Young

10. AS THE WORLD FALLS DOWN

1 «As the world falls down», David Bowie

14. EN CASA DE VIC

1 «I still haven’t found what I’m looking for», U2

2 «She drives me crazy», Fine Young Cannibals

3 «You got it», Roy Orbison

4 «I’ll stand by you», Pretenders

5 «Total eclipse of the heart», Bonnie Tyler

17. ESE TODO

[1] «Eternal flame», The Bangles

[2] «Forever young», Alphaville

26. MADONNA SIEMPRE ES SEXI

1 «Like a virgin», Madonna

2 «Don’t go breaking my heart», Elton John-Kiki Dee

3 «Cartas amarillas», Nino Bravo

27. LA PASTILLA

[1] «What is love», Haddaway

[2] «Please don’t go», Double you

34. UNA PANDA DE CAFRES

1 «Wonderwall», Oasis

44. DEMASIADO RARO

1 «Time after time», Cindy Lauper

2 «Stars», Simply Red

45. CURRANDO AL SOL

1 «Negril», Juan Perro

46. BAJA

[1] «It must have been love», Roxette

[2] «Have you ever really loved a woman?», Bryan Adams

50. UN POLVO PENDIENTE

1 «Sin miedo», Rosanna

2 «A kind of magic», Queen

3 «Cómo hemos cambiado», Presuntos implicados

4 «Ordinary world», Duran Duran

55. YA HEMOS ESPERADO LO SUFICIENTE

1 «Tu noche y la mía», Revolver

59. RATA DE DOS PATAS

1 «Rata de dos patas», Paquita la del Barrio

60. TODA MI VIDA

1 «Rebeca», Los Rebeldes